

STAR WARS

TRILOGIA DE CORELLIA 2

OFENSIVA EN
SELONIA

Roger MacBride Allen

Para Beth y Mike,
que me enseñaron a creer
en la inocencia de Ricardo III,
la inevitable mortalidad de las flores
y los peligros que encierra tratar de conseguir
una escalera de color.

Nota del autor

Me gustaría, una vez más, dar las gracias a Tom Dupree por toda su bondad, estímulo y decisión. Bien sabe Dios que se ha ganado la gratitud. Sin él no habría libro y, créanme, sé muy bien de qué estoy hablando.

También me gustaría expresar mi gratitud a mi esposa, Eleanor Fox, que pulió el manuscrito y le dio forma, y que además mantuvo mi nariz inclinada encima del teclado mientras aguantaba a un esposo que pasó una gran parte de los últimos meses absorto en una galaxia muy, muy lejana. Cuando leo un libro, siempre me gusta saber qué hay detrás de las dedicatorias, y encuentro un poco frustrantes las dedicatorias crípticas.

Para aquellos lectores que sientan lo mismo, quizá no estarían fuera de lugar unas cuantas palabras concernientes a la dedicatoria de este libro, y a la del volumen anterior.

Yendo por orden, el libro primero, *Emboscada en Corellia*, estaba dedicado a Taylor Blanchard y Kathei Logue por dos razones. En primer lugar, puedo atribuirme por lo menos la mitad del mérito de que llegaran a conocerse. En segundo lugar, para cuando lean esto y suponiendo que todo vaya bien, habré tenido el honor de ser padrino de Taylor en su boda. Si eso no merece una dedicatoria, no sé qué lo puede merecer.

Este libro, *Ofensiva en Selonía*, está dedicado a Mike y Beth Zip-ser. Beth fue mi profesora de lengua y literatura inglesa en secundaria. Algunas personas afortunadas pueden señalar con el dedo a un profesor o profesora y afirmar que fue quien cambió las cosas para siempre y colocó a esa persona en el comienzo del camino que acabó llevando al sitio en el que se encuentra ahora. Eso fue lo que ocurrió con Beth. Puedo seguir la pista de una gran parte de lo que soy ahora remontándola hasta su aula.

Muchos años después de haber terminado los estudios secundarios, la universidad y todo eso, y más o menos por casualidad, estaba sentado en el suelo durante una fiesta en una convención de ciencia ficción, ¿y quién sino esa misma persona vino hacia mí, literalmente arrastrándose, para preguntarme si yo era el Roger Alien que había asistido a la Walt Whitman High School en Bethesda? Respondí afirmativamente, y no pasó mucho tiempo antes de que los dos estuviéramos sentados en la misma partida de poker mensual. (Y Beth juega mucho mejor que yo.) Desde entonces Mike ha demostrado ser un amigo tan bueno y tan leal como su esposa. Son buenas personas, aunque su gusto en lo referente a las corbatas me parece un tanto dudoso. (Se me permite una referencia críptica.) Para quienes sientan curiosidad por las lecciones mencionadas en la dedicatoria de este libro, les invito a estudiar la novela *The Daughter of Time*, de Josephine Tey, el programa radiofónico *The Goon Show*, emitido por la BBC en los años cincuenta, y cualquier partidita de poker entre amigos que se juegue en su barrio aunque no sea ninguna timba salvaje.

Y tengan mucho cuidado con las apuestas...

ROGER MACBRIDE ALLEN

Enero de 1995

Arlington, Virginia

Resumen del volumen anterior

La galaxia atraviesa una época de paz precaria, y continuamente amenazada. Han transcurrido catorce años desde la derrota del Imperio y la muerte de Darth Vader. Leia Organa Solo, su esposo, Han Solo, y sus tres hijos, Jaina, Jacen y Anakin, acompañados por Chewbacca el wookiee, planean pasar unas vacaciones familiares en Corellia, el mundo natal de Han, aprovechando la inminente celebración de una importante cumbre comercial en ese planeta.

Mientras tanto, un grupo conocido como la Liga Humana está conspirando para derrocar al gobierno de la Nueva República en el Sector Corelliano. Algunas oscuras indicaciones del peligro han llegado a conocimiento de la Inteligencia de la Nueva República, y la agente Belindi Kalenda transmite una críptica advertencia a Han. Kalenda viaja a Corellia bajo una identidad falsa, pero poco después de entrar en el sistema su nave es derribada por unos agresores desconocidos que resulta obvio que se hallaban al corriente de su llegada. Kalenda sobrevive al ataque.

Mientras tanto, Luke Skywalker ha accedido a acompañar a Lando Calrissian en su búsqueda de una esposa acomodada, una búsqueda que le hará pasar por una serie de peligrosas aventuras. Lando acaba conociendo a la encantadora Tendra Risant, del planeta Sacorria. Pero las autoridades locales obligan a Luke y Lando a marcharse de Sacorria cuando sólo llevaban unas horas allí.

A su llegada al sistema corelliano, el *Halcón Milenario* es objeto de un ataque simulado. Una vez en el planeta, Leia contrata a un maestro para los niños, un drall llamado Ebrihim, y la familia intenta empezar a disfrutar de sus vacaciones. Durante una visita a una gran excavación arqueológica, los tres niños, guiados por los poderes de la Fuerza que posee Anakin, descubren una gigantesca y extraña instalación de antigüedad y propósito desconocidos..., una instalación que la Liga Humana parece estar buscando desesperadamente.

Mara Jade llega a Corellia cuando la cumbre comercial está a punto de empezar. Es portadora de un mensaje codificado para Leia y Han. El mensaje contiene evidencias no del todo convincentes de que quienes lo han enviado provocaron deliberadamente la reciente explosión de una supernova, y explica que tienen intención de provocar más explosiones, en sistemas estelares habitados, si sus demandas —que el mensaje no deja nada claras— no son satisfechas.

La Liga Humana inicia su largamente planeada revuelta contra la Nueva República. Las ciudades de Corellia estallan en una erupción de violencia. Chewbacca, ayudado por Q9-X2, el irascible androide de Ebrihim, consigue poner a salvo a los niños a bordo del *Halcón Milenario*, pero la nave sufre algunos daños y no puede escapar al hiperespacio. Chewbacca se ve obligado a poner rumbo a Drall, el mundo natal de Ebrihim.

Después de que la revuelta haya obtenido algunos éxitos iniciales, el astuto y cruel Thrackan Sal-Solo, un primo de Han al que éste llevaba mucho tiempo sin ver, se da a conocer como el líder oculto de la Liga Humana. Un poderoso generador de interferencias entra en acción, cortando todas las comunicaciones dentro del sistema planetario de Corellia.

Han consigue establecer contacto con Kalenda poco antes de que se inicien las interferencias, y se encarga de proporcionarle una diversión mientras la agente de la Inteligencia de la Nueva República roba un caza X-TIE «Feo» y huye a Coruscant con noticias de la catástrofe. Pero Han es capturado por la Liga Humana.

Mientras tanto, Luke y Lando se tropiezan con un gigantesco campo de interdicción que envuelve todo el sistema estelar corelliano. El campo, mucho más grande que cualquier otro de su tipo conocido anteriormente, impide viajar a través del hiperespacio dentro del sistema. Lando y Luke deciden volver a Coruscant para informar de lo ocurrido. Leia es retenida como rehén junto con el resto de los delegados de la cumbre en la Casa de Corona, la residencia del gobernador. No sabe adonde han ido sus hijos, Chewbacca, Ebrihim y Q9, que han conseguido escapar a bordo del *Halcón*, y Han Solo languidece en una prisión de la Liga Humana...

1

Lazos familiares

Han Solo avanzó tambaleándose con las manos inmovilizadas a la espalda después de que los guardias le hicieran entrar a empujones en la oscura sala de audiencias. Se dio cuenta muy tarde que el suelo de la zona central se encontraba medio metro por debajo del nivel de la entrada. Se estaba moviendo demasiado deprisa para poder detenerse, y sus pies rebasaron el borde. Su hombro chocó con el duro suelo de piedra.

Han logró ponerse de lado rodando sobre sí mismo y después se fue incorporando lentamente hasta quedar sentado en el suelo. Los guardias que le habían empujado hacia el interior de la sala retrocedieron y cerraron la puerta con un golpe seco detrás de ellos. Han se quedó solo en la penumbra llena de ecos.

Miró a su alrededor y se preguntó qué vendría a continuación. Por lo menos estaba fuera de aquella celda. Eso ya era algo. No mucho, quizá, pero siempre era algo. Y, naturalmente, lo que viniera a continuación no era muy probable que supusiese una mejora. Su experiencia personal le indicaba que el estar metido dentro de una celda era una situación razonablemente segura. Los problemas siempre empezaban cuando te sacaban de ella.

Han logró ponerse en pie y volvió a mirar a su alrededor. Las paredes y suelos de la sala estaban hechos de alguna variedad de tensicreto barato de un color gris oscuro, y el aire estaba impregnado por un olor a rancio que sugería que aquella cámara desprovista de ventanas se encontraba por debajo del nivel del suelo. La sala medía unos veinte metros de anchura por treinta de largo, con el área central situada a medio metro por debajo de una plataforma de dos metros de anchura que corría a lo largo del perímetro de la estancia. Había cuatro gruesas puertas de acero, una a cada lado de la sala, y cada una de ellas daba al perímetro de la plataforma. Cualquier persona subida a la plataforma podría mirar desde arriba a quien estuviese en la zona central.

La puerta por la que había entrado se encontraba a su espalda, y Han tenía delante de él un sillón bastante parecido a un trono hecho de madera oscura que se alzaba al otro lado de la plataforma. El sillón era lo suficientemente grande para que quien se sentara en él probablemente fuera más alto sentado que estando de pie. Las rodillas del ocupante del sillón quedarían al nivel de los ojos de Han. Ese sillón le dijo muchas cosas sobre el porqué estaba allí y quién iba a verle.

Han siguió examinando la cámara. Aparte del sillón que parecía un trono, el recinto carecía de decoración y estaba bastante mal iluminado. Tampoco había sido muy bien construido. Había grietas en el suelo, y la variedad de tensicreto que habían utilizado para las paredes —fuera cual fuese— tenía un aspecto frágil y polvoriento. La sala había sido construida a toda prisa y sin preocuparse demasiado de cómo quedaba.

Han había estado en un montón de sitios impresionantes, y en un montón de sitios que intentaban ser impresionantes. Aquel lugar pertenecía decididamente a la segunda categoría. Estaba muy claro que la Liga Humana había querido contar con una sala que dejara apabullados a sus prisioneros mientras el Líder Oculto los juzgaba desde su trono —o se divertía viendo cómo morían—, pero también estaba muy claro que la Liga no había dispuesto del tiempo o los recursos necesarios para hacer un trabajo de primera categoría. Todo eso era muy interesante, pero no se trataba de la clase de información que podía ayudarle a seguir con vida.

Han volvió a concentrar su atención en aquella especie de trono. Resultaba obvio que era el sitio en el que se sentaría el Gran Hombre cuando entrase en la sala..., y Han tenía una idea bastante clara de quién resultaría ser el Gran Hombre.

En realidad sólo podía ser un hombre: su primo, Thrackan Sal-Solo. Ah, sí, el viejo, querido, vengativo, cruel y paranoico Thrackan... Eso respondía a la pregunta del quién, pero faltaba el porqué. Como mínimo, había que suponer que Thrackan quería echar un vistazo a Han. Eso suponía buenas noticias y malas noticias. Le habían mantenido con vida para aquella reunión, eso era obvio. Pero ¿tendrían alguna razón para seguir manteniéndole con vida después de que la reunión hubiera terminado? ¿Habría algo más para lo que quisiera utilizarle Thrackan, aparte de para verle?

Después de todo, Han había hecho volar por los aires medio escuadrón de patrulleras de bolsillo. Eso era un delito lo suficientemente grave para ser castigado con la ejecución en casi todas partes, y aquel sitio no destacaba precisamente por ser mejor que el promedio de la galaxia. De hecho, estaba bastante por debajo de él. Y su relación con Thrackan tampoco le beneficiaría en nada. En cuanto Thrackan hubiera satisfecho su curiosidad, era perfectamente capaz de hacer matar a Han allí mismo.

No, Han sabía que no iba a salir con vida de aquello gracias a los sentimientos familiares. Si quería sobrevivir, tendría que arreglárselas para adquirir algún valor ante los ojos de Thrackan. Pero Han no tenía ninguna intención de ayudar en lo más mínimo a la Liga Humana de Thrackan.

Así pues, ¿cómo podía parecer valioso sin prestar ningún servicio real a aquellos matones?

Entonces oyó un movimiento al otro lado de las puertas que se alzaban detrás de aquel sillón que no llegaba del todo a ser un trono. Se le había acabado el tiempo para pensar.

Retrocedió un par de pasos, alejándose de la puerta. Si Thrackan el adulto se parecía en algo al Thrackan de la infancia de Han, entonces tendría que ir con muchísimo cuidado a la hora de manejar la situación. Han recordaba que Thrackan todavía era un niño cuando empezó a dar palizas a los niños más pequeños que él y a ofrecer aparatosas exhibiciones de cómo arrancar las alas a los insectos. Su primo había descubierto muy pronto con qué voz tan potente podía llegar a hablar una reputación de crueldad. «Esto es lo que le hago a alguien con quien ni siquiera estoy enfadado. ¿Qué te parece que ocurrirá si llegas a hacerme enfadar?» En la galaxia había personas para las que la crueldad, las amenazas y la intimidación eran un verdadero arte. Thrackan no figuraba entre ellas. Las utilizaba como toscos instrumentos, como simples armas..., lo cual no quería decir que no disfrutara con su trabajo.

Las puertas se abrieron y dos hileras de hombres que llevaban uniformes de oficial no muy nuevos y no muy limpios entraron por ellas. Una columna giró y desfiló alrededor de una esquina de la plataforma yendo hacia la izquierda del trono, y la otra hizo lo mismo dirigiéndose hacia la derecha. Las dos columnas se alinearon a lo largo de la plataforma a ambos lados del gran sillón, giraron y quedaron encaradas hacia adelante, con la vista al frente y contemplándose la una a la otra a través del centro de la sala justo por encima de la cabeza de Han.

A juzgar por las insignias, que seguían las viejas reglas imperiales, se trataba de unos oficiales realmente muy veteranos y de alto rango. Pero los mariscales de campo de hoy sin duda habían sido los descontentos de ayer. Los uniformes aparatosos y un bosque de galones en los hombros no convertían a quien los llevara en un curtido oficial digno de ser respetado. Aquellos tipos estaban tan lejos de poder compararse con los oficiales imperiales del pasado como lo estaría un niño armado con una espada de luz de juguete de ser un digno oponente de Luke Skywalker.

A juzgar por sus barrigas, ninguno de ellos se había entrenado desde hacía años. Sus ojos vidriosos, rostros sonrojados y mandíbulas sin afeitar —y las vaharadas de olor a licor de alta graduación que entraron en la sala con ellos— indicaron a Han que por lo menos algunos de

aquellos oficiales de altísima graduación habían estado tomando parte en unas celebraciones bastante entusiásticas durante la noche anterior. Eso parecía un poquito prematuro. ¿Cómo era posible que ni siquiera el más borracho de los idiotas pensara que la Liga Humana ya había vencido?

Resultaba obvio que aquel grupito no estaba formado por mentes de categoría galáctica. Estaban allí para servir como adorno, y para nada más. Han se olvidó de ellos y volvió a concentrar su atención en la puerta abierta detrás del gran sillón. Hubo un momento de retraso, ya fuese porque el Gran Hombre llegaba tarde o porque alguien había pensado que eso haría que la entrada fuese más espectacular. Pero después Thrackan Sal-Solo, antiguo Líder Oculto de la Liga Humana y actualmente Diktat del Sector Corelliano por auto-proclamación, entró en la sala. Lo hizo caminando con la veloz y enérgica confianza en sí mismo propia de un hombre que sabía con toda exactitud lo que estaba haciendo y adónde iba, y que estaba totalmente seguro de poder hacer el trabajo que le aguardaba. Thrackan Sal-Solo rodeó el bazo derecho del gran sillón, fue hasta el borde de la plataforma y se quedó inmóvil allí durante un momento. Después clavó la mirada en el primo al que llevaba tanto tiempo sin ver, y Han se la devolvió.

Han tuvo la sensación de estar contemplando un extraño espejo distorsionante. Thrackan llevaba puesto el rostro de Han, o Han llevaba puesto el suyo. No es que fuese difícil distinguirlos, desde luego. Los cabellos de Thrackan eran más oscuros, de un negro castaño surcado por hebras grises. Su primo pesaba unos cuantos kilos más que Han, y lucía una barba pulcramente recortada. Thrackan era un poquito más alto que Han, unos dos o quizá tres centímetros. La otra gran diferencia era un aura de áspera implacabilidad, no sólo en la expresión de Thrackan sino en los mismos rasgos de su cara y en el conjunto que formaban, como si aquella expresión de ira y suspicacia fuese la que su rostro adoptaba de una manera más natural.

Pero en el fondo todas esas diferencias sólo conseguían subrayar un poco más lo mucho que se parecían. Han pensó que aquel espejo Imaginario le estaba mostrando al hombre que podría haber sido. La idea no le gustó en lo más mínimo. Aquel primer encuentro iba a ser mucho más desconcertante de lo que había esperado.

No fue sólo Han quien percibió el parecido. Resultaba obvio que se suponía que los tipos de uniforme alineados a los dos lados de la sala debían seguir inmóviles con los ojos clavados en la fila de delante, pero ni uno solo de ellos consiguió resistir la tentación de mirar primero a Han y después a Thrackan. Débiles murmullos de asombro llenaron la sala.

Y, de hecho, parecía como si Thrackan fuera el único que no encontraba un poco inquietante todo aquello. El primo de Han bajó los ojos hacia él y le contempló con expresión impasible.

Han decidió que sería mejor que se comportara con la misma calma que su primo... o, por lo menos, que fingiera hacerlo.

—Hola, Thrackan —dijo—. Me había imaginado que te vería.

—Hola, Han —replicó su primo con una voz asombrosamente similar a la de Han—. Algunas cosas nunca cambian, ¿verdad?

—No estoy totalmente seguro de saber a qué te refieres.

—A los viejos tiempos, Han —dijo Thrackan—, a los viejos tiempos... A ti siempre te gustó jugar, divertirse y pasarlo bien, y yo siempre era el que tenía que ir detrás de ti recogiendo los trozos de los platos rotos.

—Bueno, yo guardo un recuerdo levemente distinto de esa época —dijo Han.

Thrackan nunca había asumido ninguna responsabilidad desagradable derivada de sus actos, y mucho menos de los de otra persona; pero siempre había tenido una gran habilidad para producir esa impresión. A casi todos los matones se les daba muy bien hacerse la víctima. Thrackan nunca

había tenido el más mínimo problema a la hora de culpar a los demás de las catástrofes que había causado, y tampoco lo había tenido a la hora de atribuirse todo el mérito del esfuerzo y los éxitos de otra persona.

—Pero tienes razón —siguió diciendo Han—. Algunas cosas nunca cambian.

—Esta vez hay muchos platos rotos y muchos trozos que recoger —dijo Thrackan—. Has causado graves daños en mi espaciopuerto, dañaste o destruiste seis de mis patrulleras de bolsillo, y permitiste que ese caza X-TIE Feo escapara. Creemos que ese X-TIE consiguió saltar al hiperespacio —continuó diciendo—. Si la persona que lo pilota consigue avisar a la Nueva República, eso podría crear serios obstáculos a muchos de mis planes.

—Pues yo pensaba que el espaciopuerto y las patrulleras de bolsillo pertenecían al gobierno corelliano —replicó Han—. No tenía ni idea de que fueran de tu propiedad.

—Ahora lo son —dijo Thrackan—. De hecho, y ya que lo mencionas, el gobierno también es mío. Pero en este momento lo importante es que tus jueguecitos me han causado una gran cantidad de problemas.

—Lo lamento profundamente —dijo Han.

—Lo dudo —dijo Thrackan—. Yo no lo lamentaría, si estuviera en tu lugar. Pero sigue habiendo una pregunta a la que es preciso responder, y la pregunta es qué voy a hacer contigo.

—Tengo una sugerencia —dijo Han, hablando en un tono jovial y despreocupado—. Deja que me vaya y luego permíteme aceptar tu rendición. Quizá pueda conseguir que la Nueva República no sea h demasiado dura contigo.

—Supongo que no estarás dispuesto a explicarme por qué debería hacer eso —replicó Thrackan, con la sombra casi imperceptible de una sonrisa en los labios.

—Porque no vas a salirte con la tuya, Thrackan —dijo Han—. Porque ese caza X-TIE logró escapar y porque aun suponiendo que no lo hiciera, tarde o temprano alguna otra persona se las arreglará de alguna manera para informarles de lo que está ocurriendo aquí. Y te enfrentas a la misma Nueva República que venció al Imperio... Si pudieron acabar con el Emperador, Darth Vader, el almirante Thrawn y las Estrellas de la Muerte, ¿qué te hace pensar que deberían tener algún problema para vencer a un tipo como tú? ¿Por qué no te rindes ahora mismo y le ahorras un montón de dolores de cabeza a todo el mundo?

Thrackan sonrió, pero no había nada de afable o feliz en su expresión. En vez de dulcificar su rostro, la sonrisa hizo que pareciese más frío y áspero. El Líder Oculto meneó la cabeza y puso cara de pena.

—Sigues siendo el mismo Han de siempre. Lleno de golpes, sucio, sin afeitarse, un cautivo que acaba de pasar una noche en su celda..., y aun así continúas estando lleno de la misma jactancia arrogante. —Titubeó durante un instante y después se recostó en su asiento—. Hay una razón muy sólida por la que no voy a perder —dijo después—. Ya he ganado. Todo ha acabado. La Nueva República tal vez podría causarme unos cuantos problemas limitados, pero nada más. No a menos que quieran ver unos cuantos sistemas habitados convertidos en vapor, claro... De lo contrario, me dejarán en paz.

Han titubeó un momento antes de replicar. ¿Habría algo detrás de esa afirmación? No cabía duda de que una estrella se había convertido en una supernova, y de que se trataba de una estrella que jamás habría debido hacer algo semejante. La Liga se había atribuido la responsabilidad de ello, pero ¿cómo era posible que una pandilla de descontentos ignorantes y matones baratos consiguiera hacer estallar una estrella?

—Fue un numerito de magia de salón muy bonito —dijo Han por fin—. Pero no estoy seguro de que podáis repetirlo.

—Oh, te convenceremos —dijo Thrackan—. Puedes estar totalmente seguro de eso.

No había ni la más pequeña sombra de duda o vacilación en su voz o en su rostro. Si era un farol, se trataba de un farol espantosamente convincente.

—Bien, Thrackan, ¿y por qué estoy aquí? —preguntó Han.

Empleó un tono de voz calculado para crear la impresión de que era un hombre ocupado que tenía cosas mucho más importantes que hacer. Con casi cualquier otra persona, aquel tono habría equivalido a una exhibición de arrogancia suicida. Pero Han conocía muy bien a su primo. Mostrarse cortés sólo le habría ganado una mueca despectiva de Thrackan.

— ¿Tanta prisa tienes por volver a tu celda? —preguntó Thrackan con una sonrisa malévola.

Han resistió la tentación de dejar escapar un suspiro de alivio. Hasta aquel momento no había estado seguro de si Thrackan tenía intención de permitirle vivir el tiempo suficiente para que volviera a ver su celda.

—No —dijo—, pero tampoco estoy muy interesado en intercambiar amenazas. ¿Por qué estoy aquí?

—Bueno, la verdad es que llegué a pensar que quizá estarías dispuesto a cooperar conmigo. Actuar como un patriota corelliano, ayudarme a librarnos de esos entrometidos de la Nueva República... Pero nunca tuve muchas esperanzas de que esa idea pudiera convertirse en realidad. No va a ocurrir, ¿verdad?

—Ni en un millón de años.

—Muy bien —dijo Thrackan—. Si no vas a ayudarme, ¿por qué he de mantenerte con vida?

Aquella pregunta habría aterrorizado a cualquier otra persona que se encontrara en aquellas circunstancias, pero Han conocía Thrackan desde hacía mucho tiempo. Los escasos momentos que llevaban juntos ya habían bastado para convencerle de que no había cambiado mucho desde los viejos tiempos. Si Thrackan ya hubiese decidido matarle, no habría desperdiciado su tiempo con aquella esgrima verbal y Han ya tendría un agujero de desintegrador en pecho. La crueldad de Thrackan nunca había sido caprichosa o carente de objetivo. Siempre que hacía algo horrible y malvado —, de hecho, siempre que hacía algo—, lo hacía porque eso le beneficiaba de una manera directa. Además Thrackan nunca había tenido escrúpulos a la hora de permitir que otros hicieran su trabajo sucio por él y tampoco le había interesado demasiado el tener que cargar con esfuerzos extra. No existía ninguna manera de saberlo con una certeza total, pero Han supuso que Thrackan aún no había decidido iba a permitirle seguir con vida o no. Su primo podía acabar inclinándose por cualquiera de las dos posibilidades, y eso significaba que las razones para permitirle vivir o morir estaban siendo sopesadas. Las razones para matar a Han eran deprimentemente obvias, pero ¿qué razones podía tener Thrackan para querer que siguiera con vida?

—Hay montones de buenas razones para no matarme —dijo Han, tratando de ganar tiempo.

Intentó conseguir que su voz sonara tranquila y llena de confianza, pero su tono no resultó nada convincente ni siquiera para sus propios oídos.

—Quizá podrías ayudarme a dar con algunas —respondió Thrackan con voz gélida.

«Piensa —se dijo Han—. Vamos, haz trabajar la cabeza...» ¿Qué razones podía tener Thrackan para querer que siguiera con vida? Eh, un momento... ¿Qué razones podía haber para que cualquiera de ellos siguiera con vida? Resultaba obvio que la Liga Humana había calculado deliberadamente esa mascarada de levantamiento para que coincidiera con la cumbre comercial, cuando muchas personas importantes de otros mundos estarían en Corellia. Y todos esos peces gordos habían sido alojados en la residencia del gobernador general, la Casa de Corona. Si la

Liga hubiese querido, habría podido volar en mil pedazos el edificio matando a todos los que estaban dentro y decapitando al gobierno planetario de un solo golpe..., y matando de paso a la jefe de Estado de la Nueva República.

Pero no habían hecho nada de eso. Han había estado en la Casa Corona cuando se produjo el ataque. Por lo que había visto allí y sus experiencias pasadas, tenía muy claro que se había tratado Un golpe quirúrgico ejecutado con bastante torpeza, no de un intento de decapitación fracasado. Estaba claro que la Liga había pretendido dejar atrapados dentro de la Casa de Corona al gobernador general, a Leia y al resto de los peces gordos, sellando todas las salidas y enterrándolas bajo un montón de escombros. El que Han hubiera logrado escapar era un testamento a su incompetencia, no a intenciones.

Resultaba difícil escapar a la idea de que Thrackan quería a Leia a los demás para utilizarlos como fichas de cambio. Han lo entendió todo de repente. Su primo le estaba manteniendo con vida porque esperaba poder utilizarle para asegurarse la cooperación de la en los planes que estaba tramando, fueran los que fuesen. Pero si necesitaba algo de Leia, eso quería decir que Thrackan Sal-Solo no era el señor de todo cuanto le rodeaba por mucho que fanfarronease y alardeara de ello. Han sonrió, y esta vez no estaba intentando fingir.

—No hay ninguna razón para mantenerme con vida —dijo—. Sí, no hay absolutamente ninguna razón..., por lo menos si te da igual cómo pueda llegar a reaccionar la jefe de Estado de la Nueva República y lo mucho que pueda llegar a enfadarse. Y tiende a enfadarse realmente muchísimo cuando miembros de su familia son asesinados a sangre fría.

Thrackan se enfureció de repente.

—No necesito a tu jefe de Estado para nada —replicó secamente.

—¿Y entonces por qué te has esforzado tanto por capturarla? —preguntó Han—. ¿Por qué calcular el comienzo de la revuelta para que coincidiera con la cumbre comercial?

—¡Silencio! —casi gritó Thrackan—. Yo haré las preguntas aquí. Una sola palabra más sobre tu esposa que salga de tus labios y juro que yo mismo te mataré, aquí y ahora, sin importar lo mucho que te necesite vivo.

Han no dijo nada y se limitó a sonreír, sabiendo que había ganado y que Thrackan lo sabía. Han no se había dejado engañar por su farol.

Thrackan le fulminó con la mirada y tabaleó con los dedos sobre el brazo de su sillón.

—Había olvidado hasta qué punto solías irritarme —dijo por fin—. Pero creo que por lo menos puedo recordarte que no es prudente que intentes anotarte tantos a mi costa. Además —añadió moviendo la mano en un gesto que abarcó a las dos hileras de hombres que se extendían a ambos lados de la sala—, mis oficiales han estado trabajando muy duro y se merecen un poco de diversión —Thrackan volvió a sonreír y, suponiendo que ello fuera posible, la expresión resultó todavía más desagradable de lo que lo había sido la vez anterior—. El destacamento de honor puede ponerse en posición de descanso —dijo sin apartar los ojos de Han. Los matones uniformados se relajaron entre un rumor general de pies que se movían e intercambiaron sonrisas teñidas por una maliciosa e impaciente excitación—. Capitán Falco, ordene a los guardias que traigan al otro..., ah..., espécimen.

—Sí, señor —dijo uno de los oficiales de aspecto más sucio y descuidado, y saludó. Después sacó un comunicador de su bolsillo y habló por él—. Que lo entren, sargento.

Hubo un momento de silencio que no le gustó nada a Han. Después, débiles al principio pero haciéndose más ruidosos poco a poco, Han pudo oír pasos ahogados procedentes de detrás de él y que sonaban al otro lado de la puerta por la que había entrado. Se dio la vuelta para quedar de cara a la puerta, y retrocedió un poco alejándose de ella. Hacerlo puso a Thrackan directamente

detrás de él, pero a Han le pareció que, tomándolo todo en consideración, su primo era peligroso fuera cual fuese el sitio en el que se encontraba. De cualquier manera, Thrackan era el peligro que Han ya conocía, y siempre resultaría preferible concentrarse en el que desconocía.

Los dos paneles de la puerta giraron sobre sus goznes y un par de soldados de la Liga Humana fuertemente armados entraron por ella con sus desintegradores preparados para hacer fuego. Los soldados se apostaron inmediatamente a ambos lados de la puerta, dando la espalda a la pared. Han no había esperado semejantes precauciones. Al parecer, la Liga consideraba que aquel lo-que-fuese suponía una amenaza mucho más grande que Han.

El «otro espécimen» entró un instante después..., y Han enseguida comprendió el porqué de todas aquellas precauciones. El «otro espécimen» era un seloniano. Incluso los matones y los imbéciles sabían que había que tomarse muy en serio a los selonianos.

Y aquel seloniano era alto, muy grande y de aspecto temible..., y era una hembra, aunque en realidad eso no suponía ninguna sorpresa. Todos los selonianos que la humanidad había visto desde el primer contacto con aquella raza eran altos, muy grandes, de aspecto temible y del sexo femenino.

Los selonianos tendían a ser un poco más altos y esbeltos que los humanos. Tenían el cuerpo un poquito más largo, y los brazos y las piernas más cortos. Aunque normalmente bípeda, la especie podía ponerse a cuatro patas cuando lo deseaba. Sus manos y pies poseían garras retractiles, muy útiles para trepar o cavar..., y que también resultaban muy útiles en una pelea. Eran grandes nadadores dotados cortas y poderosas colas que les ayudaban a cambiar rápidamente dirección en el agua y a impulsarse por ella, y que servían como contrapeso equilibrador mientras caminaban..., y, además, también servían como garrote realmente temible en una pelea. La teoría más extendida sostenía que los selonianos habían evolucionado a partir de algún mamífero depredador acuático que vivía madrigueras de las orillas de los ríos, una especie que había pasado de cavar guaridas en las orillas de los ríos a excavar sofisticados túneles lejos del agua. Tenían un pelaje corto y lustroso, normalmente marrón o negro, y largos rostros puntiagudos repletos de afilados lentes. También tenían grandes bigotes, y un mal genio que podía estallar con gran facilidad si no sabías tratar adecuadamente a sus poseedores. Pasaban la mayor parte de su vida en cubiles subterráneos, y su vida social era —por decirlo suavemente— bastante inusual.

La esbelta y ágil criatura entró en la sala moviéndose con una calmada despreocupación y avanzó con tanta seguridad en sí misma que bien podría haber sido la dueña y señora de aquel lugar en vez de una prisionera. Dos guardias más la siguieron al interior de la cámara, pero la seloniana les prestó tan poca atención como al primer par.

Había otra cosa en la que Han no pudo evitar fijarse: la seloniana tenía las manos libres. Eso sólo podía significar que les había dado su palabra y que había prometido no desobedecer o tratar de escapar, pues de lo contrario el permitirle ir de un lado a otro con las manos libres hubiese sido una auténtica locura. Pero si había dado su palabra, entonces los guardias no sólo eran superfluos sino que suponían un terrible insulto. Dudar del honor de una seloniana no era nada aconsejable. La arrogancia o la ignorancia podían explicar semejante error, pero nada podía perdonarlo.

—Baja ahí—dijo uno de los guardias, y señaló el nivel inferior de la sala donde estaba esperando Han.

Han había sido empujado por encima del borde con las manos atadas a la espalda, pero los guardias permitieron que la seloniana utilizara un pequeño tramo de peldaños adosado a la esquina trasera izquierda de la sala. La criatura bajó por ellos moviéndose con tranquila gracia, y se detuvo en el centro de la sala. Después se volvió hacia Han y le miró, con su expresión totalmente neutra y vacía de emociones.

—Saluda a Dracmus —dijo Thrackan—. Un ejemplar realmente impresionante, ¿no te parece? Cuando la capturamos, Dracmus estaba intentando hacernos un poco de daño en Corona.

Han no dijo nada. Provocar a Thrackan era una cosa, porque Han sabía hasta dónde podía llegar y cuáles podían ser las consecuencias de lo que dijera. Pero con una seloniana... No, ni soñarlo, Y menos teniendo en cuenta el curso que estaban tomando los acontecimientos dentro de aquella sala.

Thrackan se rió.

—Veo que no quieres correr riesgos —dijo—. Bien, Dracmus, saluda al traidor y pirata de la familia, mi querido primo Han Solo.

— ¡*Bellorna fa ecto mandaba-sa*, despecto Han Solo! —dijo Dracmus—. *Pada ectal ferbraz bellorna-cra*.

Su voz goteaba desprecio, pero las palabras no tenían nada que ver con el tono.

«¿Hablas mi lengua, Han Solo? —le había preguntado la seloniana—. Ninguno de estos idiotas la habla.»

Han pensó a toda velocidad. No tenía ninguna forma de averiguar qué pretendía Dracmus. Lo único que sabía era que aquella seloniana era la enemiga de su enemigo..., y ni siquiera podía estar totalmente seguro de eso. Dracmus podía ser un peón de Thrackan y estar interpretando un papel en alguno de sus retorcidos planes. ¿Podía tratarse de una trampa? Pero ¿qué razón podía haber para tenderle una trampa cuando ya era un prisionero? ¿Y si Dracmus estaba equivocada, y alguno de los matones de la Liga Humana hablaba el seloniano?

Pero el universo nunca le había dado muchas respuestas claras e inequívocas, y no había muchas probabilidades de que empezara a hacerlo en aquel momento.

—*Belorna-sa mandaba fa kurso-kurso* —gruñó Han, intentando que su voz sonara tan insultante y despreciativa como había sonado la de Dracmus.

«Yo bastante lo hablo bien bien», le había dicho. Han retrocedió hasta el rincón y corrió el riesgo de lanzar una rápida mirada a Thrackan. Su primo estaba sonriendo de oreja a oreja. Resultaba obvio que no tenía ni la más pequeña duda de que los dos estaban intercambiando insultos.

— ¡*Kurso! Sa kogna fos zul embaga. Persa chana-sa prognas els tu for dejed*.

Dracmus gruñó las palabras y acabó dirigiéndole un feroz chasquido de mandíbulas. «¡Bien! Creo que nos obligarán a luchar. Deja que gane de prisa y evitarás sufrir heridas graves.»

—Veo que os lleváis estupendamente, ¿eh? —dijo Thrackan—. me parece que nuestra amiga seloniana ha estado reprimiendo muchas de las emociones desagradables que le inspiran sus anfitriones, no puede descargarlas sobre nosotros porque ha dado su palabra, y debe romper su juramento. Debo decir que resulta muy conveniente tener un enemigo con unos principios tan fuertes. Creo que recompensaré su honorable conducta y permitiré que se desahogue contigo.

Han tiró de las esposas de restricción, pero éstas aguantaron.

—Una pelea de lo más justa y limpia, Thrackan —dijo—. Una seloniana contra un humano que lleva las manos sujetas a la espalda.

Thrackan se rió.

—Busco diversión, Han, no juego limpio. —Hizo una señal a los cuatro guardias, que ya se habían apostado en las cuatro esquinas del nivel superior de la sala—. Disparad —ordenó.

Los cuatro guardias apuntaron sus desintegradores hacia el centro del suelo de la sala y dispararon simultáneamente.

El suelo estalló en una erupción de llamas. Han retrocedió ante la onda expansiva, y sintió un sinfín de dolorosos agujonazos en su rostro y sus manos al ser rociado por un diluvio de microfragmentos de tensicreto pulverizado.

Han retrocedió tambaleándose, medio cegado y medio sordo.

-Si no os comportáis con el debido entusiasmo, mis soldados volverán a disparar..., contra los dos. Os sugiero que nos ofrezcáis una pelea convincente.

Han meneó la cabeza y parpadeó, intentando recuperarse de los efectos de aquellos disparos de desintegrador hechos a tan corta distancia de él.

-¿Cómo se supone que he de pelear convincentemente con las manos sujetas a la espalda? -preguntó.

Thrackan volvió a reír.

-No puedes esperar que te dé todas las respuestas -replicó-. Muestra un poco de iniciativa.

Los ojos de Han ya se habían recuperado lo suficiente para que pudiese ver a Dracmus, y estaba claro que la seloniana se hallaba más que preparada para ofrecer una gran pelea. Tenía la boca abierta, con lo que dejaba claramente visibles sus dientes afilados como agujas.

Lo único que Han tenía a su favor era la sorpresa, y decidió utilizarla. Gritó con toda la potencia de sus pulmones y cargó sobre Dracmus con la cabeza gacha. Logró pasar por debajo de su guardia aunque por muy poco, y consiguió asestarle un potente cabezazo en las tripas. Han la había golpeado con la fuerza suficiente para derribar a un humano, pero Dracmus consiguió utilizar su cola para apoyarse en el suelo y permanecer erguida. La seloniana le lanzó golpe a la cabeza con su pata delantera izquierda. Dracmus no había conseguido darle de lleno, pero el impacto bastó para que Han quedara aturdido y retrocediera tambaleándose.

El hombro izquierdo de Han chocó con el lado de la plataforma y faltó poco para que cayera. Se recuperó y giró hacia la derecha justo a tiempo de esquivar otro golpe asestado con la mano abierta, dirigido a su cabeza.

Sin garras. La seloniana ya había tenido dos ocasiones de pasarselas por la cara. Estaba jugando limpio, o lo haría hasta que sus opciones quedaran reducidas a matar a Han o dejar que los esbirros de Thrackan les mataran a los dos. Han tendría que perder de prisa de una manera convincente. Eso debería de resultar fácil. Han podía hacerlo con las dos manos sujetas detrás de la espalda..., o por menos más le valdría que pudiera hacerlo. Volvió a tirar de las esposas que le inmovilizaban las muñecas, pero estaba muy claro que iban a ceder.

Han esquivó otro golpe lanzado desde la izquierda, pero eso hizo que se colocara directamente en la trayectoria del puñetazo lanzado contra su pecho. El golpe fue tan potente que le levantó por los aires Han aterrizó sobre el duro suelo de tensicreto y recibió casi todo, impacto en la parte superior de la espalda, aunque consiguió aplastarse las manos y hacer que su nuca rebotara en el tensicreto.

Dracmus ya estaba cayendo sobre él antes de que Han pudiera empezar a recuperarse, y el que la seloniana se lanzara hacia la izquierda mientras que Han giraba hacia la derecha fue o una intervención de la suerte en favor de Han o una muestra de los soberbios reflejos de Dracmus.

Han consiguió volver a ponerse en pie..., y faltó muy poco para que volviera a derrumbarse. Su tobillo se había doblado en el sentido equivocado durante aquella última caída. Era justo lo que necesitaba, una dolorosa torcedura de tobillo. Han masculló una maldición ahogada y fue cojeando hasta el otro extremo de la sala, moviéndose lo más deprisa posible. Su ojo derecho

estaba empezando a hinchar y estaba casi seguro de que le sangraba la nariz. Si aquello era no picarse a fondo, Han no quería ni pensar en lo que sería vérselas con Dracmus cuando estaba de mal humor. Pero tendría que confiar en la seloniana: o cambiaba de parecer y le mataba, o no lo hacía.

Dracmus se dio la vuelta y fue hacia él moviéndose con el contoneo acechante y las largas zancadas típicas de un luchador profesional, separando los brazos mientras su cola ondulaba de un lado a otro. Los hombres alineados a los dos lados de la sala gritaban y lanzaban vítores y maldiciones. La atmósfera estaba empezando a verse muy cargada, y las luces de la sala parecían haberse debilitado. Han volvió a menear la cabeza en un intento de despejársela un poco, y lo lamentó al instante en cuanto notó empeorar su mareo, no iba a poder aguantar mucho más.

«Acaba de una vez.» Tenía que poner fin al combate lo más deprisa posible y caer luchando, dejando satisfecho a Thrackan y convenciéndole de que había disfrutado de un buen espectáculo. Han sabía que Thrackan —por lo menos el Thrackan de los viejos tiempos— sólo quedaría satisfecho si Han perdía el conocimiento a causa un golpe de Dracmus. Si Han se limitaba a desmayarse y se derrumbaba como un fardo, entonces Thrackan se sentiría estafado, pero eso era lo que iba a ocurrir si Han continuaba luchando durante mucho más tiempo. Han no quería que Thrackan se viera privado de esa satisfacción..., no cuando tenía a mano un desintegrador con el que desahogar sus frustraciones y a su primo disponible como blanco ideal. Han creía que Thrackan le quería vivo, pero no estaba lo suficientemente seguro como para apostar su vida basándose en esa creencia. Además, un disparo de desintegrador lo suficientemente bien dirigido podía dejarle lisiado sin matarle.

«Sigue luchando...» Han se tambaleó hacia la derecha y empezó a moverse en círculos. Dracmus no se acercó más, sino que también empezó a moverse en círculos mientras aguardaba su oportunidad, Han volvió a tirar de las esposas que rodeaban sus muñecas, más por pura frustración que por cualquier otra cosa, y se asombró al sentir que se abrían con un chasquido.

O el cierre de las esposas había quedado dañado por la caída o, lo que era bastante más probable, Thrackan le había puesto unas esposas previamente manipuladas para empezar. Las esposas quizá tuvieran algún sistema de apertura que podía ser activado por control remoto en el momento que el operador considerase produciría una mayor diversión. Fuera lo que fuese, daba igual: lo importante era que Han volvía a poder contar con sus manos. Separó los brazos adoptando una postura de lucha libre y avanzó hacia Dracmus.

Dracmus quedó por lo menos tan sorprendida como Han cuando se dio cuenta de que su oponente tenía las manos repentinamente libres. Retrocedió un poco, interponiendo algo más de distancia entre ella y Han. Después rugió, emitiendo un sonido lleno de furia y frustración, y Han estuvo seguro de que las emociones eran totalmente sinceras. La seloniana no estaba fingiendo. No sabía si Dracmus quería matarle o no, pero no cabía duda de que estaba totalmente decidida a vencerle.

Bueno, en ese caso le haría sudar su victoria. Las ventajas seguían estando abrumadoramente del lado de Dracmus, pero la nueva situación quizá le diera una oportunidad de luchar. Han hizo una finta hacia la izquierda, repitiéndola un par de veces, y después usó la misma maniobra por el lado derecho antes de lanzarse sobre Dracmus y juntar las manos en un golpe de martillo pilón dirigido a su estómago que pretendía dejarla sin aliento. Han se acordó en el último momento posible de que debía golpear el abdomen de la seloniana más arriba de lo que lo hubiese hecho en un ser humano. Dio en el punto exacto, pero por muy poco. Dracmus retrocedió tambaleándose, y Han se apresuró a recuperar el equilibrio para continuar con su ataque. La seloniana se había encorvado lo suficiente para que Han pudiera tratar de golpear su hocico, un punto bastante delicado de la anatomía seloniana. Han hizo girar su puño y el golpe dio limpiamente en el blanco..., y un instante después Han se preguntó si realmente había sido una buena idea.

La expresión del rostro de Dracmus dejaba muy claro que el golpe le había hecho mucho daño, pero resultaba igualmente obvio que la había enfurecido. Sus mandíbulas repletas de dientes muy afilados giraron y se cerraron sobre el aire a un centímetro del brazo de Han, y un puño duro como el hierro se incrustó en su pecho cuando Han todavía no había acabado de esquivar las fauces. Si le hubiese golpeado en el estómago, el dolor habría sido tan intenso que Han se habría doblado sobre sí mismo, pero Dracmus había dirigido el golpe demasiado arriba. Aun así, Han acabó en el suelo. Se recuperó e hizo una mueca de dolor cuando consiguió volver a ponerse en pie. Parecía bastante probable que el golpe o el aterrizaje le hubieran roto una costilla o, como mínimo, que le hubieran dejado un buen morado.

La cola de Dracmus oscilaba de un lado a otro y la seloniana mantenía las fauces abiertas mostrando los colmillos..., pero no se lanzó sobre él para rodearle el cuello con los dientes y tampoco deslizó las garras por encima de sus ojos. Dracmus todavía conservaba un cierto control de sí misma, y seguía sin emplearse al máximo. Han comprendió que tenía que perder aquel combate de inmediato antes de que Dracmus fuera incapaz de seguir controlando su ira e iniciara un ataque que terminaría con su muerte.

-¡Usa tu cola! -le gritó en seloniano-. ¡Golpéame con ella!

La salvaje luz de furia enloquecida que ardía en los ojos de Dracmus pareció debilitarse durante un momento, como si le sorprendiera verle allí. Excelente. Eso tal vez significara que las palabras estaban llegando hasta ella..., aunque Han no podía estar totalmente seguro de que así fuese. Dracmus se arrojó sobre él y volvió a lanzarle un feroz mordisco, y Han lo esquivó deslizándose hacia su izquierda. Aunque la había apremiado a que utilizara esa forma de atacar, Han ni siquiera se dio cuenta de que la seloniana continuaba girando sobre sí misma, apoyándose en un pie para lanzar su cola en un veloz arco. Dracmus había subido la cola, y le dio de lleno en la cabeza con ella.

Han se tambaleó por última vez y después empezó a caer lentamente hacia adelante, doblándose sobre sí mismo hasta que se encontró con la cara vuelta hacia su primo sentado en el trono. Su campo visual se estaba llenando de negrura, pero pudo ver cómo Thrackan le sonreía y se echaba a reír, y cómo aquel rostro que era tan similar al suyo se retorció en una mueca sádica y cruel.

Han casi se alegró de que la oscuridad cayera sobre él y lo engullese.

2

La tela desgarrada

El *Dama Suerte* apagó sus motores de velocidad lumínica y entró en el espacio normal dentro del sistema de Coruscant. Lando Calrissian echó un vistazo al ordenador de navegación y asintió con satisfacción.

—Justo en el centro —dijo—. Tenemos permiso automático del Control de Coruscant para seguir adelante durante todo el resto del trayecto.

—Excelente —dijo Luke—. Cuanto más pronto lleguemos allí, tanto mejor.

—¿No deberíamos tratar de ponernos en contacto con los jefazos de la armada desde aquí? —preguntó Lando—. No queremos perder ni un instante, ¿verdad?

Luke meneó la cabeza.

—No —dijo—. Nos enfrentamos a algo grande y bien organizado. Tenemos que suponer que una organización que puede bloquear todo el sistema estelar de Corellia también es capaz de mantener una cierta vigilancia sobre las comunicaciones, y eso incluso en las conexiones protegidas con sistemas de seguridad. Creo que es preferible que no corramos riesgos, y que no digamos nada hasta que podamos hablar con nuestra gente cara a cara.

—Tal vez tengas razón... —murmuró Lando—. Bueno, en cualquier caso tienes razón al decir que nos enfrentamos a algo grande.

Alguien o algo había rodeado todo el sistema de Corellia con un campo de interdicción, una envoltura de energía producida mediante el uso de un generador de pozo gravitatorio que distorsionaba las líneas de masa del espacio real. Ningún hiperimpulsor era capaz de operar dentro de un campo de interdicción. Ninguna nave que se encontrara dentro del campo podía dar el salto a la velocidad lumínica, y cualquier nave que atravesara el campo mientras estaba dentro del hiperespacio se vería expulsada de él y arrojada al espacio normal. Luke y Lando habían descubierto la existencia del campo de interdicción cuando el *Dama Suerte* fue bruscamente arrancado del hiperespacio en la periferia del sistema corelliano, lo bastante lejos para que el viaje de regreso a Corellia a través del espacio real durase meses en el mejor de los casos.

Nadie había conseguido generar jamás un campo de interdicción que tuviera una centésima parte —ni siquiera una milésima— del tamaño del campo corelliano. Incluso suponiendo que Lando y Luke no tuviesen más información que aquélla, el mero hecho de que existiera un campo de interdicción de ese tamaño ya justificaba por sí solo el dar la alarma.

Pero había más. Leia Organa Solo, jefe de Estado de la Nueva República, se encontraba en el sistema corelliano, y las noticias que llegaban de Corellia llevaban bastante tiempo siendo malas.

Habría que hacer algo al respecto, eso estaba muy claro..., pero ¿el qué? El sistema corelliano había quedado aislado del resto del universo, y no había ninguna forma rápida de entrar en él. La persona responsable de ello dispondría de mucho tiempo para hacer todas las travesuras que quisiera.

Pero Lando tenía otras preocupaciones más personales y Tendra, la dama Tendra Risant del planeta Sacorria, era una de ellas. Lando la había visto por primera y única vez hacía tan sólo unos días, pero ya sabía que era alguien muy especial, alguien que podía llegar a ser importante en su vida.

Resultaba más que un poquito irónico que hubiera iniciado una travesía de la galaxia en busca de una novia con dinero sólo para conocer a una mujer que le había hecho olvidarse por completo del dinero. Bueno, al menos había hecho que dejara de pensar en el dinero durante un tiempo...

Lo que le preocupaba en aquel momento era que cuando se despidió de ella Lando iba hacia Corellia, y que Tendra lo sabía. Tarde o temprano —y probablemente más bien temprano— Sacorria, junto con el resto de la galaxia, se enteraría de que Corellia había cortado todo contacto con el universo. Tendra se enteraría de ello, y tendría todas las razones del mundo para pensar que Lando estaba en Corellia. Se preocuparía, y probablemente haría algo más que preocuparse. Tendra no era la clase de persona que se conforma con quedarse sentada y esperar. Actuaría. Haría algo, aunque sólo el espacio sabía en qué consistiría ese algo..., y el estar seguro de ello hacía que Lando tuviera muchos motivos de preocupación.

Pero aun suponiendo que se limitase a esperar sentada, Tendra había dicho que algo se estaba cocinando en Sacorria, su mundo natal. Sacorria era uno de los Planetas Externos, así llamado porque se encontraba en los confines del Sector Corelliano tanto en términos físicos como en términos políticos.

Sacorria estaba habitada por las mismas tres especies de Corellia: los humanos, los dralls y los selonianos. El planeta estaba gobernado por la Tríada, un misterioso triunvirato formado por representantes de cada una de las tres especies que se habían nombrado a sí mismos para el cargo. Por sí solo, eso ya bastaba para que Lando se sintiera un poco preocupado. Su experiencia personal le había enseñado que las oligarquías no se distinguían por ser la forma de gobierno más estable o racional.

Y no cabía duda de que cuando Lando y Luke estuvieron en Sacorria pudieron ver que había una decidida operación de bloqueo en curso, y su envergadura era lo suficientemente grande para que fueran expulsados del planeta.

Lando echó un nuevo vistazo a las lecturas de sus sistemas y después se volvió hacia Luke, que ocupaba el asiento del copiloto.

—Luke, ¿crees que los problemas de Sacorria pueden haber tenido algo que ver con el campo de interdicción corelliano? Luke miró a Lando y frunció el ceño.

— ¿Qué te hace pensar eso?

—Bueno, en un sitio nos echaron a patadas y en el otro levantaron un campo de interdicción para que nos mantuviera alejados de ahí... Como una especie de muro invisible, ¿no?

— ¡Oh, Lando, venga ya...! —exclamó Luke—. ¿Todo ese campo de interdicción sólo para mantenernos alejados de allí?

—No quiero decir que ese campo estuviera allí para mantenernos alejados de ese planeta —replicó Lando—. No, estaba pensando en ti... Yo no soy tan importante, pero tú sí. Eres el Maestro Jedi. Por eso te llevé conmigo en este viaje..., para que pudieras impresionar a todo el mundo. Bueno, tal vez los corellianos quedaron impresionados. Podría haber montones de razones para querer mantenerte allí donde no pudieras estorbar. Como regla general, los tipos que quieren crear problemas no desean tenerte cerca. No sería la primera vez que alguien recurre a medidas extremas sólo para asegurarse de que estás lo bastante lejos.

—Quizá —dijo Luke, no totalmente convencido—. Pero aun así me sigue pareciendo que se han tomado muchísimas molestias. Además, no había muchas personas que supieran que íbamos a Corellia.

Yo mismo no sabía que iríamos allí hasta la noche anterior a nuestra salida de Coruscant.

—Los tipos que nos echaron a patadas de Sacorria podrían haber adivinado que íbamos hacia allí, y no cabe duda de que podrían haberse enterado de media docena de maneras distintas. —

Lando curvó un pulgar y señaló el compartimento de atrás, donde estaban Cetrespeó y Erredós—. Les habría bastado con tirarle un poquito del altavoz al Chico Dorado, y tendrían toda la historia de nuestras vidas en treinta segundos.

—He oído eso, y debo negarlo —dijo la voz de Cetrespeó desde el intercomunicador—. Siempre soy muy discreto en mis tratos con personas desconocidas...

—Sal de esta línea y deja de fisgar, condenada colección de repuestos parlanchines —dijo Lando.

—Pero debo protestar...

—No hay ninguna necesidad de que estés escuchando, Cetrespeó —dijo Luke, interrumpiendo al androide—. Límitate a decirle a Erredós que se prepare para la fase final de la aproximación. Pronto estaremos en Coruscant.

Luke se inclinó sobre la consola de mandos y desconectó el intercomunicador.

Lando clavó la mirada en el intercomunicador.

—Creo que Cetrespeó acaba de dejar muy claro lo que intentaba hacerte entender —dijo—. Si los sacorrianos hubieran querido saber adónde íbamos, podrían haberse enterado.

—No cabe duda de ello —dijo Luke—. ¡Pero ese campo de interdicción es inmenso! Piensa en la cantidad de energía y en cuánta planificación, organización y trabajo de ingeniería se habrá necesitado para erigirlo y mantenerlo en funcionamiento. No es la clase de aparatito que conectas con un interruptor para librarte de un visitante al que no deseas recibir. Hay formas mucho más sencillas de conseguir que una persona no entre en un sistema estelar..., incluso si esa persona es un Caballero Jedi. Los sacorrianos podrían habernos metido en una celda, o habernos pegado un tiro, o haber colocado una bomba en el *Dama Suerte*.

—Supongo que sí —dijo Lando—. Pero incluso si el campo de interdicción no fue activado sólo para impedir que metiéramos las narices allí, sigo pensando que tal vez existe una conexión entre la expulsión de Sacorria y lo que sea que ha ocurrido en el sistema corelliano.

—Tal vez hayas dado con algo —admitió Luke—. Pero tengo el presentimiento de que tanto si se trata de lo que tú dices como si es alguna otra cosa, todavía tardaremos algún tiempo en descubrir la verdad.

El *Dama Suerte* siguió avanzando por el espacio.

Luke se sintió más que un poco sorprendido cuando vio el comité de recepción que estaba aguardándoles en Coruscant apenas desembarcaron del *Dama Suerte*. El habitual equipo de la pista de censo no era visible por parte alguna, y fueron recibidos por un grupo de seguridad formado por dos hombres y una mujer que llevaba uniformes del Servicio de Inteligencia de la Nueva República y producían una clara impresión de alto secreto.

—Me parece que no hay un ambiente muy relajado por aquí murmuró Lando mientras el oficial de la INR al mando del grupo venía hacia ellos—. Me recuerda un poco la forma en que hacían las cosas los agentes de aduanas la última vez que me arrestaron por practicar el contrabando.

—Maestro Skywalker, capitán Calrissian... Que tengan un buen día —dijo el oficial. Era un hombre joven, de rostro un poquito pálido y constitución que tendía a la corpulencia. Parecía llevar algún tiempo sin poder dormir demasiado—. Soy el capitán Showolter de la Inteligencia de la Nueva República —siguió diciendo—. Su presencia es necesaria en una reunión muy importante. ¿Tendrían bondad de venir con nosotros?

—¿Y qué ocurriría en el caso de que no tuviéramos la bondad ir con ustedes? —preguntó Lando.

Circunstancias cambiadas o no, seguía sintiendo la típica desconfianza del contrabandista ante cualquier policía que le dijera adónde tenía que ir.

Showolter suspiró y le lanzó una mirada llena de cansada exasperación.

—Entonces adoptamos medidas de urgencia, y nos los llevamos de todas maneras aunque sólo sea para asegurarnos de que se estarán calladitos durante un tiempo —explicó—. Después podríamos decidir si les arrestamos o les colocamos bajo custodia protectora. Y ahora, ¿van a venir, o tenemos que perder el tiempo con más tonterías.

—¿De qué se va a hablar en esa reunión? —preguntó Luke

—No puedo responder a esa pregunta —replicó Showolter pero apuesto a que es usted lo suficientemente listo para poder imaginárselo.

—Corellia —dijo Luke.

Showolter les obsequió con una sonrisa cansada.

—Tengo órdenes muy claras y precisas de no decírselo, pero también tenía el presentimiento de que ustedes dos son muy buenos jugando a las adivinanzas. Bien, ¿van a venir o no? —Iremos con ustedes —dijo Luke—. ¿Le importa que nos llevemos a los androides? Uno de ellos tiene información importante almacenada en sus bancos de datos.

Cuanto más seamos, más iremos —respondió Showolter voz impasible.

—Estupendo —masculló Lando mientras seguían a Showolter la un aerodeslizador que estaba aguardándoles—. Con las ganas tenía de perder de vista a ese par... Luke se echó a reír y le dio una palmada en la espalda. —Pues parece que aún tendrás que cargar con todos nosotros durante algún, tiempo.

Subieron al aerodeslizador y el vehículo se puso en marcha, con Showolter viajando en el compartimento trasero al lado de Luke, Lando y los androides mientras los otros agentes de la INR se instan delante. Las ventanillas del aerodeslizador se opacaron al instante. Luke no tenía ni idea de si era para ocultar a los pasajeros de ojos de los transeúntes, o para evitar que él y Lando supieran de iban. Si se trataba de eso último, entonces el esfuerzo no iba a servir de nada, naturalmente. Un Maestro Jedi no tenía necesidad de mirar por una ventanilla para saber adónde iba. Luke ni siquiera necesitó concentrarse para saber que estaban dirigiéndose hacia las torres del palacio, aunque iban por una ruta nada directa y llena de rodeos. Bueno, eso no era ninguna sorpresa.

Luke se recostó en el asiento y decidió aprovechar el tiempo para pensar. Resultaba obvio que alguien de Coruscant ya sabía que estaba ocurriendo algo serio. Pero estaba igualmente claro que Showolter no tenía intención de decirles qué era ese algo, o adónde en siendo llevados. No habían recibido ninguna clase de invitación a aquella misteriosa reunión hasta que llegaron al planeta. Eso convenció a Luke de que los líderes de Coruscant estaban, como mínimo, tan preocupados como él ante la posibilidad de que la oposición —cualquiera que fuese— pudiera interferir las comunicaciones protegidas.

Y si eso les preocupaba en Coruscant, entonces alguna otra cosa debía de haber ido mal.

El aerodeslizador fue reduciendo la velocidad, y se produjo un cambio en el sonido del aire que se deslizaba alrededor del exterior del vehículo. El sentido de la dirección de Luke le dijo lo mismo acababa de decirle aquella alteración en el sonido: el aerodeslizador había entrado directamente en el palacio a través de una de las puertas de acceso de los niveles superiores. No es que fuese a inaudito, desde luego, pero tampoco era el procedimiento habitual. Estaba claro que habían decidido tomarse muy en serio todo lo referente a la seguridad.

El aerodeslizador se posó con una suave sacudida. La puerta abrió y Luke y Lando salieron a un muelle de atraque totalmente anónimo. Showolter apareció detrás de ellos al instante y los escoltó hasta un turboascensor que los esperaba. Los otros dos agentes de la INR permanecieron dentro del aerodeslizador, y contempló cómo Luke, Lando, Showolter y los androides atravesaban el hangar hasta llegar a las puertas del turboascensor.

Las puertas se cerraron apenas estuvieron dentro de la cabina a pesar de que ninguno de ellos había activado ningún control. Después el ascensor sorprendió considerablemente a Luke empezando descender. Intercambió una mirada con Lando y vio que su amigo estaba leyendo la misma información en aquel movimiento hacia abajo. En Coruscant «arriba» significaba una elevada posición social. Las grandes ceremonias, las reuniones importantes y las recepciones opulentas sólo podían tener lugar en los niveles superiores de la gran ciudad. «Abajo» era la dirección de las clases inferiores, y quienes tomaban las decisiones en Coruscant podían contemplar desde arriba y de la manera más literal posible a los niveles inferiores que se encontraban por encima de la superficie, mientras que los niveles subterráneos se encontraban tan abajo que ni siquiera podían ser despreciados.

Pero si el abajo era la dirección de la pobreza y lo que no estaba de moda, también era la de la mayor seguridad. Las profundidades inferiores estaban llenas de cámaras olvidadas y lugares escondidos. Cuando te encontrabas a medio kilómetro por debajo del nivel del suelo, nadie del exterior podía arrojarte una granada desde fuera, lanzarte un cohete o escuchar pegado a una ventana. Pero Luke conocía muy bien a los ricos y poderosos de Coruscant, y también sabía hasta qué punto podían llegar a ser desagradables las profundidades inferiores. Si los grandes poderes del planeta tenían que refugiarse en el subsuelo, eso quería decir que las cosas tenían que estar realmente muy mal.

— ¿Adónde vamos? —preguntó.

A una sala protegida de la INR —respondió Showolter—, y vamos a entrar por la puerta de atrás. El protocolo requiere que cada grupo llegue siguiendo una ruta distinta, si eso es posible. Eso hace que a la oposición le resulte más difícil detectar que unas personas van a reunirse. Pero la mala noticia es que las dos rutas directas que llevan a esta sala protegida ya han sido utilizadas.

Y a qué llamaría usted «ruta directa»? —preguntó Lando.

—Bueno, una de ellas es un turboascensor que termina su trayecto directamente dentro de la sala protegida. La otra es un túnel lateral oculto que parte de un túnel de mantenimiento que aún está en uso. Pero no nos queda más remedio que utilizar la puerta trasera..., limitémonos a decir que esta ruta nunca llegará a ser una atracción turística.

Lando enarcó las cejas, pero no dijo nada más.

Luke intentó calcular la longitud del descenso que estaban llevando a cabo dentro del turboascensor. Acabó decidiendo que se encontraban como mínimo a ochocientos metros por debajo de su punto de partida cuando la cabina del turboascensor se detuvo. Las puertas no se abrieron. Showolter desenfundó su arma, un desintegrador del modelo reglamentario utilizado por la Nueva República. Durante una fracción de segundo Luke se preguntó si no se habrían Metido en una trampa. Pero no percibía ninguna intención malévola o engaño en Showolter, y lo que dijo el oficial de la INR un instante después enseguida le tranquilizó.

—Maestro Skywalker, capitán Calrissian... Bueno, creo que los dos van armados, ¿no? ¿Me permiten sugerirles que desenfunden sus armas antes de que abramos las puertas?

—Ah... Claro —dijo Lando mientras desenfundaba su desintegrador—. Pero ¿le importa si le pregunto por qué?

—Fauna local —respondió Showolter.

— ¡Oh, cielos! —exclamó Cetrespeó—. ¿Fieras, cazadores salvajes? ¿Aquí?

—Así es —dijo Showolter.

—Ah —dijo Luke—. Supongo que no debería sentirme demasiado sorprendido.

La ciudad de Coruscant llevaba mucho, mucho tiempo en el sitio donde se alzaba, y un inmenso número de animales extraños habían sido llevados al planeta por una amplia gama de razones. Algunos de ellos llegaron allí para servir como animales domésticos, mientras que otros fueron llevados para fines alimenticios y unos cuantos para exhibirlos. A lo largo de los milenios cierto número de esos animales habían escapado, y una buena parte de esos animales habían pasado al estado salvaje e incluso habían evolucionado para adaptarse a sus nuevas circunstancias.

La ciudad superior era una fuente de recursos, principalmente, bajo la forma de basura. Era prácticamente inevitable que una especie de ecosistema deforme y retorcido acabara surgiendo a medida que los moradores de las profundidades se iban adaptando a su entorno. Incluso había historias —no confirmadas, por lo que sabía Luke— acerca de que algunas de las especies salvajes de los niveles inferiores habían sufrido una regresión a partir de sus antecesores inteligentes con el paso del tiempo. Había un sinnúmero de leyendas urbanas sobre zombis de los niveles inferiores, feroces criaturas descendientes de infortunados turistas o empleados de oficina que se habían extraviado en los niveles subterráneos hacía miles de años.

— ¿Y cuál es la molestia local en esta parte de la ciudad? —preguntó Lando.

—Los llamamos ogros de los corredores —respondió Showolter—, aunque no estamos totalmente seguros de qué son. Pero no cabe duda de que tienen muchísima hambre. Son unas criaturitas de lo más desagradable, unos cuadrúpedos que le llegan a la rodilla a un humano adulto... Parecen más o menos mamíferos, pero no tienen pelo, sólo piel tan blanca como la de un muerto. Son ciegos, ¿saben? De hecho, no tienen ojos. Pero tienen unas orejas muy grandes..., y unos dientes igual de grandes. Creemos que se orientan mediante la ecolocación. Por lo menos eso explicaría los alaridos estridentes que emiten. Pero sea cual sea la forma en que se las arreglan para orientarse, cuando van a por ti son muy veloces y precisos..., así que tengan mucho cuidado.

— ¡Estamos perdidos! —gimió Cetrespeó, y Erredós dejó escapar un quejido de consternación.

—Eh, calmaros —dijo Luke.

—Sí, relajaron. Me parece que serían los animalitos domésticos ideales, ¿no? —murmuró Lando mientras comprobaba la carga de su desintegrador—. Listo —dijo después.

Luke descolgó su espada de luz de su cinturón y la empuñó, pero no la conectó.

—Listo —dijo.

—Muy bien —dijo Showolter—. Tenemos las luces encendidas para poder verlos, y eso iguala un poco las cosas. Puedo asegurarles que no me gustaría nada tener que enfrentarme a ellos en la oscuridad... Ahora vamos a salir del turboascensor y avanzaremos unos cincuenta metros por el pasillo, y después torceremos a la izquierda luego volveremos a torcer a la izquierda. Seguimos veinte metros, y después nos encontramos con una rampa bastante empinada lleva a otro nivel que queda unos quince metros por debajo del oro. Por cierto, ese androide de las ruedas... ¿Qué tal se le dan rampas?

Erredós dejó escapar un burbujeo lleno de indignación.

—Muy bien —dijo Luke, sonriendo—. La verdad es que casi todo se le da muy bien.

—Bueno, eso espero —dijo Showolter, que estaba claro tenía unas dudas al respecto—. Pero que todo el mundo mire dónde pise los pies, o las ruedas, cuando vayamos por el pasillo. El piso es viejo, y el suelo no está todo lo entero que debería estar..., y tengan mucho cuidado al final de la rampa... Los ogros saben que es un buen sitio para esconderse y acechar a sus presas. Bien, cuando estemos en la base de la rampa nos encontraremos delante una gran puerta con blindaje antidesintegradores que está a unos diez metros de la base de la rampa. La sala de seguridad en la que se celebrará la reunión está al otro lado de la puerta. Hay un sistema de entrada del tipo teclado en la puerta, y si pueden cubrirme mientras tecleo el código eso me ayudaría muchísimo. Parece que a los ogros les gusta atacar mientras estamos ocupados con la Puerta.

—Ah... Sólo una pregunta rápida —dijo Lando.

—Sí, ¿de qué se trata? —replicó Showolter.

—Si los ogros de los corredores son unos bichos tan feos y molestos como ha dicho, ¿por qué no se limitan a echarlos de esta parte de los túneles y luego bloquean todas las entradas?

Showolter dejó escapar una carcajada bastante desagradable.

—Ya veo que no me he explicado con la suficiente claridad —dijo después—. Nos gusta tenerlos por los alrededores. Son parte del sistema de seguridad, así que les ruego que no disparen contra ellos a menos que se vean obligados a hacerlo.

—No lo entiendo —dijo Lando.

—Es muy sencillo —dijo Showolter—. Una vez que todos estemos dentro de la sala de seguridad, apagaremos las luces de los pasillos. Cualquier persona que venga a husmear por aquí se va a llevar una sorpresa muy poco agradable.

—Eso ya me parece más típico de la INR de la que he oído hablar —dijo Lando—. Y luego les extraña que tengan tantos problemas a la hora de reclutar agentes...

Showolter se rió.

—Oh, vamos tirando. Estén preparados, ¿de acuerdo? —Giró sobre sus talones hasta quedar de cara a las puertas y alzó su arma—. Muy bien, Berleman —le dijo al aire—. Abra las puertas.

Estaba claro que alguien manejaba el turboascensor mediante un control remoto. Las puertas se deslizaron por sus guías y Showolter entró en una enorme cámara de aspecto tenebroso que había sido excavada en la misma roca. La cámara estaba tenuemente iluminada, y la única claridad procedía del interior del turboascensor y de monturas de tubos luminosos instaladas en un túnel que empezaba en la pared de enfrente de las puertas del ascensor.

Las puertas de la cabina se cerraron, reduciendo instantáneamente a la mitad la cantidad de luz disponible en la cámara. Resultaba obvio que el espacio era muy grande, pero la claridad de los tubos luminosos del túnel no era ni con mucho lo suficientemente potente para iluminarlo todo.

Pero dispusieron de poco tiempo para mirar a su alrededor. Showolter ya estaba guiándoles hacia el túnel avanzando con paso rápido y decidido, el desintegrador preparado para hacer fuego. El grupo se metió por el angosto túnel en fila india, con Showolter delante seguido por Lando, y los androides a continuación y Luke cerrando la marcha.

Las paredes del túnel eran de rugosa piedra marrón oscuro y estaban húmedas y un poco viscosas, con alguna clase de fluido pegajoso rezumando de ellas y bajando lentamente hacia el suelo. Luke pudo oír un lento goteo regular en la lejanía. El aire era lo suficientemente frío para que pudiera ver su aliento.

La iluminación del pasillo —reducida a los tubos luminosos atornillados a intervalos irregulares al techo del túnel, que apenas tenía la anchura suficiente para que dos humanos caminaran el uno al lado del otro— era bastante débil. Luke pudo ver que el suelo de piedra

desgastada y llena de irregularidades había sido liso y perfectamente acabado en algún lejano pasado, quizá cuando la Antigua República era una idea nueva. Pero el suelo que pisaban estaba agrietado y lleno de pequeños baches, con un repugnante arroyuelo de fluido serpenteante que corría por el centro de él y se alejaba hasta perderse en la oscuridad. La mayor parte de la superficie de piedra estaba cubierta por una mezcla de suciedad y tierra fangosa que había ido desprendiéndose de los niveles superiores de la ciudad a lo largo de las generaciones.

— ¡Oh, cielos! —exclamó Cetrespeó—. Qué lugar tan total y absolutamente horrible... ¡Podemos tener la seguridad de que todos seremos destruidos!

—Intenta calmarte, Cetrespeó —dijo Luke—. Hemos estado en sitios peores.

Teniendo en cuenta algunos de los sitios en los que hemos estado, amo Luke, la verdad es que no me parece que eso diga mucho en favor de este lugar —replicó Cetrespeó—. Soy incapaz de imaginarme qué motivos puede haber para traernos hasta un entorno tan espantoso.

Luke tuvo que admitir, aunque sólo fuese ante sí mismo, que Cetrespeó tenía su parte de razón. Aquel túnel fétido no era un sitio demasiado recomendable. Desplegó sus poderes de la Fuerza para averiguar si podía percibir la presencia de algunos de los ogros de Showolter en la zona, pero era inútil. Los niveles inferiores abandonados de Coruscant eran el hogar de toda una miríada de formas de vida, y no había forma de saber cuáles de las mentes que estaba captando eran ogros de los pasillos y cuáles no lo eran.

Pero entonces, de manera totalmente repentina y justo cuando Showolter estaba llegando a la primera intersección del túnel y a su primer giro hacia la izquierda, Luke ya no tuvo ningún problema para percibir la presencia de los ogros.

Porque ése fue el momento en el que los ogros empezaron a gritar..., y el sonido venía de delante de ellos. Luke miró a Showolter y Lando, vio el miedo en sus ojos y comprendió que su rostro debía de mostrar la misma expresión. Los gritos siguieron y siguieron, voces aullando por encima de otras voces que llenaban de ecos todo el corredor. Luke se recordó a sí mismo que era un grito de caza, nada más que la llamada de un depredador dirigida a otro depredador. Pero aun así aquel sonido le heló la sangre. En términos fríos y lógicos, Luke podía saber que los alaridos de los ogros no tenían más significado que el canto de un pájaro o el veloz parloteo de una rata womp. Y sin embargo, para los oídos humanos eran un chillido primordial de terror, odio, pérdida y dolor.

Showolter retrocedió alejándose de la intersección y pegó la espalda a la pared viscosa.

¡Maestro Skywalker! —gritó, tratando de hacerse oír por encima de aquel terrible estrépito—. Si tuviera la amabilidad de conectar esa espada de luz suya y protegernos las espaldas... Les gusta atacar desde ambos...

Pero entonces los gritos empezaron a resonar detrás de ellos, y ya no hubo necesidad de más advertencias.

Luke activó su espada de luz y se puso en guardia, sosteniendo e arma con una sola mano. Ignoró los gritos que llegaban de delante; Que Showolter y Lando se ocuparan de ellos. Luke concentró toda su atención detrás de él, e intentó ver algo más allá del final de las luces, allí donde se extendía la cámara del turboascensor.

Los gritos cesaron tan bruscamente como habían comenzado, y un instante después Luke vio un fugaz destello de movimiento apenas discernible en la penumbra. Después hubo otro, y otro más.

— ¡Vamos a tener compañía por aquí detrás! —gritó.

Y de repente allí estaban: había tres, inmóviles en la entrada del túnel. La descripción dada por Showolter había sido bastante exacta. Los ogros de los corredores medían aproximadamente un

metro de altura, tenían una disposición corporal básicamente cuadrúpeda y sus cuerpos eran alargados, esbeltos y nervudos. Tenían las patas largas, claramente hechas para correr y saltar. Sus orejas eran enormes y puntiagudas y no paraban de oscilar hacia atrás y hacia adelante, girando independientemente la una de la otra como si estuvieran sintonizando cada sonido por turno. Sus cabezas sin ojos tenían largos hocicos, y el morro temblaba incesantemente. Luke supuso que su sentido del olfato era tan bueno como el del oído. Las tres criaturas permanecían totalmente inmóviles con las bocas abiertas, sin emitir ningún sonido que Luke pudiera oír.

— ¡Cetrespeó, Erredós! —gritó por encima de su hombro—. ¿Podéis oír algo en la gama de ultrasonidos?

—Por supuesto que sí, amo Luke. El sonido parece proceder de los ogros que se encuentran directamente delante de usted. Es similar a los gritos que acabamos de escuchar, pero en una frecuencia mucho más alta. —Erredós emitió una serie de pitidos y zumbidos, y Cetrespeó se encargó de traducirlos—. ¡Oh, cielos! Erredós informa de que están lanzando haces de ultrasonidos dirigidos hacia nosotros. Sugiere... ¡Sugiere que están sondeando nuestras estructuras internas para decidir cuál de nosotros puede ser más comestible!

—Pues entonces ya puedes calmarte, Cetrespeó —dijo Luke—. Dudo que encuentren nada demasiado apetitoso en un androide metálico.

—Vaya, es verdad —dijo Cetrespeó, obviamente aliviado—. Eso es un gran consuelo.

—Me alegra oírlo —murmuró Luke—. ¡Lando! ¡Capitán Showolter! —gritó—. Háblenme. ¿Qué está ocurriendo ahí delante?

—No podemos verlos ni oírlos, pero siguen estando por aquí.

—Espere un momento —dijo Luke.

Envío una sonda de pensamientos a través de la Fuerza y buscó mentes de las criaturas que se ocultaban delante de él. Encontró espíritus llenos de hambre, astucia y nerviosa impaciencia. Por fin sabía cómo era la mente de un ogro de los corredores. Siguió desplegando su sonda hasta llegar a la oscuridad del túnel que se extendía detrás de él, y buscó la misma clase de mente. Había un número asombrosamente elevado de mentes animales en los oscuros pasillos, pero Luke ya sabía qué debía buscar.

—Hay tres más —dijo un instante después. Las tres mentes llenas de hambre estaban cerca, pero a un nivel inferior—. Si no me he equivocado al detectarlas, están al final de esa rampa de la que nos habló. Voy a ver qué puedo hacer al respecto.

— ¿De qué está hablando? —preguntó Showolter.

—Cállese —dijo Lando—. Déjele trabajar.

Luke buscó las mentes de los ogros inmóviles delante de ellos e intentó dar con alguna forma de alejarlos de allí. No habría sentido ningún deseo de matarlos incluso sin la admonición de Showolter. Aquellos seres tenían unas mentes vivaces y muy listas, veloces, agudas y directas. Los trucos sutiles y los engaños no darían ningún resultado con ellos. Bueno, a veces los sistemas más sencillos eran los mejores... Luke encontró los sitios adecuados en sus mentes y los golpeó con un chorro de terror en estado puro.

Los ogros desaparecieron casi antes de que pudiera darse cuenta de que se habían movido. Luke bajó un poco la guardia. Aunque se asustaran con facilidad, no cabía duda de que tampoco tardarían mucho tiempo en reunir el valor necesario para regresar.

—He hecho huir a nuestros amigos de aquí atrás —dijo—. Erredós, quiero que sigas vigilando la retaguardia y que nos avises si detectas algo. Lando, tú también deberías mantener vigilada esa zona. He de ir al otro extremo del túnel.

—Muy bien, Luke —dijo Lando, y Erredós soltó un pitido para indicar que le había entendido.

Luke desconectó su espada de luz y pasó junto a Lando y los androides en la primera intersección del túnel, allí donde Showolter seguía esperando con la espalda todavía pegada a la pared.

—Bien, necesito saber si ese corredor de ahí abajo tiene alguna salida —dijo Luke.

—No, al menos que nosotros sepamos —replicó—. El pasillo termina en una zona llena de rocas y cascotes sueltos. Hay grietas y rendijas por todas partes. Creemos que hemos tapado todas las que llevan a algún sitio, pero no podemos estar totalmente seguros. Y siempre existe la posibilidad de que los ogros o algún otro animal vuelvan a abrir un agujero que pensábamos estaba tapado. Pero en lo que se refiere a los humanos... Sí, es un callejón sin salida.

—Pero tal vez no lo sea para los ogros —dijo Luke.

Aun así, la mera posibilidad de que el túnel no tuviese salida significaba que no podía utilizar el mismo truco de provocar terror. Si unas criaturas como los ogros se encontraban aterrorizadas y con la espalda pegada a una pared, se podía estar casi totalmente seguro de que buscarían una salida luchando. Un vistazo a esos seres le había convencido de que podían causar muchos daños si querían. Luke tendría que encontrar alguna otra forma.

—Espere aquí y cúbrame la espalda —le dijo a Showolter—. Quiero probar una cosa.

Showolter puso cara de querer protestar, pero mantuvo la boca cerrada. Luke pasó junto a él, torció hacia la izquierda por el pasillo y volvió a desviarse en esa dirección casi inmediatamente. El túnel enseguida iniciaba un rápido descenso que formaba una pendiente bastante empinada. Luke volvió a descolgar su espada de luz del cinturón y la conectó. La espada se iluminó con el familiar zumbido ahogado de energía, y la hoja ardió fantasmagóricamente en el pasillo.

Luke fue bajando por la rampa, avanzando hacia aquellas oscuras profundidades. No estaba totalmente seguro de lo que pretendía hacer, y sólo tenía claro que no deseaba matar innecesariamente. Buscó las mentes de los tres ogros de los corredores que estaban aguardando al final de la rampa. Allí estaban, tres amasijos de nerviosa energía; tres mentes impacientes, hambrientas, voraces y temerosas que ya estaban vacilando entre el impulso de luchar y el de huir. Bastaría con el más ligero roce para que los ogros huyeran aterrorizados..., o atacaran con implacable salvajismo. Cuidado, cuidado. Luke tendría que ir con muchísimo cuidado.

Llegó al final de la rampa, allí donde se abría a un pasillo bastante ancho que se hallaba en un estado todavía más decrepito que el de arriba.

Y allí estaban, justo delante de la puerta blindada que Showolter había descrito, con el montón de escombros del túnel derrumbado alzándose a la izquierda de Luke: tres de aquellas criaturas sin ojos, duendes de puntiagudas orejas blancos como fantasmas, con las bocas abiertas y sus dientes afilados como agujas preparados para entrar en acción. Resultaba obvio que «veían» a Luke a través de su sentido de la localización de ecos. Estaban alerta, y no cabía duda de que le observaban. Los tres ogros retrocedieron un poco cuando Luke entró en la cámara, y uno de ellos, el más pequeño y flaco, dejó escapar una especie de ladrido nervioso. Eso bastó para que los otros dos decidieran imitarle, y la cámara no tardó en resonar con los ecos de un aterrador estruendo de ladridos, chillidos y alaridos.

—Vamos, vamos, calma... —dijo Luke.

Se fue deslizado poco a poco hacia la derecha de la rampa, intentando volver la espalda en dirección a la pared y tratando de que su voz sonara lo más tranquilizadora posible. Los ogros gimoteaban y chillaban, y se iban poniendo más y más nerviosos a cada momento que pasaba. ¿Sabían que sus compañeros del pozo del turboascensor se habían desvanecido? ¿Era eso una

parte de lo que los estaba asustando, o sería que los ogros de los pasillos siempre estaban tan nerviosos?

Luke profundizó un poco más en sus mentes e intentó calmarlas. Pero había muy poco en las mentes de aquellas criaturas que estuviera interesado en ser calmado y tranquilizado. ¿Cómo podía haberlo, cuando se las habían arreglado para evolucionar con el objetivo de sobrevivir en la inhóspita oscuridad de la ciudad inferior de Coruscant, donde sólo se podía elegir entre comer o ser comido?

Luke vio unos cuantos huesos esparcidos por el suelo y reconoció uno de ellos como dientes incrustados en una mandíbula que parecía haber pertenecido a un ogro de los corredores que había muerto allí mismo, no hacía mucho tiempo. Aquel sitio era peligroso para ellos. No, no había ninguna esperanza de calmar a esas criaturas de ahí abajo.

Por lo menos su sondeo mental y el comportamiento de los ogros le había permitido adquirir un poco más de información. Las criaturas no habían avanzado hacia el montón de escombros del túnel derrumbado a la izquierda de Luke, y en sus mentes no había ningún pensamiento que hiciera referencia a él. Unos animales más pequeños tal vez pudieran abrirse paso por entre el derrumbamiento de rocas, pero en lo que concernía a los ogros era un callejón sin salida. La única salida de que disponían era la subida a lo largo de aquella rampa por la que acababa de bajar Luke. Cuando estuvieran en el nivel superior podrían escoger entre cualquiera de los corredores..., y era muy posible que se tropezaran con Showolter, Lando y los androides.

Un Jedi no interfería caprichosamente el funcionamiento de la mente de ningún ser vivo, y sólo influía sobre ella cuando era necesario., y en aquel momento lo era. Luke profundizó su sondeo, descubrió lo que buscaba y, con una inmensa reluctancia, asumió el control directo de los cuerpos de los ogros. Sus chillidos y gañidos se interrumpieron de repente, y las criaturas se quedaron tan brusca como totalmente inmóviles. Luke concentró su voluntad en el deseo de hacer que las criaturas se alejaran de la puerta blindada y avanzaran hacia el montón de escombros, y los tres ogros de los corredores fueron en esa dirección, moviéndose torpemente sobre sus patas envaradas. Luke siguió obligándoles a avanzar hacia el rincón más alejado de la cámara, y los mantuvo allí.

Luke sabía que podía mantenerlos controlados de manera más o menos indefinida, pero el hacerlo suponía correr el riesgo de infligir un daño terrible a las criaturas y, muy probablemente, al mismo Luke. Los ogros acabarían resistiéndose a su voluntad, y entonces habría muchas probabilidades de que se causaran daños a sí mismos. Luke ya podía sentir cómo empezaban a oponerle resistencia. Aflojó su control lo suficiente para permitirles cambiar de postura y mover las orejas de un lado a otro, pero en vez de tranquilizarse, los ogros continuaron resistiéndose con creciente ferocidad a los restos de sujeción que les imponía.

— ¡Capitán Showolter! ¡Lando! —gritó Luke—. ¡El camino está libre, pero les necesito aquí abajo y deprisa!

— ¡Ya vamos! —respondió Lando, y Luke enseguida pudo oír el ruido que hacían los dos hombres y los dos androides viniendo hacia él por el pasillo.

La entrada de la rampa quedaba justo en el límite de la visión periférica de Luke mientras vigilaba a los ogros. Un instante después pudo ver aparecer a Showolter, que se quedó paralizado apenas vio a los ogros.

— ¿Qué demo...?

—Ya se preocupará de eso después —le interrumpió Luke—. Ahora abra la puerta blindada, y dese prisa. —Por supuesto —dijo Showolter.

Fue hacia el teclado de la puerta blindada..., pero los gritos volvieron a sonar en ese mismo instante, esta vez procedentes del comienzo de la rampa en el nivel superior. Los ogros a los que Luke había inmovilizado enseguida empezaron a tirar todavía más frenéticamente de los lazos invisibles que los mantenían prisioneros, y pronto estuvieron chillando y ladrando mientras hacían chasquear sus mandíbulas.

Showolter parecía estar a punto de decir algo, pero se lo pensó mejor y se apresuró a cumplir con su parte del trabajo.

Los dos androides bajaron por la rampa, con Lando detrás de ellos y haciendo cuanto podía para mirar detrás de él mientras se movía.

Luke pudo oír cómo Showolter introducía el código en el teclado de la puerta blindada, y un instante después oyó cómo la puerta empezaba a abrirse.

Corrió el riesgo de echar una rápida mirada hacia atrás, y vio a Showolter y los androides entrando por el hueco antes de que la puerta se hubiese abierto del todo. Lando titubeó un momento en la entrada y acabó volviéndose hacia él.

—Vamos, Luke —dijo—. Los demás vienen hacia aquí.

Luke no necesitó ningún otro estímulo. Volvió la mirada hacia los ogros paralizados, con la espada de luz todavía empuñada y preparada para entrar en acción, y fue retrocediendo hacia la puerta blindada.

El otro grupo de ogros apareció justo cuando Luke daba el primer paso hacia la entrada, aullando y ululando y con las orejas estremeciéndose y girando de un lado a otro mientras dividían su atención entre sus camaradas inmovilizados y la puerta blindada abierta. Luke no esperó a ver el final del drama, y cruzó el umbral andando de espaldas con su espada de luz firmemente empuñada.

Lando dejó caer su mano sobre el interruptor de emergencia y la puerta blindada se cerró con un golpe seco. Luke dejó de controlar a los ogros. En menos tiempo de lo que jamás hubiese creído posible, pudo oír cómo saltaban hacia la puerta blindada, aullando y gimoteando, y cómo sus garras repiqueteaban sobre el panel de duracero del exterior de la puerta.

Luke dejó escapar un suspiro de alivio, desconectó su espada de luz y volvió a colgársela del cinturón.

—Bueno, no era la clase de comité de recepción que estaba esperando —dijo.

—Estoy totalmente de acuerdo —intervino Cetrespeó—. Incluso para aquellos de nosotros que no coríamos el peligro de ser devorados, debo decir que llevaba mucho tiempo sin ver unas condiciones tan desagradables y tan poco higiénicas.

—Corta el discurso, Chico Dorado —dijo Lando—. Y ese comentario viene de todos los que no corremos el peligro de ser desmontados pieza por pieza, si es que captas la indirecta. —Lando enfundó su desintegrador y se apoyó en la pared de la cámara—. Capitán Showolter, y con todo el respeto debido, al diablo con esos procedimientos de seguridad suyos que exigen que todo el mundo utilice entradas separadas. No pienso marcharme por esa puerta.

Showolter asintió con una cansada inclinación de cabeza.

—Sí, creo que tiene razón... Nunca había visto tan agresivos a nuestros pequeños amigos. Pero ahí dentro hay algunas personas que están esperando verles, y todos tenemos mucha prisa. Vengan por aquí.

—Eso es lo que me gusta de tenerte cerca, Luke —gruñó Lando—. Siempre dispongo de montones de tiempo para recuperar el aliento entre una emoción y otra.

—Eh, recuerda que fuiste tú quien me pidió que te acompañara en este viaje —replicó Luke—. Pero vamos a averiguar quién nos está esperando.

La puerta blindada no daba directamente a la sala protegida, sino a una especie de esclusa de unos cuatro metros de longitud con otra puerta blindada al final. Showolter utilizó el teclado de la segunda puerta y ésta giró sobre sus goznes para revelar una sala de conferencias en forma de L, perfectamente convencional y muy bien equipada. La puerta blindada interior daba al lado más corto de la L, y los tres hombres y los dos androides entraron en la sala.

—Tendría que haberme imaginado que les tocaría venir hasta aquí por el camino más difícil —dijo una voz áspera y familiar desde el otro lado de la esquina.

Luke entró en el lado largo de la L y contempló la gran mesa que ocupaba su centro. El propietario de la voz que acababan de oír se encontraba sentado al otro extremo de la mesa.

— ¡Almirante Ackbar! —exclamó Luke—. ¡Me alegra mucho volver a verle!

—Sería preferible que este reencuentro tuviera lugar bajo circunstancias más agradables —dijo otra voz.

Mon Mothma se encontraba de pie detrás del almirante de Mon Calamari, y parecía como si hubiera estado leyendo un informe por encima de su hombro.

— ¡Mon Mothma! —dijo Luke—. También me alegra volver a verla, sean cuales sean las circunstancias.

—Veo que siguió mi consejo y que se fue a recorrer la galaxia con mi buen amigo Lando Calrissian —siguió diciendo Mon Mothma, los labios curvados en una leve sonrisa—. Les ruego que se sienten. Capitán Showolter, tal vez podría traernos algún refresco y algo de...

—Para mí nada, gracias —dijo Lando.

—Yo tampoco quiero nada —dijo Luke—. Ir por esos pasillos me ha quitado el apetito. Los olores que hay por ahí fuera no tienen nada de agradable, ¿saben? Les pido disculpas si hemos traído alguno de ellos con nosotros.

—Oh, en absoluto —dijo Mon Mothma—. Pero les ruego que se sienten. —Todos se sentaron en el mismo extremo de la mesa—. Bien, capitán Calrissian —añadió Mon Mothma—, ¿qué tal ha ido su viaje? Espero que haya sido provechoso.

—Decididamente sí, Mon Mothma, aunque ha sido más provechoso en el sentido personal que en el financiero —replicó Lando—. Pero me temo que el viaje se interrumpió de una manera un tanto brusca antes de que pudiéramos llegar a Corellia.

— ¿Cómo fue eso? —preguntó el almirante Ackbar con una cierta preocupación—. Tengan la bondad de contárnoslo todo.

—Bueno, llegamos a Sacorria —dijo Lando—, pero llevábamos Menos de medio día allí cuando nos ordenaron que nos fuéramos del planeta. Acababan de poner en vigor una especie de bloqueo antiextranjeros. No estuvimos allí el tiempo suficiente para enterarnos de muchas cosas, pero Tendra... Tendra es una sacorriana con la que yo..., con la que hablamos, ¿saben? Bueno, el caso es que Tendra parecía pensar que se estaba incubando alguna clase de crisis que no tardaría en estallar.

— ¿Y esa crisis podría tener algo que ver con Corellia? —preguntó Showolter.

—Supongo que es posible —replicó Lando—. Nunca tuvimos la posibilidad de averiguarlo. Fuimos detenidos por un campo de interdicción.

— ¿Un campo de interdicción cerca del sistema planetario corelliano? —preguntó Ackbar—. ¿Por qué no empezaron por ahí? ¿Qué tamaño tiene ese campo, y dónde está?

—Iba a hacerlo, pero empecé a hablar de otras cosas y he tardado un poco en volver a lo principal —dijo Lando sin perder la calma—. Ésa fue la razón por la que no tuvimos ninguna posibilidad de averiguar qué estaba ocurriendo en el sistema corelliano. El campo nos impidió llegar hasta allí.

— ¿Cómo puede ser eso? —preguntó Ackbar.

—Porque no se trata sencillamente de que el campo se encuentre cerca de Corellia, sino que rodea por completo el sistema corelliano —explicó Luke.

— ¿Qué? ¡Eso es imposible! —exclamó Ackbar—. Nadie ha conseguido generar jamás un campo de tales dimensiones.

—Eso es justo lo que pensé —replicó Lando—. Pero el campo está ahí de todas maneras. Fuimos expulsados del hiperespacio a unas veinte horas luz de Corell, la estrella de Corellia. Y el campo no sólo es grande, sino que también es muy potente. Faltó poco para que hiciera estallar los sistemas de seguridad de los hiperimpulsores del *Dama Suerte*.

Luke miró a Ackbar y a Mon Mothma.

—Eh, esperen un momento... Si no sabían nada sobre el campo de interdicción, ¿por qué estamos aquí?

—Es muy sencillo —dijo Mon Mothma—. Hemos perdido toda comunicación con el sistema planetario corelliano..., y cuando digo «toda», no estoy exagerando.

— ¿Están hablando de un silencio repentino de los comunicadores? —preguntó Lando—. Si se ha producido alguna clase de situación militar que lo exija, el gobernador general Micamberlecto quizá haya decidido ordenar un cese total de las comunicaciones.

—Las cosas tendrían que estar realmente mal para que esa posibilidad resultara plausible —dijo Ackbar—, pero me temo que incluso ésa es una interpretación altamente optimista. No se trata de un cese de las comunicaciones, sino de un bloqueo total mediante interferencias. Todas las comunicaciones de entrada y salida del sistema planetario corelliano están siendo interferidas, y la interferencia abarcaba todo el sistema.

Lando dejó escapar un silbido ahogado.

—Sea quien sea la persona que está detrás de todo esto, parece que no le asusta pensar a lo grande.

—Pero hay alguna cosa más que les preocupa —dijo Luke—. De lo contrario no nos habríamos reunido en una sala subterránea.

—Tiene toda la razón —dijo Mon Mothma—. Capitán Showolter...

—Gracias, señora. —Showolter se volvió hacia Luke y Lando—. Incluso antes del bloqueo de las comunicaciones, ya estábamos preocupados por la posibilidad de que alguien hubiera conseguido interceptar nuestras comunicaciones en el sistema planetario corelliano. No parábamos de enviar un agente detrás de otro, y todos se desvanecían. Cuanto más cuidadosamente planeábamos la introducción, más deprisa perdíamos al agente. Tiene que haber alguna clase de filtración fuera del sistema corelliano. Incluso sin el bloqueo de comunicaciones, el problema ya estaba empezando a ser lo suficientemente grande para ponernos muy nerviosos. Parece ser que los dos o tres últimos agentes que intentamos introducir fueron derribados o capturados apenas entraron en el sistema.

—En consecuencia —dijo Mon Mothma—, hemos decidido que todo lo relacionado con esta situación debe ser considerado máximo secreto y tratado como tal en reuniones cara a cara celebradas en instalaciones lo más protegidas y seguras posible.

—También hemos decidido que tendremos que actuar directamente en el sistema corelliano —dijo el almirante Ackbar, usando un tono de voz que sonaba áspero y sombrío incluso para él—. No veo ninguna forma de evitarlo. Por desgracia, no tengo ninguna nave Imponible para el trabajo. —El almirante Ackbar hizo girar sus saltones ojos de pez de un lado a otro y meneó la cabeza—. Nunca habíamos estado tan escasos de efectivos. Tenemos todos los almirantes que se puedan desear, pero en estos momentos la flota ha quedado reducida a un auténtico esqueleto..., y no necesito decirles que esta información es altamente confidencial.

»Debemos dar por supuesto que quien eliminó o capturó a nuestros agentes y ordenó el bloqueo de comunicaciones, y que ha creado este campo de interdicción, actuó de esa manera para ocultar algo que se supone no debemos llegar a conocer —siguió diciendo Ackbar—. Y han conseguido hacerlo en el momento exacto en que prácticamente todas nuestras naves estaban ocupadas en otros sitios, o en dique seco. No creo que eso sea una coincidencia, pero de momento vamos a olvidarnos de toda esta parte del problema. ¿Qué más saben acerca del campo de interdicción?

Luke se volvió hacia su androide astromecánico.

— ¿Erredós? —Erredós emitió dos pitidos y avanzó sobre sus ruedas hasta detenerse al lado del asiento de Luke—. Muéstranos las imágenes gráficas del campo de interdicción.

Erredós respondió obedientemente con un silbido y activó su generador holográfico interno. Una imagen empezó a formarse en el aire.

—No nos quedamos allí el tiempo suficiente para obtener mucha información, pero sacamos todo lo que pudimos de los grabadores de datos automáticos del *Dama Suerte* y luego lo realizamos y mejoramos al máximo. Ah, y no olviden que estos datos han sido sometidos a un masaje bastante considerable... Es posible que eso haya introducido toda clase de errores en ellos.

Erredós proyectó un diagrama esquemático del sistema planetario corelliano que mostraba la estrella Corell, el planeta Corellia y los otros planetas habitados —Selonía, Drall y los Mundos Dobles de Talus y Tralus—, junto con los planetas exteriores. Pasados unos momentos vieron aparecer una especie de neblina grisácea, una esfera que se extendía hasta bastante más allá del planeta más exterior del sistema.

—El campo de interdicción no está centrado en la estrella —dijo inmediatamente Ackbar.

—Le felicito, almirante. Nosotros necesitamos casi todo un día para darnos cuenta de ello... Pero tiene razón: no está centrado en la estrella. Por lo que hemos podido averiguar, parece que su centro se encuentra en algún lugar cercano a Talus y Tralus, los Mundos Dobles.

— ¿Los Mundos Dobles? —preguntó Mon Mothma—. Lo siento pero no estoy tan familiarizada con el sistema corelliano como debería.

—Oh, no es nada que deba reprocharse —dijo Luke—. Yo también tuve que echar un vistazo a los bancos de datos. Son los menos poblados e importantes de los planetas habitados corellianos. Los llaman los Mundos Dobles porque mantienen una relación co-orbital. Se orbitan el uno al otro o, para ser más exactos, orbitan su centro de gravedad común o baricentro. Y, naturalmente, el sistema formado por los dos planetas también se mueve en una órbita alrededor de Corell.

—Hay alguna clase de gran estación espacial en el punto del baricentro, ¿verdad? —preguntó Ackbar—. Podría servir como base de operaciones, ¿no?

Luke sonrió a su viejo amigo.

—Así es —dijo—. ¿Ya está pensando en los aspectos tácticos?

—Por supuesto —replicó Ackbar—. Después de todo, es mi trabajo. Y tal vez debería añadir que nuestros diagramas de la zona de interferencias tienen un aspecto muy similar a esta representación del campo de interdicción.

—Así que tenemos la infiltración en la INR, las interferencias y el campo de interdicción gigante —dijo Luke—. ¿Qué hay en el sistema corelliano que merezca todo ese enorme esfuerzo?

—Bien, pues la respuesta me parece obvia —dijo Mon Mothma—. La respuesta es el mismo sistema corelliano. Alguien de allí, tal vez uno de los grupos rebeldes, se ha hecho con el poder, y luego ha empezado a hacer todo lo posible para impedir que el universo exterior interfiriese con el desarrollo de sus planes mientras va consolidando su posición.

—Desde luego —dijo el almirante Ackbar—, pero sus planes políticos me interesan bastante menos que sus intenciones y capacidades militares. Lo que han hecho sugiere que nuestros misteriosos enemigos poseen una tecnología muy superior a la nuestra.

—Estoy de acuerdo con usted, señor —dijo el capitán Showolter. Pero eso suscita otra pregunta, desde luego... ¿De dónde la han sacado? Corellia era conocida como centro comercial, nunca o un emporio de desarrollo e investigación de alta tecnología, sorprendería muchísimo menos que esta clase de capacidad apareciese en Mon Calamari, su propio planeta. Y sí, obviamente si alguien iba a tratar de vender una superarma como ésta al mejor postor, entonces un planeta dedicado al comercio sería el sitio ideal, pero Corellia no ha figurado entre los centros comerciales más importantes desde antes de la guerra. Si yo estuviera intentando subastar un arma prodigiosa, no la vendería a un planeta que no tiene dinero con que pagarla.

—A menos que considere que los planetas mas ricos no estarían interesados en comprar un artefacto semejante —intervino Mon Mothma—. Las interferencias de alta potencia y los sistemas de interacción no te sirven de mucho a menos que quieras mantener alejado al universo exterior, y a la Nueva República, e impedir que se entrometan en tus planes. Planes para una rebelión, por ejemplo... ¿Y qué ya a impedir a los vendedores ofrecer sus artículos en otro sitio?

Hubo un momento de silencio absoluto.

—Ésa es una idea muy inquietante, capitán Showolter —acabó diciendo Ackbar—. Si este sistema de superinterdicción está en venta, entonces podríamos tener serios problemas.

—Ya estamos teniendo serios problemas —dijo Mon Mothma—. En estos momentos nos enfrentamos a tres hipótesis colocadas encima de la mesa, ¿verdad? No busquemos preocupaciones extra hasta que no haya más remedio que hacerlo. La crisis corelliana es más que suficiente para tenernos ocupados por el instante.

—Pero tampoco debemos olvidar que una revuelta triunfante en Corellia podría muy bien inspirar a otros a rebelarse contra la Nueva República —dijo Ackbar—. Corellia es un nombre que tiene influencia, incluso si se ha oído hablar muy poco del Sector Corelliano durante los últimos años. Una rebelión corelliana que tuviera éxito podría ser el comienzo del fin para la Nueva República. No representaría una pequeña rotura en el borde, sino un gigantesco desgarrón en el mismo centro de la tela. Si otros deciden tirar de ese desgarrón, éste se iría haciendo inexorablemente más y más grande.

Mon Mothma frunció el ceño.

—No me gusta nada verme obligada a admitirlo, pero el almirante Ackbar tiene razón —dijo—. Debemos controlar la situación. Debemos entrar en el sistema corelliano y averiguar qué está ocurriendo, y debemos llegar allí con una fuerza que sea capaz de resolver el problema.

Estoy hablando de una flota de batalla, y eso como mínimo.

—Pero con el campo de interdicción funcionando, no pueden utilizar hiperimpulsores dentro del sistema planetario de Corell —dijo Lando—. Podrían hacer falta meses para ir desde el límite del campo hasta los planetas interiores a través del espacio normal.

—Pues entonces harán falta meses —dijo Ackbar—. No hace falta que les hable de todas las desventajas tácticas y logísticas a las que nos enfrentaremos si no podemos viajar por el hiperespacio, pero no nos queda otra elección... Bien, entonces no nos queda otra elección. Sigue estando el pequeño problema de encontrar una flota, naturalmente. Para expresarlo de la manera más clara y brutal posible en estos momentos no tenemos ninguna flota que enviar allí, y muy posible que necesitemos meses para reunir una. Pero ése es precisamente el asunto del que deseábamos hablar con ustedes, y la razón por la que les hemos hecho venir hasta aquí.

— ¿Quiere decir que no nos ha hecho venir aquí sólo porque acabamos de llegar de Corellia? —preguntó Lando.

—Creíamos posible que hubieran conseguido llegar tan lejos —dijo el almirante Ackbar—, pero no teníamos forma alguna de saberlo con certeza. Su información sobre el campo de interdicción, no tiene precio, por supuesto, pero teníamos otra razón para hacerles venir aquí..., o, por lo menos, teníamos otra razón para hacer venir al Maestro Skywalker. No cabe duda de que también podríamos utilizar sus servicios, capitán Calrissian, pero... ¿Cómo puedo expresarlo con delicadeza? Bien, el caso es que el Maestro Skywalker posee cierto contacto que necesitamos utilice en nuestro favor.

El almirante Ackbar había nacido en Mon Calamari, y a un humano distaba mucho de resultarle fácil interpretar sus expresiones. Aun así, había algo inexplicable en su forma de hablar y en la inclinación de su cabeza que hizo que Luke tuviera un repentino y extraño presentimiento.

— ¿Qué clase de contacto? —preguntó.

—Un viejo contacto —dijo Mon Mothma—. Un contacto de naturaleza personal. Incluso se lo podría calificar de... romántico.

— ¡Eh, un momento! —exclamó Luke—. No sé adónde quieren ir a parar, pero...

—El caso es que una dama llamada Gaeriel Captison a la que usted conoce desde hace mucho tiempo se encuentra actualmente en el sistema bakurano —le explicó el capitán Showolter—. Al parecer dicha dama es poseedora de toda una flota de combate, y teníamos la esperanza de que usted tal vez pudiera pedirle que nos la prestara.

3

Entrando, saliendo

El caza X-TIE avanzaba lentamente por el hiperespacio, y la teniente Belindi Kalenda de la Inteligencia de la Nueva República sabían que incluso ese lento progreso era algo por lo que debía estar agradecida. El viejo cacharro a duras penas si había conseguido entrar en el hiperespacio al comienzo del vuelo, y Kalenda se sentía algo más que un poquito nerviosa cada vez que pensaba en qué tal se comportaría su nave cuando llegara el momento de salir de él. Pero de momento al menos estaba entera, y eso ya era algo.

El X-TIE era un Feo, un trabajo de montaje apresurado y torpe, hecho a partir de piezas y sistemas recuperados de un ala-X y de uno de los primeros modelos de caza TIE. Por lo que había podido ver Kalenda, combinaba las peores características de los dos viejos adversarios, y tal vez hubiera cuantas sorpresas desagradables de cosecha propia añadidas a la mezcla.

Pero no se podía negar que la nave volaba, y que la hubiera llevado hasta allí. Dada la forma en que había empezado el vuelo, con Kalenda robando el X-TIE en Corellia mientras Han Solo proporcionaba una diversión haciendo volar por los aires lo que le había parecido la mitad del espaciopuerto, era un milagro que tuviera una nave..., por no hablar de una nave que volaba. Kalenda tendría que haberse estrellado o haber sido derribada treinta segundos después del despegue. Pero nada de todo eso importaba en aquel instante. Kalenda iba hacia Coruscant —de hecho, ya casi había llegado allí—, y poseía información que no era probable fuera conocida por nadie fuera del sistema corelliano. Tenía que llegar a Coruscant. Eso era lo único que importaba.

Belindi Kalenda tenía veinticinco años estándar. Era una joven de aspecto ligeramente extraño incluso en el mejor de los momentos, y llevaba bastante tiempo sin estar en su mejor forma. Sus cabellos eran negros como el azabache, y le habrían llegado casi hasta la cintura si normalmente no los llevase recogidos en una complicada trenza que los mantenía sujetos en la parte de atrás de su cabeza. En aquel instante estaban atrapados y enredados debajo de su casco de vuelo, por supuesto, y ya llevaban algún tiempo así. Peinarse no iba a ser ningún gran placer. Ya no podía recordar la última vez en que había estado limpia y presentable. Ah, si por lo menos la necesidad de darse una ducha fuese la peor de todas sus preocupaciones...

Sus ojos estaban un poquito más separados de lo normal y eran un poco vidriosos, y su mirada estaba un poquito descentrada, rozando la bizquera sin llegar del todo a ella. Muchas personas la encontraban desconcertante, porque les producía la impresión de que Kalenda no les estaba mirando directamente sino que miraba algo que flotaba en el aire detrás de ellas. De hecho, esa impresión no estaba excesivamente equivocada. Kalenda nunca se había esforzado por desarrollarla y tampoco había tenido demasiada fe en ella, pero ya hacía mucho tiempo que creía poseer una levísima habilidad en el uso de la Fuerza, justo la suficiente para que le proporcionara una advertencia de vez en cuando e hiciera que sus intuiciones fuesen más potentes y dignas de confianza.

Por desgracia lo único que le estaba diciendo su intuición en aquel instante era lo que Kalenda ya habría sabido de todas maneras: que estaba metida en un lío tremendo. La supervivencia de quién sabía cuántos planetas y cuántos seres inteligentes había sido repentinamente arrojada sobre su regazo. Kalenda era la única persona que poseía la información, y sus pensamientos nunca se alejaban demasiado de ese punto. Todo estaba allí, en el chip de datos que se había metido en el bolsillo de su traje de vuelo. Kalenda no necesitaba mucha imaginación para tener la sensación de

que el diminuto chip guardado dentro de su bolsillo era gigantesco y pesado, una inmensa carga que tiraba de ella e intentaba hacerla caer.

Tenía que transmitir el mensaje, y Kalenda no se sentía a la altura de esa tarea. Se sentía tensa, agotada y asustada.

Pero, dejando aparte el ser responsable del destino de millones de seres, también tenía que cargar con la nada despreciable labor de mantener de una sola pieza a aquella monstruosidad de nave espacial durante el tiempo suficiente para que la llevase a Coruscant. Por lo menos esa parte de sus deberes ya casi había terminado. Suponiendo que el X-TIE no estallara o se convirtiera en metal fundido durante los próximos minutos, Kalenda ya no debería tardar mucho en salir del hiperespacio dentro del sistema de Coruscant.

Siempre estaba la cuestión de con qué tipo de recepción se iba a encontrar, naturalmente. La capital había sido bombardeada, atacada, asediada y quién sabía cuántas cosas más a lo largo de los años. La consecuencia de todo eso era que la Armada de la Nueva República se tomaba muy en serio el trabajo de defenderla que se le había encomendado, y los años de paz no habían ablandado en lo más mínimo al Mando de Coruscant. Si algo había aprendido Kalenda en la INR, era eso. También conocía muy bien el recelo y la suspicacia que les inspiraban los modelos de naves desconocidos..., como el X-TIE en el que viajaba. Que la hicieran añicos primero y formularan preguntas después sería lamentable, desde luego, pero también muy comprensible.

Kalenda sonrió para sus adentros. Pero ¿por qué buscarse más preocupaciones de las que ya tenía? Los sistemas hiperespaciales del X-TIE podían estallar antes de que llegara allí, y entonces el problema nunca llegaría a presentarse. Echó un vistazo a las lecturas de sus paneles por, como mínimo, la duodécima vez en la última hora. Un húmoro considerable de sus subsistemas de propulsión estaba en ámbar, pero hasta el momento ninguno de ellos había subido al rojo. Kalenda volvió a comprobar sus guías navegacionales y concentró toda su fuerza de voluntad en pedir al X-TIE Feo que volara un poco más grácilmente.

El Feo se negó a cooperar.

El *Dama Suerte* despegó de Coruscant con una fluida oleada de energía y avanzó velozmente hacia la órbita. Lando comprobó sus instrumentos.

—Todo en verde —anunció mientras examinaba los tableros repetidores centrales—. Erredós tiene a tu ala—X justo debajo de nosotros y en el medio de la ruta. Debo admitir que me siento impresionado. No estaba demasiado seguro de que nuestro amiguito fuese capaz de hacer lo que le pedíamos.

—Espero que hayas aprendido tu lección —dijo Luke—. Erredós sabe lo que se hace.

—Oh, la he aprendido —dijo Lando—. Ahora sé que el único androide incompetente presente en este viaje es el que tienes sentado detrás.

— ¡Realmente, capitán Calrissian...!

—Silencio, Cetrespeó, o te haré viajar al otro lado del casco.

Conectar el ala-X y el *Dama Suerte* había exigido unas cuantas improvisaciones de ingeniería considerablemente ingeniosas, pero una vez llevadas a cabo el resultado era que el ala-X podía quedar adosado a la base del *Dama Suerte* y unirse al casco del yate espacial mediante las abrazaderas de ataque ventrales recién instaladas. El *Dama Suerte* podía llevar a remolque al caza-X remodelado y mejorado de Luke. Conseguirlo había exigido una cierta cantidad de trabajo, pero nadie había protestado. Iban a poner rumbo hacia lo desconocido —y era más que probable que se tratara de una parte hostil de lo desconocido—, y si las cosas se ponían feas no había nada como tener disponible la potencia de fuego y la maniobrabilidad de un ala-X.

—Ese androide es tan competente que tal vez debería permitirle ejecutar una maniobra de ataque cuando estemos en el espacio libre —dijo Lando.

—Si te apetece... —respondió Luke, aunque en realidad no estaba prestando atención a las palabras de Lando.

Lando se volvió hacia su amigo. Su expresión indicaba con toda claridad que se daba cuenta de que la mente de Luke se encontraba bastante lejos de allí, y que estaba intentando animarle.

—Sí, señor —dijo—. Nos ocuparemos de todas esas pequeñas maniobras, y nuestra próxima parada será Bakura.

—Sí —dijo Luke en el mismo tono de voz absorto que había empleado antes—. Bakura. Bakura y Gaeriel Captison.

Luke clavó la mirada en la ventanilla del *Dama Suerte* sin ver nada y se acordó de Gaeriel. Si alguna vez hubo un nombre que surgiera repentinamente del pasado, no cabía duda de que era el suyo.

Hacía años que ni siquiera oía su nombre, pero pensar en Gaeriel todavía tenía el poder de conmoverle. La conoció durante los días tumultuosos inmediatamente siguientes a la destrucción de la segunda Estrella de la Muerte y las muertes de Darth Vader y el Emperador. Bakura, su planeta, había sido atacado por una raza alienígena totalmente desconocida hasta aquel instante, los Ssi-Ruuk, que estaba decidida a esclavizar a la humanidad. Había hecho falta un ataque conjunto de las fuerzas imperiales y de la Nueva República para hacer retroceder a los ssi-ruuk, y los bakuranos habían mantenido estrechamente vigiladas sus fronteras desde aquel entonces.

Luke y Gaeriel se conocieron durante los días que Luke pasó en Bakura. Habían llegado a conocerse profundamente el uno al otro en un período de tiempo muy corto..., y después se habían visto obligados a separarse con idéntica rapidez. Decir que Gaeriel había sido uno de los grandes amores de su vida —o, de hecho, un amor a secas, habría sido una tosca exageración, pero podría haber llegado a serlo. Eso era lo que siempre le había roído por dentro. Si la vida de Luke hubiera seguido un camino distinto, si la religión de Gaeriel y sus deberes hacia su mundo natal no hubiesen tenido tanto poder sobre ella, si se hubieran conocido dentro de una galaxia pacífica en vez de haberlo hecho dentro de una que aún no había acabado de librar sus guerras... Si, si, si.

Luke suspiró y se frotó los ojos. Pero ninguno de todos aquellos "sies" se había convertido en realidad. Y, si tenía que ser sincero, Luke sabía que tampoco habría existido ninguna garantía ni aunque todos los "sies" hubieran acabado siendo otras tantas realidades. Luke y Gaeriel podrían haber llegado a significar algo el uno para el otro..., o tal vez no. La gran tragedia era que nunca tuvieron la oportunidad de llegar a descubrirlo.

—Ya hace mucho tiempo de eso —murmuró Lando. Parecía haber decidido dejar de fingir que todo iba bien—. La vida sigue.

— ¡Muy cierto, amo Luke! —exclamó Cetrespeó desde el asiento de salto temporal que habían instalado para él detrás del asiento de copiloto de Luke—. Dudo mucho que su breve encuentro con ella vaya a tener la más mínima consecuencia para nuestra inminente reunión.

—Oh, estupendo —dijo Lando—. Ahora vamos a oír hablar a la mayor autoridad viviente en lo que toca a no enterarse de lo que realmente importa.

Luke y Lando habían decidido que sería más prudente tener a Cetrespeó en la cabina de control, con una comunicación en hiperonda directa que le uniera a Erredós, por si surgía algún problema en la maniobra de ataque y los sistemas de comunicación normales no eran capaces de solventarlo. Estaba claro que Lando empezaba a lamentar aquella decisión, y Luke se sintió inclinado a estar de acuerdo con él.

—Han transcurrido aproximadamente catorce años estándar desde que tuvo cualquier clase de contacto con ella —siguió diciendo Cetrespeó, hablando en el tono de voz inexorablemente jovial que siempre parecía emplear cuando estaba insistiendo en analizar algo de lo que era mejor no hablar—. La fase diplomática de nuestra misión puede ser considerablemente delicada, pero yo no me preocuparía demasiado en lo concerniente a cómo reacciona al verle. ¡Vaya, pero si teniendo en cuenta lo impredecible que resulta la psicología humana, incluso es perfectamente posible que ni siquiera se acuerde de usted!

—Yo me acuerdo de ella —dijo Luke en voz baja y suave.

—Ya lo veo —dijo Cetrespeó—. Pero no creo que haya tenido la oportunidad de repasar su carrera desde su último contacto.

—Deja que lo adivine —gruñó Lando—. Decidiste que sería conveniente conectarte con el Banco de Datos Históricos de Referencia de Blovatavia Superior e introducir toda la historia de su vida en esa cabecita de latón oxidado tuya.

—No estoy familiarizado con Blovatavia Superior, capitán Calrissian, pero el material referente a Gaeriel Captison estaba disponible en los Archivos Diplomáticos de la Universidad de Coruscant y se podía acceder a él sin ninguna dificultad. Tal vez debería añadir que no se utilizó ni un átomo de latón en la construcción de mi cabeza y, además, el latón no se oxida.

—Luke, ¿realmente te molestaría mucho que le hiciera unos cuantos agujeros con mi desintegrador? —preguntó Lando.

Luke consiguió sonreír y volvió la mirada hacia Cetrespeó.

—No seas tan duro con él, Lando. Después de todo, te salvó la vida cuando estabas a punto de casarte con la bruja vital en Leria Kersil.

—Sí, pero si eso significa que he de escucharle, entonces no estoy seguro de que valiera la pena —replicó Lando.

— ¡Oh, vaya! —exclamó Cetrespeó—. Nunca... Yo... Realmente yo nunca... No sé por qué me tomo la molestia de recopilar información cuando nadie parece sentir el más mínimo interés por ella.

—Adelante —dijo Luke, intentando calmar al androide con su tono de voz más conciliador—. Cuéntame qué has descubierto sobre Gaeriel.

— ¿Desea un informe completo, o únicamente un resumen? —Sólo el resumen, muchísimas gracias.

Tratándose de Cetrespeó, su idea de un informe completo era tan amplia que recitarlo podía abarcar desde el instante siguiente hasta el fin de la eternidad.

—Muy bien, amo Luke. Bien, realmente no hay gran cosa que contar... Siguió dedicándose a la política después de que los ssi-ruuk fueran derrotados y llegó a ser una figura muy poderosa dentro de su facción del senado. Después de haber ocupado varios cargos de creciente importancia, se convirtió en la persona más joven que ha llegado a ocupar el Primer Ministerio de Bakura en toda la historia del planeta.

—No sabía que hubiera llegado a ser primera ministra —dijo Luke.

Pero en realidad no había ninguna razón para sorprenderse. Gaeriel era joven, inteligente y ambiciosa. ¿Por qué no iba a poder llegar hasta la cumbre?

Me temo que no sólo se convirtió en primera ministra, sino que luego dejó de serlo. Su partido fue derrotado en las últimas elecciones, Varios comunicados de prensa lo atribuyen a que no se concentro lo suficiente en la campaña debido a la enfermedad y muerte de su esposo.

— ¿Esposo? —exclamó Luke—. ¿Tenía un esposo?

—Oh, sí, amo Luke. ¿Se me había pasado por alto mencionarlo? Su casó hace unos seis años con un hombre llamado Pter Thanas..., un antiguo oficial imperial. Creo que le conoció cuando estábamos en Bakura. Tuvieron una hija a la que llamaron Malinza, que ahora tiene cuatro años estándar y medio. Thanas contrajo una enfermedad consuntiva con la que no estoy familiarizado, una dolencia llamada enfermedad de Knowt, justo cuando la campaña estaba a punto de iniciarse, y expiró dos días después de que el partido de Gaeriel fuese derrotado. Parece ser que ahora se mantiene fuera de la política activa, al menos por el momento.

Esa potente dosis de noticias afectó considerablemente a Luke. Pensar que Gaeriel había adquirido y perdido un esposo, que había alcanzado las cimas del poder en su mundo para acabar cayendo de ellas y que había dado a luz una hija, y todo eso sin que Luke supiera nada de ello, le resultó inexplicablemente extraño.

Luke guardaba una imagen de Gaeriel en algún lugar de las profundidades de su mente, y le asombró darse cuenta de lo inmutable que había permanecido aquella imagen. A los ojos de su mente, Gaeriel había seguido siendo la joven llena de energías y vitalidad que había conocido entonces, con todo el empuje y el entusiasmo de la juventud eternamente suyos, congelados en el tiempo. Pero Luke tendría que haber sabido que la imagen no podía seguir correspondiendo a la realidad. La vida no era así.

Tuvo la vaga impresión de que debería decir algo, pero no sabía qué. No sentía ningún deseo de explicar sus sentimientos a Lando... y, desde luego, no quería explicárselos a Cetrespeó.

—Hacía mucho tiempo que no tenía noticias de ella —dijo por fin—. Lamento saber que Thanas murió.

—Pero eso ocurrió hace más de un año, amo Luke. Es más que probable que ya lo haya superado.

Luke no hubiese sabido explicar por qué, pero lo dudaba. La Gaeriel que recordaba no era el tipo de mujer que se casaba obedeciendo a un impulso momentáneo. Se habría casado con un hombre al que amaba profundamente. Era muy posible que a esas alturas ya hubiese conseguido seguir adelante con su vida, desde luego..., pero no habría superado la pérdida de su esposo.

Y había tenido una hija...

Gaeriel. Luke pensó en ella, y en todas las posibilidades que el nombre había representado en su vente. Luke siempre había dudado de que llegara a casarse algún día. El amor romántico nunca había parecido formar parte de su destino. Ni siquiera un Maestro Jedi podía ver muy lejos en el futuro, pero Luke no necesitaba gran cosa aparte del sentido común para saber que en una vida como la suya había muy poco espacio para los placeres de las personas corrientes. Había momentos en los que sus extraordinarios dones eran una compensación suficiente..., y había otros en los que no bastaban.

Luke era muy consciente de que una gran parte del inmenso amor que sentía por los hijos de Leia surgía de que representaban toda la familia que probablemente llegaría a tener jamás. Creía haber acabado aceptando ese hecho, pero en aquel momento comprendió que se había equivocado.

—Dado que en el pasado la conoció bien, tengo una gran cantidad de información adicional sobre ella que podría resultar interesante —siguió diciendo Cetrespeó—. Una parte considerable procede de los segmentos menos fiables de la prensa, y es un tanto especulativa. Sin embargo...

—Oye, no conozco toda la historia y no quiero conocerla —le interrumpió Lando—. Pero me parece que Luke quizá preferiría no mantener esta conversación delante de mí.

—Gracias, Lando —dijo Luke—. Te lo agradezco. Ya hablaremos más tarde, Cetrespeó. — Luke abrió su arnés de seguridad—. De hecho, estoy pensando que no me iría nada mal estar un rato a solas... Llamadme si me necesitáis para algo. Estaré en mi camarote.

—Claro, Luke —dijo Lando—. No creo que vaya a haber ningún problema que exija tu presencia.

Luke asintió distraídamente y fue a popa, donde estaba su camarote. Cuando llegó allí, abrió la compuerta, la cerró detrás de él, fue hasta su litera y se tumbó de espaldas para poder contemplar el mamparo superior lo más cómodamente posible.

Sí, era realmente asombroso lo mucho que un nombre surgido del pasado podía afectar a alguien...

Belindi Kalenda contempló la cuenta atrás del reloj del ordenador de navegación y respiró hondo. Treinta segundos. Faltaban treinta segundos para que saliera del hiperespacio dentro del sistema de Coruscant. En cuanto lo hiciese, Kalenda sabía que iba a precipitarse en un hervidero de problemas. El X-TIE no contaba con ningún componente que pudiese utilizar para improvisar un interrogador capaz de enviar algún código de identidad aprobado, y además viajaba en una nave de un tipo desconocido repleta de equipo imperial.

Kalenda sabía muy bien lo susceptibles que eran los sistemas automáticos en lo referente a las naves imperiales y lo deprisa que reaccionaban ante ellas. Cuando los autodetectores percibiesen la presencia de los escudos laterales del caza TIE soldados al cuerpo del ala-X, cada pantalla detectora del sistema se iluminaría como el proyector holográfico de una pista de luminodanza.

Su única esperanza era que pudiese establecer algún tipo de contacto directo con los cuarteles generales de la INR, y deprisa, antes de que la mitad del Mando de Coruscant empezara a hacer llover fuego sobre ella. Tendría que dirigir una llamada vocal a los cuarteles generales de la INR utilizando un código de palabras clave, y convencerlos de que era una auténtica agente de la Nueva República mientras hacía cuanto podía para seguir con vida.

Veinte segundos. «Vamos, vamos... —se dijo—. Intenta no pensar en la última vez que saliste del hiperespacio, dentro del sistema corelliano. Los nativos te dejaron sin nave tan deprisa que apenas si pudiste darte cuenta de lo que estaba ocurriendo. Te aconsejo que no intentes probar suerte con un descenso de emergencia en Coruscant, ¿de acuerdo? No, desde luego que no.»

Dieciocho segundos. «Vuelve a comprobar ese comunicador, y confirma la fijación de frecuencia del condenado trasto. No querrás enviar tu SOS al Departamento de Ajuste de Política Agronómica por error, ¿verdad? No, desde luego que no.»

Quince segundos. «Haz una última comprobación en el ordenador de navegación. Sería muy típico de tu mala suerte que ese cacharro estúpido se hiciera un lío con su programación y te dejase fuera de la zona de llegada autorizada..., o que sencillamente dejara de funcionar del todo y no te sacara nunca del hiperespacio. Las naves desaparecen de vez en cuando. Es algo que ocurre, desde luego. Vuelve a comprobarlo. No sientes ningún deseo de ser una de esas naves, ¿eh?»

Diez segundos. «¿Activas los sistemas de armamento o los mantienes desconectados? Si el Mando de Coruscant ve que tienes el cañón turboláser repleto de energía, entonces sentirán algo más que una seria tentación de abrir fuego de inmediato. Pero si disparasen cohetes contra ti, tal vez podrías destruirlos si llegaras con el armamento activado... Pero suponte que la demanda de energía que crearás al conectarlos es lo suficientemente alta para cargarse el ordenador de navegación. ¿Y qué probabilidades hay de que utilicen cohetes en vez de abrir fuego con los cañones láser? No, deja desconectado el sistema de armamento.»

Siete segundos. «Escudos. Los escudos son un asunto totalmente distinto. Conectados, decididamente conectados... Pero no corras el riesgo de sobrecargar el ordenador de navegación. Dale al interruptor de los escudos en cuanto la salida del hiperespacio haya sido completada.»

Si llegaba a producirse, claro. Cinco segundos. Cuatro.

Tres.

Dos. «Tienes que estar preparada para llevar a cabo la desconexión manual si los automáticos deciden que no tienen ganas de trabajar.»

Uno. «Pon esos dedos sobre el interruptor de cierre manual.» Cero...

Y el universo cobró existencia a su alrededor con un repentino estallido de luz. Las líneas estelares surgieron vertiginosamente del centro y pasaron a toda velocidad junto a ella antes de convertirse en las familiares estrellas y el cielo de Coruscant. Lo había conseguido. Bien, lo único que tenía que hacer a partir de aquel momento era seguir con vida el tiempo suficiente para poder disfrutar de su gran logro.

Conectó los escudos del X-TIE..., y vio cómo las luces del ordenador de navegación parpadeaban y se apagaban antes de volver a encenderse para mostrar todas las coordenadas en cero. Kalenda se felicitó a sí misma por haber mantenido apagados los escudos hasta después de la llegada, y después empezó a torturarse con otras preocupaciones.

El comunicador. Tenía que conectar el comunicador, y rezar para que la INR siguiera utilizando aquella frecuencia. Kalenda movió el interruptor y empezó a hablar.

—Fabricantes de dardos desafortunados con plegamientos frecuentemente helados. Fabricantes de dardos desafortunados con plegamientos frecuentemente helados. Fabricantes de dardos desafortunados con plegamientos frecuentemente helados.

Se suponía que aquella frase carente de todo sentido estaba almacenada en algún ordenador de algún centro de la INR, y que había sido sintonizada con la pauta vocal de Kalenda. En teoría, tres repeticiones de la frase pondrían en marcha una operación de detección y seguimiento de las coordenadas de cualquier nave que enviara la señal, y entonces el ordenador enviaría una autorización de emergencia al Control de Tráfico de Coruscant al mismo tiempo que enviaba una notificación de luz verde al Mando de Coruscant. La teoría era tan hermosa como impecable..., a menos que los ordenadores hubieran dejado de funcionar por algún motivo, o que algún imbécil hubiera cambiado el procedimiento, o que hubiera borrado el registro vocal de la frase con el que debía hacerse la comparación, o que quien en el Mando de Coruscant decidiera no aceptar la palabra de la INR de que la nave misteriosa estaba de su lado.

Tres repeticiones de la frase, y luego esperar dos minutos y enviar tres repeticiones más. Después esperar otros dos minutos, y enviar la tercera y última tanda de repeticiones. Ése era el procedimiento estándar, y Kalenda planeaba seguirlo..., si vivía el tiempo suficiente para ello.

Mientras tanto, más valdría que pusiera en marcha los ridículamente toscos detectores de su nave. Movié los interruptores adecuados, y se sintió más desilusionada que sorprendida cuando no ocurrió nada. El tipo que había montado aquel Feo a partir de piezas sueltas probablemente tenía en mente utilizarlo para alguna clase de labor de apoyo durante una incursión. Se suponía que el Feo seguiría a las otras naves cuando entraran en un sistema, y que luego empezaría a disparar en cuanto apareciese el enemigo. Mantener el sistema de detección en buen estado habría sido una labor de mantenimiento de una prioridad realmente muy baja.

—Tendría que haber dedicado un poco más de tiempo a escoger la nave que robaba —murmuró Kalenda para sí misma.

Si trabajaba en ellos durante media hora, tal vez conseguiría que los detectores volvieran a funcionar. También cabía la posibilidad de que no lo consiguiera, por supuesto..., y además, estaba claro que no disponía de esa media hora.

De hecho, parecía como si no dispusiese ni siquiera de medio minuto. Allí estaban. Aproximándose a gran velocidad justo por delante de ella había todo un pelotón de seis alas-Y, y todos parecían decididos a tomarse muy en serio la presencia de Kalenda.

La mano de Kalenda ya estaba sobre la palanca y había empezado a ejecutar un brusco viraje hacia estribor antes de que su mente tomara la decisión consciente de emprender una acción evasiva. Un haz turboláser se abrió paso a través del sector de espacio que Kalenda había estado ocupando hacía tan sólo un momento. Todavía operando puramente a base de reflejos, Kalenda empezó a activar el sistema de armamento antes de darse cuenta de que los alas-Y estaban junto a ella. No quería derribarlos. Si se hubiera tratado de escoger entre la vida de uno o dos pilotos de caza y la posibilidad de comunicar la existencia de una conspiración que pretendía hacer estallar la estrella de un planeta habitado, Kalenda habría pasado al ataque sin un solo instante de vacilación, aunque lamentándolo muchísimo. Pero contra seis cazas, y contra cualquier otra fuerza que Coruscant pudiera lanzar contra ella si se comportaba de manera hostil... No, Kalenda sabía que no existía ni una sola posibilidad de que su información sobreviviera.

Su única esperanza era seguir con la acción evasiva y mantenerla el tiempo suficiente para que la INR pudiera concederle una autorización de descenso. Echó un vistazo a su cronómetro y se dio cuenta de que ya iba siendo hora de que repitiera su mensaje. Otra andanada láser estuvo a punto de destruir su pantalla de babor, y Kalenda volvió a desviar bruscamente el X-TIE hacia un lado.

Conectó el comunicador y empezó a hablar.

—Fabricantes de dardos desafortunados con plegamientos frecuentemente helados. Fabricantes de dardos desafortunados con plegamientos frecuentemente helados. Fabricantes de dardos desafortunados con plegamientos frecuentemente helados.

Canturreó las palabras como si fueran una especie de mantra, un hechizo mágico que podía salvarle la vida..., y si tenía un poco de suerte, eso sería exactamente lo que harían.

Hablando de comunicaciones, cabía la posibilidad de que los alas-Y estuvieran tratando de establecer contacto con ella. Kalenda pulsó el mando de detección de su panel de comunicaciones e hizo que olisqueara todas las frecuencias estándar. Nada. No es que hubiese esperado encontrar algo, desde luego. Los pilotos de caza rara vez intentaban charlar con las personas a las que estaban intentando matar.

Los alas-Y se estaban alejando unos de otros, tratando de atraparla dentro de una esfera de fuego cruzado. Si lo conseguían, todo terminaría en cuestión de segundos. Bueno, si no podían hablar con ella, tal vez Kalenda podría hablar con ellos... Tecleó la frecuencia de lo que había sido el canal estándar del mando general de cazas la última vez que había asistido a una reunión informativa.

¡Cazas ala-Y! Aquí el X-TIE al que están persiguiendo. ¡No disparen, por favor! No soy hostil. He de entregar un mensaje.

Otra andanada láser surcó el cielo, y aquel nuevo disparo consiguió acertar a su X-TIE en el centro del casco. El Feo se estremeció, oscilo y se bamboleó de un lado a otro, y las luces interiores se debilitaban pero los escudos aguantaron..., por esa vez. Todo un grupo de luces que habían estado en ámbar pasaron repentinamente al rojo con un chasquido. El siguiente impacto iba a causar montones de daños. Kalenda ejecutó un giro de ciento ochenta grados y se lanzó en línea recta hacia la pareja de alas-Y más cercana. Pasó por entre las dos naves y consiguió salir de la formación..., y un instante después deseó no haberlo hecho.

Un crucero estelar de Mon Calamari acababa de surgir de la nada y se precipitaba sobre ella. Si hubiera estado dentro del fuego cruzado de los alas-Y, el crucero no se habría atrevido a disparar contra ella. Pero la maniobra de Kalenda había cambiado la situación, y el crucero podía usar todo su armamento a placer..., y los cañones turboláser delanteros ya estaban girando pesadamente hacia ella, preparándose para centrar las miras en su nave.

Kalenda se lanzó en una nueva trayectoria vertical, hizo girar noventa grados el X-TIE y aceleró hacia el cielo, intentando moverse más deprisa de lo que podía hacerlo aquella torreta artillera. No tenía ni una sola posibilidad, desde luego, pero debía seguir intentándolo hasta el final. Volvió a teclear la frecuencia de la INR y habló, quizá por última vez, mientras se sorprendía al pensar que sus últimas palabras iban a consistir en una frase que no tenía ningún sentido.

-Fabricantes de dardos desafortunados con plegamientos frecuentemente helados. Fabricantes de dardos desafortunados con plegamientos frecuentemente he...

Y entonces una gigantesca mano invisible se cerró sobre su X-TIE y tiró bruscamente de él con una fuerza tremenda. Kalenda casi se vio incrustada en su arnés de seguridad, y su casco chocó con el interior de la cabina. Quedó aturdida durante un momento, y necesitó unos segundos para recuperarse. Un disparo que había fallado por los pelos. Sí, tenía que haber sido un disparo del crucero que había estado a punto de dar en el blanco. Kalenda dio un manotazo a la palanca de control, intentando hacer virar la nave hacia babor en una última maniobra de acción evasiva. Pero el X-TIE se limitó a estremecerse y gemir, y la cabina quedó repentinamente invadida por el acre olor de algo que se quemaba..., y entonces Kalenda entendió qué estaba ocurriendo. Apagó los motores, apartó las manos de la palanca de control y dejó escapar un suspiro de alivio.

Un rayo tractor. La habían rodeado con un rayo tractor.

Cerró los ojos y se dejó caer sobre el respaldo acolchado de su asiento. Después volvió a respirar, sin darse cuenta de que había dejado de hacerlo durante unos momentos.

-Alabados sean los fabricantes de dardos -le dijo al silencio y al vacío-. Alabados sean los fabricantes de dardos, y que sus plegamientos no vuelvan a helarse nunca más.

Bakura.

Bakura había seguido manteniendo sus poderosas fuerzas defensivas durante todos los años de paz transcurridos desde la crisis de la invasión. No había habido ninguna señal de un nuevo ataque de los ssi-ruuk, pero, por otra parte, tampoco hubo ninguna advertencia previa antes de su primer ataque. Pasaría mucho tiempo antes de que Bakura volviese a bajar la guardia.

Lo cual llevaba a la inevitable pregunta de por qué la Nueva República había bajado la guardia. Una parte de la respuesta era que no lo había hecho. La flota y las fuerzas de superficie eran mucho más pequeñas de lo que habían sido durante la guerra contra el Imperio, pero seguían siendo unos efectivos formidables. Lo que ocurría era, sencillamente, que o estaban ocupados en otros lugares o estaban paralizados debido a las reparaciones. Los astilleros de Mon Calamari hervían de actividad. Si la revuelta de Corellia hubiera estallado seis meses antes o tres meses después, la Nueva República podría haber enviado una flota gigantesca.

Y, si tenía que ser totalmente sincero consigo mismo, Luke tenía el presentimiento de que Mon Mothma podría haber reunido una fuerza de la Nueva República en el caso de que fuera absolutamente necesario. Habría sido caro y arriesgado, y habría dejado a algún puesto avanzado con las defensas reducidas al mínimo durante algún tiempo, pero podría haberse hecho.

Pero Mon Mothma era algo más que una estratega. También era una líder política, y muy buena. Los buenos políticos saben cómo usar una crisis, y cómo utilizar un problema para

resolver unos cuantos problemas más. Enviando a Luke y Lando para que hicieran una visita a los bakuranos, Mon Mothma mataba una multiplicidad de pájaros con un solo tiro. Conservaba los recursos de la Nueva República para seguir estando en condiciones de enfrentarse a otras crisis que pudieran surgir, pero también utilizaba en su favor la psicología Bakurana. Bakura se encontraba cerca de las fronteras de la Nueva República, y sus ciudadanos solían temer ser olvidados, quedar excluidos de la ecuación. Si las conjeturas de Mon Mothma eran correctas, entonces el pedirles ayuda sería un estímulo que animaría a los bakuranos a seguir estando estrechamente unidos a la Nueva Republica, y haría que se sintieran necesarios y comprometidos con la causa.

Y había otro asunto. No hacía mucho tiempo, Mon Mothma le había dicho que su entrada en la arena política sólo era cuestión de tiempo..., y Mon Mothma era perfectamente capaz de utilizar aquella oportunidad para darle un enérgico empujón en esa dirección. Ir a Bakura no era un trabajo para un héroe que se lanzaba a la carga con su espada de luz preparada para entrar en acción: era un trabajo para un negociador. Mon Mothma estaba obligando a Luke a actuar no como un intrépido aventurero solitario, sino como un líder, un representante..., un político. Oh, sí, no cabía duda de que Mon Mothma era realmente muy buena en su oficio.

Luke se irguió en la litera. Ya estaba bien, ¿no? Perder el tiempo dando vueltas al pasado y deprimiéndose era una reacción ridícula, y más en su caso. Había demasiadas cosas que hacer, demasiadas eventualidades para las que prepararse. Necesitaba saber más. Ya iba siendo hora de que le pidiera toda la información de que disponía a Cetrespeó.

Estaba a punto de pulsar el botón del intercomunicador para llamar a Cetrespeó cuando el intercomunicador cobró vida con un chasquido..., y con Cetrespeó al otro extremo de la línea.

—Amo Luke, ¿tendría la bondad de venir a la cabina? Erredós nos está pasando una transmisión de la red de sensores militares. Parece ser que están llevando a cabo alguna clase de operación interceptora. Un pelotón de cazas ala-Y está atacando a una peculiar combinación de ala-X y caza TIE de un modelo bastante antiguo.

La voz de Lando surgió del intercomunicador. Parecía bastante excitado.

— ¡Es un X-TIE Feo, Luke! Y los únicos astilleros que montan ese tipo de naves...

—... están en Corellia —dijo Luke, terminando la frase por Lando mientras salía corriendo de su camarote rumbo a la cabina. La compuerta estaba abierta, y Luke se lanzó por ella—. ¡Dile a Erredós que se ponga en contacto con los cazas interceptores! —ordenó—. Diles que dejen de...

—No hace falta —le interrumpió Lando—. Sea quien sea la persona que va a bordo de ese trasto, no ha tenido la boca cerrada y ha sabido ser muy convincente. Los alas-Y han dejado de disparar y el crucero *Naritus* ha pescado la nave con un rayo tractor. La están subiendo a bordo. Y antes de que puedas decirme que lo haga, te diré que sí, que ya hemos cambiado de curso. Tiene que ser alguien con noticias.

Luke se dejó caer en el asiento del copiloto y conectó el canal de audio del comunicador para hablar con su ala-X.

— ¿Erredós? Ponte en contacto con el crucero y solicita permiso para que subamos a bordo.

Erredós replicó con un triple pitido que sonaba claramente afirmativo. Luke se inclinó hacia adelante y clavó los ojos en el visor del *Dama Suerte*. El *Naritus* se encontraba bastante lejos, por supuesto, y tardarían algún tiempo en llegar hasta allí, pero quizá por fin iban a conseguir algo de información.

-Da la vuelta a este cacharro, Lando, y no perdamos ni un instante.

Kalenda sabía que sus problemas aún no se habían terminado, por supuesto. No cuando estaba sentada dentro de una celda en el bloque de retención del crucero, en vez de delante de una mesa en su centro de información. Tampoco culpaba al capitán del *Naritus* por mirarla con algo más que un poco de sospecha. Después de todo, Kalenda viajaba sin ningún documento o prueba de su identidad: la INR no enviaba a sus agentes en una misión clandestina con una identificación provista de holofoto. Aunque hubiera llevado encima alguna identificación, habría sido una falsificación total concebida para que encajase con la historia de cobertura que debía emplear desde el momento de su entrada en el sistema corelliano. Pero Kalenda se había deshecho de ella hacía ya mucho tiempo, por supuesto. Aquella identidad había sido descubierta e inutilizada, y de una manera tan violenta que su poseedora había estado a punto de quedar inutilizada junto con ella.

En consecuencia lo único que tenían era una joven de aspecto cansado y maltrecho que llevaba un mono de vuelo arrugado, y tanto la prenda como la mujer necesitaban urgentemente una buena limpieza. Pero Kalenda no iba a pedirles una ducha o un mono de su talla para poder cambiarse. Todavía no. Hasta el momento se habían limitado a un rápido cacheo en busca de armas. No se les había ocurrido registrar su ropa de manera tan minuciosa, y no quería que encontraran aquel chip de datos. Oh, no. Kalenda tenía sus órdenes respecto a ese chip.

Pero había otro motivo de preocupación. No debía olvidarse del X-TIE que había robado, y no cabía duda de que lo volverían del reves Kalenda no podía culparles por hacerlo. El problema era que en realidad Kalenda no tenía ni idea de lo que había a bordo de su nave. No se necesitaba mucha imaginación para pensar en las cosas que podía haber a bordo de aquel Feo, y eran cosas que podían meterla en un lío muy, muy grande. Pero Kalenda volvió a decirse a sí misma que no había ninguna necesidad de pensar en más problemas posibles cuando ya tenía una provisión tan grande de entre la que escoger.

Entonces pudo oír el ruido que hizo la compuerta exterior del bloque de detención al abrirse, y la puerta de su celda se abrió unos minutos después. La veterana suboficial que se había encargado de ella desde su llegada entró en la celda.

—Siguen comprobando tu historia —dijo—. La INR confirma que utilizaste uno de sus códigos de frase autorizados, pero también han observado que no son seguros al cien por cien.

Kalenda asintió. Conocía por lo menos tres maneras de burlar los códigos de frase..., pero ésa era la razón por la que la INR no se conformaba con aceptar sin alguna otra clase de confirmación las señales basadas en el reconocimiento de un código de frase, ni siquiera cuando había una comparación vocal positiva para respaldarlas.

—Así que la han enviado para que me tome las huellas dactilares y la pauta retiniana y para que obtenga una muestra de mi ADN, ¿no? —dijo.

La suboficial inclinó la cabeza hacia un lado y la obsequió con una mueca más o menos parecida a una sonrisa.

—Bueno, por lo menos conoces los procedimientos del INR. Si eres una falsa agente, te han entrenado muy bien.

No parecía haber gran cosa que responder a eso, por lo que Kalenda no dijo nada.

—Supongo que no habrás cambiado de parecer en lo referente a hacer una declaración, ¿verdad? —preguntó la suboficial.

—Lo siento —replicó Kalenda—, pero tengo órdenes del otro lado y son órdenes directas de la jefe del Estado. —En realidad sus Órdenes no venían directamente de Leia Organa Solo, pero seguramente el que procedieran del esposo de la jefe del Estado podía considerarse como lo

suficientemente aproximado a una «orden directa» para no estar faltando a la verdad, aunque eso no sonara tan impresionante—. Sólo hablaré con el almirante Ackbar, Mon Mothma o Luke Skywalker.

Eso tampoco era totalmente exacto, pero también se aproximaba lo suficiente a la verdad. Han Solo le había dicho que entregara el chip de datos a una de esas tres personas, y a nadie más. Kalenda no podía sacarse el chip del bolsillo y explicar a su captora que no le estaba permitido entregárselo..., no a menos que quisiera que el capitán del *Naritus* estuviera introduciendo el chip en su lector dentro de cinco minutos. Ya se habían producido demasiadas filtraciones. La historia de la conspiración para destruir estrellas tendría que ser tratada como un alto secreto, aunque sólo fuese por la razón de que había que evitar que cundiera el pánico.

La suboficial meneó la cabeza.

—Te conformas con poco, ¿eh?

—Yo no escribo las órdenes, amiga mía. Me limito a seguirlas.

«Después de haberlas reescrito por mi cuenta», pensó Kalenda.

—Bien, pues puedo jurarte por todas las supernovas que me encantaría que mis órdenes vinieran del mismo sitio —dijo la suboficial—. Las tuyas parecen dar resultado.

— ¿Cómo? —exclamó Kalenda—. ¿Qué quiere decir? —Volveré dentro de un momento —dijo la suboficial, y salió de la celda.

Kalenda no pudo evitar darse cuenta de que se había dejado la puerta abierta. ¿Sería alguna clase de prueba? ¿Pensaban que si no era quien decía ser intentaría huir? O... Bueno, ¿debía tratar de huir? ¿Qué quería decir la suboficial con eso de que sus órdenes daban resultado? ¿Irían a traer a alguna clase de especialista en interrogatorios? Fuera lo que fuese lo que había querido decir, no había sonado demasiado agradable. Pero no. Basta de tonterías. Podían interrogarla todo lo que quisieran, y lo único que obtendrían sería la verdad.

Con todo, eso no hacía que la idea de ver cómo alguien utilizaba los últimos adelantos tecnológicos para llevar a cabo experimentos científicos sobre su cerebro pareciese demasiado reconfortante.

Cuando la suboficial regresó acompañada por un desconocido alto y de rostro sombrío, la idea le pareció todavía menos agradable. ¿Sería un interrogador? El hombre era alto y esbelto, tenía los cabellos color arena y los ojos azules, y llevaba un uniforme de vuelo de piloto de caza de la Nueva República carente de insignias. No tenía aspecto de interrogador. De hecho, su rostro le resultaba familiar. Kalenda nunca se había encontrado cara a cara con él, por supuesto, pero aun así...

—Me llamo Skywalker —dijo el desconocido—. ¿Quería hablar conmigo?

4

Las flores del hogar

El *Halcón Milenario* salió cautelosamente de su órbita de estacionamiento alrededor de Drall e inició el descenso hacia la superficie del planeta. Chewbacca, que ocupaba su sitio de costumbre en el asiento del copiloto situado a la derecha, dejó escapar un leve rugido lleno de nerviosismo cuando empezaron a bajar.

—No te preocupes —dijo Q9-X2, que se había adherido al suelo mediante un par de abrazaderas magnéticas y estaba al lado de Chewbacca—. Ya nos hemos adentrado bastante en el perímetro de las defensas drallianas. Nuestra estrategia de aproximación lenta ha dado el resultado esperado.

—Desearía compartir tu confianza, Q9 —dijo Ebrihim.

El drall era claramente demasiado bajo para el asiento del piloto, y se había visto reducido a la indignidad de ponerse de pie sobre él para poder mirar por la pantalla delantera. Su cuerpo quedaba más o menos rodeado por las tiras del arnés de seguridad, pero sabía que si el descenso llegaba a ponerse difícil no habría muchas posibilidades de que éstas consiguieran mantenerle en su sitio.

Ebrihim era alto para ser un drall, aunque era muy consciente de que eso no equivalía a decir gran cosa. Medía aproximadamente un metro y veinticinco centímetros de altura. Tenía el cuerpo cubierto por un corto y espeso pelaje grisáceo, con un espolvoreado de gris más claro en su cara y su garganta. Como todos los dralls, Ebrihim tenía los miembros cortos, y sus pies y sus manos estaban cubiertos de pelos y provistos de garras. Como casi todos los dralls, para los patrones humanos Ebrihim resultaba un poquito rechoncho y ridículo. Aunque fuese algo totalmente normal para un drall, el ser bajito, regordete y peludo solía suponer una gran molestia para una criatura tan amante de lo solemne, lo pausado y lo majestuoso..., especialmente cuando trataba con humanos. Un número excesivo de ellos parecía más que dispuesto a considerar a los dralls como una especie de peluches vivientes. Tal vez ésa fuera la razón por la que los dralls tendían a poner tanto énfasis en su dignidad y se la tomaban tan en serio.

Q9 se volvió hacia Chewbacca.

Mi amo suele ser demasiado cauteloso dijo —. Me alegra ver que no compartes ese rasgo de carácter.

No soy demasiado cauteloso, pero tampoco me dejo llevar por un loco exceso de confianza, como hacen algunos. Las defensas de Drall no son muy sofisticadas, y han sido concebidas para detectar naves que se muevan deprisa y que tengan intenciones agresivas. Estoy seguro de que hemos dejado atrás todas las defensas cuya existencia conozco y aquellas que esta nave puede detectar, pero de ahí a decir que no habrá más sorpresas hay una gran distancia.

Chewbacca volvió a gemir y meneó la cabeza.

Suponiendo que te haya entendido correctamente, estoy totalmente de acuerdo —dijo Ebrihim—. Yo también he tenido sorpresas más que suficientes para todo este viaje.

Alzó la mirada hacia la pantalla del monitor interior, que estaba mostrando una panorámica de los tres niños en su camarote. Los tres estaban acostados en sus literas —que estaban cumpliendo la doble función de camas de aceleración—, inmóviles debajo de las tiras de los arneses de seguridad.

Bueno, al menos de momento se estaban portando bien. Cuando aquel trío decidía hacer de las suyas, no había manera de detenerlos. Gran sol azul, ¿por qué había respondido a aquel anuncio y se había ofrecido a convertirse en su educador? Ebrihim nunca lo sabría. Había pensado que un empleo temporal consistente en enseñar unos cuantos hechos básicos de la vida corelliana a los hijos de una humana extremadamente poderosa e influyente podía resultar entretenido y proporcionarle algunas oportunidades que no habría tenido de otra manera, e incluso que de paso tal vez mejoraría sus perspectivas futuras en el mercado laboral. Pero aquel atractivo empleo temporal había acabado siendo la causa de que dispararan contra él y le expulsaran del planeta.

—Todo irá bien —dijo en su tono de voz más tranquilizador—. Podremos posarnos discretamente y sin ninguna clase de problemas en las tierras de mi familia. Una vez allí podrás efectuar reparaciones en esta..., eh..., nave.

Había estado a punto de referirse al *Halcón Milenario* utilizando un término mucho menos respetuoso, pero enseguida se había dado cuenta de la expresión del wookie. Chewbacca parecía mantener una complicada relación de amor—odio con aquel viejo navío espacial que amenazaba ruina. Tan pronto lo valoraba por encima de todas las cosas como lo maldecía en un impresionante despliegue de juramentos.

—Mientras todo el sistema se encuentre bajo este campo de interdicción, reparar la nave servirá de muy poco —dijo Q9.

Q9-X2 guardaba un vago parecido familiar con la serie R2 de androides astromecánicos. Para ser más exactos, la serie Q9 era un diseño experimental basado en el chasis del R7, un modelo posterior. Las opiniones sobre el resultado del experimento estaban divididas. Algunos argumentaban que había sido un fracaso total, mientras que los optimistas afirmaban que seguía siendo demasiado pronto para poder saberlo con seguridad.

La conducta de Q9-X2 no siempre lo convertía en el mejor argumento a favor de quienes opinaban que el experimento había sido un éxito, desde luego. Durante la mayor parte del tiempo, el androide era una auténtica molestia. Parecía tener una habilidad especial para irritar y poner en apuros a su amo —y a cualquier otro ser inteligente que estuviera cerca—, y demostrar lo indispensable que era a continuación. Q9 le había salvado la vida a Ebrihim durante el ataque a la Casa de Corona, un hecho que recordaba al maestro drall hasta qué punto era útil tener cerca a un androide excesivamente inteligente con demasiada capacidad de iniciativa. Pero aun así, Q9 podía llegar a ser terriblemente irritante.

Para empezar, Q9 siempre se estaba automodificando y nunca paraba de instalarse nuevos equipos. Se había instalado sus propias unidades repulsoras, que le permitían moverse mucho más libremente sobre terrenos por los que no habrían podido desplazarle sus ruedas. También se había instalado una unidad vocalizadora que le daba la capacidad de hablar, en vez de verse obligado a confiar en los pitidos y zumbidos del androide astromecánico corriente. Ebrihim no estaba muy seguro de que un Q9 con voz supusiese una mejora. Desde que había conectado el vocalizador a sus circuitos, el pequeño androide siempre hablaba demasiado.

—¿Qué haremos cuando la nave esté reparada? —preguntó Q9, en una nueva demostración de esa tendencia.

—Planearemos nuestras próximas acciones cuando estemos en la superficie —dijo Ebrihim, intentando fingir que la pregunta carecía de importancia.

—Eso es una no-respuesta —replicó Q9—. No ofrece ninguna información.

Eso tal vez se deba a que no tengo ninguna información que ofrecer dijo Ebrihim, empezando a irritarse—. Sinceramente, Q9, hay momentos en los que puedes llegar a resultar insoportable...

Una vez que nos hayamos posado en Drall, espero poder ponerme en contacto con miembros de mi familia que nos ayudarán a permanecer escondidos mientras vamos recogiendo más información. En estos momentos nuestro deber principal es proteger a los niños, por supuesto. Debemos asegurarnos de que no corren ningún peligro. En cuanto a cómo vamos a conseguirlo, lo ignoro.

Nadie sabe cómo hacer lo imposible —replicó Q9 en un tono francamente ácido.

Parecen poseer un gran talento para crear problemas —admitió Ebrihim.

Esa es una descripción considerablemente suave de lo que pueden llegar a hacer cuando se lo proponen —dijo Q9.

Jaina, Jacen y Anakin estaban acostados sobre la espalda en sus hieras, apretujados en uno de los diminutos camarotes del *Halcón*. Se habían puesto los arneses de seguridad, y hacían cuanto podían para estarse quietos y portarse bien..., o por lo menos los gemelos hacían cuanto podían con vistas a lograr tales objetivos. Anakin estaba teniendo más problemas que ellos para reprimir sus impulsos de removerse e ir de un lado a otro.

—He de levantarme —anunció de repente.

Ah, no, nada de eso —dijo Jacen.

Estaba empezando a sentirse un poco más que harto de tener que cuidar de su hermano pequeño. Él y Jaina se estaban turnando en la tarea de responsabilizarse de Anakin. Dentro de diez minutos Anakin dejaría de ser su problema para pasar a serlo de Jaina, y Jacen daba gracias al cielo porque así fuese.

—He de levantarme —repitió Anakin.

—¿Por qué? —preguntó Jacen, decidiendo plantar cara al desafío de su hermano pequeño—. ¿Qué es lo que necesitas?

Sabía muy bien que en realidad Anakin quería ir corriendo a la cabina del *Halcón* para ayudar a pulsar los botones. Lo aterrador era que probablemente pulsaría todos los botones correctos, por supuesto. Su habilidad con la electrónica y la maquinaria resultaba más que un poco desconcertante incluso para Jacen. Era como si en el caso de Anakin las habilidades para usar la Fuerza hubieran sufrido una especie de extraña e irresistible desviación hacia lo tecnológico. Pero, aun así, «probablemente» no era lo bastante bueno para una nave espacial..., y especialmente para una nave en tan mal estado como solía encontrarse el *Halcón*.

—Bueno... Eh... Tengo que...

—Y no se te ocurra decirme que se trata del cuarto de baño —le interrumpió Jacen, adivinando lo que vendría a continuación. Acabas de ir.

—Oh, claro —dijo Anakin—. Bueno... Ah... He de levantarme Y..., y... Yo... Eh... ¡Tengo que encontrar mi librochip! Necesito leer un rato.

—Oh, hermano —dijo Jaina—. ¿Realmente cree que somos tan tontos? Jacen, ¿nosotros también hacíamos estas cosas? —Debíamos de hacerlas —respondió Jacen—. Sólo espero que se nos dieran un poco mejor.

—¿Mejor? —preguntó Anakin—. ¿De qué cosas estáis hablando?

—De salirte con la tuya como sea —respondió Jaina—. Si vas a soltar una bola, por lo menos tienes que pensarte bien toda la mentira desde el principio al final antes de empezar. Cuando te interrumpes de repente a media mentira tal como acabas de hacer ahora, entonces nadie te cree. Ah, y además el librochip es una excusa realmente pésima... Apenas sabes leer.

—Me sé las letras y los números.

—Pero todavía no eres capaz de leer un libro entero sin ayuda, ¿verdad?

—Ya casi puedo —dijo Anakin, pero incluso él se dio cuenta de que no estaba resultando nada convincente—. Pero sigo necesitando levantarme.

Jacen suspiró.

—Mira, Anakin: no puedes ir a la cabina de pilotaje, y punto final. Se acabó, ¿entiendes? Si te dejáramos ir allí, Chewbacca te echaría nada más entrar y te haría volver aquí, y entonces te habrías metido en un lío y nosotros nos habríamos metido en un lío..., y todo por nada.

—Bueno, vale —dijo Anakin—. Pero ¿y si me levanto y busco mi librochip? Eso sí que lo puedo hacer, ¿no?

—No. No puedes levantarte. Ninguno de nosotros puede levantarse. Todas las personas mayores están muy ocupadas y no podemos interrumpirlas, y no podemos ir dando vueltas de un lado a otro por que el *Halcón* podría tener algún problema y empezar a saltar y bambolearse. Si no puedes levantarte, entonces es que no puedes levantarte. Nadie puede levantarse hasta que Ebrihim diga que podemos levantarnos. ¿De acuerdo?

Muy bien —dijo Anakin, y su voz se fue volviendo hosca y sombría — Pero ¿puedo...?

¡No! —le interrumpió secamente Jacen—. Limitate a estarte callado y quietecito.

Esperó un minuto para averiguar qué haría su hermano pequeño a continuación. La reacción de Anakin podía consistir tanto en una rabieta como en un silencio enfurruñado salpicado por murmullos ocasionales sobre la injusticia del universo. Jacen esperaba con todas sus Fuerzas que se tratara de eso último, ya que la rabieta siempre resultaba mucho más estrepitosa.

Después de un minuto entero de silencio, Jacen oyó murmullos procedentes de la litera que tenía debajo y dejó escapar un suspiro de alivio. Lo único que debía hacer a partir de entonces era permanecer en silencio hasta que Anakin se olvidara de que estaba enfadado, de lo contrario Anakin volvería a enfadarse por tener que estar obligado a no hacer ruido mientras que sus hermanos podían hablar.

Jacen, y no por primera vez en los últimos días, se dio cuenta de que empezaba a comprender hasta qué punto eran pesadas las caras que soportaban sus padres.

El y Jaina se habían visto obligados a crecer muy deprisa durante los últimos días. La huida de la Casa de Corona había sido caótica y aterradora, y el vuelo hasta Drall parecía haber consistido en terror, tensión, tedio y momentos de comedia no excesivamente graciosa. El terror había llegado muy pronto, cuando las patrulleras de bolsillo corellianas habían causado algunos daños en el *Halcón* antes de que Chewbacca acabara con ellas. La tensión había llegado mientras esperaban a ver si las reparaciones improvisadas por Chewbacca aguantarían el tiempo suficiente para permitirles llegar a Drall..., o a cualquier sitio, incluso utilizando los niveles de energía mínimos que eran cuanto el wookie se atrevía a correr el riesgo de emplear. La palabra «tedio» apenas conseguía describir los largos y aburridísimos días que tardaron en llegar a Drall. En cuanto a la comedia sin demasiada gracia... Bueno, eso era algo que surgía de manera más o menos automática cada vez que Chewbacca, Anakin y Q9 se encontraban en el mismo compartimento.

El que nadie hubiera tenido ocasión de llevarse nada durante la Frenética carrera para huir del caos que se había adueñado de Corellia no ayudaba en nada a mejorar la situación. Cada uno tenía exactamente dos juegos de prendas: el que llevaba en el momento en que empezó el ataque y otro formado por un mono de la nave con perneras y los brazos recortados, un atuendo improvisado a partir de lo que sus padres se habían dejado a bordo. Q9 había demostrado poseer una sorprendente habilidad a la hora de obtener ropas niños a partir de las ropas de los adultos, pero los monos no les quedaban demasiado bien y, además, el que Ebrihim insistiera en que lavasen

todo cuando se cambiaban y antes de volver a ponérselo era francamente molesto. El drall iba prácticamente desnudo, por lo que la norma no parecía nada justa. En cualquier caso, y sobre todo considerando que apenas tenían ropas, había mucho trabajo de lavandería.

Y también estaba Anakin.

Jacen y Jaina no sólo habían tenido que cuidar de sí mismos, sin que también se habían visto obligados a cargar con la tarea de ocuparte de Anakin y conseguir que se portara bien. Los gemelos enseguida habían descubierto que evitar que su hermano se metiera en líos era mucho menos entretenido —y bastante más difícil— que ayudarlo a meterse en ellos.

Pero aprender a lavar la ropa y cómo cuidar de un niño pequeño distaba mucho de ser el único aspecto de su rápido proceso de crecimiento y maduración. También había problemas más serios.

Estaba la cuestión de los secretos, por ejemplo. Cuando se encontraban en Corellia, y antes de que empezara todo el jaleo, Anakin había percibido de alguna manera inexplicable la presencia de una gigantesca y muy antigua instalación subterránea de propósitos desconocidos, y había llevado a Jaina, Jacen y Q9 hasta ella sin la más mínima vacilación. Los niños habían contado su aventura a sus padres, Ebrihim y Chewbacca, pero nadie tenía ni la más leve idea de qué era aquella instalación. Lo único que sabían era que la Liga Humana andaba buscándola, aunque nadie sabía por qué. A Jacen le parecía obvio que había que hacer algo respecto al sitio que había descubierto Anakin, pero no sabía qué. Jacen estaba empezando a sospechar que los adultos tenían que enfrentarse con muchísima frecuencia a ese tipo de ambigüedad.

Y eso no era todo lo que había ocurrido en Corellia. La noche antes del ataque lanzado contra la Casa de Corona, los tres niños habían estado espionando la reunión mantenida por sus padres, el gobernador general Micamberlecto y Mara Jade, y habían podido escuchar un montón de cosas de alto secreto sobre la conspiración para hacer estallar las estrellas que no eran del dominio público. Los niños no habían tenido intención de oír una información tan vital, pero lo habían hecho. Jacen estaba casi totalmente seguro de que Ebrihim, Q9 y Chewbacca no sabían nada de aquella reunión.

Y eso hacía que los tres niños fuesen las únicas personas fuera de superficie de Corellia que conocían la existencia de la conspiración, dejando aparte a los malos, por supuesto.

Y en cuanto a lo que se suponía que debían hacer respecto a eso, Jacen no tenía ni la más mínima idea.

Ebrihim contempló la superficie de Drall a través del visor, la comparó con el mapa que mostraba la pantalla y asintió.

Es aproximadamente la posición correcta —dijo—. Puedes iniciar el descenso de la órbita.

Chewbacca soltó un gruñido de consternación, pero se inclinó sobre los controles y empezó a hacer bajar al *Halcón*.

Sigo sin entender cómo hemos podido quedar reducidos a navegar mediante un sistema de orientación visual tan tosco —dijo Q9—. ¿Cómo es posible que esta nave tenga un equipo de localización tan primitivo?

Chewbacca le lanzó una feroz mirada por encima del hombro y le enseñó los colmillos.

—Si deseas repartir culpas, Q9, adjudícamelas a mí y a mi tía Marcha —dijo Ebrihim—. Durante mi última visita a su propiedad no me aprendí de memoria las coordenadas exactas, y parece ser que mi tía nunca se ha tomado la molestia de instalar una baliza de descenso en el jardín de atrás.

Por una vez, Q9 no supo qué contestar.

El *Halcón Milenario* fue bajando de la órbita tal como había entrado en ella; lo más lenta y cautelosamente que pudo, y ejecutando una parte de la maniobra lo más grande posible encima de partes no habitadas del planeta, donde resultaría más improbable que su presencia fuera detectada.

La nave entró en la atmósfera y el cielo nocturno que se extendía por encima de Drall, y siguió avanzando en silencio. A Ebrihim no le gustaba demasiado la idea de llegar durante la noche local. Encontrar la casa de su tía ya hubiese resultado difícil incluso de día, pero nadie tenía ni idea de con qué clase de recepción podía toparse el *Halcón* en el caso de que llegara a ser detectado.

Habían recibido algunos informes sobre disturbios en Drall, pero no había forma alguna de conocer la situación actual. Todas las comunicaciones interplanetarias habían quedado cortadas por las interferencias enormemente poderosas que habían surgido de la nada después del ataque contra la Casa de Corona. Aun así, Ebrihim sentía incapaz de creer que las cosas pudieran estar demasiado mal en Drall. Los dralls tenían demasiado sentido común para dejar arrastrar por la clase de histeria que parecía estar adueñándose de Corellia, pero de todas maneras no había ninguna razón para correr riesgos innecesarios.

Chewbacca siguió descendiendo, introduciendo el *Halcón* más y más profundamente en la noche hasta que acabó subiendo el morro de la nave y la hizo virar en una suave curva. Habían llegado al punto del mapa que Ebrihim había marcado como más o menos cercano a la villa campestre de su tía.

—Excelente, excelente —dijo mientras contemplaba las suaves ondulaciones de las colinas—. Debo admitir que no estaba muy seguro de hasta qué punto conseguiríamos acercarnos, pero estamos realmente muy cerca. He recorrido frecuentemente esta zona en un aerodeslizador. Ahí —dijo, señalando por la ventana—. Sigue ese río en dirección norte. La tía Marcha vive en la orilla oeste.

Chewbacca hizo virar el *Halcón* hacia el norte y bajó hasta el nivel de las copas de los árboles..., y después descendió por debajo de él, planeando para volar sólo diez o quince metros por encima de la superficie del río.

¡Por todos los cielos! —exclamó Ebrihim con una voz vergonzosa e incómodamente cercana al chillido—. Comprendo que debemos evitar el ser detectados, pero ¿es realmente necesario que estemos volando tan bajo?

Pero al parecer los wookies no sentían ninguna compasión por quienes se asustaban con facilidad. Chewbacca se limitó a reír..., y después hizo que el *Halcón* descendiese un poquito más.

Ebrihim estaba bastante inquieto y alterado, pero aun así no cabía duda de que aquella experiencia era realmente impresionante. Volar tan bajo sobre las aguas negro azuladas del caudaloso río, con los árboles que se alzaban a cada lado reducidos a poco más que siluetas borrosas desfilando a toda velocidad por entre las tinieblas y las bandadas de asustadas aviarias de blancas alas que se lanzaban al aire cuando el *Halcón* pasaba como un rayo sobre sus nidos... Sí, era realmente impresionante. Ebrihim necesitó hacer un auténtico esfuerzo de voluntad para apartar los ojos del paisaje y mirar hacia adelante, río arriba, y empezar a buscar la casa de su tía.

Hacía muchos años que no iba por allí, pero el vuelo nocturno sobre las aguas enseguida hizo que los recuerdos surgieran de la nada e invadiesen su mente. Ebrihim había jugado en las orillas de aquel cuando era un cachorro, y también había nadado en sus aguas y había corrido y saltado por las grandes praderas de la mansión su tía. Aquéllos habían sido días espléndidos y llenos de paz, pero ya hacía mucho tiempo de todo aquello, y el mundo y la galaxia habían cambiado..., y no para mejorar.

Eh, un momento. Aquella isleta en el río... Sí. Sí.

Gana un poco de altitud, amigo Chewbacca. Esa isla es un poco más grande de lo que aparenta. Y ve reduciendo la velocidad la nave... Nos estamos acercando. Sí, ya estamos muy cerca. Chewbacca hizo bajar el *Halcón* hasta que se encontraron a unos trescientos metros de altura y redujo la velocidad dejándoles casi frenados, con lo que la nave apenas avanzaba.

¡Allí! —Ebrihim señaló la orilla cubierta de árboles—. Ese pequeño atracadero de allí, donde está amarrado el bote blanco... Es el de mi tía. Vuela alejándote del río hasta que hayas dejado atrás la hilera de árboles.

Chewbacca hizo girar la nave y pasó por encima de los árboles. Una gran casa blanca apareció delante de ellos. El wookiee detuvo el *Halcón* y la nave quedó inmóvil, una silueta silenciosa suspendida en el cielo. La casa consistía en una estructura hemisférica central de unos veinte metros de altura con dos largas alas a cada lado. La blancura ininterrumpida de la cúpula creaba un sorprendente contraste con los tejados de pizarra oscura de las alas. Las alas tenían tres pisos de altura, y toda la estructura mediría fácilmente cien metros de un extremo a otro. El exterior de la casa de la tía Marcha apenas estaba adornado, pero el edificio no tenía un aspecto demasiado severo y parecía acogedor incluso visto entre la oscuridad. Los jardines y los árboles eran muy hermosos, y lianas decorativas trepaban por un lado de la cúpula y a lo largo de las paredes de las dos alas. Era la clase de sitio al que la vasta familia de Ebrihim podía acudir en una tumultuosa visita de todo el clan al completo, algo que solían hacer.

—Sí, ésa es la casa de mi tía —dijo Ebrihim en un tono algo tembloroso—. Pero...

—Pero ¿qué? —preguntó Q9.

—Pero algo anda mal. Sólo ha pasado una hora desde que oscureció. La casa debería estar muy iluminada y llena de gente..., pero todas las ventanas están oscuras.

Q9 extendió su portilla de datos y se conectó al sistema sensor del *Halcón*.

—No capto nada inusual —dijo—. No hay armas o escudos significativos, y tampoco hay actividad de comunicaciones. Un barrido de infrarrojos revela dos formas vitales cuyo tamaño indica que son dralls. Hay cuatro vehículos en el cobertizo de la parte de atrás. La carga de energía de tres de ellos se encuentra a punto de agotarse, si es que eso nos dice alguna cosa.

—Acabas de captar un gran número de cosas inusuales —dijo Ebrihim—. Como mínimo debería haber cuatro o cinco dralls en la casa... Aunque la tía Marcha no estuviera ahí, el servicio doméstico seguiría dentro. Y nunca permiten que la carga de energía de los vehículos llegue a estar tan baja.

Chewbacca dejó escapar un rugido gutural.

—No sé qué deberíamos hacer —replicó Ebrihim—. Dejadme pensar un momento.

Él y los demás eran prácticamente fugitivos. Necesitaban ayuda. Necesitaban a alguien que los ocultara. Pero ¿quién estaba allí abajo, dentro de la casa? ¿Sería uno de los dralls que Q9 había detectado la tía Marcha, o su tía no estaba allí por alguna razón? ¿Serían intrusos? O suponiendo que uno de esos dralls fuera la tía Marcha, ¿qué estaba haciendo en la casa con sólo un criado y las luces apagadas? ¿Podría tener problemas? ¿Y le crearían más problemas yendo allí? Pero ¿a qué otro sitio podían ir? Por otra parte, si su tía estaba metida en algún lío, entonces tal vez Ebrihim y los demás podrían ayudarla. Un carguero ligero corelliano modificado y altamente maniobrable provisto de cañones turboláser, escudos y todo lo demás tenía sus usos, y quienes viajaban a bordo del *Halcón* reunían un considerable número de habilidades.

Eso le decidió.

—Descendamos —dijo—. Intenta ocultar lo más posible la nave debajo de las copas de los árboles para que no resulte fácil detectarla desde el aire.

Aunque Ebrihim no hubiera entendido el wookie, la mirada asesina que le lanzó Chewbacca le habría dejado muy claro el significado del balido y el gruñido ahogado que lanzó a continuación. «No intentes decirme cómo he de hacer mi trabajo.»

El *Halcón Milenario* fue descendiendo hacia el suelo y se deslizó por encima de él en dirección a un lado de la casa, moviéndose sobre las espaciosas praderas y yendo hacia el bosque. Chewbacca detuvo la nave en el aire cuando ya habían recorrido una cierta distancia por debajo del dosel arbóreo, y después la hizo bajar lentamente en un descenso tan suave como impecable.

Ebrihim dejó escapar un suspiro de alivio. Estaban a salvo.

— ¡Sácame de este condenado asiento de pilotaje, Q9! Oh, cielos, estas tiras me están aplastando...

Q9 se desprendió del suelo de la parte de atrás de la cabina y rodó hacia adelante. Después hizo surgir un par de brazos de trabajo de su caparazón y abrió rápidamente los cierres del arnés de seguridad. Ebrihim se apresuró a bajar de un salto del asiento y se estiró, agradeciendo el estar libre por fin.

Q9 pulsó el control de la puerta de la cabina y todos salieron al pasillo de la nave. Ebrihim fue hasta la puerta del camarote de los niños y llamó con los nudillos.

— ¡Jaina, Jacen, Anakin! Estamos en la superficie de Drall y no corremos ningún peligro. Podéis quitaros los arneses de seguridad y salir.

Después Ebrihim intentó apartarse de la puerta lo más rápidamente posible, pero aun así faltó poco para que acabara pisoteado cuando los tres niños salieron corriendo del camarote.

Cuando consiguió quitárselos de encima, Chewbacca y Q9 ya estaban preparados para abrir la compuerta de la esclusa exterior y bajar la rampa de acceso.

— ¡Eh, esperad un momento! —les gritó Ebrihim mientras iba corriendo hacia ellos—. Será mejor que primero baje yo solo.

Hubo un breve coro de protestas llegadas de todas direcciones, pero Ebrihim las acalló con una firme sacudida de cabeza.

—No —dijo—. Iré solo. Aquí me conocen, y a vosotros no. Es muy posible que nos hayan visto bajar desde la casa, y nuestra llegada podría haberles puesto un poquito nerviosos. Si vieran a un desconocido bajando de la nave, podríamos llegar a tener serios problemas.

—Bueno —dijo Jaina—, supongo que probablemente tienes razón. ¡Pero vuelve enseguida! Llevamos demasiado tiempo encerrados dentro de esta nave.

—Volveré lo más deprisa posible. Aun así, amigo Chewbacca, quizá sería aconsejable que estuviéramos preparados para un despegue rápido. Cabe la posibilidad de que mi tía no esté aquí, y de que nos encontremos con una bienvenida..., eh..., no tan hospitalaria como nos gustaría.

Chewbacca asintió.

— ¿Tendrías la bondad de abrir la compuerta y bajar la rampa, Anakin? —preguntó Ebrihim.

— ¡Claro! —gritó Anakin, encantado ante la oportunidad de hacer un trabajo de verdad con auténtica maquinaria.

El pequeño tecleó los códigos adecuados y contempló con obvio orgullo cómo se abría la compuerta interior y la rampa se iba desplegando silenciosamente hacia la oscura noche. El aire

nocturno de Drall entró en la nave, fresco e invitados, cargado con el suave aroma ligeramente acre de una brisa llegada del río.

—Volveré tan pronto como pueda —dijo Ebrihim.

Intentó no parecer nervioso y, después de todo, ¿por qué iba a estarlo? Aquél era su hogar, la residencia de su familia. Si había algún sitio en el universo donde debería sentirse cómodo y a salvo, era ahí.

Bajó por la rampa de la nave y se adentró en la oscura noche del hogar. Un instante después puso los pies sobre el suelo de Drall por primera vez en años, y se sorprendió ante su blandura.

Se fue alejando de la nave y empezó a avanzar hacia la casa, pero se detuvo de repente. Existe una creencia popular común en todas las rutas espaciales, un pequeño fragmento de sabiduría que todos creen es indudablemente cierta. Expresada de la manera más tosca, afirma que no hay ningún sitio como el hogar. Nunca podrás estar tan a gusto como en tu planeta natal, con la presión del aire, la atmósfera, la gravedad y todo lo demás exactamente tal como lo conociste de pequeño. Ebrihim descubrió que volver a estar bajo la gravedad más ligera de Drall y respirar su atmósfera fresca y suave era realmente delicioso. Incluso los chillidos y graznidos de las criaturas nocturnas y los susurros y zumbidos de los insectos locales parecían llegar hasta él para calmarle y reconfortarle, recordándole los días pasados. Pero si hasta el aire parecía estar perfumado, como si se hallara impregnado por toda clase de...

¡BLAM!

Un haz desintegrador de alta potencia abrió un agujero en el suelo justo delante de él.

Ebrihim se apresuró a lanzarse al suelo y cayó de bruces sobre un macizo de enormes flores azules de un aspecto bastante ridículo que emanaban un olor asfixiantemente dulzón. Estaba en el jardín favorito de su tía, aquel en el que cultivaba las variedades de las que se sentía más orgullosa.

— ¿Quién va? —gritó una voz familiar—. ¿Le he dado a alguien?

Era su tía. ¿Qué estaba haciendo fuera de la casa, paseándose por entre las tinieblas con un arma pesada a cuestas?

— ¡No dispaes! —gritó Ebrihim—. No dispaes, tía... ¡Soy yo, tu sobrino Ebrihim!

— ¿Ebrihim? —preguntó la voz de su tía—. ¿Y qué demonios estás haciendo ahí? ¿Viniste en esa nave de incursores que está escondida detrás de la casa?

— ¡No son incursores! —replicó Ebrihim a gritos—. ¡Los que van abordo de esa nave son amigos míos! ¡Hemos venido aquí en busca de ayuda!

— ¿Y entonces por qué habéis bajado tan sigilosamente como ladrones en la noche? —preguntó su tía.

Ya se había acercado lo suficiente para que Ebrihim pudiera distinguirla a la luz de las estrellas. Se la veía un poco más vieja y corpulenta de como la recordaba, pero parecía tan vigorosa como siempre. El enorme rifle desintegrador que empuñaba reforzaba la impresión general de vigor, por supuesto.

—Eres tú, Ebrihim —dijo su tía en un tono de voz ligeramente irritado, como si estuviera esperando que su sobrino se hubiera transformado en otra persona—. Venga, levántate... Estás muy ridículo acostado en el suelo.

—Sí, señora —dijo Ebrihim, poniéndose en pie y sacudiéndose las motas de tierra del pelaje.

—Y ahora habla deprisa, y nada de respuestas estúpidas. ¿Por qué se acercó con tanta cautela ese piloto? ¿Por qué se posó entre los árboles, si no tiene nada que ocultar?

—No nos estábamos ocultando de ti —respondió Ebrihim—. Temíamos que alguien de fuera de la casa pudiera vernos cuando descendiéramos. El piloto bajó allí para tratar de evitar que la nave pudiera ser detectada desde el cielo.

—Hmmmfffff... Comprendo —dijo la tía Marcha. Se colgó el rifle desintegrador del hombro y se inclinó para examinar una de las llores azules que Ebrihim había aplastado cuando se arrojó al suelo buscando refugio. Después se irguió y sus ojos escrutaron el suelo por debajo de los soportes de descenso del *Halcón Milenario*—. Pues la próxima vez añadió en un tono de voz más irritado que nunca—, dile a ese piloto amigo tuyo que se busque un sitio lo más alejado posible de mis arriates de nannariums para bajar.

5

Como en los viejos tiempos

El agua, un cubo entero de ella, cayó sobre el rostro de Han.

—Despierta —dijo una voz desagradablemente familiar mientras Han se incorporaba de golpe, tosiendo y jadeando—. La función ha terminado.

Han abrió cautelosamente los ojos, y comprendió al instante que la situación exigía cautela. Volvía a estar en su celda. No había demasiada luz, pero aun así aquella débil claridad era suficiente para que le dolieran los ojos aunque, hablando de dolores, la verdad era que le dolía todo el cuerpo. Esa seloniana llamada Dracmus tenía una pegada realmente temible.

Thrackan arrojó el cubo de metal vacío al otro rincón de la celda, y el ruido que produjo bastó para que Han empezara a sentir un terrible dolor de cabeza en la base del cráneo.

—Vamos, vamos... —dijo Thrackan con impaciencia—. Deja de hacerte el enfermo, ¿quieres? Mis médicos te han echado un vistazo, y me han asegurado que vivirás. Dijeron que eras demasiado mal bicho para que resultara fácil matarte.

—Que yo recuerde eso de ser un mal bicho siempre fue tu especialidad, Thrackan —dijo Han.

Su voz apenas llegaba a ser un graznido ahogado. Han abrió un poco más los ojos y vio cómo su primo se reía, cogía un taburete y se sentaba de cara al catre en el que estaba acostado.

—Éste es el Han de siempre —dijo Thrackan—. Me alegra ver que no has perdido el valor.

Thrackan estaba cerca de Han..., extrañamente cerca, de hecho. De repente Han se dio cuenta de que podía notar el olor del alcohol en el aliento de su primo, y vio que Thrackan sostenía una botella llena de un líquido sospechosamente parecido al coñac vasariano. Su primo estaba como mínimo un poco borracho.

— ¿Qué demonios quieres ahora, Thrackan? —preguntó, no muy seguro de lo que estaba ocurriendo—. Ya has tenido tu diversión.

No abuses de tu suerte, Han. Te aseguro que mis reservas de paciencia para aguantarte se encuentran peligrosamente bajas.

Bueno, ¿y por qué estás aquí? —preguntó Han, incapaz de controlar del todo su mal genio—. ¿Tienes poco trabajo y quieres matar un par de horas arrancándome las uñas?

No me des ideas —replicó Thrackan—. No necesito que me des ideas, ¿de acuerdo? Ya tengo una, y es una sorpresa para ti. Pero te enseñaré de qué se trata dentro de un rato. Antes quiero hablar contigo.

Han intentó reír, pero el sonido que surgió de sus labios resultó bastante más parecido a una tos estrangulada.

—Sí, ha pasado mucho tiempo y tenemos muchas cosas que contaros —dijo—. ¿Qué te ha traído aquí abajo?

«Aparte de esa botella que tienes en la mano, claro Siempre cabía la posibilidad de que su primo hubiera empezado a sentirse un poquito culpable y a tener remordimientos por lo que había hecho, y que hubiera bajado hasta la celda de Han para obligarle a decir que no había hecho nada malo. No era el razonamiento más lógico posible, desde luego, pero era justo la clase de cosa que Thrackan podía llegar a hacer.

—Muy bien —dijo Han—. ¿Qué querías decirme?

Thrackan dejó escapar un suspiro.

—Estoy aquí porque necesito tu ayuda. Si no fuera por eso, ya te habría hecho ejecutar por ese ataque del espaciopuerto.

— ¿Y piensas que el hacer que una seloniana me convierta en papilla me convencerá de que debo ayudarte?

—Eso fue necesario —dijo Thrackan despectivamente—. Un poco de teatro de la vida real para los oficiales, ¿entiendes? Eres el prisionero más importante que hemos capturado..., y tú sabes tan bien como yo lo que significa la lealtad familiar en este condenado planeta. Todas esas historias sobre un hombre que sacrifica los principios y el deber para cuidar de su familia... Mis hombres necesitaban ver que no me dejó influir por esa clase de cosas.

—Me alegra mucho haberte podido ayudar a demostrar tu integridad —dijo Han. Él recordaba esas historias de una manera ligeramente distinta, desde luego. La moraleja de esas historias consistía en que poner a tu familia por encima de todo era bueno. Al parecer en la Liga Humana no habría lugar para todas esas tonterías—. Pero ¿por qué me necesitas?

Thrackan clavó la mirada en el rostro de su primo.

—Por dos razones —dijo—. En primer lugar, voy a permitir que todo el mundo se entere de que estás aquí. Serás una especie de póliza de seguros. Este sitio está bastante bien escondido, pero han logrado descubrir escondites mejores que éste. También es bastante sólido, pero si se coge una bomba lo bastante grande y se apunta lo suficientemente bien... Bueno, entonces no quedaría nada en pie

Han sonrió.

—Si alguien tiene una oportunidad de acabar contigo, dudo mucho que les preocupe el que se me lleven por delante mientras lo hacen —replicó.

—Unas palabras muy valientes..., pero eso no es verdad. Si, y se trata de un «si» muy grande, el gobernador general Micamberlecto consigue lanzar un contraataque, o si la Nueva República consigue unirse a la fiesta, no querrán emplear ninguna clase de ataque que te ponga en peligro. ¿Realmente crees que el gobernador general y tu esposa ordenarían bombardear la estructura dentro de la que te encuentras? ¿O que una flota de la Nueva República, capitaneada por todos tus viejos amigos y compañeros, querría intentarlo? Nunca —añadió Thrackan con seca e implacable convicción—. Quizá probarían suerte con alguna loca incursión de comandos para rescatarte, pero permíteme que te diga que estamos perfectamente preparados para enfrentarnos a esa eventualidad.

Thrackan pareció darse cuenta de que había tenido ciertos problemas a la hora de pronunciar esa última palabra, y frunció el ceño.

Han comprendió que lo que había dicho su primo se acercaba lo suficiente a la verdad para que no sintiera muchos deseos de que la conversación siguiera por ese camino.

— ¿Y cuál es esa segunda razón por la que me necesitas? —preguntó, con la esperanza de poder cambiar de tema.

Thrackan dio otro trago de la botella y después agitó la mano libre de un lado a otro en un gesto que no señalaba nada concreto.

—Bueno, en estos momentos lo que hago es contar mentiras. Mentiras y más mentiras para todo el planeta... Es parte del plan, ¿comprendes? Cuando me llegue el momento de decir la verdad o, por lo menos, de permitir que la verdad empiece a ser conocida... Bien, entonces serás un mensajero muy útil. La gente... La gente que importa te creará.

— ¿Y sobre qué estás contando mentiras, y cuál es esa verdad que acabarás revelando tarde o temprano? —preguntó Han. Thrackan sonrió.

Oh, no —dijo—. No, no, no. No voy a correr ningún riesgo. Puede que ya haya hablado demasiado.

Permaneció callado durante unos momentos y volvió a mirarle inútilmente. Después puso la mano sobre la rodilla de su primo y le dio un afectuoso apretón que provocó nuevos espasmos de dolor a lo largo de todo el maltrecho cuerpo de Han, sin que Thrackan se diera ninguna cuenta de ello.

¿Sabes una cosa? —murmuró—. Por mucho que odie admitirlo, la verdad es que me alegra volver a verte... Puede que en este momento seamos enemigos y que tú seas mi prisionero, pero supongo que los viejos sentimientos familiares siguen estando ahí. Hacen que uno acuerde de los viejos tiempos.

A mí me ocurre exactamente lo mismo —dijo Han. Los viejos tiempos que había vivido junto a su primo no eran algo que quisiera recordar, desde luego, pero no cabía duda de que su lección de danza con Dracmus se los había traído a la memoria. Aun así, y si Thrackan tenía ganas de hablar, Han prefería animarle a que siguiera haciéndolo—. Pero me parece que ahora hay muchas cosas del presente en las que tenemos que pensar, ¿verdad?

—Cierto. Por lo menos yo, claro, porque tú vas a pasar una larga temporada sin ir a ningún sitio y sin hacer gran cosa.

—Ya me lo había imaginado.

Thrackan intentó conseguir que sus facciones adoptaran una expresión de burlona astucia y meneó un dedo delante del rostro de Han.

—Pero ¿puedo contar con tu cooperación mientras estés aquí? Cuando llegue el momento adecuado, serás puesto en libertad y te daremos un mensaje para que lo transmitas. A menos, naturalmente, que para entonces ya nos hayas causado tantos problemas que no valga la pena mantenerte en circulación...

—No sé muy bien cómo decírtelo, Thrackan, pero la verdad es que mi situación dentro de todo este asunto es la de prisionero de guerra. He de causar problemas. Es mi trabajo, ¿entiendes?

—Temía que lo verías de esa manera. Supongo que no podría conseguir que me dieras tu palabra, tal como hizo Dracmus...

—Lo siento. No puedo dártela.

—Y aunque lo hicieras, creo que nunca podría llegar a confiar en ti de la manera en que he confiado en ella —dijo Thrackan. Su despreocupada arrogancia era realmente asombrosa. Tan pronto se ponía nostálgico recordando aquellos viejos tiempos dedicados a hacer picadillo a los niños que eran más pequeños que él, como lanzaba un despectivo insulto al honor de Han, que era empeorado por el hecho de ser totalmente inconsciente y brutal—. Casi conseguimos capturar a tus hijos, ¿sabes? Nuestros vigías vieron cómo ese wookiee amigo tuyo los metía a toda prisa en tu nave, y enviamos unas cuantas patrulleras de bolsillo detrás de ellos. Si los hubiéramos capturado, entonces sí que tendríamos un buen medio de ejercer presión sobre tu esposa.

Han miró fijamente a su primo sin poder evitar sentirse atónito. Se necesitaba una clase de mente muy especial para urdir semejantes planes, para poder ver tan lejos y estar tan ciega al mismo tiempo.

— ¿Cómo puedes hacerlo, Thrackan? ¿Cómo puedes ir en contra de las mejores tradiciones de nuestra gente? «No involucres nunca a los inocentes. Protege a tu familia siempre y en cualquier circunstancia.» ¿Es que esas palabras no te son familiares?

—No vivo guiándome por las moralejas de los viejos cuentos infantiles —dijo Thrackan.

—Bien, ¿y qué principios guían tu vida? —preguntó Han, empezando a sentirse incapaz de controlar su mal genio—. ¿Cuáles son las lecciones morales que rigen tu existencia?

Thrackan soltó una risita y tomó otro trago de su botella.

—Me extraña mucho oír esas preguntas saliendo de los labios de un pirata, un contrabandista y un traidor —dijo.

—Me han llamado cosas peores —replicó Han sin inmutarse—. Pero estamos hablando de ti. Vamos, realmente me interesa saberlo... ¿Cómo llegaste al sitio en el que estás ahora?

Nunca se tenía demasiada información sobre el enemigo. Han conocía muy bien las colosales dimensiones de la vanidad de su primo. Si conseguía explotarla en beneficio propio y hacer que Thrackan empezara a hablar de sí mismo, era muy posible que acabara revelándole algún dato valioso.

—Cuando me fui de Corellia —siguió diciendo—, sólo eras un insignificante burócrata imperial. ¿Cómo te las has arreglado para llegar a ser el Altísimo Líder Oculto, o como demonios te llamen ahora?

Thrackan soltó una risita burlona.

—Me llaman por el título correcto según las leyes de este sistema. El Diktat, así me llaman... Y es un título que tengo todo el derecho del mundo a reclamar.

— ¿Cómo es eso? ¿Cómo te lo ganaste?

Los labios de Thrackan se curvaron en una sonrisa helada. —Al viejo estilo —replicó—. Con el viejo recurso de siempre, la decisión... Con decisión y ambición.

—Y puede que con unas cuantas puñaladas por la espalda y un poco de juego sucio añadidos a la mezcla para asegurar que te saldrías con la tuya —dijo Han.

—Ten cuidado con lo que me dices, Han, o te...

— ¿Qué me harás? —replicó Han, harto de seguirle la corriente—. ¿Me darás una paliza? ¿Intentarás secuestrar a mis hijos? ¿Ordenarás que lancen un ataque con cohetes contra el edificio en el que se encuentra mi familia? No me digas que un hombre capaz de hacer todo eso no empleó unos cuantos truquitos aquí y allá durante su trayecto hasta la cima.

—Y suponiendo que jugara sucio, ¿qué más da? No habría nada de nuevo en eso. Montones de líderes han tenido que hacerlo durante su ascensión al poder.

—Oh, ahí tienes una excelente moraleja para ti. «Todo el mundo lo hace.»

—Tendría que haber dejado que la seloniana te matara —murmuró Thrackan.

—Sí. Qué pena que parezcas necesitarme, ¿verdad? Pero me estabas hablando de tu heroica escalada hasta la cumbre.

—Quizá permitiré que te mate —dijo Thrackan con voz malhumorada—. Pero en cuanto a mí... Bueno, en realidad no hay mucho que contar. Limitémonos a decir que me las fui arreglando para ocupar puestos progresivamente más importantes. Cuando tu apestosa Rebelión ganó sus primeras batallas contra el Imperio, ya me había convertido en el heredero suplente del Diktat. Dupas Thomree era el Diktat, Daclif Gallamby era el heredero oficial, y yo era el tercero en la línea de sucesión.

—Eso sería una gran novedad para un montón de gente —dijo Han—. Me acuerdo de Thomree, por supuesto, pero nunca había oído hablar de Gallamby..., y nunca supe que tú estuvieras allí arriba con ellos.

—No era algo que fuese ampliamente conocido —dijo Thrackan, haciendo un nuevo intento de hablar en un tono serio y majestuoso..., y sin conseguirlo del todo—. Pero el gobierno imperial de Corellia tenía toda una tradición de secreto. No teníamos que responder ante nadie.

—Te estás olvidando del Emperador, tu gran amigo. Tendríais que responder ante él.

—No, en realidad no. El Emperador creía en el orden, y nosotros manteníamos el orden aquí. Oh, eso puedo asegurártelo... A cambio de mantener el orden, cosa que habríamos hecho de todas maneras, y de jurar lealtad absoluta a la política exterior del Emperador, el Emperador daba permiso al Diktat Thomree para que gobernase el sector como le diera la gana. No había ninguna razón para que la gente supiera cómo se llevaría a cabo la sucesión. Incluso los miembros más poderosos del liderazgo eran desconocidos para la ciudadanía. La gente sólo sabía quién era el Diktat, y el secreto era una herramienta realmente muy útil para quienes ocupaban el poder.

— ¿Y qué ocurrió?

—Cuando empezó la guerra contra la Rebelión, Thomree cumplió con su parte del acuerdo. Proporcionó tropas y naves al Emperador. Pero poco después Thomree... Ah... Bien, el caso es que..., que murió de manera inesperada.

—Apuesto a que la historia de cómo murió sería realmente interesante —dijo Han, percibiendo el titubeo de su primo—. Incluso podría haber más de una versión.

—Yo no tuve nada que ver con ello —dijo Thrackan—. Pero no te voy a engañar. Muchos Diktats murieron en circunstancias sospechosas. Pienso que Thomree creía haberse protegido contra los intentos de asesinato nombrando sucesor suyo a un don nadie. No sería la primera vez que alguien intenta utilizar ese truco..., ni la primera vez en que no da resultado.

—Bueno, ¿y quién sucedió a Thomree?

—Gallamby asumió el poder. Fue el último Diktat..., si es que se le puede llamar así. No era más que una figura decorativa, una marioneta que colgaba de hilos invisibles...

— ¿Y tú eras uno de los que tiraban de los hilos? —preguntó Han.

—No. Lo intenté, pero otros se me adelantaron. Consiguieron controlar la política. Decidieron que había que empezar a hacer ahorros, y cortaron el apoyo a la guerra contra la Rebelión que había establecido Thomree. —Thrackan guardó silencio durante unos momentos y meneó la cabeza—. ¿Acaso no es cierto que la Rebelión ganó muchas de sus batallas en el último momento después de estar a punto de ser derrotada? —preguntó—. ¿Crees que tal vez unas cuantas naves corellianas y unos cuantos miles de soldados corellianos más podrían haber hecho que la balanza acabara inclinándose del otro lado? ¿No crees que Gallamby y los suyos tal vez acabaron dándolos la victoria en esa guerra?

Han no respondió. Que la Alianza Rebelde había vencido por muy poco en más de una ocasión no era ningún secreto.

—Sí, no hables —dijo Thrackan—. Bien, pues yo afirmo que unos cuantos imbéciles que querían ahorrarse un par de créditos hicieron que perdiésemos la guerra.

—Había algo más que la pequeña cuestión de quién contaba con más naves, Thrackan. Teníamos otras cosas a nuestro favor.

—Te refieres a Skywalker.

—Bueno..., sí. Luke Skywalker. Y tal vez las fuerzas de la historia.

—Nunca he creído en el destino —dijo Thrackan—. Siempre he creado mi destino.

—Salvo cuando la Alianza Rebelde derrotó al Imperio —dijo Han—. Ahí no pudiste hacer gran cosa.

— ¿Por qué disfrutas tanto provocándome cuando puedo hacer que te maten o te torturen en cualquier momento?

—Básicamente porque no me caes bien —replicó Han—. Pero quiero oír esta historia, y tú quieres contarla. ¿Qué ocurrió en el Sector Corelliano cuando derrotamos al Imperio?

—Yo seguí luchando entre bastidores hasta el final para conseguir que Corellia volviera a adoptar su antigua política.

—Intentabas hacerte con el poder.

—Por supuesto que intentaba hacerme con el poder, estúpido. Gallamby estaba permitiendo que todo se desmoronase. ¡Tratar de echarle a patadas era un puro acto de patriotismo! Y cuando empezó la batalla de la segunda Estrella de la Muerte, ya casi estaba preparado para librarme de él. Todos estábamos listos para actuar. —Thrackan hizo una pausa para tomar otro trago de su botella, y su rostro se ensombreció—. Pero entonces nos enteramos de que el Emperador había muerto, y de la derrota de Endor. Eso fue suficiente para la escoria alienígena de Corellia y para todos sus simpatizantes.

— ¿La escoria alienígena? ¿De qué alienígenas estás hablando?

—Lo sabes muy bien. Hablo de la basura no humana que vive en Corellia.

—Los selonianos y los dralls.

—Exacto.

— ¿Cómo puedes llamarlos alienígenas? Hace miles de años que viven aquí.

—No son humanos, así que son alienígenas. —Estaba claro que en lo que concernía a Thrackan no podía haber ninguna discusión al respecto—. Y todos pensaron que sin un Emperador ya no había Imperio. Hubo celebraciones cuando el Emperador murió, si es que puedes creerlo.

—No me digas —murmuró Han—. Asombroso.

Estaba empezando a entender algo. En algún lugar de las profundidades de su mente, Thrackan era incapaz de creer que Ha alguien que llevaba su misma sangre en las venas, pudiese negarse aceptar la verdad. Sólo podía haber una razón para ello, por supuesto: Han nunca había llegado a enterarse de la verdadera historia, con toda su clara lógica que saltaba a la vista. Pero en cuanto se la hubieran explicado y en cuanto Han entendiese lo que había ocurrido en realidad, entonces las escamas caerían de sus ojos y Han se convertiría a la manera de pensar de Thrackan. Han podía seguirle la corriente, si era necesario hacerlo.

—Incluso sus enemigos lloraron la muerte de un valeroso oponente —añadió.

Eso era una mentira total, por supuesto. La noticia de la muerte del Emperador Palpatine había sido acogida con tanta alegría que a gente se había puesto a bailar por las calles. Pero Han no conseguiría gran cosa diciéndoselo a Thrackan.

—Te agradezco que me digas eso, Han. Aquí lo celebraron, ¿sabes? Casi todos ellos lo celebraron, incluso los soldados y las tripulaciones de las naves... Desertaron en masa. En Corellia nadie derrotó al Imperio. Aquí el Imperio sencillamente se derrumbó. —Thrackan se irguió en su taburete e hizo un visible esfuerzo para hablar con claridad a pesar de todo el alcohol que había ingerido—. Un régimen sin autoridad no puede gobernar —dijo con voz altisonante—, y el régimen de Corellia perdió toda su autoridad.

—La gente dejó de teneros miedo, ¿no?

—El miedo es un gran principio organizador —dijo Thrackan, Pero el fin del miedo no fue lo único que provocó el desmoronamiento del régimen. Lo grave fue que nosotros empezamos a

tenerles miedo. Gallamby huyó... Él y sus esbirros querían salvar el pellejo, ¿entiendes? Se llevaron consigo la mitad de los créditos que había en el tesoro público. Y eso sólo fue el comienzo... Buitres. Llegaron en bandadas, como buitres, y se apoderaron de todo lo que no estaba sujeto con clavos y tornillos y se lo llevaron. Y después la gente empezó a echar mano a los expedientes secretos y empezaron a arrestar a los funcionarios del gobierno y a los altos cargos, y los juzgaron por crímenes cometidos durante el ejercicio de sus funciones. Qué locura... ¿Cómo se puede considerar delictivo nada de cuanto hayas hecho mientras estabas al servicio del Imperio?

—Sí, yo tampoco lo entiendo —dijo Han—. Así que el Imperio se derrumbó. ¿Y qué hiciste tú? ¿Cómo has llegado al sitio en el que estás ahora?

—Empecé a hacer planes. Planes y mas planes... Pensando a largo plazo, ¿comprendes? Encontré amigos en un sitio, y favores en otro. Busqué personas a las que les hubieran ido bien las cosas durante la época del Imperio, y que quisieran ver volver los viejos tiempos.

Así que ésa es tu meta, ¿eh? ¿Quieres resucitar el Imperio? Olvídalo, Thrackan. El Imperio está muerto y enterrado.

Ya lo sé —dijo Thrackan—. No me gusta, pero puedo verlo. Pude verlo el día en que Palpatine y Darth Vader murieron. Todo eso se acabó. Pero el Nuevo Orden de Palpatine, el sistema imperial... Eso sí que puede volver, por lo menos aquí. Sólo que ahora no habrá ningún Emperador por encima del Diktat... No habrá nadie que le diga al Sector Corelliano lo que debe hacer. Seremos independientes. Sólo estaremos nosotros, y les enseñaremos a todos esos alienígenas cuál es su sitio...

Pensaba que ibas a echarlos de Corellia —dijo Han—. Oí el anuncio. Si la Nueva República no sacaba a todos los no humanos del planeta, harías estallar otra estrella. Es lo que dijiste, ¿no?

Thrackan se echó a reír.

—Sí, apuesto a que lo oíste. Todo el planeta lo oyó... Ésa es una de las mentiras que he estado repitiendo. No se puede hacer. Ni soñarlo... Es imposible. Pero así estarán ocupados.

—¿Qué es imposible? —preguntó Han, intentando ocultar su interés pero sin conseguirlo del todo—. ¿Sacar a los no humanos de aquí, o hacer estallar otra estrella? ¿Realmente hicisteis estallar esa primera estrella?

Pero Thrackan se limitó a reírse.

—Oh, no —dijo—. No puedo contestarte a esas preguntas. Estropearía la sorpresa. —Frunció el ceño durante un momento—. Por cierto, eso me recuerda algo... —murmuró mientras una sonrisa extremadamente desagradable iluminaba su cara—. Casi se me había olvidado. Tengo otra sorpresa para ti. Es la razón por la que he bajado hasta aquí. Tengo el regalo ideal para un amante de los alienígenas como tú.

—¿Qué...? ¿Qué quieres decir? —preguntó Han.

Sintió que algo se tensaba en sus entrañas. Las sorpresas de Thrackan rara vez eran agradables.

—No te muevas de aquí, ¿de acuerdo? Te traeré tu regalo.

Thrackan se levantó con cierta dificultad y fue hasta la puerta de la celda, tambaleándose un poquito al caminar. La golpeó tres veces con los nudillos y la puerta se abrió hacia dentro. Después Thrackan se volvió hacia Han.

—Volveré dentro de un momento —digo.

Han se levantó y descubrió lo doloroso que podía llegar a ser estar de pie. Su pelea con Dracmus no parecía haberle causado daños permanentes, pero tardaría bastante en estar totalmente recuperado de ella.

Dracmus...

Y de repente Han estuvo casi seguro de en qué iba a consistir la sorpresa que le reservaba su primo.

Thrackan volvió a entrar en la celda, seguido por un soldado. El soldado se apostó en una esquina desde la que podía vigilar la puerta, desenfundó su desintegrador y enfiló el arma hacia el umbral.

Dracmus, la seloniana, entró en la celda seguida por otro soldado que también empuñaba un desintegrador.

Los ojos de Thrackan fueron de Han a Dracmus y volvieron a posarse en Han.

—Ah, Han, mi querido primo —digo con una sonrisa salvaje—. Mi querido primo el traidor, al que tanto le gustan los alienígenas... Traicionaste al Imperio, traicionaste al Emperador y traicionaste a tu raza, ¿eh, Han? Bueno, pues creo que ya va siendo hora de que saludes a tu nueva compañera de celda.

Los cansados viajeros fueron saliendo del *Halcón Milenario* y avanzaron hacia la casa, poniendo mucho cuidado en no pisar ninguno de los nannariums. Marcha, la tía de Ebrihim, iba en cabeza con su rifle desintegrador colgado del hombro. Los llevó hasta la cúpula central y por la corta escalera hasta la gran puerta que conducía al interior. En cuanto hubieron llegado al final del pequeño tramo de escalones, se volvió hacia su sobrino y le contempló con expresión expectante.

Ebrihim lo entendió enseguida, y se volvió hacia los demás.

—Nuestras tradiciones exigen celebrar una breve y sencilla ceremonia de presentación siempre que un invitado entra por primera vez en el hogar de su anfitrión —les explicó—. Si no hay nadie que conozca a ambas partes, entonces se espera que los visitantes se presenten a sí mismos. Pero si hay personas que conocen a los dos grupos, entonces se espera que la persona más joven que conozca a los dos se encargue de hacer los honores. En este caso, esa persona soy yo.

—Eres la única —protestó Jacen.

—Pero también soy la más joven, y eso es lo que decide. De esta manera honramos a nuestros mayores.

¿Estás escuchando todo esto, Anakin? —preguntó Jacen, hablando en un susurro lo bastante potente para ser oído sin ninguna dificultad.

— ¡Calla, Jacen! —siseó Jaina.

También se espera que las personas de más edad se comporten de una manera que las haga dignas de ser honradas —siguió diciendo Ebrihim en un tono de voz bastante más severo.

—Perdón —digo Jacen.

—Bien, si podemos empezar... Chewbacca. Jaina Solo. Jacen Solo. Anakin Solo —digo Ebrihim—. Permitidme que os presente a la duquesa Marcha de Mastigóforus. Si se digna honrarnos de esa manera, será vuestra anfitriona. Os ruego que la honréis.

— ¡No nos habías dicho que tu tía fuese duquesa! —exclamó Jacen en tono acusador.

—Nunca me habéis preguntado por mi familia —replicó Ebrihim sin inmutarse.

Jaina ejecutó una elegante reverencia y se las arregló para parecer una auténtica dama, lo cual resultaba bastante meritorio teniendo en cuenta que vestía un mono de vuelo lleno de arrugas que le quedaba demasiado grande.

—Encantada de conocerla, su señoría.

Chewbacca se inclinó ante la duquesa, y lo hizo con una gracia sorprendente. Ebrihim se volvió hacia Jacen y Anakin y aguardó en silencio hasta que Jaina asestó un codazo en las costillas a su hermano gemelo.

— ¿Eh? Oh.

Jacen se inclinó torpemente, vagando la espalda y subiéndola de una manera más bien envarada. Anakin enseguida captó la idea, pero imitó la reverencia de su hermana en vez de la inclinación de espalda de su hermano mayor.

—Bueno, no ha estado del todo mal —murmuró Ebrihim para sí mismo, y se volvió hacia su tía—. Su señoría, ¿me permitís que os presente al wookie Chewbacca, y a los humanos Jaina Solo, Jacen Solo y Anakin Solo, todos procedentes del planeta Coruscant?

—Ya veo que vuelvo a ser ignorado —refunfuñó Q9.

Tal como exigían los buenos modales, la duquesa no prestó la más mínima atención al androide.

—Me complace muchísimo conoceros a todos —digo, asintiendo solemnemente—. Me honra tener a tales invitados. Os ruego que consideréis mi casa como vuestra casa...

—Dentro de unos límites razonables —dijo Ebrihim, lanzando una mirada de advertencia a los niños.

—...y que aceptéis todo lo que mi hospitalidad pueda ofreceros —concluyó la duquesa con tanta calma como si su sobrino no hubiese abierto la boca.

—Gracias —dijeron a coro los tres niños.

—Bien, entrad —dijo la duquesa y señaló la puerta, que se abrió sin necesidad de que la tocara.

Después se hizo a un lado y permitió que sus invitados cruzaran el umbral. Los niños fueron los primeros en pasar, seguidos por Chewbacca y Q9. Ebrihim y Marcha entraron caminando el uno al lado del otro, y luego esperaron sin moverse mientras Chewbacca y los niños admiraban el interior de la cúpula.

Ebrihim se acordó de su primera visita a la cúpula. Nadie ponía poner los pies dentro de ella sin quedarse inmóvil durante unos momentos dedicados únicamente a mirar. Era un lugar tan especial como mágico. Las sencillas paredes blancas de la cúpula hemisférica se alzaban hasta el techo, perfectas y llenas de serenidad, atrayendo la mirada hacia arriba con la cálida desnudez de su blancura. Las entradas adornadas por columnas que daban acceso a las dos alas de la casa estaban encaradas la una hacia la otra, y cada una se hallaba tan complejamente adornada como sencillo era el exterior del edificio. Una entrada era de un mármol del blanco más puro imaginable y la otra era de ébano tan negro como el azabache, y las dos estaban repletas de tallas y molduras. Monstruos y criaturas fabulosas tomadas de las leyendas y la historia trepaban, se deslizaban y revoloteaban por los marcos de las puertas y alrededor de las columnas.

Las fastuosas entradas se enfrentaban a través de un patio lleno de maceteros y flores de todas clases. Un chorro de agua bailaba en el centro de la cúpula, tentando a quienes se atrevieran a

serpentear por el laberinto de setos que rodeaban la fuente. Una docena de especies de aviarias de Drall, pájaros de Corellia y otras criaturas aladas iban de un lado a otro de la cúpula.

Después de unos momentos de admiración y ojos desorbitados, los niños echaron a correr hacia el centro de la cúpula, ardiendo en deseos de explorarla. Ebrihim vio cómo Anakin se metía en el laberinto y se preguntó si el niño resolvería su enigma al instante rompiendo todos los récords de velocidad anteriores, o si se desvanecería dentro de él hasta el fin de la eternidad.

—Tenemos que ahorrar energía en el resto de la propiedad para conseguirlo —dijo Marcha, volviéndose hacia Ebrihim y Chewbacca mientras contemplaba cómo los niños correteaban de un lado a otro—, pero juro por las estrellas que mantendré esta cúpula verde y viva.

Después empezó a pasearse por el jardín, con Ebrihim caminando junto a ella y Chewbacca y Q9 siguiéndoles a unos pasos de distancia.

—Me alegra saberlo, tía Marcha —dijo Ebrihim—. Pero acabamos de llegar de Corellia, donde se ha producido un bloqueo total de las noticias. ¿Qué ha causado el corte del suministro de energía?

—Bandidos. Terroristas. Drallistas. Podemos llamarles por el nombre que se han ganado, o por el que se dan a sí mismos. Bah, en el fondo da igual... Han cortado las conducciones energéticas y han sabotado el generador de emergencia local. Sólo nos queda el generador auxiliar de la mansión, y no ha estado funcionando demasiado bien. Tuve que enviar a toda la servidumbre a sus casas, no sólo para ahorrar energía sino por su propia seguridad. Driggs es el único que se ha quedado conmigo. Ha sido cuidador de la propiedad desde antes de que tú nacieras, y este sitio es su hogar.

—Tía, ¿tendrías la bondad de explicarme qué es un drallista?

Su tía se volvió hacia Ebrihim y le contempló solemnemente.

—Si no conoces la respuesta a esa pregunta, has hecho bien viniendo aquí —dijo—. Los drallistas son dralls que gritan consignas como «¡Drall para los dralls!» y «¡Extranjeros fuera!». Hay que echar a los selonianos. Hay que echar a los humanos. ¡Todos los que tengan cola deben irse del planeta! ¡Todos los que no tengan pelo deben irse del planeta!

— ¿Aquí también? Oh, no —murmuró Ebrihim—. Espero que la locura no habrá infectado a nuestra gente.

—Oh, sí, mi queridísimo sobrino... Sí, nuestro pueblo también ha contraído esa locura. —Hizo una pausa para contemplar a Chewbacca y Ebrihim—. Pero es tarde, y habéis hecho un viaje muy largo..., y si entiendo un poco de crías, meter en la cama a esos cachorros humanos nos dará bastante trabajo. Seguiremos hablando por la mañana.

Chewbacca se inclinó ante ella y dejó escapar un suave gemido gutural y un delicado balido mientras señalaba la nave.

— ¿Qué está diciendo tu amigo, Ebrihim? Nunca he aprendido el wookiee.

—Se está ofreciendo a transferir energía de la nave a la casa y a echar un vistazo a tus generadores. Y tal vez debería añadir que nuestra nave necesita algunas reparaciones... Tengo entendido que no es nada serio, pero el hiperimpulsor necesita algunas horas de trabajo y también hay que hacer unos cuantos ajustes más.

—Te agradezco tu oferta de ayuda, y aceptaré con gran alegría cualquier auxilio que puedas proporcionarnos —dijo Marcha volviéndose hacia Chewbacca—. Y, naturalmente, puedes reparar tu nave aquí, pero no le sacarás mucho provecho a un hiperimpulsor. ¿No estás enterado de la existencia del campo de interdicción? Las comunicaciones de hiperonda están cortadas, pero todavía recibimos noticias por las conexiones de fibra óptica y hemos oído hablar de él.

Ebrihim la miró sin entender nada.

— ¿Qué campo de interdicción? Como ya te he dicho, acabamos de llegar de Corellia. Lo último que hemos sabido es que Thrackan Sal-Solo iba a utilizar el destructor de estrellas para exigir que todos los no humanos se fueran de Corellia.

— ¿Qué? Por todos los cielos, ¿de qué estás hablando?

—De la amenaza de hacer estallar más estrellas si las peticiones de la Liga Humana no son satisfechas.

—No ha habido ni la más leve mención de todo eso en Drall —replicó tía Marcha—. Si se hubiese producido, todo el planeta lo habría sabido en menos de una hora. ¿Cómo os enterasteis de esta noticia tan notable?

—Fue dada en un mensaje difundido por todos los canales que el sistema de comunicaciones del *Halcón Milenario* registró automáticamente mientras estábamos huyendo. Chewbacca y yo vimos la grabación después, y los dos estuvimos de acuerdo en que no debíamos decírselo a los niños. No había ninguna necesidad de asustarlos. Por lo que acabas de decir, supongo que en Drall no sabéis nada de todo esto.

—Nada. Nada en absoluto.

—Pero ¿por qué emitir esa amenaza en un solo mundo?

—Y para empezar, ¿cómo alguien puede amenazar con que hará estallar las estrellas y pretender que su amenaza sea tomada en serio? —preguntó Marcha.

—Una pregunta excelente —dijo Ebrihim—. Pero lo han hecho, y afirman que han hecho algo más que limitarse a amenazar. Afirman haber hecho estallar una estrella. Y por el amor del cielo, no se lo digas a los niños... Pero todavía no me has explicado qué es todo eso del campo de interdicción.

—Pero ¿cómo es posible que no...? Ah. Por supuesto —dijo la tía Marcha—. Con el hiperimpulsor de vuestra nave averiado, los instrumentos que os habrían informado de lo que ocurría tampoco estaban en condiciones de operar.

— ¿Qué es todo eso del campo de interdicción? —volvió a preguntar Ebrihim.

—Está claro que tenemos muchas cosas de que hablar —dijo la tía Marcha.

6

Encuentros y mentiras

Gaeriel Captison alisó los pliegues de su capa y se echó hacia atrás la capucha para revelar la cascada de cabellos de un rubio castaño que aureolaba su cabeza y de la que siempre se había sentido muy orgullosa. La capa roja quizá resultara demasiado solemne para recibir al grupo de Coruscant. No sabía qué querían, pero fuera lo que fuese se suponía que eran un grupo de trabajo particular, no una delegación oficial. Aun así, quería causarles una buena impresión.

Gaeriel suspiró y reanudó sus nerviosos paseos de un lado a otro. Qué estupidez. Oh, sí, no cabía duda de que todo aquello era una estupidez. ¿Por qué fingir? Le daba igual qué impresión causara a la delegación. Había terminado con la política, o con casi todo lo referente a ella, y se alegraba de que así fuera. Siempre le había gustado poder ayudar a los demás a través de la política, pero había acabado hartándose de todas las maniobras, los fingimientos y el tener que preocuparse por las apariencias que acompañaban a esa actividad.

Pero estaba Luke Skywalker. Formaba parte de la delegación..., y Gaeriel quería tener el mejor aspecto posible porque él iba a estar allí. ¿Para qué ocultarlo? Era pura vanidad estúpida e injustificada, pero eso no hacía que fuese menos real.

El anunciador de la puerta hizo oír su llamada, y de repente ya no tuvo más tiempo para preocuparse o ponerse nerviosa. La delegación estaba allí.

Gaeriel podría haber enviado a un sirviente, pero después de todo se suponía que se trataba de una reunión secreta y había despedido a la servidumbre como parte de los preparativos. Fue hasta la puerta de su apartamento, se quedó inmóvil un momento delante de ella para calmarse y después presionó el botón de control.

La puerta desapareció silenciosamente en el hueco de la pared.

Y allí estaba Luke Skywalker al otro lado del umbral..., solo. Llevaba el traje de vuelo de un piloto de caza, limpio e impecablemente planchado, pero sin ninguna insignia que lo adornara. El arma reglamentaria de los pilotos estaba ausente de su cinturón, y su lugar había sido ocupado por la espada de luz que colgaba de él. Llevaba la cabeza al descubierto y tenía el cabello un poco más corto de lo que recordaba Gaeriel, como si el Luke adulto fuese más estricto consigo mismo de lo que lo había sido el Luke joven. Parecía... No exactamente más viejo, quizá. ¿Qué entonces? Más maduro, sí. Pero la pasión rígidamente controlada, la decisión frenada por esa misma disciplina interior... Todo eso seguía estando allí. Gaeriel sólo necesitó un vistazo para percibirlos en sus ojos.

—Maestro Skywalker... —dijo—. Le doy la bienvenida. Le esperaba, por supuesto. Pero ha venido solo.

Luke se sonrojó y la saludó con una pequeña inclinación.

—El resto de mi delegación estará aquí dentro de unos minutos, dama Captison. Pero pensé que sería preferible queuviéramos nuestro primer encuentro a solas para que pudiéramos... Eh... En fin, para que pudiéramos...

—Para que pudiéramos interpretar sin público la incómoda escena que estamos interpretando. Por supuesto. Ha sido muy considerado por su parte, Maestro Skywalker.

Su visitante permanecía rígidamente inmóvil en el umbral.

—Me... Me complacería mucho que me llamaras Luke —dijo pasados unos momentos.

—Excelente. Me alegra mucho oírtelo decir. No deberíamos ser tan ceremoniosos el uno con el otro.

—Gracias..., Gaeriel. —Luke inclinó el cuello hacia adelante en un movimiento casi imperceptible—. ¿Te importa que...?

—Oh, sí, por supuesto. ¿Qué ha sido de mi educación? Entra, por favor.

Gaeriel retrocedió un par de pasos e invitó a pasar a Luke con un gesto de la mano.

—Ven por aquí —dijo—. Vayamos al jardín. Allí podremos hablar.

Le precedió a través de la amplia casa llena de luz hasta el patio central, que estaba abierto al cielo. Gaeriel había plantado su jardín allí y lo había llenado de flores multicolores que se estiraban hacia el sol y compartían su belleza con el mundo. Había una pequeña lápida conmemorativa de piedra en el rincón con más sombra del patio: todavía tenía un aspecto algo nuevo y parecía un poco fuera de lugar, como una planta que aún no hubiera asentado del todo sus raíces. Las cenizas de su esposo dormían debajo del sencillo monumento de piedra. Gaeriel se sentó en el banco colocado delante de la lápida y sus ojos fueron de Luke a la piedra, y después volvieron a posarse en Luke. ¿En qué había estado pensando cuando decidió traerle hasta allí para mantener su primera conversación, y por qué lo había hecho? ¿Para que su esposo muerto pudiese servirle de acompañante y protector invisible? Gaeriel sintió una punzada de... ¿Qué era aquella emoción? ¿Culpabilidad, vergüenza, incomodidad? Fuera cual fuese, la verdad era que no había ningún motivo para sentirla.

En cuanto Luke estuvo sentado —a una distancia más que respetuosa de ella, como no pudo por menos de observar—, Gaeriel empezó a hablar con una especie de forzada jovialidad.

—Bien, Luke, ¿qué te trae a Bakura? —preguntó. Luke se contempló los pies durante un momento y después la miró a los ojos.

—El presente —dijo—, no el pasado.

—Ah —murmuró Gaeriel—. Comprendo.

—Significas mucho para mí, Gaeriel —siguió diciendo Luke—. Sigues significando mucho para mí. Durante estos últimos años ha habido muchos, muchos momentos en los que he sentido el deseo de ponerme en contacto contigo, enviarte un mensaje, venir a verte...

— ¿Y por qué no lo has hecho? —preguntó Gaeriel.

«¿Y por qué nunca fui a verte?», se preguntó a sí misma. Era un pensamiento tan nuevo como extraño y sorprendente. Durante todos los largos años en que había pensado volver a ver a Luke, ni una sola vez se le había pasado por la cabeza la idea de que fuese ella la que pudiera ir hacia él.

—Porque nunca podría haber formado parte de tu vida. Nunca podría haber llegado a ser una parte realmente importante de ella, ¿comprendes? No cuando podían llamarme para partir hacia quién sabe dónde en cualquier momento. No cuando tu carrera política, y tu deber para con tu gente, habrían hecho que eso fuera imposible. Sólo podría haber interferido con el curso de tu vida, para haber vuelto a desaparecer de ella después. ¿Crees que eso habría sido justo para cualquiera de los dos?

—No —respondió Gaeriel—. La primera vez ya me resultó lo suficientemente difícil mirarte y decirte adiós. Que hubieras vuelto, y que luego te hubieras marchado una y otra vez, y el haber visto lo que quería y que el verlo me recordara que no podía ser mío... No, Luke, tienes toda la razón: hiciste bien.

—Pero... Pero lo importante es que el tiempo pasa —dijo Luke—. Recuerdo lo que sentía por ti, pero no es lo mismo que el seguir sintiéndolo. Una parte de mi corazón te pertenece, pero es una parte distinta, más tranquila y callada de la que te pertenecía en el pasado.

Gaeriel volvió la mirada hacia la lápida de su esposo y sonrió de nuevo, y esta vez había mucha más tristeza en su sonrisa.

—Bueno, Luke, si eso te ayuda en algo, puedo asegurarte que conseguí seguir viviendo después de haberte conocido.

—Sí —dijo Luke—, lo hiciste. Te casaste, y tuviste una hija, y...

—Y mi esposo murió —murmuró Gaeriel, terminando la frase por él—. Y aquí estamos. Pero dijiste que habías venido hasta aquí por el presente, no por el pasado.

—Sí —admitió Luke, y respiró hondo—. Necesitamos tu ayuda —siguió diciendo—. Cuando el resto de la delegación llegue, podremos explicártelo con más detalle. Hay toda una parte del problema que ignorábamos hasta hace muy poco tiempo, y hemos conocido su existencia gracias a una agente de la INR llamada Kalenda que ha venido conmigo. Esa agente logró escapar con la información más reciente de que disponemos. Bien, los hechos básicos son los siguientes: nos enfrentamos a una crisis. Parece ser que hay una rebelión en el sistema corelliano. Los que la provocaron afirman ser capaces de hacer estallar estrellas a voluntad, y puede que estén diciendo la verdad. Lo peor es que están preparados para hacer estallar las estrellas de sistemas habitados. Cabe la posibilidad de que hagan exactamente eso si interferimos, aunque no lo han dicho de manera explícita. Nuestra jefe de Estado, mi hermana, fue sorprendida por la revuelta junto con su esposo y sus hijos.

—¿Qué ayuda necesitas de nosotros? —preguntó Gaeriel.

—Los líderes de la revuelta parecen haber escogido muy cuidadosamente su momento. Dieron comienzo a su rebelión justo cuando la Armada de la Nueva República se encontraba sobrecargada de misiones y las naves disponibles estaban siendo reparadas. No tenemos naves libres para enviarlas allí. Necesitamos las vuestras.

Gaeriel le miró con los ojos llenos de asombro.

—No sé qué decir, Luke. Debo admitir que a lo largo de todos estos años me había imaginado más de una vez que volvíamos a vernos, pero... Bien, nunca imaginé que vendrías a verme para preguntarme si podía prestarte nuestra flota.

—No es la forma más elegante de renovar una vieja amistad, ¿verdad? —preguntó Luke, intentando sonreír.

—No, no lo es. Pero por lo menos no se puede negar que es original.

Gaeriel pensó en silencio durante unos momentos. Si querían ayuda de la Armada de Bakura, tendrían que hablar con Ossilege. Y Ossilege querría que sus especialistas en tácticas tomaran parte en la discusión, por supuesto. Y además también tendría que hablar con la nueva primera ministra, quien indudablemente querría incluir a un representante suyo en las conversaciones...

Se había quedado absorta en sus pensamientos cuando el anunciador de la puerta volvió a sonar. Gaeriel parpadeó y volvió a ser consciente de cuanto la rodeaba, y se sorprendió ante la rapidez con la que su mente se había concentrado en los aspectos prácticos de la cuestión para examinar todos los complejos detalles del conseguir que se hicieran las cosas en Bakura. El anunciador volvió a hacer oír su delicada llamada musical.

—Ah —dijo Luke—. Deben de ser mis amigos.

—Ve a abrirles la puerta —dijo Gaeriel—. Ya me he enterado de qué se trata, y ahora sé con quién he de hablar. Dame media hora y habré podido reunir a las personas con las que necesitas tratar.

Han Solo estaba sentado sobre su catre y contemplaba a Dracmus la seloniana, y Dracmus la seloniana estaba sentada en su catre y le devolvía la mirada. Los dos llevaban la mitad de la noche sentados en silencio. Han no tenía ni idea de qué debía hacer. ¿Qué era aquella criatura, su aliada o su enemiga? ¿Se estaba preguntando si debía ofrecerle su amistad, o se limitaba a esperar que se adormilara, divirtiéndose mientras esperaba con meditaciones sobre qué parte de su anatomía sería el aperitivo más sabroso?

—Disculpa la interrogación en básico —dijo Dracmus por fin, hablando tan de repente que Han se sobresaltó—. Mi básico no he usado demasiado durante mucho tiempo, y no es bueno. Cuando yo uso, volviendo irá. Pero debo usar. Debo preguntar. No puedo preguntar en mi lengua, pues seloniano no tiene la palabra. Así pues, en básico. ¿Ese hombre Thrackan Sal-Solo llamado es tu primo? ¿Sí? ¿Es así como decís la cosa?

Era una forma muy anticlimática de iniciar la confrontación, pero teniendo en cuenta cómo habían estado yendo las cosas últimamente, Han estaba decidido a aceptar todos los anticlímax que se le pusieran al alcance de la mano.

—Sí, exacto —dijo—. Es mi primo.

— ¿Lo cual qué clase de pariente es? ¿Una relación de la sangre? ¿De qué clase, por favor, significa eso?

—Hay varias clases de primos —respondió Han, hablando despacio y con voz pensativa—. Pero en mi caso se trata de la clase de primo más cercana, el primo en primer grado. Eso quiere decir un hijo de los hermanos de tus padres. Thrackan es el hijo de la hermana de mi padre.

—Ah —dijo Dracmus, que seguía sin apartar los ojos del rostro de Han—. Hago confesión de que tengo dificultades para entender correctamente los conceptos familiares humanos —añadió.

—Sí, claro —dijo Han—. Puedo imaginármelo, y lo entiendo.

No había sabido qué esperar de Dracmus. Le preocupaba que pudiera estar resentida con él por la pelea, pero parecía que no iba a mencionarla. Bueno, si ella no iba a hablar de la pelea, desde luego Han tampoco iba a hacerlo. Aun así, no había esperado que la seloniana iniciase la conversación haciéndole preguntas sobre los primos. ¿Por qué le interesaban los primos? Han no estaba muy al corriente de cómo era la vida familiar seloniana, pero sabía algunas cosas.

Los selonianos eran animales de colmena que llevaban una existencia un tanto parecida a la de algunos insectos sociales, viviendo en grupos a los que llamaban madrigueras. Normalmente toda la madriguera vivía junta, pero los miembros podían llegar a recorrer grandes distancias y hacer frecuentes viajes, y algunos podían vivir lejos de los otros. Lo que realmente importaba era el linaje común de la madriguera, no la proximidad física de sus miembros.

Normalmente cada madriguera contenía unos cuantos machos fértiles y exactamente una sola hembra fértil y activa, la reina. Esa reina, la única hembra reproductora, daba a luz a todo el resto de la descendencia de la madriguera. Tenía cuatro o cinco partos al año, o incluso más en algunos casos, y podía mantener ese ritmo de procreación durante treinta o cuarenta años estándar. Sólo una cría de entre cien era del sexo masculino, pero todos los machos eran fértiles. La inmensa mayoría de cada madriguera estaba formada por hembras estériles. Lo sorprendente era que los machos y hembras fértiles, los reproductores, eran una minoría oprimida, aunque muy cuidada y mimada. Los estériles trataban a los fértiles como meras reses reproductoras. El poder no recaía

en la reina fértil, sino en una de sus hijas, tías o hermanas estériles, que era su propietaria a todos los efectos prácticos.

El resultado era una estructura social muy extraña, y Han podía entender sin ninguna dificultad que las relaciones familiares humanas le pareciesen igual de extrañas a Dracmus.

—Los selonianos hacéis las cosas de una manera un poco distinta —dijo.

—Sí, sí —respondió Dracmus en un tono levemente distraído—. Muy distintamente —añadió mientras enroscaba la cola sobre su regazo—. Pero éste es tu primo. No es como tú.

Han sintió que le daba vueltas la cabeza. Ya había tenido un día lo suficientemente difícil sin necesidad de cargar con una seloniana que quisiera jugar a los antropólogos. Aun así, había algo en el tono de voz de Dracmus que le indicó que estaba tratando con una criatura muy tozuda y persistente. La seloniana no le dejaría en paz hasta que Han hubiera satisfecho su curiosidad.

—Lo es y no lo es —replicó—. Nos parecemos mucho y tenemos la voz muy parecida, pero no pensamos de la misma manera. Ésa es la razón por la que él está ahí fuera con sus compañeros de borrachera y yo estoy dentro de una celda.

—¿Es ésa la regla con los primos humanos? ¿Se parecen, y no piensan igual?

—No hay ninguna regla —dijo Han—. Varía, ¿entiendes? Varía muchísimo. En nuestro caso, el parecido físico es muy superior al de la mayoría de los primos. Normalmente el comportamiento de los primos varía mucho de un caso a otro.

—Muchísimo interesante —dijo Dracmus—. Muchísimo. ¿Y él es tu enemigo? ¿Es profunda y sinceramente tu enemigo? ¿Es de tu sangre, de tu sangre cercana, y sin embargo os oponéis el uno al otro?

—Oh, sí —dijo Han—. Así es.

La punta de la cola de Dracmus se movió de un lado a otro en una lenta y melancólica ondulación.

—Asombro. Nosotros los selonianos sabemos que otras especies son así, pero tener el saber no es comprender. Contra la sangre...

—Sí, contra ella —dijo Han.

Se encontraba agotado, y no estaba muy seguro de durante cuánto tiempo podría seguir hablando sin perder el conocimiento. Pero no quería insultar a Dracmus, desde luego..., especialmente teniendo en cuenta lo afilados que eran aquellos dientes. Han titubeó un momento, y después decidió correr el riesgo.

—Mira —siguió diciendo—, espero que no te ofendas y realmente me alegra mucho el ver que por lo que parece no me vas a arrancar los miembros uno a uno, pero ahora no estoy en muy buena forma. ¿Por qué importa tanto esto? ¿No puede esperar?

—Importa mucho —dijo Dracmus—. Ahora creo que tú no eres como él, aunque me pregunto por qué no lo eres. Me alegra que no seas lo mismo, así que tú deberías alegrarte.

—¿Y por qué debería alegrarme de eso? —preguntó Han.

—Porque uno ya bastante malo es. Si decidía que eras como él, ya te habría abierto el cuello a mordiscos.

Han asintió y sonrió para sí mismo.

—En ese caso, me alegra que pienses que no somos iguales. Pero estoy muerto.

—¿Muerto? No cierto es porque vives, pero sí cierto es que te golpeé muy fuerte. Disculpas mías te doy.

—No. Quiero decir que sí, pero... Bueno, no quería decir eso. Es una expresión coloquial, ¿entiendes? Significa que estoy agotado.

—Ah. Necesitas descansar. Comprensible.

—Exacto. Así que si me prometes que no me abrirás el cuello a mordiscos durante la noche, podremos seguir con esta conversación por la mañana.

Dracmus dejó escapar un siseo ahogado, el equivalente seloniano a una carcajada, y se acostó sobre su catre.

—Lo prometo, respetado Han Solo. Tu garganta es tuya hasta la mañana. Yo no te daño esta noche. Pero tenemos mucho de que hablar.

—Apuesto a que sí —dijo Han mientras se acostaba sobre su catre.

Se sentía a salvo, al menos por el momento. La inmensa mayoría de los selonianos eran feroz e implacablemente sinceros. Si Dracmus decía que no le haría daño aquella noche, entonces Han estaba totalmente a salvo.

Al menos hasta la mañana, claro. Han no pudo evitar darse cuenta de que Dracmus se había dejado una salida.

Después cerró los ojos y se quedó dormido al instante.

La dama Tendra Risant del planeta Sacorria contempló el cielo nocturno a través de sus macrobinoculares y comprendió que estaba ocurriendo algo..., y que no era nada bueno.

Los macrobinoculares eran de alta potencia, y estaban colocados encima de un trípode dotado de un sofisticado sistema de guía automática que le permitía seguir con gran facilidad la trayectoria de un objeto en órbita. No es que Tendra necesitara tanta capacidad, ya que las naves de mayor tamaño de la flota de navios en órbita eran visibles a simple vista si sabías hacia dónde debías mirar. Después de unas cuantas investigaciones extremadamente discretas, Tendra Risant sabía con toda exactitud hacia dónde debía mirar.

Hasta hacía unas cuantas semanas nunca se había interesado por nada que se encontrase fuera de la ordenada rutina de su vida cotidiana. Entonces conoció a Lando Calrissian, y todo cambió de una manera tan repentina como inexplicable. No estaba enamorada de él, y él tampoco estaba enamorado de ella. Quizá nunca llegarían a estar enamorados, y sin embargo había existido una sensación de conexión entre ellos, una vaga impresión de posibilidades futuras que Tendra Risant nunca había sentido antes.

Y de repente, pocas horas después de que él y su amigo Luke Skywalker hubieran llegado a Sacorria, fueron expulsados del planeta por las autoridades locales. Habían despegado para dirigirse a Corellia..., y habían desaparecido en el mismo instante en que todo el tráfico que entraba y salía del sistema corelliano quedaba frenado de golpe por el inmenso y misterioso campo de interdicción, y todas las comunicaciones con el sistema corelliano quedaban bloqueadas de repente.

Sacorria era uno de los planetas del Sector Corelliano conocidos con el nombre de Mundos Externales, y se encontraba un poco aislado del resto del sector. El planeta siempre se había asegurado a sí mismo que podía arreglárselas por su cuenta sin la ayuda de Corellia, e incluso había llegado a soñar con quedar libre del control corelliano..., pero los habitantes de Sacorria acababan de recibir una dura lección sobre los peligros que encerraba el que sus deseos se convirtieran en realidad. Todos estaban asustados. Sin el comercio corelliano, lo que le había ocurrido a la actividad económica no era tanto que se hubiese detenido como que había chocado con un muro de ladrillos.

Había ocurrido algo, algo muy grave..., y Lando estaba metido justo en el centro de ello.

Lando. Quizá estaba creyendo ver demasiadas cosas en las posibilidades de su relación con él. Lando tal vez sólo fuese una fachada hueca de la que surgían palabras amables. Tal vez, y a pesar de todos sus apasionados discursos en contra de esa posibilidad, nunca habría vuelto incluso si no hubiera ocurrido nada en Corellia. Pero nada de todo eso importaba en aquel momento. Lando había conseguido que empezara a preocuparse y a hacerse preguntas, y Tendra Risant no había necesitado mucho tiempo para encontrar muchos más motivos de preocupación..., empezando con la Tríada, el gobierno de su planeta. La población estaba inquieta y asustada, pero el gobierno se limitaba a mostrarse vagamente tranquilizador. Según las proclamas de la Tríada, no sabían nada más que el humano, el drall o el seloniano de la calle. Si había una palabra adecuada para describir a la Tríada era «paranoide», por supuesto. La inmensa mayoría de los dictadores que lograban llegar a la cima mediante conspiraciones y golpes de estado sentían una más que comprensible y justificada preocupación ante la posibilidad de ser víctimas de esos mismos métodos. Un trío de dictadores formado por tres representantes de tres especies distintas donde cada uno estaba obligado a vigilar continuamente a los otros dos no podía evitar sentirse todavía más preocupado por las conspiraciones y las tramas secretas.

Y sin embargo no se habían producido declaraciones histéricas o arrestos masivos de enemigos y agentes subversores del orden establecido. La única indicación de que algo no andaba bien era que los militares se habían esfumado. En tiempos normales, siempre tenías la impresión de que de cada tres personas que te encontrabas caminando por las calles una llevaba uniforme. Todos esos militares se habían desvanecido de repente y, si podías creer en los rumores, todos los permisos habían sido cancelados y todas las unidades se hallaban en estado de alerta. Eso tenía mucha lógica si había una crisis, por supuesto, y si la Tríada se estaba movilizándolo contra la misteriosa amenaza que había golpeado a Corellia. Pero... Pero, como había averiguado Tendra con sólo un poco de esfuerzo, la movilización había sido ordenada dos días antes de que el campo de interdicción corelliano entrara en acción. De hecho, la orden había sido dada un par de horas antes de que Luke y Lando llegaran a su planeta.

En cualquier caso, eso explicaría por qué se les había permitido posarse en Sacorria y por qué se les había obligado a marcharse casi inmediatamente después. Pero también sugería, y de una manera muy clara, que la Tríada estaba enterada de que un campo de interdicción no tardaría en dejar aislado a todo el sistema corelliano. En cuanto a si eso significaba que formaban parte de la conspiración que estaba detrás de todo aquello o si meramente habían llevado a cabo con éxito alguna sofisticada operación de inteligencia y habían sido avisados por sus espías, Tendra no lo sabía.

Pero lo que más le preocupaba era la flota que se estaba reuniendo en órbita. Había muchas, muchísimas naves..., demasiadas. Su número era por lo menos diez veces el que la Tríada admitía públicamente. Incluso teniendo en cuenta el secreto y la paranoia, mantener oculto el noventa por ciento de la fuerza de ataque era una hazaña realmente asombrosa. Además, tampoco había que olvidar que Sacorria no era un planeta particularmente populoso. Unos rápidos y sencillos cálculos aritméticos demostraban que se necesitaría algo así como la mitad de la población adulta del planeta para proporcionar tripulaciones a una flota de ese tamaño. En consecuencia muchas de las naves y las tripulaciones, si es que no todas, venían de fuera del planeta. Pero ¿de dónde las estaban sacando? ¿Y para qué planeaban utilizarlas?

La respuesta a la última pregunta parecía obvia, aunque no conseguía ver con claridad los detalles. El destino de aquella flota tenía que ser Corellia, desde luego. Para qué propósito y bajo el mando de quién estaba eran otros enigmas a los que no podía responder. Pero debía tratarse de Corellia. Ninguna otra respuesta tenía sentido.

Pero ¿y suponiendo que formaran parte de la organización que había erigido el campo de interdicción? Y suponiendo que pudieran activarlo y desactivarlo a voluntad, permitiendo

moverse únicamente a sus naves pero no a las de nadie más... Entonces no se necesitaba mucha imaginación para comprender qué arma tan poderosa podía llegar a ser ese campo.

Pero ¿qué se suponía que debía hacer ella al respecto? La Tríada nunca le había caído demasiado bien, y la idea de advertir a alguien más sobre lo que había descubierto sólo le hacía sentir una ligerísima punzada de culpabilidad patriótica. Después de todo, Sacorria era su mundo natal. Pero fuera cual fuese la deuda que Tendra pudiera haber contraído con su planeta, no cabía duda de que no le debía nada a la Tríada. No eran nada más que unos matones y unos tiranos.

¿Qué hacer entonces? ¿Ir a Coruscant y advertirles? Un momento de reflexión la convenció de que esa acción sería tan inútil como carente de objeto. Aun suponiendo que fuera capaz de encontrar a alguien que la escuchara, no les estaría diciendo nada que no supieran ya. La Inteligencia de la Nueva República habría tenido agentes deslizándose por toda Sacorria antes de que estallara la crisis corelliana, y sin duda habrían redoblado sus esfuerzos desde entonces. No, si la INR no había sido capaz de averiguar todo lo que una ciudadana particular podía descubrir meramente teniendo abiertos los ojos, entonces no merecían saberlo.

Pero Corellia... La gente del sistema corelliano no lo sabría, y podía saberlo, y eran precisamente quienes necesitaban saberlo. Y además daba la casualidad de que ése era el sitio en el que se supo que estaba Lando, pues entonces tanto mejor.

Excelente. Esa parte ya había quedado decidida. Iría al sistema corelliano y advertiría a Lando —de hecho, advertiría a todo el mundo— de la existencia de la flota que se estaba congregando en Sacorria.

Lo cual sólo dejaba por responder la insignificante pregunta de cómo se las iba a arreglar exactamente para hacerlo.

— ¿Estás despierto, respetado Han Solo?

Han abrió los ojos para ver una gran boca llena de dientes muy afilados que se encontraba muy cerca de su garganta.

—Ahora lo estoy —dijo.

No podía ser más sincero. Quizá no fuese la forma más agradable de que te despertaran, pero no cabía duda de que el que tu primera visión de la mañana consistiera en toda aquella cuchillería bucal era un medio muy efectivo de espabilarte de golpe.

— ¿Por qué lo preguntas? —siguió diciendo—. ¿Qué está pasando?

—Deseaba hablar contigo.

— ¿Y no puede esperar?

—Pienso que no. Hay una razón de la cual no puedo hablar. Pero también está que cuando descubran que no hemos librado batalla durante la noche, entonces puede que se sientan desilusionados y vuelvan a separarnos.

—Sí, quizá tengas razón en eso —dijo Han—. Pero estoy totalmente a favor de que se lleven una desilusión. —Se sentó en el catre, moviéndose con mucha cautela, y le complació descubrir que apenas tuvo que torcer el gesto. Quizá estuviera haciéndose viejo, pero al parecer todavía era capaz de recuperarse muy deprisa—. Bien, ¿qué es lo que quieres saber?

—Debo saber sobre ciertas mentiras. Pero esta cosa de las mentiras es como lo de los primos —dijo Dracmus mientras volvía a su catre y se sentaba en él.

— ¿Qué? —exclamó Han—. ¿De qué estás hablando?

—Perdona. Manera extraña de decirlo es. Estoy significando, supongo, que los selonianos tenemos primos, sí, y tíos y sobrinas y todo lo demás, si miras la carta de las descendencias. Por lo menos creo que los tenemos. No estoy muy segura del significado exacto de todas esas palabras. Pero aunque tenemos esas relaciones, nunca pensamos en ellas. No entendemos bien las ideas.

—Supongo que no —dijo Han—. No es vuestra manera de «tener familia».

—No, no lo es. Y esta idea de los primos siendo distintos e iguales... Todos los selonianos de una madriguera son casi idénticos. Genes más próximos que en tus hermanos y hermanas. Somos más parecidos que eso. Más cerca estamos de ser centenares de gemelos idénticos.

—Sí, ya lo sabía —dijo Han.

Los genes selonianos no estaban tan sometidos a la ley del azar y el reparto aleatorio como los de los seres humanos. Cada macho reproductor engendraba a una cierta parte de la población estéril, y todos los que tenían el mismo padre eran conocidos como «septo» y se decía de ellos que estaban «en el mismo septo». Para todos los propósitos y efectos prácticos, todas las hembras estériles de un septo dado eran clones, individuos cuya estructura genética era prácticamente idéntica a la de todos los otros miembros.

—Por la forma en que los humanos usan la palabra —siguió diciendo Dracmus—, los selonianos ni siquiera familias tenemos. Tenemos madrigueras. En tus términos, yo tengo trescientas hermanas y medio hermanas. Puede que tenga hermanos, pero de ellos no sé nada. Habrían sido enviados a otro sitio para reproducirse, así que no tengo idea de hermana y hermano como tienes tú. Cuando vemos padres humanos y vemos mujer humana embarazada en público, encontramos eso extraño y un poco desagradable. Los reproductores deberían estar en la madriguera. Pensamos que muy extraña es la forma en que vosotros tratáis a reproductores vuestros..., y luego nos acordamos de que todos vosotros sois reproductores. «Esposa, esposo, madre, padre.» Nosotros no pensamos en esas formas.

Han miró fijamente a Dracmus. En realidad nunca se había parado a pensar en ello. Los selonianos podían tener parejas reproductoras, pero no tenían esposos, esposas o matrimonios. ¿Cómo podían tenerlos? Al igual que ocurría con cada especie inteligente, la cultura seloniana era un resultado de la biología seloniana, y el matrimonio no era compatible con una especie en la que una reina reproductora podía tener mil hijas estériles y asexuadas. La manera humana de hacer las cosas debía de parecerle igualmente extraña a Dracmus.

El matrimonio humano estaba asociado a la reproducción, por supuesto, y para los selonianos ése era un tema extremadamente desagradable. Han sabía que muchos selonianos despreciaban a las razas en las que todos los individuos eran reproductores.

—Puede que no pienses de esa manera la mayor parte del tiempo, pero tendrás que aprender a hacerlo si vas a tratar con humanos.

—Cierto es —dijo Dracmus—. Antes de ahora, nunca yo he salido mucho. Las labores de tratar con humanos recaían sobre mí... Tú dirías mi hermana mayor, pero ella murió hace ocho días en un accidente. Ahora yo tengo ese trabajo.

—Lamento que tu hermana muriese —dijo Han.

—Como lo lamento yo. Mi adiestramiento en tratos con humanos todavía no estaba completado.

Han le lanzó una mirada llena de sorpresa. ¿Qué criatura podía ser lo bastante implacable y falta de sentimientos para llegar a decir algo semejante? Pero enseguida se dio cuenta de que estaba siendo injusto con Dracmus. Pensándolo bien, ¿qué cantidad de dolor podía permitirse

sentir por la muerte de una hermana si tenía trescientas? Debía de haber sido algo bastante más parecido a la muerte de una tía lejana para un ser humano. Y si los selonianos estériles de un septo dado eran cuasi clones, ¿qué sensación de pérdida podía llegar a experimentar Dracmus ante la muerte de una hermana cuando tenía veinte o cincuenta más prácticamente idénticas?

—Bueno, me parece que lo estás haciendo muy bien aunque sólo cuentas con un adiestramiento parcial.

—Eres muy amable, respetado Solo, pero nos estamos alejando de la importancia. Debemos hablar de mentir. Mentir es para nosotros tan extraño como las familias. Los selonianos podemos hacer mentiras, pero no tenemos ninguna práctica en ello. Vemos que es una cosa mala. No es una cosa mala pequeña, como con vosotros, sino una cosa mala grande, como el asesinato.

—Las mentiras pueden ser muy graves y hacer mucho daño —dijo Han, pero después pensó durante un momento en las historias totalmente increíbles que había contado a lo largo de los años—. Pero... Eh... Bueno, la mayoría son inofensivas.

— ¿Ves esto? Vosotros tenéis habilidad en mentiras. Las entendéis, y sabéis distinguir mentiras grandes de pequeñas. Los selonianos terribles jugadores de sabacc son, y malos son en todos los juegos que requieran ocultación de la verdad. Pienso que mentira para humanos puede ser pequeña porque estáis tan solos. Mentira sólo puede tocar a uno, y hacer daño sólo a uno. Puede ser mantenida en secreto. Para selonianos, juntos en madriguera, la mentira toca a todos. Todos saben de ella. No hay secretos, y hay daño para todos. ¿Sigues a mí?

—Más o menos —dijo Han, intentando entender aquellas frases construidas de una forma tan exótica—. Me parece comprender que alguien te ha contado algunas mentiras sobre las que quieres preguntarme.

— ¡Sí! ¡Sí! Me alegra no haberte matado en la pelea.

—El placer es todo mío —dijo Han—. Pero ¿de qué mentiras se trata concretamente?

—Primero, por favor, ¿puedes tú saber cuando Thrackan tu primo está mintiendo? —preguntó Dracmus.

—A veces sí —respondió Han—. Anoche él creía que yo sabía bastante menos de lo que sé en realidad. Me dijo cosas que estaban en contradicción directa con lo que ya sabía. Incluso llegó a decirme que estaba difundiendo mentiras..., pero no me dijo en qué consistían.

—Pero cuando tú no estás seguro, ¿qué entonces? ¿Puedes saber cuando lo único que tienes tú son las palabras de su discurso?

Han reflexionó durante todo un minuto antes de contestar.

—A veces —dijo por fin—. Un poco. También está la intuición, y con eso puedo llegar a descubrir algunas cosas que podrían ser verdad y que están ocultas dentro de sus mentiras.

— ¿Cómo por cuáles ejemplo? Dime algunas, para que yo pueda idea hacerme.

— ¿Por qué es tan importante todo esto para ti? —preguntó Han.

Se preguntó hasta qué punto podía confiar en Dracmus. Hasta el momento la seloniana se había portado muy bien..., pero Han no tenía ni la más mínima idea de qué tramaba, o del porqué había acabado encerrada en una prisión de la Liga Humana. Lo único con lo que contaba para seguir adelante era la idea general de que el enemigo de su enemigo podía ser su amigo.

—Más tarde explicaré, si tiempo hay. Pero es importante. Por favor.

Han se lo pensó durante unos momentos y acabó decidiendo que había demasiado en juego. Necesitaba algo más que eso.

—No. Antes tienes que responder a mis preguntas. ¿Por qué necesitas saber todo lo posible sobre las mentiras humanas?

Dracmus titubeó. Después se levantó, fue hasta la puerta de celda y volvió a su catre, con su cola moviéndose de un lado a otro cada paso que daba.

—Es un terrible problema. Necesito saber mucho más sobre acciones humanas de lo que yo sé. Es un gran problema que mi hermana de septo muriera.

— ¿Cuál es el problema? —preguntó Han.

—Te pido que expliques mentira humana, pero si puedes explicar entonces es porque eres hábil en mentiras. Pienso que tú eres buen mentiroso, respetado Solo. Estoy segura de ello.

—Gracias —replicó Han—. Eso me han dicho.

—Era insulto máximo e imperdonable, no elogio —dijo Dracmus—. Pero tú me das aún más razón tomándolo por tal. Si te digo más, te digo cosas que otros no deben saber. Pero ¿cómo puedo confiar en humano orgulloso de su bien mentir? —Dracmus movió un brazo en un gran arco para señalar todo el complejo subterráneo—. Todo esto podría ser truco para hacerme decir lo que estoy a punto de decir.

Han sonrió.

—Ya veo que a los selonianos se les da muy bien la paranoia aunque no sean tan buenos con las mentiras.

—Oh, sí. Nosotros muy buenos somos en todo lo de la paranoia.

—Pues en cualquier caso entonces deberías tener mucho cuidado con lo que me dices. Podría haber toda clase de ojos espía y micrófonos ocultos en esta celda. Podrían estar grabando todo lo que decimos. Quizá deberíamos seguir hablando en seloniano.

—Ningún objeto tener eso —dijo Dracmus—. Estoy segura de que no nos están espionando, pero si lo estuvieran haciendo entonces grabarían todo y luego harían escuchar a alguien que hablara seloniano.

—Sí, es verdad. Pero ¿cómo sabes que no están grabando nuestra conversación?

—No debo decir nada más acerca de eso.

Interesante. Fuera cual fuese la opinión que te merecieran los selonianos, resultaba indiscutible que no sabían ocultar demasiado bien la presencia de un secreto. ¿Qué otra cosa podía esperarse de una raza tan inepta en el arte de la mentira? Estaba claro que Dracmus sabía bastante más sobre aquel sitio de lo que se suponía que debía saber, pero Han pensó que de momento sería preferible que fingiera seguirle la corriente.

— ¿De qué más puedes hablar? —Dracmus le miró fijamente con los ojos llenos de una sombría solemnidad, pero no dijo nada. Han suspiró—. ¿Ayudaría en algo si te jurase por..., por las vidas de mis hijos..., que no revelaré nada de lo que me digas a Thrackan o a su gente?

—Sólido juramento, si sincero hablas. Dentro de la forma de jurar seloniana, mío es el derecho y el deber de buscar a tus hijos y matarlos si lo transgredes.

Han titubeó durante un momento. ¿Y si utilizaban la tortura, las drogas o una sonda mental para arrancarle sus secretos? ¿Le importaría eso a Dracmus? Lo dudaba. Pero Thrackan y sus matones no habían dado ninguna señal de que quisieran interrogarle..., e incluso si la tortura hacía que acabase hablando y Dracmus decidía perseguir a sus hijos y matarlos, antes tendría que encontrarlos..., y superar el obstáculo que representaba Chewbacca de paso. Fue el pensar en Chewbacca lo que acabó decidiendo a Han. El wookiee era una muralla que nadie podía salvar.

—Hago el juramento —dijo—. No te traicionaré. Pero ¿qué hay de ti?

—Que las vidas de todas mis hermanas de septo se pierdan si te traiciono —dijo Dracmus.

—No puedo exigirte más —dijo Han—. Y ahora, habla.

Dracmus dejó escapar un suspiro y se sentó sobre su catre.

—Muy bien —dijo—. Permite que una historia te cuente.

Han apoyó la espalda en la pared y se dispuso a escuchar.

—Fue un disturbio en el enclave seloniano de la ciudad de Bela Vistal el que inició la crisis, y fueron selonianos quienes provocaron todos esos tumultos después de intolerable y eterna provocación de la Liga Humana..., pero yo no pienso que fuimos nosotros quienes lo empezamos todo. Debo admitir que ni siquiera estoy segura de si la pelea en las calles que lo inició todo fue real, o una falsa pelea organizada por Liga Humana. Creo que fue la Liga.

—Tuvo que ser la Liga —dijo Han—. Toda esta crisis se ha extendido de una forma demasiado rápida y ha llegado demasiado lejos para que pueda considerarse al azar como única causa. Desde el punto de vista de la Liga, era el momento ideal. Probablemente les da igual que todo el mundo crea que ellos fueron los causantes de esa primera chispa que ha provocado el incendio, siempre que nadie pueda demostrarlo. Querían una excusa, una justificación, no una razón.

— ¡Sí! Por muchas motivaciones, enormemente bien calculado el momento fue. Pero pienso que tú no conoces el todo de la cosa, lo más grande de ella.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó Han.

Dracmus hizo una pausa, y después siguió hablando a toda velocidad.

—Yo creo esto: prácticamente segura estoy de que Thrackan no puede hacer lo que está amenazando con hacer. Su Liga Humana no pudo haber hecho estallar la estrella que se convirtió en supernova, Eso, pienso yo, es su mentira.

— ¿Qué? —exclamó Han.

—Piensa en ello —dijo Dracmus—. Su grupo es demasiado pequeño, demasiado estúpido. Sí, ahora ganan una pelea y ellos crecerán deprisa, pero hace sólo muy poco tiempo la Liga era poco más que Thrackan y unos cuantos seguidores. No tenía recursos, habilidad o cerebro para algo semejante hacer, ni el dinero para comprar a quienes hacerlo podían. Crear sistema destructor de estrellas es gigantesco avance, empresa colosal. ¿Acaso tú piensas que esos idiotas borrachos que vernos luchar anoche poder conseguirlo?

—Así que me estás diciendo que todo es un engaño de Thrackan —sugirió Han—. Piensas que la estrella se convirtió en una supernova por sí sola y sin ninguna intervención exterior.

—Sí y no —replicó Dracmus—. Creo que Thrackan no lo hizo y que Liga no lo hizo, pero estrella no podía volverse supernova por sí sola. Tipo de estrella equivocado. Alguien hizo que estallara. De alguna manera. Por alguna razón. Creo que se trataba de prueba secreta.

— ¿Una prueba secreta? Pero si todo el mundo se ha enterado.

— ¡Piensa, respetado Solo! Unidad mensajera tenía que traer prueba de la explosión a Corellia. De lo contrario, nadie se habría dado cuenta de que se había vuelto supernova hasta dentro de años varios. La estrella estaba en un sistema deshabitado. Retraso de la velocidad lumínica significa que la luz de la nova no llega a sistema habitado hasta que pasan décadas. Únicamente se ha sabido a causa del mensaje anónimo enviado por la gente de Thrackan, y fue la gente de Thrackan Sal-Solo la que envió mensaje. No duda de eso hay.

— ¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Han—. Hay partes de esta información que se supone no son conocidas por nadie.

—No debo decir en absoluto nada de todo eso.

Estaba claro que Dracmus era un auténtico desastre a la hora de ocultar secretos.

—Bueno, debo admitir que cuando tomas una decisión te atienes a ella, ¿eh? De acuerdo, no puedes decirme cómo te has enterado. Adelante, sigue...

—Es todo lógica. La estrella no podía estallar por sí sola. Liga Humana ningún laboratorio científico es. No podían hacer estallar estrella. Así ha de ser que algunos otros hicieron estallar estrella..., y probablemente ha de ser que podrían hacer estallar otras.

—Tú lógica está muy clara, si admites la idea inicial de que nuestros anfitriones no tienen la talla suficiente para un trabajo de esa categoría. Así pues, ¿quién hizo estallar la estrella y cómo se enteró de ello la Liga, y cómo están relacionados con la Liga..., y qué tal van a tomar el que la Liga se atribuya el mérito?

—No ideas sobre eso. Pero de quien sea que sea esa organización, todavía no se ha mostrado a sí misma y ello por las razones que sean. Quizá nunca lleguen a mostrarse. Puede que sea conveniente sus propósitos permitir que la Liga Humana se atribuya el mérito, la culpa. ¿Quién buscará a auténticos conspiradores mientras crea que la Liga es la culpable?

— ¿Y ése es el asunto sobre el que quieres saber mi opinión?! ¿Quieres saber si tu razonamiento es correcto, y si Thrackan está mintiendo acerca de lo del artefacto destructor de estrellas?

—Sí —dijo Dracmus—. Opinión, por favor.

Han reflexionó con mucho cuidado antes de responder.

—Tienes razón —dijo después—. La Liga no es la clase de organización de la que se pueden esperar grandes cosas en lo referente a ciencia o tecnología, y si alguien tenía un artefacto capaz de hacer estallar estrellas en venta... Bueno, tendrían que haber podido encontrar un comprador que pagara más dinero. Si tienes razón en ese punto, entonces creo que todo lo demás ha de ser tal como has dicho, Alguien más está permitiendo que la Liga Humana se atribuya la destrucción de esa estrella.

—Si todo es así, entonces las preguntas pasan a ser quién controla ese interesante artefacto, por qué lo hacen y cuál es su relación con la Liga Humana.

Han meneó la cabeza.

—No tengo ni idea. Sean quienes sean, los que hacen estallar estrellas todavía no han dado la cara. Pero ahora que pienso en todo ello, y aunque no sabría explicar por qué, estoy empezando a preguntarme si la Liga Humana no será más que una fachada.

— ¿Una fachada? Relaciona arquitectura con asunto actual, te ruego.

—Disculpa —dijo Han—. Otro idioma, ya sabes... ¿Una tapadera? Eh... Bueno, algo que en realidad no es lo que aparenta ser y que se utiliza para ocultar lo que está detrás.

—Ah. Las personas que hacen estallar estrellas se esconden detrás de la Liga Humana, que está delante, y las acciones de la Liga proporcionan una explicación para varias actividades.

—Exacto —dijo Han.

—Pero esto no más cerca nos lleva de encontrar a las personas que hacen estallar las estrellas.

—Espera un momento —dijo Han—. Quizá estamos cerca. Puede que estemos mucho más cerca de lo que pensábamos, o de lo que querríamos estar... Puede que la persona que entregó el mensaje fuese mucho más que una simple mensajera.

—No entiendo.

—Antes de que empezara la revuelta... Después de que la estrella estallara, pero antes de que nadie lo supiera, recibimos un mensaje. Me refiero al gobernador general Micamberlecto, mi esposa y yo... Lo explicaba todo sobre la supernova y nos advertía de que debíamos obedecer las instrucciones que se nos darían después, o de lo contrario harían estallar estrellas de sistemas habitados.

—Sí. ¿Y qué?

—Mara Jade.

— ¿Mara Jade? ¿La comerciante? Hace muchos negocios con los selonianos. La conocemos bien, y confiamos en ella.

—Sí, ya... Bueno, Mara Jade es mucho más que una simple comerciante. ¿Sabías que fue la Mano del Emperador? ¿Sabías que fue la agente y asesina personal, privada y secreta del Emperador?

—No —dijo Dracmus, visiblemente sorprendida—. ¿Hablas sin mentir?

—Desde luego —replicó Han con una cierta excitación—. También explicaría cómo se las arreglaron los malos para poder disponer del código diplomático particular de la jefe de Estado. Mara Jade había sido espía... Sabe cómo obtener ese tipo de cosas. —Han pensó en silencio durante unos momentos antes de volver a hablar—. Todo encaja. Mara Jade nos trajo el mensaje, y nos contó una historia muy larga y complicada para justificar cómo llegó hasta ella. A juzgar por lo que había escrito en el recipiente del mensaje, parecía que tuviera como destinatario a Luke Skywalker y que habían utilizado a Mara como sustitua cuando no consiguieron hacérselo llegar. Pero ¿y si todo eso no era más que una compleja mascarada..., que nos tragamos desde el comienzo hasta el final?

— ¿Estás sugiriendo que Mara Jade trajo un mensaje que había escrito ella misma? ¿Sugieres que forma parte de la conspiración para hacer estallar las estrellas?

— ¡Sí! —exclamó Han—. Y el día en que la Casa de Corona fue atacada, Mara Jade había desaparecido.

— ¡Ah! De esto puedo hablar, y me alegra poder hacerlo, para defender el honor de Mara Jade, cosa que deseo hacer. Ha sido vista en la Casa de Corona al día siguiente del ataque con cohetes.

— ¿Cómo te has ente...? De acuerdo, de acuerdo, tendría que haberlo sabido. No debes decir nada más al respecto. Estás llena de secretos sobre los que no puedes hablar, ¿verdad? Pero no estoy muy seguro de que el que estuviera por allí antes del ataque y después del ataque, pero no durante el ataque, sea una gran defensa.

—Pero ¿por qué ella iba a hacerlo? ¿Cuál sería motivo?

Han señaló el techo de la celda con un pulgar.

—Resulta muy obvio que todos nuestros amables anfitriones son o ex imperiales o gente que quiere ver volver los maravillosos viejos tiempos del Imperio. El mismo Thrackan me lo dijo, ¿sabes? Bien, yo admito que Mara Jade ha prestado muchos grandes servicios a la Nueva República a lo largo de los años, y que no ha ido por ahí cantando el nombre del Emperador a pleno pulmón ni nada por el estilo, pero Mara siempre ha sido muy discreta y callada. Siempre se le dio muy bien el guardar secretos. Dudo mucho que nadie pueda estar seguro jamás de lo que

pretende hacer. Supongamos, sólo supongamos... Bien, supongamos que Mara ha vuelto a cambiar de parecer. ¿Qué ocurre si ha decidido que quiere ver resurgir al Imperio después de todo? Tal vez echa un vistazo a Corellia y piensa que hay que empezar por algún sitio. Admito que resulta un poco difícil de creer, pero me parece que nos hallamos en una situación donde tenemos que elegir entre varias explicaciones improbables.

—La idea tiene lógica, pero no convence —dijo Dracmus—. Estoy de acuerdo en que Jade es dura e implacable. Pero tiene honor, y hablamos de destruir planetas enteros. ¿Realmente sería capaz ella de semejante salvajismo?

Han asintió.

—Bueno, en eso tienes razón. Mara Jade siempre ha sido una mujer temible, pero nunca ha caído en la barbarie. No consigo imaginármela como la clase de persona capaz de asesinar a millones de seres inteligentes. Pero quizá no conocemos toda la historia... Puede que nos falte algo, que se nos escape alguna cosa. Recuerda que la primera supernova no hizo daño a nadie. Puede que la amenaza dirigida contra los sistemas habitados no sea más que una simple amenaza vacía de contenido.

—La mía es otra teoría —dijo Dracmus—. Creo que quienes están detrás de esto son ex imperiales, pero no espías imperiales. Pienso en la Armada Imperial. Algunos restos de formaciones de navíos imperiales han conseguido por fin hacer funcionar alguna vieja superarma imperial. Destructor de estrellas es como Estrellas de la Muerte o devastadores de mundos... Arma inmensa, concebida para terror, no para verdadero uso militar.

—Oh, no, imposible —replicó Han—. Ya ha transcurrido un montón de tiempo desde que los últimos imperiales fueron vencidos, y hemos podido examinar a fondo los archivos imperiales. Prácticamente todas las fuerzas imperiales han sido localizadas y controladas. Podrías llegar a inventarte una historia en la que alguien consiguiera reunir una fuerza de ataque a partir de naves que fueron consideradas por error como destruidas cuando en realidad estaban intactas. Algunas personas afirman que ahí fuera hay flotas enteras de las que nadie sabe nada. Pero aunque eso fuera verdad, ¿de dónde se supone que han de salir los millares de tripulantes adiestrados? Cada vez que algo va mal en algún lugar de la Nueva República, algún fanático de las conspiraciones u otro saca de su cajón una teoría sobre una camarilla secreta que pretende revivir el Imperio. Si a alguien se le acaban los rollos de papel higiénico en los depósitos del palacio, es un complot imperial. Personalmente, puedo asegurarte que ya no creo en ese cuento para asustar a los niños. El Imperio está tan muerto como Darth Vader. Sigo diciendo que es Mara Jade. Es comerciante con licencia, y fue agente clandestina del Imperio. Tiene naves, recursos, centros técnicos y espías en todas partes, y es real. No es ninguna flota imaginaria a la deriva por la Nebulosa del Cangrejo de Arena. Tenía los medios, el motivo y la oportunidad.

—A menos que los dos tengamos razón, por supuesto —dijo Dracmus—. Formar conspiración es reunir a muchos. Quizá un plan reúne a Jade, fragmentos de la Armada Imperial, Liga Humana y también otros. Pero espero que del todo estés equivocado, respetado Solo. Lo espero sinceramente.

— ¿Por qué, Dracmus?

— ¿No es obvio? Si ella está detrás de la conspiración, ha dispuesto las cosas de manera la más deliberada para encontrarse donde se encuentra ahora, y así encontrarse allí donde más bien hacer puede a la conspiración.

— ¿Adonde quieres ir a parar? —preguntó Han.

—En este momento Mara Jade se encuentra en mismo sitio que tu esposa.

7

Confianza

— ¡Debo tener acceso a un equipo de comunicaciones que funcione! —le dijo Leia Organa Solo al guardia, y no por primera vez.

Después permaneció inmóvil, hirviendo de rabia y con los puños apretados, mientras el guardia la ignoraba y dejaba la bandeja encima de la mesa. Leia ya llevaba varios días encerrada en la Casa de Corona. Hasta hacía unos cuantos días el edificio había sido la residencia del gobernador, pero había pasado a ser una prisión de la Liga Humana. Leia no quería permanecer ni un solo instante más en aquel sitio.

— ¿No me has oído? Tenéis que darme acceso a...

El guardia de la Liga Humana jadeaba un poco, como hacía siempre que le traía la comida. En cuanto hubo dejado la bandeja y recuperado el aliento, pareció pensar que podía prestar atención a su cautiva y procedió a reírsele en la cara, no por primera vez.

— ¿A que no adivinas lo que te voy a decir? —preguntó—. Bueno, pues no lo voy a hacer. No voy a permitir que tengas acceso a nada. Pero te explicaré qué haremos: seguirás pidiéndome que lo haga cada vez que te traiga la comida de abajo. —El guardia frunció los labios en una sonrisa muy desagradable—. A mí no me molesta, y tal vez te haga sentir mejor. Si quieres, puedes repetírmelo a la hora de cenar —añadió mientras cogía la bandeja del desayuno.

Parecía opinar que todo aquello era muy gracioso, y se rió más estrepitosamente que nunca mientras salía de la habitación de invitados convertida en celda improvisada dentro de la que estaban reteniendo a Leia.

El guardia se volvió hacia ella un instante antes de llegar a la puerta y habló de nuevo.

—Oh, casi se me olvidaba... —dijo—. Estamos cambiando de celda a unas cuantas personas. Parece ser que una prisionera se peleó con otra, y hemos tenido que separarlas. Después de almorzar tendrás una nueva compañera de celda.

El guardia soltó una última carcajada mientras salía al pasillo.

Leia oyó el chasquido de la cerradura de la puerta. Siempre oía el chasquido de la cerradura. ¿Por qué lo único de lo que aquella pandilla de incompetentes no se olvidaba nunca era de cerrar la puerta?

Se obligó a calmarse. Abrió los puños y respiró hondo tres veces seguidas. Había ejercicios Jedi que hubiese podido llevar a cabo para tranquilizarse de una manera más completa, pero no quería estar totalmente calmada. Quería disfrutar del lujo que suponía un poquito de ira.

No tenía ni pizca de apetito y la comida parecía volver a consistir en unas raciones de campaña pésimamente preparadas, pero Leia se obligó a sentarse a la mesa y a comérsela. Necesitaba conservar las fuerzas. Tarde o temprano los de la Liga Humana acabarían decidiendo qué hacer con ella, y Leia tenía que estar preparada y en condiciones de reaccionar al instante. Tomó un sorbo de agua para hacer bajar lo que fuese aquella nada apetitosa pasta que había en su plato, e intentó pensar.

Si había que creer en el mensaje secreto que le habían enviado, la Liga haría estallar su segunda estrella, Thanta Zilbra, dentro de tres semanas y media a menos que la Nueva República accediera a sus demandas..., pero se trataba de unas demandas que no podían ser satisfechas.

Leia se preguntó qué razón podía haber para presentar unas exigencias tan escandalosamente faltas de realismo. ¿Y por qué la Liga se había tomado la molestia de enviar un mensaje secreto cuando había anunciado públicamente una versión ligeramente menos detallada de la misma información sólo un día después?

Había algo que no encajaba. O algo había ido seriamente mal en el plan de acción de la Liga, y se estaban limitando a improvisar como buenamente podían, amenazando con hacer algo que no eran capaces de hacer..., o de lo contrario el mensaje secreto había sido un truco para confundirles y desorientarles que tenía como objetivo servir a otro propósito todavía desconocido.

Leia se dio cuenta de que se había acabado la comida, a pesar de lo cual todavía no tenía nada claro qué era lo que había estado comiendo. Apartó la bandeja a un lado e intentó pensar. Nada de todo aquello tenía sentido.

Los problemas, las contradicciones y la falta de lógica daban vueltas y más vueltas dentro de su cabeza. Leia no conseguía encontrar nada a lo que pudiera agarrarse. Podían haber transcurrido dos minutos o dos horas cuando de repente se dio cuenta de que alguien estaba abriendo la puerta.

Sí, por supuesto. El guardia había dicho algo sobre una nueva compañera de celda. «Excelente», pensó Leia. Tener alguien con quien hablar resultaría muy agradable. La Liga Humana tal vez pensaba que interpretaría el obligarla a compartir su celda como una especie de sutil insulto, una invasión de la santidad de los aposentos de la jefa del Estado o algo por el estilo. De ser así, se iban a llevar una gran desilusión. Leia Organa Solo era en primer lugar y por encima de todo una diplomática, y sabría dar la bienvenida de la manera correcta a la recién llegada. Leia se puso en pie, rodeó la mesa y curvó sus labios en una sonrisa.

La puerta giró sobre sus goznes y un sonriente soldado de la Liga Humana metió de un empujón a la nueva compañera de Leia dentro de la celda. La sonrisa de Leia se desvaneció.

Era Mara Jade.

La puerta se cerró con un golpe seco y las dos mujeres permanecieron inmóviles mirándose fijamente la una a la otra. Mara Jade... «¿Por qué ella?», se preguntó Leia. Había demasiadas preguntas por responder sobre el papel que Mara había jugado en toda aquella crisis. Había traído el mensaje, pero aparte de su palabra no había ninguna evidencia de que hubiera recibido el cubo de mensajes de la forma que había descrito. Había desaparecido por completo durante el ataque a la Casa de Corona y había reaparecido al día siguiente, abriéndose paso por entre los escombros de uno de los pisos superiores medio destrozados para afirmar que había quedado atrapada allí durante la primera ofensiva. Una vez más, no había ninguna prueba de ello salvo su palabra. Y, finalmente, allí estaba, en la celda de Leia... ¿Era obra del azar? ¿La habrían metido allí los guardias con la vaga idea de que Mara y Leia no se llevarían demasiado bien, y habían decidido reunirlos para que les proporcionaran un poco de diversión..., o se trataba de alguna clase de trampa?

¿Cuántas veces había intentado matar a Luke? Se suponía que todo aquello pertenecía al pasado..., pero ¿y suponiendo que aún no hubiese terminado? Leia no estaba muy segura de qué debía pensar.

El cuadro de inmovilidad se mantuvo durante un momento más, pero luego fue Mara quien hizo el primer movimiento.

—Hola, Leia —murmuró, dando un paso hacia adelante e inclinando la cabeza de manera casi imperceptible, en un tono y una postura casi ceremoniosas a pesar de que hubiera llamado a Leia por su nombre—. Me alegra verte.

No le ofreció la mano, y tampoco se acercó más. Parecía tranquila e impasible, bien alimentada y bien descansada. Los problemas de los últimos días —si es que en realidad habían

sido días difíciles para Mara— no habían dejado ninguna señal sobre ella. Mara era alta y esbelta, y poseía el cuerpo y la gracia de una bailarina. Su cabellera dorado rojiza fluía por encima de sus hombros, y el sencillo mono de vuelo negro que llevaba puesto realzaba todavía más su impresionante colorido.

—Yo también me alegro de verte —dijo Leia, no muy segura de si estaba mintiendo o no. Giró sobre sus talones, fue hacia la mesa y volvió a ocupar su asiento, aunque sólo fuese para poner fin a aquella escena tan incómoda—. Aunque debo admitir que estoy sorprendida.

—Creo que sería un poco más exacto decir que no estás muy segura de lo que debes pensar —dijo Mara sin inmutarse mientras se sentaba delante de Leia al otro lado de la mesa—. Si yo estuviera en tus zapatos, estaría haciéndome montones de preguntas sobre mí. No eres ninguna estúpida, y yo tampoco soy idiota. Puedo imaginarme todas las razones por las que podrías sospechar de mí. Nada de cuanto diga te convencerá de que no he tenido nada que ver con todo esto. No sé hasta dónde llegan tus poderes Jedi, pero dudo de que sean lo bastante grandes para llevar a cabo un sondeo completo de mi mente.

—No tengo los poderes necesarios para llevar a cabo la clase de sondeo mental que podría dejarme totalmente convencida —admitió Leia.

—Bien, pues así estamos —concluyó Mara.

— ¿Me estás diciendo que tendré que limitarme a confiar en ti?

Mara se encogió de hombros.

— ¿Confiar en mí para que haga qué? Que yo sepa, no somos aliadas. La única cosa que las dos podemos estar totalmente seguras de tener en común es que a las dos nos gustaría escapar.

— ¿Puedo estar segura aunque sólo sea de eso? —preguntó Leia.

Mara sonrió.

—Sí —dijo—, puedes estarlo. Quiero salir de aquí. Cuanto más tiempo pase encerrada aquí, peor para mis negocios. Ya sabes que nunca me ha importado revelar qué es lo que realmente me interesa en cada momento, ¿verdad? Pues estar prisionera aquí dentro hace que pierda tiempo y dinero.

—Y se supone que eso ha de satisfacerme.

—No —dijo Mara—, pero es todo lo que tengo para ofrecerte. No estoy involucrada en toda esta locura, pero ¿cómo puedo probar una denegación?

Leia contempló en silencio a Mara durante unos momentos. Tenía la impresión de que Mara hubiese podido decir bastante más si lo hubiera deseado, pero estaba claro que no iba a oírle ni una sola palabra más sobre el tema.

— ¿Qué puedes decirme sobre lo que está pasando ahí fuera? —preguntó por fin.

—No mucho —replicó Mara—. He estado encerrada tres puertas más abajo. Mi ex compañera de cuarto me acusó de ser una simpatizante de la Liga y la situación acabó volviéndose un poco tensa, y aquí estoy. Sé lo mismo que tú.

—Bueno, ¿qué te parecería una teoría entonces? —preguntó Leia—. No he tenido nada que hacer aparte de pensar en la situación, y no consigo verle el más mínimo sentido. Las piezas no encajan. ¿Qué crees que está ocurriendo?

La pregunta era lo suficientemente vaga para que Mara pudiese responderla como quisiera, y de eso se trataba precisamente. Leia quería conocer la opinión de Mara..., o —y quizá había más probabilidades de que se tratara de eso— la opinión que Mara fingía tener.

—No es exactamente una teoría —replicó Mara—, pero me parece evidente que Thrackan Sal-Solo sabe lo que se hace. Está controlando la situación, y también lo sabe. Es lo suficientemente listo y tiene los suficientes recursos políticos como para ser capaz de predecir los resultados de sus acciones. No creo que tenga que hacer nada. Creo que le basta con decir que va a hacer algunas cosas.

—Y los resultados de lo que ha dicho acerca de echar a patadas a los no humanos del planeta han sido disturbios y levantamientos —dijo Leia—. Sus palabras han causado un nuevo endurecimiento de los odios existentes entre las tres razas. La gente se ha radicalizado, y se ha visto empujada hacia posiciones extremas por unas circunstancias extremas.

—Y mi conjetura es que eso es precisamente lo que Sal-Solo esperaba que ocurriría —dijo Mara—. Quizá sólo quiera crear apuros a la Nueva República y hacerla quedar en ridículo. En tu caso, no cabe duda de que te ha colocado en una situación muy delicada.

—Desde luego —dijo Leia—. Ha conseguido manipular todos los factores de tal forma que ahora he de escoger entre dos alternativas política y físicamente imposibles: permitir que miles, tal vez millones de personas, mueran cuando su planeta sea destruido, o deportar por la fuerza a millones de personas expulsándolas de su hogar ancestral. Haga lo que haga, la reputación de la Nueva República va a quedar seriamente afectada..., y eso suponiendo que no quede irreparablemente destrozada.

—Ése podría ser su objetivo final —dijo Mara—. La destrucción de la Nueva República... Sí, podría ser eso. Quiere convertir el Sector Corelliano en un Estado independiente. Tal como yo veo las cosas, cuanto más debilitada llegue a estar la Nueva República, más probabilidades tendrá Sal-Solo de conseguir que su Estado independiente perdure.

—Así que le importa muy poco lo que ocurra o lo que hagamos, siempre que acabemos apareciendo como los perdedores. ¿Es eso?

—Es una teoría.

—Pero mientras todos estemos prisioneros no podremos hacer nada —dijo Leia—. ¿Qué provecho sacan al retenernos aquí?

—Ninguno que yo pueda ver, así que no creo que lo siga haciendo durante mucho tiempo —dijo Mara—. Creo que mantendrá a sus tropas en la Casa de Corona hasta que haya quedado convencido de que tiene totalmente controlada la situación. Después retirará a sus tropas y apagará los generadores de interferencias. Tú y Micamberlecto podréis dar todas las órdenes que queráis..., a las fuerzas con las que podáis poneros en contacto, claro. Pero a esas alturas ya no tendrás muchas fuerzas a las que dar órdenes, evidentemente. No podrás hacer prácticamente nada, y tampoco podrás salir del sistema. Sigue estando el pequeño problema del campo de interdicción, y Sal-Solo no va a desconectarlo. El campo de interdicción os impide salir de aquí, e impide que vuestros amigos puedan entrar en el sistema.

—Pero el campo de interdicción no impedirá que la Nueva República intervenga —dijo Leia—. Lo único que conseguirá será obligarles a ir más despacio. Si tienen que pasar un mes o dos o tres volando a velocidades sublumínicas para llegar hasta aquí, lo harán.

—Leia... Señora jefe del Estado. Con todo el respeto debido, soy comerciante con licencia y la información es algo imprescindible para mi negocio. Si yo sé que la Armada de la Nueva República no se encuentra en condiciones de luchar en estos momentos, y si el enemigo puede leer tu código particular, entonces no creo que sepan menos que yo. Probablemente saben tanto como tú sobre el tema.

—Si es que no más —admitió Leia—. Y aunque Thrackan nos deje en libertad, no nos perderá de vista en ningún momento. Intentará obligarme a mantener algún tipo de conversaciones

diplomáticas, y me encontraré negociando con el cañón de un arma pegado a mi cabeza. —Leia hizo una pausa—. No, muchas gracias. Ni soñarlo. He de salir de aquí antes de que eso ocurra.

Mara miro fijamente a Leia.

—Bueno, la verdad es que estaba a punto de llegar a eso —dijo por fin.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó Leia, sintiendo renacer inmediatamente todas sus sospechas—. Estás pensando en algo, ¿verdad?

Mara titubeó durante un momento y acabó encogiéndose de hombros.

—Me rindo. No hay ninguna manera de que pueda decirte esto sin que parezca que te estoy tendiendo una trampa, así que... Bueno, te lo voy a decir y dejaré que lo interpretes como quieras. Tengo un controlador de circuito remoto de mi nave, el *Fuego de Jade*.

Leia clavó la mirada en el rostro de Mara, pero sus pensamientos no podían estar más lejos de su aspecto. De repente había una docena de nuevas variables en la ecuación. Un controlador de circuito remoto era, básicamente, un mando a distancia para naves espaciales. El más sencillo se reducía a un sistema de localización: pulsabas un botón, y la nave venía hacia ti. Los controladores más sofisticados eran capaces de operar prácticamente todos los sistemas principales de una nave espacial. Leia no sabía cómo debía reaccionar ante aquella noticia. Resultaba fácil imaginarse todas las maneras en que aquello podía ser una trampa. Que Mara poseyera semejante aparato no debería haber supuesto ninguna sorpresa para ella pero, por otra parte, si lo poseía... Bien, ¿por qué aún no lo había utilizado?

— ¿Dónde está la unidad de control? —preguntó Leia

—Está escondida, y muy bien, en mis habitaciones del nivel doce. Nunca tuve ocasión de llegar hasta ella. Ya que hablamos de eso, sigo sin ver cómo podré llegar hasta ella.

—Y yo tampoco —admitió Leia—. A menos que se te ocurra alguna forma de abrirte paso a través de puertas cerradas y pasar por los puestos de guardia que han colocado en las escaleras. Por los números de las puertas sé que estamos en el piso dieciocho..., pero también sé que la Liga probablemente ha instalado sus cuarteles en el dieciséis o el diecisiete.

— ¿Y cómo lo sabes?

—Mis habitaciones estaban en el decimoquinto piso —explicó Leia—, y vi el estado en que había quedado el edificio antes de que nos encerraran. El quince fue gravemente afectado por el ataque y todo lo que hay entre los pisos ocho y quince está todavía peor, por lo que no pueden estar por debajo del dieciséis. Y mi guardia dijo que traía la comida de abajo, y siempre está sin aliento cuando aparece trayendo las bandejas.

— ¿Y eso es todo? —preguntó Mara—. ¿Es lo único que tienes?

—Me pareció bastante convincente —replicó Leia—. Pero ese controlador tuyo... ¿No te parece que los guardias ya pueden haberlo encontrado?

—Dudo mucho que esta pandilla de matones fuera capaz de encontrarse las cabezas en la oscuridad —dijo Mara—. Me parece que estaban mucho más interesados en llevarse todos los objetos de valor que pudieran meterse dentro de los bolsillos.

Leia estaba pensando a toda velocidad. Su mente estaba empezando a dar forma a una idea.

—Es posible que pueda ayudarte a llegar hasta el controlador..., pero sólo posible. Si puedo hacerlo, y si el controlador sigue ahí, ¿podrás hacer que funcione?

— ¿Cómo piensas conseguirlo? —preguntó Mara.

—Limitémonos a decir que tal vez pueda hacerlo —replicó Leia. Había un problema, y era muy obvio—. Las interferencias —siguió diciendo—. ¿Cómo se las va a arreglar tu controlador para abrirse paso a través de eso?

—La Liga Humana no ha inventado las interferencias para bloquear las frecuencias de comunicación. Mi controlador tiene un sistema de emergencia, una modalidad de láser de comunicaciones que funciona cuando hay contacto visual. —Mara se levantó, fue hasta la ventana y descorrió las cortinas—. El espaciopuerto está allí —dijo, señalando por la ventana—. Desde aquí no es más que un punto en el horizonte, pero puedo ver mi nave. El *Fuego de Jade* está ahí, con todas las compuertas cerradas y aseguradas. Mientras el controlador pueda verla, podré hacer que venga hasta aquí. Las interferencias y la distancia tal vez hagan que me resulte un poquito más difícil, pero puedo conseguirlo.

—Entonces crees que si pudieras echar mano al controlador, podrías traer la nave hasta aquí.

—Siempre existe la posibilidad de que algo salga mal, pero yo diría que tendríamos noventa y cinco probabilidades entre cien de conseguirlo.

—Pero ¿podrías acercarla lo suficiente al edificio para que pudiéramos subir a bordo?

Mara frunció el ceño.

—Eso exigiría unas cuantas maniobras de pilotaje —acabó diciendo—. Bueno, diría que entonces nos quedamos con setenta y cinco probabilidades entre cien.

—Es un porcentaje mejor del que tenemos en este momento

—dijo Leia.

—Pero ¿cómo te las vas a arreglar para que pueda llegar hasta el controlador? —insistió Mara.

Leia la miró fijamente. No tenía más pruebas que antes de que la comerciante no estuviera involucrada en la conspiración de la Liga Humana, pero de repente —y sin que pudiera explicar por qué— Leia la creía. Pero... Bueno, ¿y suponiendo que Mara estuviese mintiendo? ¿Qué pasaría entonces? ¿Hasta qué punto podían empeorar las cosas? La peor situación que Leia podía llegar a imaginarse era que la mataran. No hacía falta decir que no se trataba de una perspectiva muy atractiva, pero desde el punto de vista de lo que era mejor para la Nueva República, una jefe del Estado mártir probablemente fuese preferible a una jefe del Estado que había sido obligada a elegir entre permitir la muerte de millones de seres inteligentes o el ayudar a deportar todo un planeta de personas inocentes. Leia estaba dispuesta a correr el riesgo de morir a cambio de tener una oportunidad razonablemente buena de escapar.

—Vamos a necesitar un poco de suerte —dijo por fin— y montones de buena planificación. Sentémonos y empecemos a trabajar.

8

La manera más complicada

—Experimento el comienzo de la interrogación de si debería haberte dicho ninguna cosa sobre las circunstancias de tu esposa —dijo Dracmus.

—Me pareció oírte decir que irías hablando mejor el básico en cuanto hubieras practicado un poco —replicó Han mientras iba y venía por la celda.

—Oh, mejorar hubiese conseguido —dijo Dracmus—, pero el respetado Solo orate me está volviendo al ir actuando de tan nerviosa manera. No puedo concentrarme.

—Me está volviendo loca —dijo Han—. La expresión habitual es «Me está volviendo loca».

—Orate o loca, el caso cierto es que estás a punto de deslizarte por el suelo.

—Estoy a punto de subirme por las paredes —dijo Han mientras se detenía delante de la puerta de la celda para examinarla por centésima vez como mínimo—. Sí, estoy a punto de subirme por las paredes.

—Ciertamente así es —dijo Dracmus.

—Escucha, creo que ya lo tengo... Dos guardias nos traen la comida. Uno carga con las bandejas y el otro le cubre con el desintegrador. Yo recibo mi bandeja de la comida del primer guardia y la arrojo a la cara del segundo guardia. El guardia esquiva la bandeja, y yo cojo su desintegrador mientras tú dejas sin sentido al primer guardia y le quitas su arma. Después salimos al pasillo...

—Y mientras tú lanzas valerosamente los panecillos de tu cena contra los dos primeros guardias, el tercer guardia y el cuarto guardia y el quinto, sexto y séptimo guardia disparan y de muchos agujeros nos llenan a los dos —dijo Dracmus, impasiblemente sentada sobre su catre—. Y sólo por si la casualidad se da de que todos fallen, entonces todas las salidas estarán cerradas, y todos los que hay dentro del complejo entran en hermosa alerta roja hasta que finalmente acabado con nosotros hayan.

Han fulminó a la seloniana con la mirada.

—Eres una gran ayuda. ¿Lo sabías?

—Más de lo que piensas tú. Paciencia, respetado Solo. Lo único que se requiere es un poco de paciencia.

— ¡Paciencia! Eres tú quien me ha recordado que mi esposa se encuentra a merced de Thrackan. He de salir de aquí y advertirla... ¡He de rescatarla!

—Muerto tú eso no puedes hacer —dijo Dracmus—. Muerta yo nada tampoco puedo hacer, y deseo hacer más que nada, y tus locos planes conseguirán que los dos muramos. La calma mantén. La calma mantén.

— ¿Que me calme? ¿Qué motivos hay para que me calme?

Pero entonces Dracmus se levantó de repente, inclinando la cabeza hacia un lado y moviendo la mano para pedir silencio.

— ¡Silencio, por favor! —dijo.

Han estaba mirando fijamente a su compañera de celda.

— ¿Qué estás...?

— ¡Zzzzzzzss! —dijo Dracmus—. ¡Silencio!

Han se quedó totalmente inmóvil y aguzó el oído..., y por fin lo oyó. Era un zumbido lejano, con algún que otro chasquido y crujido ocasionales.

Dracmus se volvió hacia Han y le enseñó los dientes en el desconcertante equivalente seloniano de una sonrisa.

—¿Estás oyendo eso? —preguntó—. Me pregunto qué podría ser.

— ¿Estás preparada? —preguntó Mara.

Leia sonrió.

—La verdad es que no, pero tampoco voy a estar más preparada de lo que lo estoy ahora. Esperemos que esto dé resultado.

El plan parecía vagamente más lógico que práctico. En teoría, debería funcionar. En la práctica, había un montón de cosas que era casi seguro saldrían mal.

—Pues adelante —dijo Mara.

La Casa de Corona había sido diseñada y construida para servir de residencia al gobernador general, y no como prisión. Eso hacía que careciese de celdas de detención, mientras que contaba con un buen número de suites para invitados y apartamentos de varias dimensiones y grados de lujo, dependiendo del rango de quien fuese a ocuparlos. Las estancias más pequeñas recordaban bastante a habitaciones de hotel convencionales, y eran éstas las que la Liga Humana había utilizado para confinar a sus prisioneros de la Nueva República. En consecuencia, les faltaban detalles como barrotes en las ventanas, aunque las camas contaban con sábanas y mantas. La noche ya había caído, y Mara y Leia planeaban aprovechar esas dos características de la habitación.

La primera fase ya había sido llevada a cabo. Habían quitado las sábanas y las mantas de las dos camas y las habían cortado a tiras, utilizando un cuchillo que apenas tenía filo discretamente sustraído de la bandeja de la cena de Leia, y luego habían atado las tiras unas a otras para formar una tosca cuerda..., que Leia esperaba fuese más resistente de lo que aparentaba. La segunda fase era un poco más complicada. Existen varias formas de romper una ventana sin hacer ruido, pero no son infalibles. Resultaría mucho más conveniente que pudieran abrir la ventana, pero eso no iba a ser fácil. Los guardias habían soldado todos los marcos de las ventanas a la altura del suelo, dejándolas cerradas. Por lo menos, eso fue lo que intentaron hacer. Habían hecho un trabajo impecable con una de las ventanas de Leia, produciendo una soldadura muy sólida que nada conseguiría hacer temblar, pero la soldadura de la otra era claramente descuidada y hecha a toda prisa, ya que consistía en un débil glóbulo de metal derretido que no parecía lo bastante sólido para aguantar ninguna tensión.

Pero la soldadura demostró ser más resistente de lo que aparentaba. Las dos mujeres invirtieron veinte minutos turnándose en el intento de crear una grieta. Primero Mara y luego Leia y después nuevamente Mara intentaron meter el cuchillo en la línea donde se unían el marco de la ventana y el alféizar. Todo aquel esfuerzo las dejó en la misma situación que antes, con la única diferencia de un cuchillo muy doblado y un alféizar lleno de arañazos. Leia ya llevaba un buen rato de su segundo turno con el cuchillo y estaba a punto de rendirse y correr el riesgo de romper la ventana, cuando algo hizo *clac* y la soldadura se partió limpiamente por la mitad. Leia miró a Mara con una gran sonrisa en los labios, y subió la ventana por las guías. Abrir un agujero en la pantalla y rasgarla fue cuestión de un momento.

Después vino la parte difícil.

Ataron un extremo de la cuerda improvisada a la cama. Leia se rodeó el torso con un arnés de escalada igualmente improvisado, deslizó la cuerda hecha con ropas de cama a través de él y después subió al alféizar de la ventana y arrojó el otro extremo de la cuerda al vacío.

—Deséame suerte —le dijo a Mara.

—Oh, te la deseo —replicó Mara—. Después de todo, luego me tocará a mí.

Leia tragó saliva y salió a la cornisa que corría por la pared del edificio. Dio un buen tirón a la cuerda, que pareció aguantar. Leia se quedó inmóvil durante un momento y miró a su alrededor. La noche era fresca y despejada y no soplaba mucho viento, sólo el suficiente para enredarse en sus cabellos y lanzárselos sobre la cara. La ciudad de Corona se desplegaba por debajo de ella..., directamente debajo de ella si miraba hacia abajo, cosa que prefirió no hacer. Pero volver la mirada hacia el horizonte era otro asunto. Leia podía hacerlo sin ningún problema. Sin un cristal de ventana entre ella y el paisaje, todo parecía estar más cerca y ser mucho más nítido, como si se encontrara más al alcance de su mano.

La ciudad estaba más silenciosa de lo que hubiese debido estar. Tendría que haber oído los sonidos del tráfico, la ocasional voz lejana transmitida por el viento, y quizá algunas notas musicales subiendo hasta las alturas de vez en cuando. Pero lo único que podía oír era el retumbar y rugir ahogados del oleaje, que sonaban muy lejos en el horizonte. Alzó la vista hacia el agua y apenas pudo distinguir la línea entre el mar y la arena. Podía ver cómo las hileras blancas de las olas iban avanzando hacia la costa. Leia volvió los ojos hacia la ciudad de Corona.

Grandes franjas de la ciudad estaban a oscuras. Incluso en los sitios donde se veían luces, no había las suficientes. La ciudad que se extendía bajo aquella noche fría y libre de nubes parecía solitaria, medio vacía, medio abandonada..., y quizá lo estaba. A esas alturas, se podía estar prácticamente seguro de que todos los no humanos que tuvieran un mínimo de sentido común ya se habrían marchado de la ciudad o estarían escondidos.

Pero Leia no había salido allí para contemplar la ciudad. Se aseguró de que la cuerda podría moverse correctamente a través del tosco arnés de escalada, volvió a respirar hondo y descargó su peso sobre la cuerda mientras empezaba a deslizar su peso por encima de la cornisa de la ventana. Después inició el descenso a lo largo de la pared del edificio, aferrándose a la esperanza de que ella y Mara hubieran calculado bien las distancias y que la cuerda improvisada fuese lo bastante larga para poder llegar hasta el piso número quince.

El descenso resultó mucho más fácil de lo que se esperaba, por lo menos al principio. La cuerda sostenía su peso sin ningún problema, y los nudos que unían las tiras de la ropa de cama cortada también se estaban comportando muy bien, deslizándose alrededor de su cuerpo y por debajo del arnés de escalada sin ninguna dificultad. De momento todo iba perfectamente. Leia siguió bajando por el muro, moviéndose despacio y con gran cautela. Se detuvo cuando sus pies llegaron al comienzo de la ventana del piso diecisiete. Leia caminó lentamente hasta un lado de la ventana, impulsándose con los pies y las manos para alejarse de la pared, tanto para no ser vista desde la ventana como para no tener que poner los pies encima del cristal de la ventana. El cristal probablemente fuese lo bastante sólido para soportar su peso, pero no había que olvidar que alguien había estado disparando cohetes contra aquel edificio no hacía tanto tiempo, y era muy posible que la ventana hubiera quedado un poco afectada.

Consiguió llegar hasta un lado de la ventana, aunque con considerable dificultad. La gravedad quería que su cuerpo colgara del punto de sujeción de la cuerda, y resultaba bastante difícil obtener el agarradero suficiente para mantenerse a un lado mientras iba descendiendo por la pared del edificio.

Una ráfaga de viento surgió de la nada y sopló en dirección opuesta a la de la brisa. Sólo duró unos segundos, pero pareció abrirse paso a través de toda la ropa de Leia, dejándola helada hasta la médula y, lo que era todavía peor, empujándole los cabellos hacia la cara y dejándola cegada. Después de asegurarse concienzudamente de que tenía la cuerda bien sujeta en su mano izquierda y asegurarse todavía más concienzudamente de que la cuerda no se movería en ningún sentido, Leia separó su mano derecha de ella el tiempo suficiente para apartarse los cabellos de la cara y volver a ponérselos detrás de las orejas lo mejor que pudo. Cuando soltó la cuerda, se dio cuenta de lo tíasas y frías que estaban ya sus manos.

Bajó la mirada hacia la cornisa de la ventana que tenía debajo. Ya casi había llegado. Sí, ya casi había llegado. Echó un vistazo a la ventana, y sintió un gran alivio al ver que las cortinas estaban corridas. Pero sabía que aun así tendría que ir con mucho cuidado. A diecisiete pisos de altura, cualquier ruido procedente del exterior de una ventana tendía a ser muy audible.

Llegó a la cornisa de la ventana y volvió a sentir un gran alivio al poder poner los pies encima de algo sólido, aunque sólo fuese por un momento. Pero no se encontraba a salvo ni siquiera estando de pie allí. Podía resbalar y caer. El viento podía arrancarla de la cornisa. Todavía llevaba puesto el arnés de escalada, y necesitaba mantener un poco de tensión en la cuerda, con el resultado de que una parte de su peso seguía colgando de ella. Si la cuerda se rompía, se precipitaría al vacío. Aun así, estar en la cornisa siempre resultaba preferible a estar colgando del extremo de la cuerda.

Se restregó las manos y sopló sobre ellas, intentando normalizar la circulación aunque sólo fuese un poco. No había excusas que le permitieran seguir perdiendo el tiempo. Flexionó los dedos, agarró las sábanas anudadas a las que estaba confiando su vida, y retrocedió hasta salir de la cornisa de la ventana.

Y, casi inmediatamente, se dio cuenta de que algo iba mal. La cuerda se estaba estirando cada vez más, descendiendo un poco más bajo su peso con cada paso que daba. Eso no era bueno. Oh, no, no era nada bueno. Si se estiraba lo suficiente, si una hebra crucial se rompía bajo la tensión y se iba deshilachando, y si eso abría un desgarrón más grande, entonces...

Leia miró hacia abajo, y enseguida deseó no haberlo hecho. Si la cuerda se rompía, caería y eso sería todo.

—Oh, vamos... —le susurró a la cuerda—. No es necesario que me mates. Hay un montón de cosas que pueden salir mal y hacer ese trabajo por ti.

Por ejemplo, bajar a lo largo de la pared del piso número dieciséis podía suponer su muerte. Si sus sospechas eran correctas, allí era donde estaban acuartelados los guardias de la Liga Humana. Leia miró hacia abajo y vio el comienzo de la ventana de aquel piso..., con su cuerda colgando justo delante de ella. Masculló una maldición ahogada y se preguntó cómo podía haber sido tan descuidada.

Bueno, daba igual. Fue avanzando de lado, alejándose de la ventana, y le pidió al viento que soplara en la dirección correcta e impidiera que la cuerda fuese visible desde la ventana. Entonces resultaría visible desde la ventana de al lado, por supuesto, pero era mejor no pensar en eso. Leia siguió descendiendo por la pared, esforzándose al máximo para mantenerse lo más lejos posible de la ventana. Volvió la mirada hacia el cristal y se alarmó al ver que las cortinas estaban descorridas. Peor aún, pudo contar por lo menos cuatro soldados de la Liga Humana en la habitación, dormidos sobre sus catres del modelo reglamentario imperial comprados a bajo precio en alguna liquidación de excedentes militares.

Leia respiró hondo y siguió adelante. Sin ruido. Movimientos lentos y cautelosos. Allí. Debajo de ella. La cornisa siguiente. Descansar en ella, pero sólo un momento. Resistir la fuerte tentación

de hacer algo más que recuperar el aliento y volver a flexionar los dedos una vez más. Seguir moviéndose.

Leia dejó atrás la cornisa y llegó al piso número quince, el nivel de las Personalidades Muy Importantes, que había sido construido con el doble de la distancia normal entre el suelo y el techo para proporcionar techos altísimos y majestuosos a quienes se alojaron en él. Era el nivel en el que habían estado sus aposentos. Leia no esperaba tener tanta suerte como para terminar el descenso en su ventana, y no la tuvo. Pero uno de los pequeños golpes de suerte que sí esperaba era encontrarse con una ventana rota cerca de allí. Aquel piso había sufrido serios daños durante el ataque, y a menos que los matones de la Liga Humana hubieran dedicado todas sus horas de vigilia a poner ventanas nuevas para sustituir a las rotas, debería ser capaz de entrar en él.

Leia se quedó inmóvil después de haber superado el obstáculo de la última cornisa y dejó escapar un suspiro de alivio cuando vio que prácticamente todas las ventanas estaban medio destrozadas, con los cristales rotos y las cortinas asomando de ellas para bailar en el viento. Ésa era la buena noticia. No tendría muchos problemas para entrar. La mala noticia era que había olvidado que los techos extra-altos significaban que había el doble de distancia hasta la cornisa de la ventana. Habían hecho la cuerda tan larga como pudieron, pero Leia no tenía ni idea de si le permitiría bajar todo un piso extra. No había forma humana de llevar a cabo ningún cálculo visual lo suficientemente preciso como para que pudiera resultarle útil sobre la longitud de cuerda que le quedaba. Estaba oscuro, el trayecto en sentido vertical que debía recorrer era muy engañoso, y el viento no paraba de mover la cuerda de un lado a otro.

Su pie resbaló de repente y Leia se encontró oscilando en el aire, rebotando en la pared del edificio mientras la cuerda se deslizaba y serpenteaba de un lado a otro. Después cayó aproximadamente medio metro cuando la cuerda quedó repentinamente libre del obstáculo en el que se había enganchado al pasar por una de las dos cornisas que tenía encima.

Leia se retorció frenéticamente y acabó consiguiendo quedarse inmóvil sobre la pared del edificio, resistiendo la tentación de detenerse y recuperar el aliento. Hacerlo podía servir únicamente para proporcionarle una oportunidad de empezar a estremecerse, y los temblores eran algo que no podía permitirse.

Pero acababa de recibir un recordatorio muy claro de que la cuerda disponía de dos cornisas contra las que frotarse e ir desgastándose poco a poco. Sería mejor que saliera de allí lo más pronto posible. Directamente debajo de ella había una ventana con el cristal roto. Tendría que servir. Leia fue descendiendo a lo largo de la pared hasta que ya no hubo más pared y se encontró con el rostro delante de la ventana destrozada. Siguió deslizándose por la cuerda, rezando para que el azar no eligiera aquel momento para enviarle otra ráfaga de viento que la hiciera bambolearse de un lado a otro.

Las cortinas de la ventana ondulaban debajo de su cuerpo, y Leia apenas podía hacer nada para evitar enredarse en ellas. Las apartó a patadas lo mejor que pudo, pero las cortinas se limitaron a seguir ondulando y volvieron hacia ella. Leia las apartó con una nueva patada, y después volvió a hacerlo..., y un instante después las había dejado atrás, justo a tiempo de volver a quedar cegada cuando el viento le esparció los cabellos sobre la cara.

Y entonces su pie chocó con la cornisa en un impacto lo suficientemente potente para que se torciera el tobillo. Leia nunca había agradecido tanto una punzada de dolor. Había llegado al final de su descenso. Plantó firmemente los dos pies en la cornisa..., y descubrió que la cuerda terminaba justo un metro por debajo de la superficie de piedra. Aquello sí que era calcular realmente justo. Las cortinas volvieron a abofetearle la cara, pero Leia las ignoró y se quedó inmóvil durante un momento con los ojos cerrados, intentando calmarse.

Pero no había tiempo para nada más. Apartó las cortinas de un manotazo, entró por la ventana rota y se instaló encima del alféizar. Después sacó la cuerda de su arnés de escalada y le dio tres

tirones, y luego esperó unos momentos y le dio tres tirones más seguidos por una nueva pausa y otros tres tirones. La señal indicaría a Mara que había llegado sana y salva.

La cuerda tembló y osciló casi enseguida en cuanto Mara le devolvió la señal.

Leia bajó del alféizar y entró en la habitación sumida en la penumbra, moviéndose con mucha cautela para evitar los trozos de cristal esparcidos por todas partes. Tendría que volver a salir dentro de unos instantes para ayudar a Mara, pero podía dedicar un minuto a tratar de recuperarse y tranquilizarse un poco.

Hasta el momento todo iba bien y, en cierto sentido, eso era lo más aterrador. Leia estaba helada hasta la médula de los huesos, tenía las manos doloridas y en carne viva, se había torcido el tobillo y había estado a punto de caer en dos ocasiones..., y todo iba bien.

Si hubiera desarrollado sus habilidades Jedi tal como había hecho Luke... Si lo hubiese hecho, probablemente podría haberse limitado a bajar caminando por la pared del edificio, llevando a Mara en una mano y balanceando su espada de luz en la otra. Eso era una exageración francamente salvaje, por supuesto, pero en el fondo daba igual. Tal como estaban las cosas, Leia sabía que sus poderes Jedi no estaban lo suficientemente desarrollados y no eran lo bastante fiables para que pudiera confiar mucho en ellos en un momento semejante.

En cuanto sus ojos se hubieron adaptado a la penumbra de la habitación, Leia pudo ver una silla volcada. La levantó, apartó los trocitos de cristal que cubrían el asiento tirándolos al suelo con una mano y se sentó. De momento todo iba bien. Había docenas de cosas que todavía podían salir mal, pero ya habían dado un gran paso hacia adelante..., suponiendo que Mara no estuviera metiéndola en alguna clase de trampa increíblemente complicada, y que los guardias no estuvieran a punto de irrumpir por la puerta para que Leia pudiera ser liquidada a tiros «mientras intentaba escapar» o lo que fuese.

La idea no resultaba nada agradable, y bastó para que decidiera levantarse y averiguar qué tal lo estaba haciendo Mara. Fue hasta la ventana y se subió al alféizar. La cuerda se agitaba con gran vigor, bailando en el viento. El primer impulso de Leia fue agarrarla para tratar de mantenerla inmóvil, pero resultaba difícil saber si eso mejoraría la situación o la empeoraría. Leia acabó decidiendo olvidarse de la cuerda. Una cosa que sí podía hacer era meter las gruesas cortinas dentro de la habitación y apartarlas de la ventana para que no supusieran un obstáculo. Leia se ocupó de las cortinas, volvió a subirse al alféizar de la ventana y miró hacia arriba, buscando a Mara entre la oscuridad.

La cuerda giraba y oscilaba cada vez más vigorosamente a medida que Mara iba bajando. Mara apareció pasado un tiempo sorprendentemente corto. Leia vio cómo dejaba atrás la última cornisa y seguía descendiendo, moviéndose deprisa y con gran agilidad. Mara siguió bajando. Un instante después se detuvo justo encima de la ventana y miró hacia abajo.

— ¡He de bajar lo más deprisa posible, Leia! —gritó para hacerse oír por encima del viento, que estaba arremolinando—. No me pierdas de vista.

¿Habría salido mal algo? Leia se instaló lo mejor que pudo en la angosta cornisa y fue siguiendo el descenso de Mara. La cuerda que habían improvisado se estaba estirando de una manera cada vez más clara. Leia pensó que no sentía ningún deseo de volver a confiar en ella.

Mara fue descendiendo, el rostro sombrío y lleno de concentración y la cabellera revoloteando locamente al viento. Leia estiró los brazos hacia arriba y mantuvo la cuerda lo más inmóvil posible mientras Mara se deslizaba a lo largo de los dos últimos metros del descenso. Leia la ayudó a entrar por el hueco de la ventana y se apresuró a seguirla.

—La cuerda... —dijo Mara, dándose masaje en las manos y golpeando el suelo con los pies—. Se estaba estirando cada vez más. El viento la llevó hacia la ventana del piso decimosexto, allí

donde estaban durmiendo los guardias, y la cuerda chocó con el cristal. Habría hecho falta un maldito milagro para que ninguno se despertara.

—Quizá pueda evitar que averigüen de dónde procedía el ruido —dijo Leia—. Vuelvo enseguida.

Se subió al alféizar de la ventana y agarró la cuerda, y al hacerlo no pudo evitar notar que se había estirado por lo menos medio metro más. Bueno, eso tal vez fuera una suerte dadas las circunstancias. Leia fue tirando de la cuerda y la llevó hacia la ventana contigua. Después entró en la habitación sin soltar la cuerda y examinó la situación. El cristal había desaparecido, pero el marco de la ventana seguía estando entero. Leia abrió la ventana, deslizó la cuerda por el marco y la dejó lo más tensa posible. Después cerró el marco vacío sobre la cuerda y luego volvió por donde había venido.

Leia se quedó inmóvil durante un momento en la cornisa antes de volver a reunirse con Mara. ¿Era su imaginación, o el viento había cambiado sutilmente en los escasos minutos transcurridos desde que había entrado en el edificio? Corona era una ciudad costera, y los cambios de tiempo solían ser bastante repentinos. Por lo menos había esperado a que pudieran prescindir de la cuerda, pero ¿podría funcionar el sistema láser del comunicador de Mara con una tempestad barriendo la zona? No había forma de saberlo.

Mara estaba sentada en la misma silla que había usado Leia.

—Esa bajada te deja agotada —dijo.

—Desde luego —asintió Leia—. He tirado de la cuerda hasta llevarla a la ventana de al lado y he metido el extremo dentro. Con un poco de suerte, el ángulo evitará que la vean desde la ventana. Creo que también he conseguido dejarla lo bastante tensa para que no golpee ninguna ventana, pero puede que ya la hayan visto. Ah, y creo que el tiempo va a empeorar dentro de poco... Será mejor que no nos quedemos aquí.

— ¿Va a hacer mal tiempo? Eso no nos conviene nada —dijo Mara, irguiéndose en la silla—. Tenemos que darnos prisa. Bueno, ¿hacia dónde?

Estaban en el decimoquinto piso, por debajo de las habitaciones que la Liga Humana usaba como cuarteles y en el mismo piso en el que había estado alojada Leia.

—Sígueme.

Leia empezó a buscar la salida del conjunto de habitaciones que llevaba al vestíbulo central del piso. Fue a tientas por entre aquella oscuridad casi total, y tuvo que desandar lo andado dos veces antes de lograr orientarse. El avance no resultaba nada fácil. Parecía haber una gran cantidad de objetos y escombros esparcidos por todas partes, y la mayor parte de ellos bien podrían haber sido invisibles. Leia deseó tener alguna clase de linterna o lámpara de mano, pero los guardias de la Liga Humana no habían sido lo suficientemente considerados como para proporcionar tales lujos a sus prisioneros. Pensó en probar a encender las luces, pero ésa era una forma segura de atraer una atención que no deseaban.

Acabó logrando encontrar la salida del apartamento y entró en el vestíbulo central. Había estado pensando en puertas cerradas u otros obstáculos, y eso la preocupaba. Si la entrada de su apartamento estaba bloqueada, se verían obligadas a regresar por donde habían venido y dar la vuelta por el exterior del edificio, avanzando sobre las cornisas de las ventanas..., y a Leia no le parecía una opción muy atractiva. Pero apenas estuvieron en el vestíbulo central dejó escapar un suspiro de alivio. Los soldados de la Liga Humana habían hecho un trabajo de saqueo bastante eficiente en aquel piso, eso resultaba obvio. El vestíbulo estaba muy oscuro, pero aun así Leia pudo ver toda clase de objetos esparcidos al azar. También pudo ver que las puertas de los

apartamentos estaban abiertas de par en par, con la débil claridad fantasmagórica de la luz de las estrellas brillando en los huecos. Leia fue hacia su puerta, con Mara pisándole los talones.

Y entonces Leia se quedó inmóvil justo delante de la puerta, deteniéndose tan bruscamente que Mara casi chocó con su espalda.

— ¿Ocurre algo? —preguntó Mara—. ¿Qué pasa?

Leia se arrodilló y recogió el pequeño objeto que acababa de atraer su atención. ¿Cómo lo había visto en lo que prácticamente eran tinieblas? Leia no hubiese podido decirlo. Era un aerodeslizador en miniatura, uno de los juguetes de Anakin..., y entonces todo lo ocurrido cayó sobre ella con el terrible impacto de una avalancha.

Era un juguete de su hijo. ¿Lo había dejado caer allí en algún momento de la frenética huida durante el ataque? ¿O sería que los matones de la Liga Humana habían decidido hurgar en el arcón de los juguetes de los niños mientras buscaban algún botín? ¿Qué había sido de los niños? ¿Dónde estaban? ¿Se encontraban a salvo? ¿Podría protegerlos Chewbacca?

Basta. Basta. Tenía un trabajo que hacer. Por ellos, tanto como por cualquier otra persona. Tenía que escapar y organizar alguna clase de resistencia contra los monstruos que habían dispersado a su familia..., y tampoco se le había pasado por alto que el responsable de todo aquello era un miembro de su familia. Thrackan Sal-Solo pagaría lo que había hecho.

Leia curvó los dedos alrededor del juguete de Anakin, rodeando aquella insignificante masa de plástico y metal que se había convertido repentinamente en lo único que le quedaba de su hijo. Se lo metió en el bolsillo y después siguió adelante sin explicar a Mara qué la había hecho detenerse. ¿Cómo podía esperar que Mara lo entendiera?

Entró en el apartamento que había sido su hogar no hacía tanto tiempo. Los muebles habían sido volcados o apartados a empujones, y los cristales de las ventanas estaban hechos añicos. Pudo percibir el olor a frío y humedad de una hoguera que llevaba mucho tiempo apagada mezclado con el de la lluvia, pero se obligó a no pensar en el hogar y la familia. Los matones de la Liga ya estarían buscándolas. No había ni un segundo que perder.

Fue directamente a la cocina y se arrodilló delante de la unidad de preparación principal. Había un armarito debajo del compartimento calefactor. Leia lo abrió y fue sacando las ollas y las sartenes lo más silenciosamente que pudo, aunque cada uno de los inevitables golpecitos y tintineos metálicos parecía ensordecedoramente ruidoso. Metió la mano en la parte de atrás del pequeño espacio y encontró lo que andaba buscando: dos paquetes envueltos en tela. Leia los sacó.

Uno de los objetos estaba envuelto en el más delicado terciopelo negro y atado con una cinta de plata, y Leia empezó por él. Era su espada de luz, un regalo de su hermano Luke. Se lo había dado justo antes de que emprendiera el viaje. Leia enrolló el terciopelo y se lo metió en un bolsillo, sintiendo una repentina reluctancia ante la idea de perder aunque fuera una sola cosa más. Se colgó la espada de luz del cinturón. El otro objeto estaba envuelto en una tela mucho más sencilla, un trozo de una de las camisas viejas de Han.

Leia titubeó antes de desenvolverlo. Pero dada la situación ya no había ningún motivo para no llegar hasta el final. Si Mara hubiese querido matarla, le habría bastado con cortar la cuerda mientras Leia estaba colgando en el vacío. Apartó el trozo de tela, y vio que envolvía el desintegrador de repuesto de Han.

—Cógelo —susurró.

Mara la miró, su expresión indescifrable bajo la débil claridad que entraba por las ventanas hechas añicos, pero no alargó el brazo para coger el arma.

— ¿Estás segura de que quieres tenerme detrás de ti con esto en la mano? —susurró.

—No más de lo que tú quieres tenerme detrás de ti con mi espada de luz en la mano, pero ya habrá tiempo de sobras para que desconfiemos la una de la otra más adelante. Ahora no es el momento adecuado. Vamos, cógelo.

Mara cogió el arma, pero Leia conservó el trozo de tela y lo guardó en el mismo bolsillo en el que había metido el terciopelo y el juguete de Anakin. Su esposo también se había ido. Aquel pequeño jirón de una camisa suya podía ser la última cosa suya que le quedase. Pero no había tiempo.

—Muy bien —murmuró Mara—. ¿Podemos coger alguna cosa más de aquí?

Leia pensó durante un momento. Necesitaban luz, y debería haber alguna clase de lámpara portátil en algún lugar del apartamento. Pero ¿cómo podría encontrarla en la oscuridad? ¿Y si los matones de la Liga se habían llevado todas las lámparas cuando saquearon el lugar? No. No disponían de tiempo que desperdiciar buscando algo que tal vez ya no estuviese allí.

—No —susurró—. Nada que pueda estar segura de encontrar, Tenemos que irnos.

— ¿Hay alguien ahí?

Mara y Leia se quedaron totalmente inmóviles. Era una voz de hombre, un poco adormilada, y venía del interior del apartamento. El corazón de Leia empezó a retumbar dentro de su pecho.

—Magminds, ¿eres tú? ¿Magminds?

El sonido parecía proceder del nivel superior del apartamento, de los dormitorios. Estaba claro que por lo menos unos cuantos soldados de la Liga Humana habían encontrado lechos mejores que los catres sacados de los excedentes militares del Ejército Imperial.

Si corrían, harían ruido y proporcionarían tiempo para dar la alarma a su amigo. Si intentaban llegar al nivel superior y localizar a su amigo, tendrían que andar a tientas por la oscuridad de la sala de estar, subir por la escalera y registrar el dormitorio de arriba..., y parecía altamente improbable que consiguieran hacer todo eso sin que nadie tratara de impedirselo.

A veces la inacción era la mejor política. Leia volvió la cabeza hacia Mara y se puso un dedo en los labios. Después se señaló con un dedo, y luego señaló a Mara y al suelo con ese mismo dedo. «No hagas ruido y no te muevas. Espera.»

Mara asintió, pero luego extendió la mano a la altura del hombro y la fue bajando lentamente. «Agáchate. Escóndete.»

Estaban atrapadas.

Han Solo contempló cómo la hoja vibratoria surgía del suelo de piedra y empezaba a cortar una losa perfectamente circular, moviéndose lentamente con un estridente zumbido. La hoja acabó retirándose y el círculo de piedra subió por sí solo hasta que quedó suspendido en el aire a medio metro por encima del agujero, con una unidad antigravitatoria portátil adherida a la superficie inferior.

Una mano-pata seloniana salió del agujero y empujó la piedra, echándola a un lado. El círculo de piedra se deslizó por el aire junto con su unidad antigravitatoria y flotó hacia el rincón, donde rebotó suavemente en la pared y se quedó inmóvil.

Una cabeza seloniana salió del agujero y saludó a Dracmus con un jovial asentimiento.

—Nos alegra haber dado con la celda correcta —dijo en seloniano—. Cuando descubrimos que te habían trasladado, eso nos causó algunos problemas.

—No importa —dijo Dracmus—. Pero ahora salgamos de aquí. —Se volvió hacia Han y le habló, sin abandonar el seloniano—. Ven, respetado Solo: debemos irnos. ¿O sigues prefiriendo distraer al guardia arrojándole panecillos?

Han titubeó durante un momento antes de responder. No tenía ni idea de cuáles eran los bandos en aquella guerra, y mucho menos de a cuál pertenecía Dracmus. ¿Estaba siendo rescatado, o meramente se iba a convertir en el rehén de otro captor? Pero, por otra parte, la idea de enfrentarse a Thrackan después de que Dracmus hubiera escapado tampoco resultaba demasiado atractiva.

—Iré contigo —acabó diciendo.

—Por un momento pensé que ibas a rechazar mi oferta —dijo Dracmus.

—He estado a punto de hacerlo —dijo Han mientras se sentaba sobre el borde del agujero y se preparaba para meterse por él.

Dracmus suspiró.

—Humanos... Siempre están decididos a hacer las cosas de la manera más complicada. Venga, tenemos que empezar a movernos.

Han bajó por el agujero.

9

Involucrándose

Leia se agazapó entre las sombras y extendió la mano izquierda para no perder el equilibrio mientras deseaba que el propietario de aquella voz decidiera que todo había sido cosa de su imaginación, o que el viento había entrado por la ventana y había hecho algún ruido. Entonces todo iría bien. El soldado de la Liga Humana se volvería a dormir, y Mara y Leia podrían seguir adelante con sus planes.

— ¿Magminds?

La voz sonó más cercana y más nítida. Parecía un poco preocupada. Leia vio cómo un pequeño círculo de luz surgía repentinamente de entre la negrura y pasaba por encima de ellas, y oyó crujir un escalón. El soldado de la Liga Humana estaba bajando por la escalera.

Se volvió hacia Mara..., y se dio cuenta de que Mara ya no estaba allí. Un instante después hubo un ruido sordo y un golpe ahogado en la sala, y la agitación de sombras en la cocina indicó a Leia que el haz de la linterna del hombre estaba barriendo la habitación.

—No te muevas —dijo la voz—. Te estoy apuntando con un desintegrador, y...

El destello de un rayo desintegrador ardió de repente en el aire, iluminando la cocina fugazmente como un relámpago esfumado en una fracción de segundo. Después hubo un fuerte ruido seguido por otro golpe, y el resplandor de la linterna se extinguió. La espada de luz de Leia estuvo encendida entre sus dedos en un instante. Salió corriendo de la cocina..., y se detuvo cuando vio la escena iluminada por la claridad rojo sangre de su espada de luz.

Un hombre corpulento —o por lo menos lo que quedaba de él— estaba sentado en la escalera. Llevaba una camisa de dormir, y tenía un agujero impecablemente redondo en su pecho. La expresión de su rostro mostraba el más puro asombro imaginable.

—Dejó caer la linterna y se ha roto —dijo Mara, claramente irritada con el muerto, como si hubiera roto la linterna a propósito—. Podríamos haberla utilizado. El muy idiota ni siquiera tenía un desintegrador.

— ¿Y eso es todo lo que tienes que decir?

—No hay tiempo para decir nada más, si es que queremos salir vivas de aquí—replicó Mara—. Por si sirve de algo te diré que hasta que le oí decir que tenía un arma quería tratar de dejarle sin sentido, no matarle.

—No sirve de mucho —dijo Leia mientras contemplaba al muerto.

Era su enemigo. Si hubiera conseguido dar la alarma o hacerlas prisioneras, o si hubiese tenido un desintegrador, estarían metidas en un buen lío. Pero decirse todas aquellas cosas no haría que el hombre estuviese ni un átomo menos muerto de lo que estaba..., y no podían perder ni un segundo más.

—Hemos de movernos —dijo, saliendo de su aturdimiento—. Si había uno de ellos durmiendo aquí, podría haber más. Y alguien puede haberlo oído..., o él puede haber informado antes de salir a echar un vistazo.

—Tienes razón —dijo Mara—. Volvamos al vestíbulo y usemos la escalera. A menos que quieras bajar tres pisos más colgando de una cuerda de fabricación casera, claro...

—No, gracias —dijo Leia. Bajar por el interior del edificio implicaba algunos riesgos, pero no eran nada comparados con los que supondría otro descenso por la fachada—. Vamos.

Había llegado el momento de moverse de prisa. Leia abrió la marcha hasta el vestíbulo, tropezando un par de veces en la oscuridad. Sólo había estado una vez en la escalera de emergencia, justo después del ataque lanzado contra la Casa de Corona, pero incluso estando familiarizada con ella resultaba casi imposible moverse por entre una oscuridad casi absoluta a través de los montones de basura y restos que parecían estar esparcidos por todas partes.

—Retrocede un poco y tápate los ojos durante un momento —le dijo a Mara—. Voy a conectar mi espada de luz.

Leia cerró los ojos mientras descolgaba la espada de luz de su cinturón y la activaba. El arma cobró vida con el familiar zumbido ahogado de energía. Incluso a través de sus párpados cerrados, la luz que desprendía la hoja le pareció notablemente intensa después de la penumbra y la oscuridad. Leia concedió unos momentos a sus ojos para que se adaptaran a la nueva claridad y después los abrió cautelosamente, asegurándose de que no volvía la vista directamente hacia la espada de luz. Sostuvo la hoja en posición vertical y recorrió con la mirada el vestíbulo, que había pasado a quedar iluminado por el resplandor color rojo rubí de la espada de luz.

—Es la primera vez que veo usar como linterna una de estas cosas —dijo Mara.

—Hay que arreglárselas con lo que tienes a mano —replicó Leia—. Ahí está la puerta de la escalera. Vamos.

Avanzaron por entre los muebles medio destrozados y los montones de objetos esparcidos durante el saqueo y acabaron llegando a la escalera. La puerta estaba entornada, y Leia la empujó con la puntera de una bota. La puerta se abrió un poco más, pero acabó quedándose inmóvil antes de que el hueco fuera lo suficientemente grande para poder pasar por él. Leia la empujó un poco más enérgicamente, con el pie primero y con la cadera después, y fue agrandando la abertura.

Entró en el descansillo blandiendo la espada de luz y preparada para utilizarla, y se obligó a reprimir el impulso de retroceder de un salto cuando vio qué había estado bloqueando el umbral.

Era un cuerpo, el cadáver de un hombre bastante joven que vestía el uniforme del personal técnico del gobernador general. El cadáver yacía sobre la espalda y tenía un agujerito entre los ojos, que estaban abiertos. Las sombras en continuo movimiento proyectadas por la hoja luminosa hacían que el muerto pareciese un objeto extraño y totalmente ajeno a la humanidad. Leia lo reconoció, aunque no sabía cómo se llamaba. Era el técnico que le había hablado del campo de interdicción justo después de que Han hubiera desaparecido. ¿Cuánto tiempo hacía de eso? ¿Sólo unos días? ¿Media vida? Le había parecido un joven muy agradable..., y allí estaba, muerto de un disparo y abandonado en el pozo de una escalera para que se pudiese como castigo a alguna trasgresión tan trivial como ignorada. La Liga Humana hacía que resultara espantosamente fácil odiarla.

Leia llamó a Mara con una seña de la mano, pasó por encima del cadáver y empezó a bajar por la escalera. Mara la siguió. Leia fue bajando los escalones sumidos en la penumbra, avanzando en el centro del charco de suave claridad rojiza proyectado por la espada de luz. La escalera de emergencia era un lugar frío e inhóspito, con las rugosas superficies de tensacreto de sus paredes alzando hacia el techo su dureza grisácea, en la que cada aspereza o irregularidad de la falta de acabado quedaba salvajemente exagerada por las sombras alargadas. Los soldados entregados al saqueo habían tirado todo lo que no podían utilizar, y la escalera de emergencia también les había servido como basurero. Leia vio una lámpara de escritorio rota, unos cuantos papeles esparcidos sobre los peldaños, un jarrón, un sombrero y un comunicador al que las interferencias impuestas por la Liga Humana habían vuelto inútil.

Podía imaginarse a los soldados de la Liga bajando por aquellos escalones hacía un par de días, los brazos cargados con lo que hubieran cogido y haciendo mucho ruido con las botas, sin importarles demasiado que un zapato de mujer se cayera del montón de cosas y decidiendo que la pesada estatua de hierro froziana no valía lo suficiente como para que mereciese la pena llevársela. Leia no hubiera sabido explicar por qué, pero el hecho de que fueran tan irracionales, inútiles y carentes de sentido hacía que el crimen del robo y el acto del saqueo pareciesen todavía más horribles.

—Pssst...

Leia giró sobre sus talones y vio que Mara se llevaba un dedo a los labios para indicarle que guardara silencio. Después se señaló la oreja. «Escucha.»

Leia pudo oír un retumbar lejano y los gemidos del viento que soplaban por el interior del edificio. «Lluvia», articuló en silencio con los labios, y movió una mano en una pantomima de lluvia cayendo del cielo.

Mara meneó la cabeza, señaló la espada de luz y volvió a llevarse un dedo a los labios.

Leia desconectó la espada de luz durante un momento para silenciar su zumbido. Las dos se quedaron inmóviles en la oscuridad y escucharon. Los sonidos de la lluvia llegaban hasta ellas mucho más claramente con la espada de luz desconectada, pero estaba claro que lo que preocupaba a Mara no era ese ruido.

Y entonces Leia lo oyó. Era un sonido muy débil, y venía de bastante arriba. Había voces, ásperas voces masculinas que hablaban en tonos secos y apremiantes, y la agitación de hombres que corrían de un lado a otro como telón de fondo. Las palabras eran ininteligibles, pero las cadencias de la voz resultaban inconfundibles: no había duda de que era un hombre dando órdenes a otros.

Su fuga había sido descubierta. Quizá alguien había visto la cuerda. Quizá el soldado muerto en el apartamento de Leia había conseguido ponerse en contacto con algún puesto de guardia antes de su muerte. El cómo no importaba. Leia volvió a conectar la espada de luz y las dos siguieron bajando por la escalera todavía más deprisa que antes, dejando atrás los pisos catorce y trece.

Cuando llegaron al doce, el que había sido el piso de Mara antes de que el mundo cambiara tan brusca y terriblemente, Leia agarró el asa de la puerta y tiró con fuerza. La puerta no se movió. Leia volvió a tirar. Nada. ¿Habría sido soldada por la Liga, o sería que había quedado atascada por las explosiones? No había forma de saberlo, y no disponían de tiempo para examinar la puerta en busca de pistas..., no cuando los hombres de la Liga empezarían a buscarlas de un momento a otro.

Leia hizo descender la espada de luz en un tajo vertical cuidadosamente dirigido que se abrió paso a través del lado de la puerta en que estaba el cerrojo. Después asestó una feroz patada a la puerta y el panel rebotó en el marco y volvió hacia ellas. Leia y Mara cruzaron el umbral, y Mara cerró la puerta detrás de ellas. Las señales que la espada de luz había dejado en la puerta proporcionarían una indicación que incluso un matón de la Liga Humana sería capaz de ver, pero tal vez —sólo tal vez— a nadie se le ocurriría mirar.

Leia se volvió hacia Mara.

—Bueno, estamos en el piso número doce —susurró—. ¿Hacia dónde vamos ahora?

Mara meneó la cabeza.

—Resulta un poco difícil decirlo.

Leia miró a su alrededor, y enseguida entendió a qué se refería. Estaban en el vestíbulo central del piso, y si el espacio equivalente del número quince se encontraba en un estado lamentable, el vestíbulo del doce apenas si existía. Una potente explosión había agrietado el suelo, y había dejado trozos de pared y suelo de tensacreto del tamaño de peñascos esparcidos por todas partes.

Los magníficos paneles de madera habían quedado convertidos en una ruina astillada, y la mitad de las puertas que llevaban a las habitaciones habían sido abiertas por la explosión. Un muro del vestíbulo había quedado totalmente derruido y con las puertas tan destrozadas como la pared, con lo que todas las habitaciones que había al otro lado quedaban expuestas a la vista. La mayoría de las puertas restantes habían sido total o parcialmente arrancadas de sus bisagras. Prácticamente todas las ventanas estaban hechas añicos, y el viento soplabla desde todas las direcciones. Leia pudo oír el repiqueteo del aguacero que estaba cayendo. El olor de la fría lluvia pareció envolverla y hablarle de duras noches a la intemperie con el agua calando los cuerpos hasta los huesos y de los problemas que traería consigo el futuro. Pero había otro olor mucho peor que aquél: era el olor repugnantemente dulzón de la carne en putrefacción. Varias personas habían muerto en aquel vestíbulo cuando el cohete chocó con aquel piso, padeciendo una muerte horrible al quedar tan aplastadas como las paredes. Los muertos estaban enterrados allí, invisibles en algún lugar de la oscuridad, ocultos bajo los escombros que habían acabado con ellos.

Pero si la espantosa escena estaba afectando a Mara, no dio ninguna señal de ello.

—Mi habitación está por aquí —dijo.

—Si es que todavía existe —dijo Leia.

La siguió, y Mara la llevó casi hasta el final del pasillo, lo bastante lejos de donde se había producido la explosión para que las puertas siguieran unidas a sus bisagras e, incluso, para que un par de ellas todavía estuvieran cerradas.

Pero ése no era el caso de la puerta delante de la que se detuvo Mara. El panel había quedado doblado hacia atrás en un ángulo imposible, y la puerta colgaba de la bisagra superior en una posición tal que bloqueaba la entrada de una forma considerablemente efectiva.

—Permíteme —dijo Leia.

Dejó caer la espada de luz sobre la bisagra que les obstruía el paso. La puerta cayó al suelo con un estrépito ensordecedor, y las dos mujeres pasaron por encima de ella para entrar en las habitaciones de Mara.

Era un apartamento más pequeño que el de Leia, pero después de todo Leia era la jefe del Estado y Mara sólo era una comerciante. En realidad el apartamento sólo consistía en un dormitorio, una pequeña sala de aseo y una autococina incrustada en una pared, pero el mobiliario era muy elegante..., o por lo menos lo había sido.

En aquel caso la destrucción no había sido causada por el saqueo, sino por la violencia del ataque con cohetes. Un gran fragmento del techo de tensicreto había caído sobre la cama, aplastando toda la estructura. Leia alzó la mirada y vio el agujero que había dejado. El resto de la habitación no se hallaba en mucho mejor estado. Los cuadros y demás adornos habían caído de las paredes, las sillas y la mesa estaban volcadas, y había trozos de cristal esparcidos por todas partes. Leia se volvió hacia la ventana y vio que la lluvia estaba cayendo en abundancia, y que se había convertido en una auténtica tormenta. Las gotas de agua ardieron y palpitaron con un apagado centelleo de claridad cuando un rayo destelló de repente bastante cerca de allí. El retumbar ahogado del trueno entró por la ventana mientras las cortinas empapadas aleteaban en el viento.

Mara no desperdició ni un instante en mirar a su alrededor, sino que fue inmediatamente al armario y abrió la puerta de un manotazo. El contenido del armario se desparramó por el suelo, y

Mara se arrodilló y hurgó entre la confusión de objetos hasta que encontró una pequeña bolsa de viaje provista de una larga tira. Se levantó, se pasó la tira por encima del hombro y abrió la bolsa de viaje, rebuscando en su interior hasta que sacó una lámpara de mano. La encendió, y las extrañas sombras proyectadas por la espada de luz se desvanecieron al instante. Después del resplandor rojo sangre de la espada de luz, poder ver a la cálida luz amarilla de la lámpara supuso un asombroso alivio. De repente incluso la habitación llena de muebles rotos pareció un lugar normal y comprensible, en vez de un cubil repleto de sombras amenazadoras.

Leia desconectó la espada de luz, pero no se la colgó del cinturón. Los soldados de la Liga todavía podían aparecer en cualquier momento.

—Bien, ¿dónde está el controlador? —preguntó.

Mara puso sobre sus cuatro patas una mesita auxiliar que se había volcado, colocó la lámpara encima de ella y señaló la cama.

—Ahí debajo —contestó—. La buena noticia es que resulta obvio que nadie más puede haber llegado hasta él. La mala noticia es que no estoy segura de que nos sirva de mucho si podemos cogerlo.

—¿Crees que puede haber quedado aplastado?

El trozo de tensicreto más grande medía medio metro de longitud y el doble de anchura, y tendría unos ocho centímetros de grosor.

—Hay una manera de averiguarlo —dijo Mara—. Échame una mano y limpiaremos la cama.

—Antes apártate y deja que reduzca un poco las dimensiones del problema —dijo Leia.

Conectó su espada de luz y la hizo bajar en un rápido arco. La hoja se abrió paso una y otra vez a través del trozo de tensicreto, cortándolo en fragmentos más pequeños. Leia se aseguró de mantener controlada la espada de luz en todo momento para evitar que la hoja llegara hasta la cama. Después necesitaría tener las dos manos libres, por lo que apagó la espada de luz y se la colgó del cinturón.

—Agárralo del otro extremo —dijo—. Y no acerques los dedos a los bordes de los cortes que he hecho, porque estarán muy calientes.

Las dos mujeres fueron sacando los fragmentos de tensicreto de la cama, cogiendo los más grandes entre las dos.

—Bueno, con eso debería bastar —dijo Mara—. Ayúdame a levantar la cama.

Se pusieron la una al lado de la otra, deslizaron las manos debajo de la cama y empujaron con todas sus fuerzas. La cama fue subiendo, y una pequeña avalancha de restos cayó ruidosamente al suelo. La cama se balanceó hacia adelante y hacia atrás durante unos momentos, pero acabó quedando equilibrada sobre el lado.

—Bien, hemos hecho ruido más que suficiente para atraer a todos los soldados de la Liga que hay dentro del edificio —dijo Mara—, pero no se me ocurre ninguna forma de hacer todo eso sin ruido.

—Esperemos que la tormenta haya disimulado los ruidos —dijo Leia.

—Pero esa lluvia no nos está haciendo ningún favor. No podemos establecer contacto visual con el *Fuego de Jade* a través de lo que está cayendo. Tendremos que esperar hasta que amaine.

—¿No puedes utilizar las frecuencias del comunicador y abrirte paso a través de las interferencias?—preguntó Leia.

Mara se encogió de hombros.

—Intentarlo no nos hará ningún daño, pero me parece imposible que dé resultado. Suponiendo que el controlador no haya quedado aplastado, claro... Trae esa lámpara de mano y veremos qué tenemos aquí.

Leia fue a buscar la lámpara y la sostuvo en alto para que Mara pudiese ver. Allí estaba, un paquetito metálico sujetado al centro de la cama con cinta adhesiva. Nadie podría haberlo encontrado sin darle la vuelta a la cama, e incluso entonces tal vez se les hubiera pasado por alto. Ya fuese por casualidad o deliberadamente, el controlador tenía el mismo color marrón oscuro que el tablero de la cama.

Mara separó el paquetito de la cama y lo dejó en el suelo, colocándolo encima de un extremo. El paquete tenía una esquina un poco arrugada, pero parecía estar más o menos entero. Mara lo abrió y extrajo de él un pequeño artilugio color negro azabache generosamente festoneado de botones e interruptores. Presionó el botón activador, y todos los otros botones se iluminaron.

—Bueno, eso ya es algo... —dijo—. Por lo menos creo que funciona.

Leia se disponía a emitir alguna clase de comentario que le diera ánimos cuando oyeron un golpe sordo y voces ahogadas. Leia apagó inmediatamente la lámpara, y las dos mujeres se escondieron detrás de la cama.

Permanecieron arrodilladas en el suelo, contemplándose la una a la otra bajo la débil claridad que surgía del controlador y escuchando en silencio. Oyeron el repiqueteo de cascotes cayendo al suelo, y el sonido de unas pesadas botas moviéndose sobre los restos de mampostería. Las voces y las pisadas se fueron aproximando y se volvieron más claras a cada momento que pasaba. Leia volvió a descolgar su espada de luz del cinturón y puso el pulgar sobre el botón de encendido. Mara desconectó el controlador para apagar las luces de su panel de control, lo guardó dentro de la bolsa de viaje que seguía colgando de su hombro y sacó de ella el desintegrador de Han y lo empuñó. Después volvió a meter la mano dentro de la bolsa, y extrajo de ella un desintegrador de un modelo más pequeño.

Y de repente una de las dos series de pisadas se oyó con tal claridad que Leia pensó que el caminante iba a pisarla. El haz de una linterna brilló dentro de la habitación sumida en la penumbra y giró de un lado a otro, proyectando gigantescas sombras distorsionadas por todas partes.

— ¡Inspecciona la habitación de al lado! —gritó el soldado volviéndose hacia el pasillo—. Yo me encargo de este cuarto.

Pudieron oír el chasquido de la puerta medio destrozada cuando el soldado pasó sobre ella, y el crujir de sus botas sobre los cristales rotos, y su respiración cuando estuvo dentro de la habitación, sonidos que se mezclaban con el continuo rugir ahogado de la tormenta del exterior. Leia apenas podía creer que el soldado no pudiera oír los latidos con que su corazón le golpeaba las costillas.

El soldado caminó alrededor de la cama y miró en los rincones, dando la espalda a Mara y Leia.

Mara mantuvo apuntado el cañón de su desintegrador de bolsillo hacia el corazón del soldado mientras éste terminaba su apresurada inspección. El soldado acabó marchándose por donde había venido, sin tener ni idea de que seguía con vida únicamente porque siempre le había estado dando la espalda a la cama volcada.

El soldado volvió a salir al pasillo y las dos mujeres se relajaron, aunque sólo fuese un poco. Ninguna de ellas necesitaba decir a la otra que el soldado o sus amigos podían volver en cualquier instante. Leia rozó el hombro de Mara con las puntas de los dedos y señaló la ventana rota. Mara frunció el ceño y asintió de mala gana. Ninguna de las dos era capaz de sentir mucho

entusiasmo ante la perspectiva de estar de pie en la angosta cornisa durante una tempestad, pero estaban empezando a quedarse sin escondites.

Leia volvió a colgarse la espada de luz del cinturón y trepó al alféizar de la ventana con una mano, llevándose la lámpara consigo.

Apenas estuvo arriba descubrió que debía tener mucho cuidado con dónde ponía los pies. El cristal de aquella ventana se había desprendido mucho menos limpiamente que los de los pisos superiores. El marco de la ventana aún estaba lleno de afilados fragmentos y había trozos de cristal esparcidos por todas partes, pero con un poco de cuidado Leia consiguió mantenerse alejada de ellos.

Los problemas empezaron en cuanto salió a la cornisa barrida por la lluvia y fue avanzando hacia el lado derecho de la ventana en un intento de mantenerse oculta. La lluvia la dejó instantáneamente calada hasta los huesos, y el viento era ensordecedoramente potente. Avanzar sobre aquella piedra que la lluvia había vuelto muy resbaladiza era como caminar sobre hielo mojado. Leia pegó la espalda a la pared, se agarró a una de las cortinas empapadas que aleteaban en la ventana y se aferró a la gruesa tela como si le fuera la vida en ello..., y quizá así fuese. Miró hacia abajo sabiendo que era una mala idea, y dirigió la vista hacia el suelo que se extendía doce pisos por debajo de ella y que el temporal volvía invisible. Poner un pie donde no debía resultaría muy fácil, y si lo hacía...

Pero un instante después Mara salió a la cornisa, y Leia tuvo otras cosas de las que preocuparse. Mara se estaba moviendo un poquito más deprisa de lo que habría debido. Resbaló, y Leia consiguió cogerla justo a tiempo. Mara se retorció torpemente y logró recuperar el equilibrio, hiriéndose la pantorrilla izquierda con un trozo de cristal durante el proceso. Mara se agarró desesperadamente a Leia y necesitó un momento para calmarse. Después pasó junto a ella para seguir avanzando a lo largo de la cornisa. Leia dejó que pasara y después, sin dejar de agarrarse a la cortina, fue deslizándose lentamente hasta que ya no pudo ser vista desde la ventana. Pegó la espalda al muro del edificio y se quedó inmóvil en esa postura, con los ojos cerrados y sin ser capaz de hacer nada más que concentrarse en la necesidad de seguir respirando.

Estaban allí y estaban vivas, y con eso se terminaba la parte buena de la situación. Los soldados de la Liga volverían más tarde o más temprano en su circuito de búsqueda, y alguien cuyo cerebro tuviera un poco más de consistencia que las sobras de pudding de gumbah rancio de ayer se fijaría en las inconfundibles marcas que una espada de luz había dejado en la puerta de la habitación de Mara, o en las tiras de tensicreto pulcramente cortadas, y entonces, quizá, incluso se le ocurriría mirar por la ventana. O sencillamente el viento cambiaría de dirección, y se limitaría a arrancarlas de aquella cornisa. O se ahogarían como ratas de alcantarilla bajo la lluvia.

O Mara conseguiría hacer funcionar aquel maldito controlador, y entonces su nave vendría hasta allí y las rescataría.

Leia abrió los ojos y volvió la cabeza hacia Mara. Ya tenía el controlador en la mano, y estaba intentando hacerlo funcionar bajo las cortinas de lluvia. Leia volvió la mirada hacia la ventana abierta y acabó decidiendo que había muy pocas probabilidades de que pudieran ver una luz a través de tanta lluvia, siempre que tuviera cuidado. Manipuló el control de intensidad de la lámpara para que proyectara un angosto haz luminoso y lo dirigió hacia el controlador...

Mara alzó la vista hacia ella, le dio las gracias con un asentimiento de cabeza y volvió a probar suerte con la unidad. Después meneó la cabeza.

— ¡Es inútil! —gritó en la oreja de Leia, intentando hacerse oír por encima del diluvio—. El comunicador no puede abrirse paso a través de las interferencias, y no hay ni la más pequeña posibilidad de que un láser consiga atravesar toda esta lluvia. Tendremos que esperar a que deje de llover.

Leia asintió. Mara desactivó el controlador y lo guardó dentro de su bolsa. Leia apagó la lámpara y se la metió debajo de la blusa.

—Esperar... —se dijo a sí misma, hablando en un tono de voz tan bajo que era imposible que Mara la oyese.

Sabía tan bien como Mara que no podían esperar durante mucho tiempo. Leia se repitió una y otra vez que debería tratar de ver el lado bueno de las cosas. Si hubiera empezado a llover mientras estaban colgando de la cuerda, nunca habrían conseguido terminar el descenso. Por lo menos habían logrado llegar hasta allí, y además aquellos aguaceros nunca duraban mucho tiempo. Cuanto más repentinamente surgían de la nada, más deprisa se consumían.

—Lo único que hemos de hacer es esperar —dijo—, y pedirle a las estrellas que el controlador realmente esté funcionando...

De repente el muro de lluvia que tenía delante quedó impregnado de luz. La claridad procedía del interior del edificio, y venía de la habitación que acababan de abandonar. Alguien estaba ahí dentro, buscando y mirando a su alrededor. Leia se volvió hacia Mara y le dio un codazo muy suave para atraer su atención, y después señaló la luz con la cabeza. Mara abrió mucho los ojos, y le devolvió la inclinación de cabeza. Pero ¿qué podía hacer?

Estaban atrapadas, pero Leia no se rendiría sin luchar antes. Volvió la cabeza hacia Mara y articuló las palabras «desintegrador de bolsillo». La comerciante asintió, sacó el desintegrador de su bolsa de viaje y se lo pasó. Leia lo cogió con la mano derecha. Su mano izquierda seguía agarrándose a la cortina, y Leia la soltó y se pasó el desintegrador a esa mano. Después descolgó su espada de luz del cinturón y la empuñó con la mano derecha. Quien saliera por esa ventana iba a pagar muy caro el hacerlo.

Pero entonces la luz de la habitación se apagó. El destino acababa de darles otro respiro. Leia se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento, y se obligó a espirar. Quizá todo acabaría saliendo bien.

Y el viento cambió de dirección en ese momento y la lluvia empezó a desvanecerse de repente. Las nubes de tormenta estaban dejando atrás Corona, y se disponían a dirigirse hacia otros puntos de la costa donde les aguardaban asuntos urgentes que atender.

Leia miró a Mara, pero la comerciante ya había sacado el controlador de la bolsa y lo tenía encendido. Mara lo apuntó hacia el espaciopuerto y lo activó. Una nueva luz se encendió casi al instante en el panel de control.

— ¡Contacto positivo! —exclamó, volviendo los ojos hacia Leia..., y, en el mismo instante, hacia algo que estaba detrás de ella.

Leia ya había conectado su espada de luz antes de que pudiera darse la vuelta. Un soldado de la Liga Humana había asomado la cabeza por la ventana y estaba alzando su desintegrador para apuntarle con él. La espada de luz ya se encontraba por encima de la cabeza de Leia para asestar un golpe descendente antes de que hubiera acabado de darse la vuelta. El soldado disparó, y Leia desvió el haz de energía con su espada de luz. Después hizo girar la hoja para enviar un mandoble hacia arriba, que se abrió paso a través del desintegrador antes de rebanar la cabeza del soldado.

La cabeza del hombre se precipitó en la oscuridad, y su cuerpo cayó dentro de la habitación. Ya era demasiado tarde. Otro hombre sacó la cabeza por la ventana, fuera del alcance de la espada de luz, y Leia abrió fuego con su desintegrador de bolsillo. El hombre se apresuró a meter la cabeza dentro de la habitación. O Leia le había dado, o el soldado había tenido el suficiente sentido común para retirarse.

Una mano apareció, lanzó un minidetonador hacia Leia y se esfumó. Leia recibió el detonador sobre la hoja de su espada de luz y lo envió de vuelta al edificio. La diminuta bomba hizo

explosión una fracción de segundo después, estallando con la potencia suficiente para que Leia hubiese salido despedida de la cornisa si no hubiera dejado caer el desintegrador y hubiese vuelto a agarrarse a las cortinas. Un chorro de llamas brotó de la ventana, lo bastante caliente y lo bastante próximo a Leia para chamuscarle los cabellos. Pudo sentir cómo Mara se agarraba a su brazo derecho, y Leia necesitó toda la presencia de ánimo de que disponía para desconectar su espada de luz antes de que la hoja se llevara unas cuantas partes de sus cuerpos cuando la inercia la hizo girar hacia atrás.

Las llamas ya habían empezado a agitarse dentro de lo que en un pasado casi olvidado había sido la habitación de Mara. El tiempo, las posibilidades y las opciones se les estaban terminando con una alarmante rapidez. Leia volvió la mirada hacia el espaciopuerto y clavó los ojos en el lejano horizonte. ¡Allí estaba! Podía verla. Un puntito de luz que se movía a gran velocidad iba hacia ellas. Tenía que ser el *Fuego de Jade*, que venía a rescatarlas. Señaló el puntito a Mara, y la comerciante asintió y dejó de agarrarse a Leia. Mara manipuló los mandos de su controlador, con los ojos yendo y viniendo entre la nave que se aproximaba y el aparato de control remoto. Todavía no estaban salvadas. Mara tenía que pilotar la nave hasta ellas.

Leia volvió la cabeza hacia la habitación en llamas para ver si había más visitantes inoportunos. Por ese lado no había peligro, y no era probable que lo hubiese a menos que la Liga Humana dispusiera de algunos soldados a los que no les importara asarse vivos. Leia miró por encima de su hombro derecho y examinó la ventana del otro lado, detrás de Mara..., y vio luces y movimientos en el interior.

— ¡Mara! —gritó.

Pero o Mara había quedado temporalmente ensordecida por la explosión, o el pilotar la nave a distancia mediante el controlador era una labor demasiado delicada para que pudiera permitir que nada interfiriese en ella. Leia soltó los pliegues de la cortina, cogió el desintegrador de bolsillo y giró sobre sí misma. Disparó el arma, haciendo pasar el haz de energía por detrás de la cabeza de Mara y dirigiéndolo hacia la mano que estaba saliendo por la ventana. Su disparo dio en el desintegrador que empuñaba la mano e hizo que estallara, eliminando por el momento la amenaza surgida de esa nueva dirección, pero provocando otro incendio..., y dejándola totalmente cegada por el potente destello que acompañó a la explosión.

Leia cerró los ojos y meneó la cabeza. Después volvió a abrir los ojos y contempló el cielo. Allí. La nave ya estaba lo bastante cerca para ser una forma reconocible. Era el *Fuego de Jade*, y se estaba aproximando a toda velocidad.

Pero detrás de él había otros puntitos de luz que estaban surgiendo del espaciopuerto. Eran patrulleras de bolsillo enviadas en persecución de la nave que había despegado repentinamente por sí sola.

Las llamas se estaban volviendo más brillantes a ambos lados de Leia y Mara, pero Leia ya podía oír el *chuff, chuffde* los extintores que estaban entrando en acción. Los soldados no tardarían en haber controlado los pequeños incendios.

— ¡Leia! —gritó Mara por encima del rugir de las llamas—. Prepárate. No estoy muy segura de cuánto podré aproximarla al edificio, pero salta en cuanto esté lo bastante cerca. Puede que no tengas una segunda oportunidad. Si consigues subir a bordo, ve al puesto del piloto y prepárate para tomar el control en cuanto yo esté a bordo.

— ¡De acuerdo! —gritó Leia, y contempló cómo el *Fuego de Jade* continuaba aproximándose.

La nave era más grande de lo que había esperado, y sus dimensiones eran significativamente superiores a las del *Halcón Milenario*. Su diseño era grácil y esbelto. Tenía un morro achatado y un fuselaje bastante ancho, que se fundía con las dos gruesas alas elípticas, y el casco estaba pintado con una pauta de llamas rojas y anaranjadas. Leia estaba segura de que nunca querría

tratar de dirigir nada que tuviera ese tamaño pilotándolo hacia la pared de un edificio mediante un control remoto, y parecía como si Mara estuviera teniendo unas cuantas dificultades. El *Fuego de Jade* redujo la velocidad en cuanto estuvo un poco más cerca, y se bamboleó levemente. Se había encontrado con una turbulencia.

Mara masculló una maldición ahogada y llevó a cabo un ajuste casi imperceptible en los controles. El *Fuego de Jade* redujo todavía más la velocidad y bajó un poco, con lo que la parte superior del casco quedó más o menos al nivel de la cornisa del edificio. Mara dejó la nave completamente inmóvil en el aire, deteniéndola a unos cincuenta metros de la cornisa. En ese momento un desintegrador abrió fuego desde una de las ventanas superiores de la Casa de Corona. El haz de energía rebotó en el casco de la nave. Una compuerta se abrió en lo alto del fuselaje y una torreta artillera brotó de ella. La torreta giró inmediatamente sobre sí misma y empezó a devolver el fuego.

— ¡Es un sistema de fuego de represalia! —gritó Mara antes de que Leia pudiera preguntar—. Devuelve automáticamente el fuego contra cualquier cosa que le dispare. Ah, y eso me recuerda una cosa, Leia... No vuelvas a disparar, o puedes estar segura de que ese cacharro te hará picadillo.

—Gracias por la advertencia —replicó Leia.

Mejor tarde que nunca, ¿no? Leia se metió el desintegrador en un bolsillo y se colgó la espada de luz del cinturón.

Mara empezó a acercarse lentamente el *Fuego de Jade* a la Casa de Corona. Otro desintegrador abrió fuego, y la torreta superior respondió con un torrente de energía. Más cerca, más cerca. Una escotilla superior se estaba abriendo, y un chorro de luz amarilla surgió del interior de la nave. Leia bajó la mirada hacia el ala de babor de la gran nave, y calculó que estaba a unos dos metros de distancia de ella. Un metro y medio...

«Ya está lo bastante cerca —se dijo—. No dejes que tu cerebro tenga tiempo para pensar.» Leia saltó.

Aterrizó con un fuerte impacto sobre la parte superior del casco de la nave y, durante un larguísimo momento en que su corazón dejó de latir, sintió cómo iba resbalando a lo largo del metal resbaladizo por la lluvia. Pero entonces su mano encontró un asidero, y Leia tiró de él y se puso en pie y empezó a avanzar hacia esa escotilla abierta, intentando no pensar en todos los soldados que había dentro del edificio y que podían decidir que presentaba un blanco lo suficientemente tentador como para merecer que probaran suerte con él.

Oyó un golpe sordo en el casco detrás de ella y esperó que fuese Mara, pero no había tiempo para mirar atrás. Saltó por la escotilla sin preocuparse de qué tipo de aterrizaje tendría o de qué sentiría su tobillo cuando lo hiciera, interesada únicamente en interponer el metal del casco entre su persona y la línea de fuego.

Leia consiguió descargar todo su peso sobre el tobillo que se había torcido, y se derrumbó sobre la cubierta en la intersección de dos pasillos. Acababa de lograr ponerse en pie cuando Mara bajó a toda prisa por la escalerilla de la compuerta. Mara presionó el botón de cierre apenas hubo sacado la cabeza del hueco de la escotilla y sus pies estuvieron fuera de la escalerilla.

Leia la pilló al vuelo cuando la pierna de Mara se dobló debajo de ella, y vio la sangre que empapaba la pernera izquierda de su mono de vuelo. Aquel corte en la pantorrilla de Mara debía de ser peor de lo que aparentaba. Pero no había tiempo para eso.

— ¡Por ahí! —gritó Mara, señalando uno de los pasillos.

El retumbar ahogado de unas baterías de desintegradores pesados llegó hasta ellas desde la popa de la nave, y las vibraciones estuvieron a punto de hacerlas caer. El sistema de represalia automático devolvió el fuego por encima de sus cabezas.

—Deben de ser las patrulleras de bolsillo —dijo Leia—. ¿Podrá aguantar el casco ese tipo de impactos sin escudos?

—Durante un rato sí —replicó Mara—, pero no nos quedemos a averiguar cuánto tiempo puede resistir.

Las dos mujeres fueron corriendo a la sala de control, Leia medio sosteniendo a Mara. Se detuvieron delante de una escotilla y Mara introdujo varios códigos en un teclado. El panel metálico se hizo a un lado. Mara se instaló en el sillón del piloto con un movimiento espasmódico que era mitad salto y mitad desplomarse, y conectó los escudos sin perder ni un segundo.

—Eso entretendrá a las patrulleras —dijo.

Después conectó los motores y el *Fuego de Jade* salió disparado hacia adelante, acumulando velocidad y altura en cuestión de momentos.

Leia llegó hasta el sillón del navegante y se derrumbó en él. Calada hasta los huesos, con los dientes castañeteando, el tobillo palpitándole salvajemente y su cuerpo indudablemente convertido en una masa de morados y dolores que todavía no podía sentir, Leia Organa Solo — que había sido princesa y senadora, y que había dejado de serlo para convertirse en jefe de Estado de la Nueva República— dejó escapar un suspiro de alivio. Iban a conseguirlo. Clavó la mirada en el visor delantero y contempló cómo el *Fuego de Jade* iba alejándose velozmente de Corellia.

Y no lamentó en lo más mínimo decir adiós a aquel planeta.

10

Itinerarios

Gaeriel Captison, que estaba sentada a un extremo de la larga mesa, dirigió una inclinación de cabeza al hombre que se encontraba de pie en el otro extremo.

—Creo que estamos preparados para empezar, almirante —dijo.

—Gracias, señora Captison. —El almirante Hortel Ossilege de la Armada de Bakura recorrió la mesa con la mirada—. Deseo repasar la situación para asegurarme de que la he entendido por completo —siguió diciendo—. Señor Skywalker, por favor, le ruego que responda una vez más a mis preguntas... ¿Cuánto tiempo tendrá que transcurrir antes de que su Nueva República haya terminado de equipar sus naves y pueda volver a desplegarlas para reunir una flota propia?

—Las estimaciones más precisas de que disponemos en estos momentos indican que reunir una fuerza y prepararla para la acción exigirá otros cuarenta y cinco días estándar —respondió Luke.

—¿De veras? —preguntó Ossilege, con las cejas enarcadas—. Empiezo a preguntarme cómo consiguieron vencer al Imperio.

Ossilege era un hombre bajito y de constitución delgada, impecablemente pulcro y de piel sonrosada. Tenía la parte superior de la cabeza totalmente calva, pero lucía un impresionante par de frondosas negras cejas y una perilla muy puntiaguda. Llevaba un uniforme naval bakurano de color blanco adornado por un amplio despliegue de cintas y condecoraciones en su pechera. Todo eso tendría que haberle dado un aspecto ridículo y hacer que pareciese una caricatura propia de una opereta, el tipo de oficial que sólo libraba —y ganaba— la clase de batallas que tenían lugar en las colas del buffet frío y delante de las juntas que decidían los ascensos.

Pero Luke enseguida había descubierto que las apariencias eran engañosas. En un día y medio de conversaciones, Ossilege había demostrado que poseía una mente de primera clase, y que no estaba dispuesto a perder el tiempo.

—Nuestro nivel de disponibilidad es muy bajo, y de eso no cabe ninguna duda —dijo—. Pero hay evidencias bastante sólidas de que los conspiradores de Corellia han logrado infiltrarse en nuestro sistema de seguridad, y de que calcularon con mucho cuidado el momento en el que debían iniciar sus operaciones.

—Resumiendo, que les pillaron con los pantalones bajados —dijo Ossilege, y se volvió hacia Kalenda—. Teniente, una vez más, por favor... ¿Cuál es su cálculo más preciso acerca de la potencia naval del enemigo? ¿Tiene alguna razón para revisar sus opiniones?

—No, señor, pero desearía tenerla. Me veo obligada a informar que, por todo lo que sé, la potencia naval de la Liga Humana y sus aliados es casi despreciable. Parecen tener un gran número de cazas y navíos de la clase corbeta, pero nada de mayores dimensiones. Ésa es la evidencia, pero me siento sencillamente incapaz de creer en ella. Pienso que limitarnos a aceptar esa información y actuar basándonos en ella sería un comportamiento suicida. Han de tener más naves en algún sitio. Debemos dar por sentado que están ocultando su fuerza, y que sencillamente no sabemos dónde están escondiendo las naves o por qué las están escondiendo.

—Pero su organización siempre se mantiene informada sobre esa clase de cosas, ¿no? —preguntó Lando.

Kalenda se encogió de hombros.

—La INR hace cuanto puede para mantener controlados los inventarios navales, pero es una labor casi imposible. Y transmitir la información de que dispones a la gente que la necesita también resulta muy difícil.... Tenemos agentes por todos los Mundos Externos, pero sus informes de inteligencia tendrían que pasar por Coruscant antes de que fueran enviados aquí. Los informes todavía no me han llegado. Puede que mañana una nave correo traiga toda clase de noticias. Por otra parte, puede que no... Y aunque lo haga, yo no me fiaría demasiado de esa información. La galaxia es bastante grande. Puedes esconder flotas enteras o astilleros enteros sin demasiada dificultad, y además hay un montón de equipo sobrante de la guerra entre la República y el Imperio flotando por ahí.

— ¿No tienen ninguna manera de contar las naves? —preguntó Ossilege, asombrado—. ¿Ustedes, la muy elogiada y temida INR?

—Con el debido respeto, almirante, usted sólo tiene que ocuparse de su sistema estelar. Pero nosotros tenemos que vigilarlo todo. Suponga que alguien remienda un crucero medio destrozado y lo vende en el mercado negro en un sistema en el que nuestra gente no ha estado jamás. O que un astillero acepta un trabajo de conversión militar-a-civil y saca todo el armamento de una fragata, y que convierte la fragata en un carguero para una irreprochable compañía naviera amante de la paz, sólidamente establecida y perfectamente respetable..., pero en realidad luego resulta que las armas nunca fueron sacadas de la nave, y que la compañía naviera no ha existido jamás salvo dentro de la base de datos a la que accedieron los manipuladores de programas. ¿Qué se supone que podemos hacer en esos casos? O suponga que alguien se limita a construir las naves de las que quiere disponer, y que nunca le habla a nadie de ello. ¿Cómo contaría usted todas las naves que encajan con esa descripción dentro de un radio de mil años luz a partir de Corellia?

Ossilege enarcó una frondosa ceja.

—Acaba de describir una considerable fracción del proceso mediante el que Bakura obtiene sus contingentes —dijo—, y es un tema del que prefiero no seguir hablando. Entiendo lo que quiere decir. —Se volvió hacia Lando—. Capitán Calrissian, usted se disponía a tratar de hacer un análisis más detallado de lo que conocemos como la conspiración para hacer estallar las estrellas. ¿Qué ha descubierto?

Lando volvió las palmas hacia arriba en un gesto de impotencia.

—Los androides y yo hemos examinado hasta el último dato que pudimos exprimirle al chip de datos que trajo Kalenda —dijo—. No hemos obtenido ningún dato claro. Hemos sometido los números a, los análisis más rigurosos de que disponemos, y los resultados siguen siendo ambiguos. No hay ninguna forma de probar sin lugar a dudas que el mensaje dirigido a Leia fuese enviado antes de que la estrella estallara..., y de la misma manera, tampoco hay ninguna forma de descartar la idea de que el mensaje fue enviado después de la explosión, de tal manera que crease la impresión de que se había retrasado. Pero hay una cosa de la que sí estamos seguros, y es que alguien hizo estallar esa estrella. No hay ninguna explicación natural que pueda justificar el que estallara por sí sola.

»También están las imágenes enviadas al gobernador general Micamberlecto y que mostraban la explosión estelar vista desde muy cerca. Podrían ser falsas, pero resultaría extremadamente difícil falsificarlas. Si suponemos que son auténticas, o quien registró las imágenes tenía la sonda exactamente en la posición adecuada y exactamente en el momento adecuado por pura casualidad, o de lo contrario tenían la sonda esperando y preparada para que registrase las imágenes que demostrarían sus afirmaciones.

—Hay otro tema relacionado con las imágenes —dijo Luke—. La Nueva República tiene que hacer por lo menos un intento de evacuar el próximo sistema planetario incluido en la lista de los destructores de estrellas. Los planes aún no estaban terminados cuando nos fuimos, pero es más

que probable que el *Naritus* y dos o tres naves más que actualmente están patrullando el sistema de Coruscant acaben siendo apartadas de dicha misión para encargarse de la evacuación. Eso significa exactamente el mismo número de naves menos disponible para llevar a cabo operaciones dentro del espacio de Nueva República.

—Muy bien —dijo Ossilege con expresión sombría—. Parece ser que ya dispongo de toda la información a la que podré tener acceso. Y ahora, me gustaría que la señora Captison expusiese el aspecto político de la situación antes de que pasemos a discutir el aspecto militar.

Luke volvió la mirada hacia Gaeriel, y lo mismo hicieron todos los que estaban sentados a la mesa.

—Bien, la verdad es que todo está muy claro y no hay gran cosa que explicar —dijo—. La primera ministra y el gobierno han ordenado a la Armada que ayude a la Nueva República en esta crisis, y han autorizado al almirante a ponerse al frente de una fuerza naval que acudirá en ayuda de Corellia.

— ¡Magnífico! —exclamó Luke—. Le ruego que transmita nuestro agradecimiento a la primera ministra.

—Gracias, señora Captison —dijo Lando.

—Gracias, señora —dijo Kalenda.

—No tienen por qué dárme las y, naturalmente, apenas hace falta decir que Bakura se sentirá orgullosa de poder saldar una parte de la gran deuda que hemos contraído con la Nueva República. Existe otro asunto, probablemente menor, pero del que tal vez valga la pena hablar. El almirante Ossilege ostentará el mando militar de las operaciones, pero la primera ministra me ha nombrado representante plenipotenciaria suya y estoy autorizada a hablar en nombre de Bakura en los temas políticos. Le pareció que era necesario debido a que el bloqueo de las comunicaciones haría imposibles las consultas normales con Bakura.

—Pero Gaer... Eh... Quiero decir, señora Captison... —protestó Luke—. ¿Qué hay de su hija?

—Malinza se quedará aquí con su familia, por supuesto. No soy la primera madre que debe abandonar su hogar para cumplir una misión peligrosa.

—Sí, por supuesto —dijo Luke.

Deseaba seguir protestando y poner más objeciones a la idea de que Gaeriel fuera con ellos, pero sabía que no tenía ninguna posibilidad de salir vencedor de aquella discusión.

—Le agradezco su preocupación, Maestro Jedi, pero la decisión ya ha sido tomada —dijo Gaeriel—. Y ahora, almirante, creo que será mejor que le cedamos la palabra y pasemos a discutir los aspectos prácticos de la misión.

—Sí, señora —dijo Ossilege—. En primer lugar, y esto es algo de la máxima importancia, debo decirles que por sí sola Bakura no puede librar esta guerra en su lugar. Agradecemos la ayuda que la Nueva República nos ha prestado en el pasado, pero no podemos desmontar todas las defensas de nuestro mundo y dejarlo indefenso durante meses y meses..., y si nuestras naves tuvieran que entrar en el sistema corelliano y salir de él volando por el espacio normal, no cabe duda de que los desplazamientos requerirían muchos meses. No podemos llevar a cabo esa tarea. Pero creo que existe por lo menos una posibilidad de que podamos hacer algo que, como mínimo, sería igual de valioso. Creo que podemos ir hasta allí, localizar el generador del campo de interdicción y dejarlo inactivo, abriendo la puerta a las fuerzas que la Nueva República haya podido reunir mientras tanto. Y creo que podemos hacerlo sin que el Campo Corelliano nos cree excesivos problemas.

— ¿Cómo piensan conseguirlo? —preguntó Lando.

—Creemos haber desarrollado una contramedida parcial al campo de interdicción. —Ossilege alzó una mano para detener el diluvio de preguntas que sus tres visitantes se preparaban para lanzar sobre él—. No estamos totalmente seguros de si funcionará en estas circunstancias o, si funciona, de hasta qué punto resultará efectiva. Hasta el momento sólo se han llevado a cabo pruebas limitadas, pero el principio es bastante sencillo. Como saben, un campo de interdicción simula las líneas de masa producidas por un pozo de gravedad de origen natural. Una nave no puede viajar por el hiperespacio dentro de un pozo de gravedad que tenga una cierta potencia, y la consecuencia de ello es que se ve expulsada al espacio normal, o espacio real.

»Hemos dedicado algún tiempo a desarrollar un aparato llamado sustentador de impulso inercial de hiperonda, SIIH, y al que yo prefiero llamar sustentador de hiperonda. Utiliza un sensor gravítico que proporciona un seguro de desconexión muy rápido para el hiperimpulsor de una nave, haciendo que se desconecte instantáneamente antes de que pueda llegar a correr el riesgo de ser dañado por el campo de interdicción. El sustentador de hiperonda activa simultáneamente una burbuja estática hiperespacial, que es producida por una bobina hiperespacial diseñada para que se queme y estalle cuando se encuentre en presencia de un campo de interdicción.

»La burbuja estática hiperespacial no puede proporcionar ninguna clase de impulsión, naturalmente, pero puede mantener la nave dentro del hiperespacio mientras la inercia adquirida por la nave sigue impulsándola hacia adelante. La primera bobina fusible activa a la segunda y la segunda activa a la tercera, y así sucesivamente. El efecto obtenido con ello es que la nave entra y sale continuamente del hiperespacio, saltando a él y siendo nuevamente expulsada una y otra vez, hasta que la inercia adquirida hace que acabe emergiendo del campo de interdicción y el sistema de hiperimpulsión normal puede volver a entrar en funcionamiento.

—Muy elegante —dijo Luke, impresionado.

—Supongo que lo es, dentro de su tosquedad. Se trata de ingeniería aplicada como fuerza bruta, y nuestras pruebas ya han dejado claro que el viaje no resulta excesivamente cómodo o tranquilo, pero el aparato hace lo que se espera de él.

—Por lo menos permite que la nave escape a cualquier campo de interdicción de unas dimensiones razonables —dijo secamente Gaeriel—. La monstruosidad que ustedes dos descubrieron en el espacio corelliano es algo muy distinto. Existen límites.

— ¿Qué clase de límites? —preguntó Luke.

—Instalar un sustentador de hiperonda es una tarea tan complicada como cara —explicó Ossilege—. Los costos son elevados, y consume mucho tiempo. En el momento actual sólo contamos con cuatro naves, tres destructores y un crucero ligero, que estén equipadas con el sistema. Instalando todos los generadores de burbujas estáticas hiperespaciales de los que podemos disponer en las naves, hemos calculado que podemos mantenerlas dentro del hiperespacio durante aproximadamente tres cuartas partes de la distancia que separa el límite del campo de interdicción de su centro. Las naves no serán capaces de mantener ninguna clase de formación de vuelo, y es muy posible que acaben un tanto dispersadas. Pero serán capaces de entrar en el sistema planetario corelliano penetrando considerablemente en el perímetro defensivo..., y podrán llegar a una distancia operativa de Selonia.

— ¿Selonia? Pero ¿de qué serviría eso? —preguntó Lando—. Creía que estábamos razonablemente seguros de que el generador del campo de interdicción tenía que estar en algún punto del sistema de los planetas dobles, Talus o Tralus. ¿Por qué ir a Selonia?

—Porque Selonia nos proporciona un objetivo alcanzable y una diversión que cubrirá el ataque que lanzaremos contra los Mundos Dobles —dijo Ossilege—. Permítanme enseñárselo. —El almirante pulsó una serie de botones del panel de control que había junto a su mano. Las luces

de la sala se debilitaron, y una representación esquemática del sistema planetario corelliano apareció en el aire y quedó suspendida sobre el centro de la mesa—. Éstas son las posiciones relativas actuales de los cinco planetas habitados del sistema corelliano. Como pueden ver, Corellia se encuentra al otro lado de la estrella Corell en referencia a Talus y Tralus. Drall se encuentra unos noventa grados por delante de Corellia, pero Selonía se encuentra prácticamente en su punto de máxima aproximación a los planetas dobles, Talus y Tralus. Como también pueden ver, la órbita de Selonía es exterior a la de los planetas dobles. Si llevamos a cabo una aproximación coplanar radial directa a Tralus y Talus desde el exterior del sistema, entonces estamos prácticamente obligados a pasar más o menos cerca de Selonía..., y Selonía es un objetivo de primera categoría. Los rebeldes se verán obligados a defenderlo.

—Si es que hay rebeldes en Selonía —dijo Luke—. No sabemos casi nada sobre lo que está ocurriendo allí.

—No estoy muy seguro de que haya rebeldes en ningún sitio —dijo Ossilege—. ¿Levantamientos simultáneos de grupos independientes en cinco mundos? Francamente, me parece que es un poquito demasiado difícil de creer. Pienso que existe una relación más... íntima entre las distintas rebeliones, pero por el momento no deseo seguir avanzando especulaciones sobre ese tema. Sin embargo, y para volver a su observación, señor Skywalker, una de las razones por las que deseo lanzar una ofensiva contra Selonía es que quiero averiguar lo que ocurre ahí, y ver quién reacciona y cómo lo hace. La forma en que reaccionen ante nuestra presencia puede revelarnos muchas cosas. Si nos dan la bienvenida como libertadores... Bien, entonces tanto mejor. Si nos atacan, como sospecho que harán, eso también nos proporcionará una información de la que ahora no disponemos..., y además atacarnos les obligará a comprometer sus fuerzas de corta distancia en ese frente. Espero que atraerlos hacia Selonía nos permita debilitar los contingentes que pueden reunir en Talus y Tralus.

Lando inspeccionó el diagrama táctico.

—Bueno, tiene sentido..., pero es arriesgado —dijo por fin—. Es extremadamente arriesgado. Tendrán a una fuerza muy pequeña operando dentro del territorio enemigo sin ninguna clase de apoyo, y sin ninguna posibilidad de retirada si las cosas van mal.

Ossilege hizo desaparecer el diagrama táctico y devolvió las luces de la sala a su intensidad normal.

—Tiene razón —dijo—. Pero la audacia es un arma, y eso es algo tan innegable como que ese desintegrador que lleva al costado es un arma. Tanto la audacia como el desintegrador son totalmente inútiles si se los deja donde están ahora. La audacia es un arma que debe ser sacada de su vaina de vez en cuando.

—Eso es muy poético —replicó Lando—. Pero, y se lo digo muy respetuosamente, yo tengo cierta experiencia en esta clase de asuntos. Debo decirle que quizá esté exigiendo demasiado de cuatro naves.

Los labios de Ossilege se curvaron en la sombra de una sonrisa.

—Basándome en mi experiencia pasada, puedo asegurarle que se consigue más exigiendo demasiado que exigiendo demasiado poco —dijo.

Luke Skywalker no dijo nada. Pero estaba empezando a comprender hasta qué punto Ossilege era un hombre peligroso.

La pregunta a responder, naturalmente, era para quién suponía un peligro.

Han Solo se fue arrastrando a lo largo del túnel detrás de Dracmus, harto de aquel largo viaje y todavía más harto de no saber lo que estaba ocurriendo. Ya habían transcurrido dos días desde que los selonianos les rescataron de la fortaleza escondida de la Liga Humana, y exactamente ese

mismo período de tiempo desde el último momento en que Han tuvo una idea clara de cuál era su situación. El grupo de rescate había escoltado a Han y Dracmus hasta que salieron del túnel de huida por un corredor principal, y después se había despedido de ellos. Han y Dracmus habían estado viajando solos desde entonces, encontrándose de vez en cuando con otros selonianos pero casi siempre en solitario.

Han seguía sin estar muy seguro de si era un prisionero, de si estaba siendo llevado a un lugar donde estaría a salvo... o de si era un prisionero al que se estaba llevando a un lugar donde estaría a salvo. Dracmus había revelado una impresionante capacidad para evitar responder a las preguntas no deseadas.

Han sólo estaba seguro de que la seloniana le estaba llevando a algún sitio, y de que tendría que ir a rastras durante horas y más horas para llegar hasta allí, avanzando a través de una aparentemente interminable serie de túneles de techo muy bajo iluminados por la claridad rojiza más débil y lúgubre imaginable.

— ¿Falta mucho para que lleguemos a algún sitio en el que pueda ponerme de pie? — preguntó, levantando un poco la voz para que Dracmus pudiera oírle.

Dracmus le precedía por el túnel, tal como había hecho durante la mayor parte del viaje. Han había pasado una porción espantosamente grande de los últimos días contemplando los cuartos traseros y la cola de la seloniana mientras ésta iba avanzando por delante de él.

Dracmus se rió, emitiendo aquel sonido sibilante tan típico de su raza. Han no lo echaría de menos ni aun suponiendo que no volviera a oírlo jamás.

—Siempre quieres estar de pie. ¿No encuentras agradable tener la ocasión de dejar reposar a tus pies traseros? Estírate y deja que tus piernas delanteras hagan una parte del trabajo.

La seloniana tampoco había respondido a esa pregunta, aunque Han no veía ningún motivo que pudiese justificar el que no quisiera darle una contestación. Tenía la impresión de que el grupo de rescate había dado instrucciones a Dracmus de que hablara lo menos posible y no respondiese a ninguna pregunta. Han le había preguntado sin rodeos si así era, pero si se trataba de eso, entonces la prohibición se extendía incluso a las preguntas referentes a la prohibición. Si Dracmus había recibido órdenes de guardar silencio, las estaba obedeciendo de una forma francamente literal y obsesiva. ¿Qué daño podía causar el permitir que Han supiera cuál era la altura del techo un poco más adelante? Pero él y Dracmus habían mantenido alguna variante de esa misma conversación por lo menos una docena de veces desde que fueron rescatados de la prisión de la Liga Humana. Han todavía tenía que recibir una respuesta clara, y seguía teniendo que pasar tres cuartas partes del tiempo a cuatro patas.

Han podía comprender las razones ocultas detrás del hecho de que los túneles fueran tan bajos, por supuesto. Los selonianos se movían tan ágilmente sobre cuatro patas como sobre dos..., y tal vez incluso más. Eran en gran parte criaturas del subsuelo: cavadores de túneles, constructores de madrigueras, amantes de los cubiles escondidos.... Los túneles excavados para selonianos que fueran a cuatro patas sólo necesitaban tener un metro de diámetro por uno de altura, mientras que los túneles excavados para un seloniano que caminara sobre dos patas habrían debido ser de dos metros de altura como mínimo..., y los selonianos no veían por qué iban a tener que excavar el doble de roca sólo para poder moverse en posición vertical. Por desgracia el entender la lógica no hacía desaparecer la tortícolis de Han, y tampoco aliviaba el doloroso palpar de sus rodillas.

Por lo menos no era el primer humano que se enfrentaba a ese problema. Los selonianos le habían proporcionado un casco, rodilleras y guantes acolchados, pero había momentos en los que se preguntaba si las soluciones no eran peores que el problema. El casco era bastante pesado y carecía de ventilación, y su forma no acababa de ser realmente adecuada para una cabeza humana. Los guantes eran demasiado grandes, y las rodilleras amenazaban con soltarse a cada

paso que daba..., suponiendo que se pudiera llamar «dar pasos» a moverse sobre las rodillas. Han necesitó horas de pesados experimentos y errores antes de averiguar cuál era la peculiar y casi imperceptible combinación de subida y giro extra que sus rodillas debían llevar a cabo para mantener en su sitio las rodilleras.

Hubo un par de momentos en los que acarició la idea de no seguir adelante, no haciendo lo que le decía Dracmus y buscando su propio camino a través del sistema de túneles. Pero sabía que la idea era irremisiblemente poco práctica. Para empezar, Dracmus podía moverse por los túneles mucho más deprisa que él..., y para continuar, Dracmus conocía a la perfección el sistema de túneles. Además, Dracmus podía solicitar montones de ayuda en el caso de que llegara a necesitarla. Han y ella distaban mucho de estar solos allí abajo.

Han oyó una especie de jadeo ahogado detrás de él, seguido un instante después por un doble relincho procedente de la misma dirección al que Dracmus contestó con un graznido y un silbido tembloroso. Los sonidos no formaban parte del lenguaje seloniano que Han había aprendido a hablar. Eran el idioma del túnel, unas señales concebidas para ser entendidas con claridad incluso en los confines llenos de ecos de los caminos subterráneos. Han no había necesitado demasiado tiempo para averiguar su significado, quizá porque los oía con muchísima frecuencia. «Me acerco por detrás de vosotros», había dicho la seloniana que estaba aproximándose a su espalda. «Sé bienvenida, y puedes adelantarnos cuando lo desees», había replicado Dracmus. Han dejó escapar un suspiro y se acostó sobre el estómago.

—Allá vamos otra vez —murmuró para sí mismo.

Oyó los repiqueteos y chasquidos de unas garras moviéndose sobre la piedra detrás de él, y luego la repentina pausa en los sonidos cuando la seloniana que tenía a la espalda, sorprendida al encontrarse con un humano, se detuvo para olisquearle los pies y las ropas antes de trepar por encima de su cuerpo, consiguiendo colocar todo su peso sobre el pecho de Han primero y pisarle la cabeza después. Han volvió a suspirar. Acababa de adquirir otro juego de molestias y dolores de los que tendría que recuperarse. Quienes les adelantaban desde atrás siempre parecían encontrar nuevos lugares en los que poner las garras. Quienes aparecían por delante de ellos siempre parecían pasar por encima de los mismos puntos de su espalda y la parte de atrás de sus piernas.

La seloniana que estaba adelantándoles pasó por encima de Dracmus, y eso supuso un cierto consuelo para Han..., aunque no mucho. Los selonianos estaban acostumbrados a aquello. Pero Han no pudo evitar albergar la esperanza de que Dracmus hubiera recibido por lo menos un codazo en las costillas. Pero si había sufrido algún pequeño daño, la seloniana no mostró ninguna señal de ello.

Han volvió a erguirse sobre las manos y las rodillas y siguió a su guía.

A menos que fuese su carcelera, naturalmente. Han seguía sin estar muy seguro de que no lo fuese.

A la duquesa Marcha de Mastigóforus le gustaba repetirse una y otra vez que era absolutamente imposible que todas las excentricidades de su sobrino Ebrihim procedieran de su rama de la familia. Aun así, no cabía duda de que había heredado un par de características de su tronco del linaje. Ebrihim tenía una gran resistencia y mucha tenacidad, aunque no siempre supiera sacarles partido. Pero cuando las circunstancias lo exigían, era capaz de seguir adelante hasta mucho tiempo después de que todos los demás se hubieran derrumbado a causa del agotamiento.

Y también poseía las habilidades que necesita un buen estudioso, aunque no supiera utilizarlas adecuadamente. Era capaz de informar acerca de los hechos y discutirlos objetivamente. También

podía analizar una situación de manera desapasionada produciendo especulaciones altamente responsables sobre ella, y nunca permitía que los hechos quedaran enturbiados por las opiniones o las ideas. Y, naturalmente, la resistencia también era una gran ayuda en el estudio cuando tenías que seguir, adelante y perseguir incansablemente la meta. Ebrihim podría haber llegado bastante arriba si no fuese porque también tenía el temperamento de un diletante. Todo le interesaba, con el resultado de que nunca había dedicado el tiempo y la concentración suficientes a un tema determinado.

Pero aquella noche, y aunque sólo fuese por una vez, estaba empleando todas sus dotes de estudioso. Los niños ya llevaban un buen rato dormidos, aquel wookiee llamado Chewbacca también se había acostado, e incluso Q9-X2, el absurdo androide de Ebrihim, había vuelto a la nave para recargarse.

Pero Ebrihim no podía estar más despierto y lleno de energías, y parecía tan fresco como una flor de dressel en una mañana de rocío. La duquesa y su sobrino llevaban horas en la cocina, hablando sin parar mientras consumían un tazón de potente té detrás de otro y un montón de excelentes y sólidas galletas duras, de la clase que suponía un auténtico ejercicio para la mandíbula y los músculos de roer y que era capaz de mellar los dientes de un humano.

Las novedades de la familia habían ocupado la primera parte de la charla, naturalmente. Se había dicho con frecuencia de los dralls que si el universo fuera engullido por un gigantesco agujero negro, y ese mismo día diera la casualidad de que el primo favorito de una familia drall había sufrido un desengaño amoroso, ninguno de los miembros de esa familia mencionaría ni de pasada el fin del universo hasta que hubieran transcurrido varios días.

Pero aunque Ebrihim había estado fuera durante mucho tiempo, tarde o temprano incluso los cotilleos familiares tuvieron que hacerse a un lado ante la oleada de crisis que parecían estar cayendo sobre el sistema planetario corelliano.

—Las cosas nunca habían estado tan mal —dijo la tía Marcha—. Algo así como media docena de grupos separatistas distintos aparecieron repentinamente de la noche a la mañana, y todos ellos se han dedicado a pregonar a gritos lo mucho que odian al gobierno del Sector Corelliano y a repetir incesantemente que la Nueva República no es mejor que el Imperio. Ah, y no paran de apremiar a todo el mundo para que se una contra los opresores de la Liga Humana, y todos esos grupos no se pueden ver entre ellos y se odian unos a otros más que a cualquier otro enemigo. En fin, toda clase de tonterías... Muy poco propio de los dralls, créeme.

—¿Quiénes fueron los que te crearon tantos problemas? —preguntó Ebrihim—. Dijiste algo acerca de un grupo cuyos miembros se hacen llamar drallistas, ¿no?

—Sí, ésos son. De todos los grupos ridículos que existen actualmente, los drallistas son los peores. Son los que han estado cortando las conexiones energéticas y aterrorizando a los viajeros. Parece ser que cada día denuncian a alguien por colaboracionismo. Afirmaron que yo era una colaboracionista, si es que puedes creerlo... No se tomaron la molestia de explicar con quién estaba colaborando, o qué defendían o rechazaban mis imaginarios colaboradores. Parece ser que los drallistas están a favor del caos, y en contra de todo lo demás. Pero yo sabía lo que podía llegar a significar el ser una colaboracionista. Han puesto bombas en más de una casa, ¿sabes?

—¿Cómo? —exclamó Ebrihim—. ¡Dralls volando casas de dralls! No puedo creerlo.

—Yo tampoco podía creerlo, sobrino, pero no podía permitir que otros corrieran peligro por mi culpa. Envié lejos a tanta gente como pude: parientes, servidumbre, amigos..., a todo el mundo. Qué vacía parece la casa sin ellos... Espero que todos puedan volver cuando los problemas hayan terminado. Si es que esto se termina alguna vez, claro...

Marcha meneó la cabeza y volvió a llenar el tazón de té de su sobrino.

—No sé qué vendrá a continuación. De veras, no lo sé...

—Yo tampoco, tía Marcha. Yo tampoco lo sé.

— ¿Quieres alguna cosa más? —preguntó Marcha, reaccionando de manera automática en cuanto sus reflejos de anfitriona volvieron a salir a la superficie—. ¿Otra galleta dura, quizá? —añadió, ofreciéndole el cuenco.

—Oh, sí, me encantaría —dijo Ebrihim—. Tus galletas son espléndidas, como de costumbre. Duras como la madera, y con un sabor delicioso... Había olvidado lo mucho que me gustan. En cuanto empiezas a comer alimentos humanos, no hay forma de mantener afilados los incisivos.

—Me alegra oír que te gustan, sobrino. Pero ¿qué me dices de ti? ¡Por todas las estrellas, Ebrihim! ¿Cómo has acabado aquí con tres niños humanos y un wookiee?

—Son algo más que unos simples niños humanos, tía Marcha. ¿Es que sus nombres no significan nada para ti? Sus padres son personas muy importantes.

—Bueno, tal vez lo son —replicó la tía Marcha sorbiendo aire por la nariz—. Nunca he hecho grandes esfuerzos para mantenerme al corriente de los aires de grandeza que se dan los humanos en un momento determinado. Me ha parecido entender que has estado dando clases a los hijos de algunos miembros menores de la aristocracia corelliana, ¿verdad? Supongo que todo eso está muy bien, pero no puedes esperar que reconozca sus nombres.

—Pues yo esperaba que incluso tú hubieras oído hablar de ellos. Su padre fue un héroe de la guerra contra el Imperio..., y parece ser que también es primo del líder de la Liga Humana, ¡aunque puedo asegurarte que recibió la noticia con un considerable desagrado! Su madre es Leia Organa Solo, jefe de Estado de la Nueva República. Su tío es el mismísimo Luke Skywalker.

— ¡Cielos! —exclamó la tía Marcha.

No había podido evitar sentirse impresionada. Como cabeza de una gran familia, Marcha siempre había sabido que a veces las genealogías muy largas sólo significaban que una manada de idiotas llevaba demasiado tiempo reproduciéndose. Siempre se había sentido más interesada por los logros que por la posición hereditaria, pero algunas familias eran realmente impresionantes.

—Veo que te mueves en círculos interesantes, sobrino. Vamos, cuéntamelo todo.

—Muy bien, tía Marcha. Pero te advierto que es una historia bastante larga.

—Nunca te he oído contar una historia que fuese corta, sobrino.

Ebrihim tomó otro sorbo de su tazón de té y procedió a narrarle una historia muy notable, relatándole todo lo que le había ocurrido desde que empezó a trabajar para Leia Organa Solo. Estaba claro que las intrigas ya llevaban algún tiempo agitándose alrededor de Corellia, y era muy típico de Ebrihim que consiguiera verse involucrado en el mismísimo centro de todo aquel embrollo.

Su sobrino siempre la había preocupado un poco. A los humanos tal vez les pareciese prudente y reflexivo, e incluso un poquito hosco y aburrido. Para los patrones de los dralls, Ebrihim era un irresponsable, un veleta y un cabeza loca desprovista de pelos. Marcha ya había perdido hacía mucho tiempo toda esperanza de que echara raíces y creara su propia familia. No le hacían falta grandes conocimientos de psicología para comprender que el afecto que sentía hacia los niños humanos podía ser alguna clase de sustituto de los niños de su propia especie que nunca tendría. Por otra parte, Marcha necesitaba todavía menos conocimientos de psicología para sospechar que estaba atribuyendo demasiados significados ocultos a ese afecto. La duquesa de Mastigóforus no soportaba perder el tiempo en tonterías, especialmente si se trataba de tonterías salidas de su propia cabeza.

Pero tampoco había que olvidar que cada familia tenía sus primos y sobrinos excéntricos, y que no se podía dudar de que su existencia también tenía sus consecuencias beneficiosas. La duquesa Marcha recibió un nuevo recordatorio de aquella vieja verdad mientras escuchaba cómo Ebrihim le iba relatando las aventuras que había vivido en compañía de la familia Organa Solo. El espionaje, los ataques secretos, el secuestro y puesta en libertad de Han Solo, el ataque a la Casa de Corona... Todo aquello era francamente notable.

Pero lo que más la sorprendió fue, naturalmente, el que Ebrihim hubiera usado la reputación y elevada posición social de su familia como medio de introducirse en la excavación arqueológica por la única razón de que deseaba verla con sus propios ojos. Si luego la excavación resultaba ser interesante para quienes le pagaban el sueldo y educativa para los niños... Bueno, pues tanto mejor. El descaro puro y simple que demostraba aquel acto era tan tremendo que cortaba la respiración. Incluso la mayoría de los humanos se lo habrían pensado dos veces antes de explotar su posición social de aquella manera. Ningún drall con un mínimo de sentido común se habría visto mezclado en tales manejos. Aunque... Pensándolo bien, Marcha tuvo que admitir que por lo menos algo bueno había salido de todo aquello, pues si no hubieran ido a la excavación entonces el pequeño Anakin nunca habría descubierto aquella extraña e inmensa cámara subterránea.

Pero la historia le recordó algo, algo extraño que había visto en las noticias hacía algún tiempo.

—Sobrino, ¿has oído hablar alguna vez de una excavación arqueológica en Drall? —preguntó.

Ebrihim la miró y frunció el ceño.

—Por supuesto que no —dijo—. Eso era una parte de la razón por la que me interesaba tanto ver una. La arqueología drall es tan inexistente como lo es el arte de cepillarse y peinarse la cola entre los humanos.

—Ésa era mi impresión —dijo Marcha—. No tenemos ninguna necesidad de la arqueología. No hay nada que merezca la pena buscar, ¿verdad?

Los dralls eran un pueblo pulcro y ordenado, y muy antiguo, que prestaba una gran atención a sus registros y archivos y procuraba mantenerlo todo lo más organizado posible. Durante miles de años, todo lo que tenía alguna importancia había sido meticulosamente almacenado o, de lo contrario, reciclado. No existía una prehistoria drall, como tampoco existía una historia drall anterior a la invención de la escritura..., o por lo menos, suponiendo que existieran, habían sido olvidadas hacía tanto tiempo que era como si no existiesen.

—Por eso me sorprendió tanto ese corto artículo que apareció recientemente en la prensa en el que se hablaba de un gran proyecto arqueológico cerca del ecuador —siguió diciendo.

— ¡Eso es absurdo! —protestó Ebrihim.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo —dijo Marcha—. Me pareció lo suficientemente peculiar como para que tratase de averiguar algo más al respecto. Conseguí establecer la situación exacta de la excavación, pero eso fue todo. No hubo más artículos en la prensa, y no conseguí llegar a ningún sitio haciendo indagaciones por mi cuenta. Me interesé por el tema única y exclusivamente debido a un impulso de curiosidad pasajera, y tal vez me di por vencida demasiado pronto. Lo que me intriga es que a juzgar por lo que decía aquel artículo, esa excavación era muy parecida a la que me has descrito tú.

Ebrihim miró fijamente a su tía, boquiabierto por el asombro.

— ¡Tía Marcha! Las implicaciones de lo que estás diciendo...

—Lo sé, lo sé. Son enormes. Pero me parece que no nos queda más remedio que seguir interesándonos por el tema. Creo que necesitamos saber todo lo posible sobre lo que descubrieron los niños.

Tendra Risant estaba pilotando su recién adquirida nave a través del hiperespacio hacia el sistema planetario corelliano..., y lo que la esperaba allí, fuera lo que fuese. La nave era un viejo trasbordador corelliano bastante lento a la que había puesto por nombre *Caballero Galante*, y el *Caballero* no tenía un aspecto excesivamente impresionante. Pero el aspecto no era el factor principal en aquellos momentos. La nave acabaría llevándola a su destino, y eso era lo único que importaba.

Sólo llevaba medio día fuera de Sacorria, pero ya había hecho un montón de descubrimientos muy interesantes acerca del viaje espacial y tenía muchas ganas de poder hablar de ellos con Lando..., siempre y cuando diera con él, desde luego. Tendra tenía el presentimiento de que eran la clase de lecciones que Lando solía encontrar útiles en su trabajo.

La primera lección, y la más importante, era que el dinero hacía posibles casi todas las cosas y que facilitaba de una manera inmensa la mayoría de ellas, especialmente cuando estabas dispuesta a repartirlo generosamente a tu alrededor en efectivo y bajo la forma de sobornos y demás estímulos. ¿Embargos? ¿Órdenes tajantes de que todas las naves espaciales permanecieran estacionadas? ¿Prohibición estricta de vender naves espaciales usadas? ¿Inscripción obligatoria en los registros oficiales? Ninguno de esos impedimentos podía seguir en pie ante una potente dosis de dinero correctamente aplicada.

La segunda era que la gente se había vuelto espantosamente malcriada en todo lo referente al viaje espacial. Todo el mundo parecía convencido de que el campo de interdicción que rodeaba a Corellia era una barrera tan sólida como impenetrable que no había forma alguna de atravesar. Todo eso eran tonterías, desde luego. El campo de interdicción sólo impedía que una nave espacial pudiera entrar en el sistema corelliano mientras estuviera moviéndose a una velocidad superior a la de la luz, y nada más.

Llegar a Corellia no era ningún problema, siempre que no te importara tomarte tu tiempo para hacerlo. El ordenador de navegación le dijo que el trayecto desde el límite del campo de interdicción hasta el planeta Corellia le exigiría tres largos meses a la máxima velocidad sublumínica que podía alcanzar el *Caballero*, pero Tendra tenía la esperanza de que no se vería obligada a soportar una espera tan larga. Los corellianos no podían mantener el campo de interdicción en funcionamiento eternamente. Tendrían que desconectarlo en algún momento..., eso suponiendo que alguien no se encargara de desconectarlo por ellos. O quizá las interferencias cesarían, incluso si el campo de interdicción seguía en funcionamiento.

Además, Tendra sabía que quizá podría hacer mucho bien incluso si no conseguía aproximarse a Corellia. Las interferencias podían bloquear todas las frecuencias de comunicación normales, pero eso no significaba nada para el equipo de comunicaciones especial que Lando le había entregado antes de partir hacia Corellia. Lando pretendía que fuera un regalo romántico, una forma de que pudieran transmitir mensajes secretos de enamorados a y desde Sacorria, pero el sistema podía ser empleado para otros usos.

El sistema que le había dado era tan extraño como antiguo. Transmitía y recibía radiación electromagnética modulada en la banda de radio del espectro. La señal enviada por el sistema utilizaba radiación electromagnética, por lo que la emisión quedaba limitada por la velocidad de la luz. Lando le había dicho que el aparato era conocido con el nombre de sistema de comunicaciones radiónico. Tendra no veía ninguna razón por la que el sistema no pudiera ser adaptado para enviar imágenes, pero la unidad de que disponía sólo podía enviar y recibir sonidos. Era muy tosca. Hablabas por un micrófono, y tu voz era transmitida bajo la forma de modulaciones en una señal portadora de banda radiofónica que se pasearía por el universo a la lenta velocidad de la luz.

Pero incluso la velocidad de la luz era más rápida que una nave espacial limitada a las velocidades sublumínicas. El sistema planetario corelliano se encontraba a sólo unas horas luz de

distancia. Si Lando estaba en el sistema y si él, o alguna otra persona, conectaba un receptor radiónico sintonizado en la frecuencia adecuada, entonces la advertencia de Tendra sobre la flota que se estaba reuniendo en Sacorria llegaría hasta ellos en sólo unas pocas horas una vez que se encontrara dentro del sistema. Tendra sabía que había muchas probabilidades de que no diera resultado y que necesitaría una gran cantidad de suerte, pero una de las características más extrañas del universo era que en principio no había nada que te impidiera tener mucha suerte de vez en cuando.

Y, además, le proporcionaba una excusa para irse de Sacorria.

11

La historia del raciocinio

La mañana siguiente a su llegada a la villa de la duquesa Marcha, los niños sólo eran capaces de pensar en devorar el desayuno lo más pronto posible para poder iniciar la exploración de la inmensa casa y los terrenos que la rodeaban.

Pero Q9 estaba esperándoles en la cocina, y aunque les sirvió el desayuno de una manera impecablemente eficiente y servicial, la noticia de que Ebrihim y la tía Marcha querían tener una pequeña charla sobre la gigantesca cámara subterránea que Anakin había descubierto enfrió su entusiasmo con sorprendente efectividad. De repente el desayuno adquirió el sabor de la última cena de un condenado a muerte.

A lo largo de toda la historia no ha existido jamás ni un solo niño que no haya sentido esa punzada de temor tan especial cuando es llamado por los adultos para que explique algo. Incluso los problemas infantiles más inocentes parecen poseer la extraña capacidad de hincharse hasta volverse incontrolables cuando son expuestos a los puntos de vista de las personas adultas.

Que la trasgresión consistiese en la rotura accidental de una ventana ya era bastante serio. Incluso si se admite que los accidentes son algo que le sucede a todo el mundo, cualquier niño dotado de un mínimo de sentido común debe acudir a la entrevista armado con el conocimiento de que los adultos suelen tener una idea muy distinta de a qué se le puede llamar «accidente».

Cuando la trasgresión consistía en el descubrimiento semiaccidental de una gigantesca, antiquísima, muy buscada y misteriosa instalación subterránea alienígena, el problema se volvía muchísimo peor, naturalmente. Jaina conjuró al instante dos o tres formas de que el haber encontrado la cámara pudiera meterles en un lío muy serio. Tal vez, y a pesar de todas sus precauciones, habían dejado una pista que había permitido que esos chiflados de la Liga Humana la encontraran. Quizá se trataba de alguna inmensa y extraña cámara funeraria y habían violado el tabú de alguien. Quizá, y ésa era la peor posibilidad, dar con ella había sido lo que provocó toda la guerra. Jaina no conseguía imaginarse cómo podía haber ocurrido eso, pero el que no fuese capaz de imaginárselo no significaba que no hubiera ocurrido.

Anakin intentó escabullirse con la excusa de que tenía que ayudar a Chewbacca en las reparaciones del *Halcón*, pero ni siquiera Q9 se dejó engañar. Ninguno de ellos iba a poder escapar.

—Bien, ¿dijeron qué querían saber? —preguntó Jaina mientras daba vueltas a la fruta de su cuenco con la cuchara.

—Sólo que deseaban oírte contar con tus propias palabras todo lo que supieras sobre la cámara que descubrió Anakin. Ya te lo he explicado tres veces. Pensaba que con las dos primeras habría bastado.

—Bueno, tal vez quiero una respuesta más inteligente.

—Pues en ese caso te sugiero que hagas una pregunta más inteligente.

—Escucha, Q9, la gran pregunta a responder es si estamos en apuros —dijo Jacen.

—¿En apuros? ¿Por qué razón íbamos a estar en apuros? —preguntó el androide.

—No lo sé —respondió Jacen—. Si lo supiera no tendría que preguntarlo.

— ¿Cómo puedo decirte lo que quieres saber si no sabes qué es lo que quieres saber? — preguntó Q9.

—Pero es que quiero saber si tú sabes algo que yo no sepa —dijo Jacen.

—Pero no puedo saber de qué se trata si no me lo dices —replicó Q9.

—Sí, pero...

— ¡Silencio! —gritó Anakin—. Hacéis demasiado ruido.

—Estoy de acuerdo con Anakin —dijo Jaina—. Vamos a acabar el desayuno y luego lo averiguaremos.

Los niños acabaron de desayunar en un silencio más bien nervioso y después siguieron a Q9 desde la cocina hasta el estudio de la tía Marcha, una habitacioncita bastante extraña con una puerta tan baja que Jacen tuvo que agacharse un poquito para poder cruzar el umbral. La habitación no tenía ventanas, y las paredes y el suelo eran redondeados y se confundían entre sí, y el aire estaba impregnado por un débil olor a tierra seca. Las paredes habían sido pintadas con unas curiosas pinceladas ondulantes de color marrón claro, y el mobiliario consistía únicamente en lo que parecían grandes rocas redondeadas esparcidas por la habitación. Pero las rocas resultaron ser unos almohadones muy blandos y cómodos, y los niños se instalaron sobre ellos sintiéndose muy a gusto.

— ¿Por qué es tan rara esta habitación? —preguntó Anakin.

— ¡Anakin! —exclamó Jaina—. No seas maleducado.

—Oh, no pasa nada —dijo la tía Marcha—. Una pregunta sincera respetuosamente formulada nunca hace ningún daño. Y aunque tal vez podrías aprender a preguntar de una manera un poquito más cortés, voy a responderte. Hace mucho, mucho tiempo, todos los dralls hibernaban en madrigueras subterráneas durante el frío, frío invierno. Algunos dralls todavía creen que los dralls han nacido para hibernar, y continúan haciéndolo actualmente. Yo no llego tan lejos, pero a muchos dralls les gusta la idea de tener un sitio que sea como una madriguera subterránea cómoda y recogida, donde puedas estar caliente y a salvo del frío. Nos relaja. Creo que éste un sitio excelente para hablar y pensar. ¿Qué opinas?

Anakin miró a su alrededor y asintió.

—Que me gusta bastante —anunció.

—Excelente —dijo la tía Marcha—. Bien, y ahora empecemos... Niños, Q9-X2 nos ha mostrado las imágenes que registró cuando visitasteis aquella caverna. Pero finjamos que no las hemos visto. Contadme todo lo que podáis sobre ella, y no os olvidéis absolutamente nada.

—Bueno..., de acuerdo —dijo Jaina.

La tía Marcha no parecía estar enfadada. Quizá las cosas no estaban tan mal como había pensado. Quizá no estaban metidos en un lío después de todo..., a menos que Ebrihim, el querido sobrino de la tía Marcha, tuviese una mente muchísimo más tortuosa de lo que aparentaba.

—No es que lo encontráramos nada más llegar allí —siguió diciendo—, y no fuimos nosotros quienes lo encontramos. Fue Anakin quien lo encontró, y tampoco sé cómo lo hizo. Fue como si viera una especie de línea o flecha o algo que nosotros no podíamos ver, algo que estaba debajo del suelo del túnel, y después la flecha invisible lo llevó hasta allí...

—Anakin suele hacer ese tipo de cosas raras —dijo Jacen sin inmutarse.

—Comprendo —dijo la tía Marcha, en un tono de voz que dejaba muy claro que no lo entendía en lo más mínimo.

—Los tres niños tienen grandes capacidades para el uso de la Fuerza —aclaró Ebrihim—. Las dotes de Anakin son... Eh... En fin, digamos que son muy inusuales.

—Sí —dijo Jacen—. Es tan bueno con las máquinas que a veces da miedo verle. Ese tipo de cosas, ya saben... Mamá y papá dicen que a lo mejor se le pasa cuando crezca.

—O puede que no se me pase —intervino Anakin.

Jaina tenía la impresión de que su hermano pequeño pensaba que le estaban echando la culpa de aquel lo-que-fuese, e intentó tranquilizarle.

—No creo que nadie esté enfadado contigo por haber encontrado la cámara —dijo.

—Todo lo contrario —dijo la tía Marcha—. Es posible que el que la encontraras sea muy, muy importante. Pero ahora continúa, por favor... Anakin... Ah... Sí, Anakin siguió esa guía invisible. ¿Qué ocurrió después?

Jacen y Jaina contaron el resto de la historia, terminándose las frases el uno al otro y añadiendo continuamente detalles a lo que estuviera diciendo el otro, tal como solían hacer los gemelos. Anakin hablaba de vez en cuando, pero sus contribuciones tan pronto eran de cierta utilidad como rigurosamente incomprensibles. A pesar de todo, y aunque fuese de una forma bastante espasmódica y complicada, consiguieron que la tía Marcha se hiciese una idea bastante clara del lugar.

Describieron cómo Anakin les había llevado hasta un trozo de pared desnuda que parecía idéntico a todos los demás, y la forma en que había descubierto el teclado de control oculto y abierto la enorme puerta. Describieron la extraña pasarela plateada que había al otro lado de la puerta, y la plataforma hasta la que llevaba; y después describieron la gigantesca cámara cónica que se extendía debajo de la plataforma, con seis conos formando un círculo en su base y un séptimo cono en el centro.

La tía Marcha interrumpía su relato de vez en cuando para hacerles preguntas. Hizo que Q9 proyectara todas las imágenes que había registrado, y las examinó minuciosamente junto con los niños, preguntándoles qué antigüedad parecían tener las cosas, cuánto calor hacía en aquel sitio y si había algo que les hubiera llamado la atención en la punta de la cámara cónica. Los niños respondieron lo mejor que pudieron, y en general la tía Marcha pareció obtener las respuestas que estaba esperando.

Y finalmente la tía Marcha pareció llegar a la conclusión de que ya había obtenido toda la información que iba a poder sacarles.

—Gracias, niños —dijo—. Lo que me habéis contado es muy importante..., más importante de lo que os podéis imaginar. Me parece que Ebrihim y yo necesitamos hablar de todo esto durante un rato. Podéis iros.

Jacen y Anakin se apresuraron a ponerse en pie y fueron hacia la puerta de aquel cuartito tan extraño, pero Jaina permaneció donde estaba. La tía de Ebrihim podía pensar que ya sabía todo lo que necesitaba saber, pero se equivocaba. Jaina estaba segura de ello. Había algo más, algo aparte de la extraña cámara escondida. Aquel algo llevaba bastante tiempo dando vueltas dentro de su cabeza, y Jaina estaba decidida a hablar aunque eso significara que pudiese acabar metida en un lío realmente serio.

—Hum... Eh... ¿Señoría?

—¿Sí, niña? ¿Qué ocurre?

—Hay algo más que debería saber. Es algo que todos oímos..., algo que se suponía que no debíamos oír.

— ¡No, Jaina! —protestó Jacen—. ¡No lo hagas!

—Hemos de hacerlo, Jacen. Podría ser realmente importante. Y podemos confiar en ella. Podemos, Jacen... Tenemos que hacerlo.

Jacen dio la espalda a la puerta y volvió a sentarse.

—Creo que es un error —dijo.

—Bueno, pues en ese caso el error es mío —replicó Jaina, y se volvió hacia la duquesa—. La noche anterior al ataque contra la Casa de Corona, nuestros padres estuvieron hablando con el gobernador general Micamberlecto y con una señora llamada Mara Jade, que es...

—Lo sabemos todo sobre la comerciante Mara Jade —dijo la tía Marcha en un tono concienzudamente neutral—. Sigue.

—Bueno, les traje un mensaje de alguien que tenía una voz muy parecida a la de papá...

Jaina relató a la duquesa la reunión que los niños habían espiado, y le habló del mensaje escrito que habían visto proyectado sobre la pared y del mensaje hablado que habían oído, y después le explicó la amenaza de hacer estallar toda una serie de estrellas, culminando en la misma Corell. La tía Marcha la escuchó con gran atención, haciendo preguntas de vez en cuando. Jaina narró toda la historia sin interrumpirse, pero titubeó durante unos instantes cuando se aproximaba al final. No. Tenía que acabar de contarle todo.

—Hay otra cosa —siguió diciendo—. No sé en qué consiste o a qué obedece, pero existe alguna clase de conexión entre lo que oímos en el mensaje y el sitio que descubrió Anakin. No puedo explicarlo con exactitud, pero todos tuvimos la misma sensación.

—No veo de qué puede tratarse —dijo la tía Marcha—. No si mis sospechas sobre el sitio que encontró Anakin son correctas, claro..., y estoy casi segura de que lo son.

—Por si te sirve de algún consuelo, Jaina, no creo que hayas revelado ningún secreto —intervino Ebrihim—. Chewbacca y yo oímos un mensaje similar que fue difundido por todo Corellia al día siguiente. No queríamos hablaros de ello porque no queríamos asustaros. No teníamos ni idea de que ya lo supierais.

— ¡Pero el mensaje que oímos decía que todo aquello debía ser mantenido en el máximo secreto! —protestó Jaina—. ¿Por qué decírselo a todo el planeta al día siguiente?

—Una pregunta excelente —dijo Ebrihim.

—Yo tengo mis propias preguntas —dijo la tía Marcha—, y casi todas ellas tienen que ver con esa lista de fechas y coordenadas. ¿Dónde estaban esas estrellas? ¿Cuáles eran las fechas? Si conociéramos su programa, eso podría proporcionarnos una información extremadamente importante.

— ¡Yo me lo sé! —anunció Anakin—. Podría escribirlas para vosotros.

Marcha le sonrió.

—Estoy segura de que podrías hacerlo, Anakin. Pero necesitamos los números reales, no unos números cualquiera que tú...

—Oh, Anakin podría anotar todos los números reales —dijo Jacen, hablando en un tono de voz sorprendentemente tranquilo y natural—. ¿Tiene papel y algo para escribir?

— ¿Cómo? —preguntó Marcha—. Pero ¿cómo va a poder...?

—Permíteme, tía Marcha —dijo Ebrihim.

Se levantó y abrió la puerta de un armario empotrado en la pared del que extrajo una gran hoja de papel y una pluma que entregó a Anakin. El pequeño puso la hoja en el suelo, se acostó sobre el estómago y empezó a llenarla con pulcras hileras de números perfectamente trazados.

—La memoria del muchacho es... Ah... Bueno, digamos que es bastante notable.

—Si lo ve, lo recuerda —dijo Jaina—. No sabe qué significa, desde luego, pero lo recuerda.

—¿Qué quieres decir con eso de que no sabe lo que significa? —preguntó Marcha.

—Bueno, la verdad es que todavía le cuesta un poquito leer —dijo Jacen—, pero ya conoce todas las letras y los números.

Una hora y media muy larga después, Ebrihim y Marcha dijeron a los niños que ya podían irse en cuanto les pareció que habían recogido toda la información que podrían obtener de ellos..., y no cabía duda de que habían conseguido obtener una gran cantidad de información. Con un poquito de ayuda, Anakin había sido capaz de recitar prácticamente toda la conversación de aquella noche palabra por palabra, y el sistema de grabación del despacho de Marcha se había encargado de registrarla y transcribirla. También habían repasado el mensaje público de Sal-Solo, que había sido grabado por el *Halcón Milenario*, y habían buscado las posiciones estelares impecablemente precisas que Anakin había anotado.

Y todo eso no les había servido de mucho.

—Tenemos un misterio entre manos, sobrino —dijo la tía Marcha—. Es un misterio que debemos resolver, y sin embargo no sé por dónde empezar... Un mensaje, el que oyeron los niños, ofrece pruebas, o por lo menos evidencias que no pueden ser pasadas por alto, de que los autores fueron capaces de hacer estallar una estrella. El mensaje exige secreto y no revela la identidad de sus autores, y sin embargo ofrece muchos detalles concernientes al dónde y cuándo se producirán los siguientes ataques. También exige que los receptores del mensaje obedezcan las instrucciones, y sin embargo no da ninguna clase de instrucciones.

»El segundo mensaje, el que vosotros oísteis, llegó apenas un día después, y comunicó a todos los que se encontraban en el planeta que los autores podían destruir estrellas y presentar exigencias totalmente imposibles de satisfacer, y las interferencias que bloquearon todo el sistema y el campo de interdicción fueron activados inmediatamente después, con lo que hicieron total y absolutamente imposible que nadie pudiese ni siquiera tratar de satisfacer las exigencias. Además, el segundo mensaje no fue transmitido a los otros planetas. Sin embargo, y dada la naturaleza prohumana y antidrall y antiseloniana del segundo mensaje, puedo entender por qué no querían transmitirlo a ningún sitio en el que esas razas pudieran vengarse de la población humana. No tiene sentido. No tiene el más mínimo sentido...

—Cierto—dijo Ebrihim—. Siempre que partas de la premisa de que los dos mensajes fueron enviados por las mismas personas, claro está.

—Por supuesto que fueron enviados por las mismas personas. ¿Y no puede ser de otra manera?

—Veo algunos indicios muy claros en el primer mensaje que tienden a sugerir que no fue así.

—Explicate.

Ebrihim cogió la copia impresa del transcriptor.

—Hacerlo requiere una cierta cantidad de raciocinio y de razonamiento deductivo. Podemos deducir ciertas cosas a partir del hecho de que alguna información no está presente. «Ésta será su única notificación anterior a los acontecimientos —leyó—. No informen a nadie de este mensaje y aguarden instrucciones a fin de evitar la necesidad de nuevas acciones. Estaremos vigilando todas las comunicaciones. No intenten pedir ayuda. Cualquier violación de las instrucciones dará como resultado una aceleración de la puesta en práctica del plan.» Eso fue todo lo que dijo quien grabó el mensaje. Ahora, querida tía, recuerda que el primer mensaje constaba de dos partes: una lista escrita de fechas y coordenadas, que no contiene ninguna referencia a la voz anónima, y una voz grabada que no hace ninguna referencia a la lista escrita.

«Basándome en lo que dijeron los niños cuando hablaron de que la voz era bastante parecida a la de su padre, me parece altamente probable que quien grabó el mensaje fuera Thrackan Sal-Solo. Supongamos que fue él, ¿de acuerdo? Supongamos que le pasaron un texto y le dijeron que lo leyera, sin explicarle de qué se trataba... Tal vez los autores de ese mensaje querían que fuese leído por alguien que tuviera acento corelliano. Tal vez querían contar con la voz de Thrackan para que se les relacionase con él cuando Thrackan revelara sus planes. Tal vez sencillamente dio la casualidad de que Thrackan estaba disponible cuando quisieron que el texto fuera leído.

»En cualquier caso, el mensaje fue grabado. Si Mara Jade no formaba parte de la conspiración, entonces podría haber sido grabado no más recientemente que hace unas tres semanas, que es cuando el mensaje llegó a manos de Jade. Si forma parte de la conspiración, naturalmente, podría haber sido grabado en cualquier momento del período de tiempo transcurrido hasta el instante en que Leia Organa Solo abrió el cubo de mensajes. Pero supongamos que Jade no está involucrada. En ese caso, el mensaje podría haber sido grabado hace meses, e incluso años.

— ¿Y qué sacas en claro de todo eso? —preguntó Marcha.

—Que entonces todo queda explicado. ¿Me permites que te cuente una historia, si eres tan amable? Bien, pienso que lo que ha ocurrido es más o menos esto: los que enviaron el primer mensaje se pusieron en contacto con Sal-Solo por alguna razón. Mi hipótesis es que él estaba involucrado en algún aspecto de la conspiración, y que querían contar con una voz corelliana.

»Sean cuales sean los detalles, Sal-Solo lee el mensaje escrito y luego, de la manera que sea, se entera del contenido del mensaje..., o por lo menos se entera de la existencia del plan para hacer estallar las estrellas. Entonces decide inventarse su propia conspiración utilizando a la otra como soporte. Sabe cuándo va a ser entregado el mensaje, o por lo menos puede averiguar cuándo ha sido entregado. Lo único que ha de hacer es enterarse de cuándo llega Mara Jade y se pone en contacto con Leia Organa Solo, y luego activar inmediatamente sus planes para provocar un levantamiento. Sal-Solo lanza su transmisión afirmando controlar el artefacto que puede hacer estallar las estrellas, y luego conecta el campo de interdicción y las interferencias.

La tía Marcha meneó la cabeza.

—Puedo seguirte durante una parte del trayecto, pero no hasta el final —dijo—. ¿Qué hay de las revueltas simultáneas en los otros mundos? Tu teoría exige o que Sal-Solo sea el gran cerebro oculto detrás de las revueltas antihumanas, o un grado de coincidencia realmente asombroso. Por lo que sabemos sobre ella, la Liga Humana no parece la clase de organización capaz de operar un sistema de interferencias tan gigantescamente poderoso, y mucho menos de llegar a desarrollar superarmas como el generador de un campo de interdicción que abarca todo un sistema o el destructor de estrellas. Además, si asignas el campo de interdicción y las interferencias a Thrackan, entonces tienes dos tenebrosas organizaciones secretas capaces de desarrollar tales prodigios tecnológicos. Limitate a convertirle en un chico de los recados y un descontento sin ningún poder, ya que el argumento sólo necesita incluir un personaje de esas características.

Ebrihim reflexionó en silencio durante unos momentos.

— ¿Dejarás que controle el sistema de interferencias? —preguntó por fin—. Es una tecnología de la variedad fuerza-bruta y no requiere ningún invento nuevo. Creo que puedo defender de una forma bastante convincente la teoría de que eso fue obra de Thrackan.

La tía Marcha asintió cautelosamente.

—Bueno, supongo que sí —dijo—. Veamos si puedes convencerme.

—Gracias. Veamos si puedo presentarte un escenario revisado...

—Ebrihim guardó silencio durante un momento y repasó sus ideas antes de seguir hablando—. El grupo de Thrackan Sal-Solo es el encargado de entregar el mensaje antes de la explosión de la

nova, con lo que demostrará que los autores del mensaje pueden hacer estallar estrellas en cuanto lo deseen. Ya sea por casualidad o deliberadamente, la gente de Sal-Solo no hace lo que se esperaba de ella, con lo que el mensaje llega después de que la estrella haya estallado. La gente de Sal-Solo también recibe instrucciones de informar a sus superiores en cuanto el mensaje llegue a las manos de Leia Organa Solo, ya que ésa será la señal para que se produzcan todas las revueltas. Leia Organa Solo recibe el mensaje, y las órdenes para iniciar las revoluciones son enviadas.

»La intención original de los cerebros ocultos de la conspiración era que el campo de interdicción fuese activado, dejando atrapada a la jefa de Estado de la Nueva República dentro del sistema e impidiendo que la Nueva República pudiese interferir en sus planes. Pero las comunicaciones debían seguir abiertas para que pudiera haber unas negociaciones..., después de que todo el sistema hiciese erupción y se convirtiera en un caos, con los lacayos de los cerebros ocultos, reclutados entre los fanáticos y los descontentos locales, derrocando a los distintos gobiernos planetarios. Entonces los cerebros ocultos negociarían con el gobierno de la Nueva República, destruyendo una estrella detrás de otra hasta que obtuvieran lo que querían. La consecuencia de todo ello sería que los cerebros ocultos controlarían el sistema planetario corelliano, y con ello el Sector Corelliano, mientras que sus lacayos controlarían los planetas.

»Pero Thrackan Sal-Solo engaña a sus señores. Inicia su revuelta, pero después transmite su mensaje, atribuyéndose falsamente el haber hecho estallar la estrella..., y después interfiere todas las comunicaciones para que los cerebros ocultos de la conspiración no puedan responder. O se hace con el control del generador del campo de interdicción, o sencillamente evita que los cerebros ocultos puedan llegar hasta él y desconectarlo.

»Habiendo creado el caos, después lo explota en su beneficio. Quizá planea quedarse con el sistema corelliano antes de que los cerebros ocultos de la conspiración puedan reaccionar. No puede mantener las interferencias eternamente, y el campo de interdicción tendrá que desaparecer más tarde o más temprano. Pero cuando los dos sistemas hayan sido desconectados y se haya disipado el humo, Thrackan Sal-Solo ya habrá asumido el control de todo el sistema planetario corelliano.

La duquesa contempló a su sobrino con expresión sombría.

—Debo admitir que has ofrecido una teoría muy convincente —dijo—. Pero por desgracia es una teoría muy inquietante... Si tienes razón, entonces los conspiradores ya han dejado de colaborar y están peleándose entre ellos.

—Desgraciadamente e incluso si mi hipótesis es correcta, y creo que como mínimo se aproxima a la verdad, no disponemos de toda la historia —dijo Ebrihim—. Nada de todo eso explica qué era lo que descubrieron los niños en esa cámara..., o el porqué la Liga Humana parecía estar buscándolo tan desesperadamente, o qué conexión tiene todo esto con la excavación arqueológica llevada a cabo en Drall si es que existe alguna conexión.

—Creo que existe la más íntima de las conexiones —replicó Marcha—. Basándome en las imágenes de Q9 y en lo que he podido averiguar sobre la excavación de nuestro planeta, yo diría que las dos excavaciones son prácticamente idénticas, con la única diferencia de que en Corellia tal vez se haya puesto al descubierto una parte mayor de la instalación. Tengo una idea bastante clara de qué era lo que descubrieron los niños, y sospecho que una cámara idéntica puede ser encontrada en la excavación arqueológica de Drall. Pero tenemos que encontrarla antes, y para eso me temo que vamos a necesitar ayuda de los niños..., o por lo menos de Anakin.

Ebrihim miró fijamente a su tía.

—Te aseguro que si necesitas a Anakin, entonces necesitas a los tres —dijo—. Los dos niños mayores parecen haber estado tomándose muy seriamente sus responsabilidades para con él

durante estos últimos días. Además, parecen ser los únicos capaces de conseguir que el pequeño haga lo que se le pide.

—Comprendo, y debo decir que eso no me sorprende. En todo caso, tengo intención de llevar a los niños a la excavación de nuestro mundo y de permitir que Anakin intente encontrar una cámara similar. Eso llevará implícito un pequeño riesgo. ¿Crees que los niños estarán dispuestos a cooperar?

—Yo diría que sí. Los niños humanos tienden a no preocuparse tanto como deberían hacerlo, pero ése no es el problema. Si pides a unos niños que presten su ayuda en una empresa peligrosa... Bueno, entonces empiezas a moverte sobre un terreno ético muy poco firme, y además estos niños son demasiado pequeños para poder evaluar el equilibrio entre los riesgos y los beneficios. Se encuentran muy por debajo de lo que se considera la edad del consentimiento informado entre los humanos.

La duquesa Marcha contempló la lista de coordenadas estelares que había escrito el pequeño Anakin. Era una lista de estrellas escrita con una caligrafía infantil extrañamente precisa, una lista de estrellas con planetas llenos de seres inteligentes..., una lista de estrellas a las que alguien había marcado para la destrucción.

—No confío demasiado en la idea de utilizar niños —dijo—, pero no me parece que tengamos otra elección.

Tendra Risant estaba sentada en el sillón de pilotaje del *Caballero Galante*, rígidamente alerta e intentando vigilar todos los instrumentos a la vez. Se encontraba muy, muy cerca del límite del campo de interdicción corelliano, y no estaba demasiado segura de qué debía hacer. «Cerca» era un término relativo. Sabía que se encontraba aproximadamente en el límite del campo, pero la información concerniente al Campo Corelliano que había conseguido comprar era extremadamente vaga. Podía estar justo encima del límite, o todavía le podían faltar otros mil millones de kilómetros para llegar hasta él. En teoría, no había nada que le impidiese salir del hiperespacio deliberadamente, allí y en aquel mismo instante, y seguir rumbo hacia Corellia avanzando por el espacio normal. Pero ¿y si se encontraba a mil millones de kilómetros de allí? Eso añadiría otra semana o diez días a la duración de su viaje, y después de sólo unos cuantos días a bordo del *Caballero*, Tendra ya estaba totalmente segura de que no quería alargar el viaje si podía evitarlo.

No, permanecería dentro del hiperespacio todo el tiempo posible, y dejaría que el campo de interdicción se encargara de devolverla al espacio...

¡WHAM!

El *Caballero Galante* fue recorrido de proa a popa por una violenta sacudida cuando la nave se vio expulsada del hiperespacio y arrojada al espacio propiamente dicho. Los visores quedaron inundados por un enloquecido amasijo de líneas estelares que se enredaban unas con otras, y todas las alarmas de la nave empezaron a sonar al mismo tiempo. Tendra, que seguía siendo una piloto muy poco experimentada, sucumbió al pánico durante un momento y se quedó paralizada mientras las luces se apagaban y la nave empezaba a dar tumbos por la oscuridad. Después recuperó el control de sí misma y alargó la mano hacia el interruptor de desconexión manual del hiperimpulsor.

La mitad de las alarmas dejaron de sonar en cuanto el hiperimpulsor quedó apagado y dejó de tratar de mantener a la nave dentro del hiperespacio. Con un poquito de suerte, Tendra lo habría desconectado antes de que se quemara..., aunque naturalmente eso no tendría ninguna importancia dentro del futuro inmediato. Pulsó los desactivadores de las otras alarmas y se dispuso a recuperar el control de la nave que seguía girando locamente. A efectos prácticos no

había ninguna prisa, por supuesto, pero ver cómo todo el universo desfilaba por los visores en una sorprendente rotación que no parecía seguir ninguna dirección concreta resultaba más que un poquito desconcertante.

Además, Tendra quería que el panorama estelar se estabilizara lo suficiente para que pudiera ver hacia dónde estaba yendo.

Allí. Allí estaba. Todavía se encontraba lo suficientemente lejos para no mostrar un disco. Era esa estrella bastante cercana que relucía con tanta claridad: ésa era Corell, cuya luz brillaba sobre Corellia.

Quizá necesitara algún tiempo para llegar hasta allí, pero iba por el buen camino..., y ya no tardaría mucho en llegar.

12

Debajo del iceberg

Han había perdido toda idea del tiempo. Seguían avanzando a lo largo de los túneles iluminados por aquella extraña claridad escarlata, moviéndose tan despacio como un par de caracoles. Había algo indefiniblemente antiguo en los túneles, algo que —a pesar de que todos estaban secos, bien excavados y mejor conservados— indicó a Han que llevaban mucho tiempo allí. Bueno, ¿y por qué no? Los selonianos habían vivido en Corellia —y dentro de Corellia, lo cual venía mucho más al caso en lo referente a los túneles— durante nadie sabía cuántos millares de años, y una vez excavado un túnel tenía una cierta tendencia a seguir donde estaba. Debía de haber miles de kilómetros de túneles extendiéndose por debajo de la superficie sólo en la región de la capital.

Pero Han habría preferido que hubieran construido menos túneles y que los hubieran hecho más espaciosos. De vez en cuando su deseo se convertía en realidad y llegaban a un pasadizo más amplio, a veces sólo lo suficiente para que dos selonianos pudieran caminar el uno al lado del otro, y en ocasiones entraban en una vasta caverna artificial de centenares de metros de diámetro, todos ellos iluminados por la misma lúgubre claridad rojo oscuro. Han siempre se alegraba de ver esos lugares, conformándose con que el techo estuviera lo suficientemente arriba para que pudiese ponerse de pie..., aunque ya no fuese capaz de estar de pie. Las interminables horas de arrastrarse por aquellos angostos túneles le habían dejado encorvado, con la espalda dolorida y las rodillas tan maltrechas, rígidas y llenas de morados que apenas si podía enderezarlas. Pero incluso el avanzar tambaleándose, con las piernas tías y punzadas de dolor recorriéndole la espalda, resultaba preferible a reptar por los túneles de techo más bajo.

Su ordalía no tenía nada de privada. Había un público, y era muy numeroso. Cualquier cámara lo bastante grande para contener un cierto número de selonianos estaba haciendo precisamente eso. Había docenas, centenares de ellos. Estaban por todas partes, trabajando diligentemente con máquinas que Han encontraba vagamente familiares sin lograr identificarlas del todo, llevando cosas de un lado a otro, hablando y discutiendo y gritando y riendo tanto en el seloniano común que Han había aprendido como en el lenguaje de silbidos-y-mugidos que había oído por primera vez en el túnel. Estaba claro que había llegado el momento de empezar a preguntarse hasta qué punto el seloniano «común» era realmente común.

Fuera donde fuese, todos le observaban y todos los ojos se volvían hacia la extraña aparición llegada del mundo superior. En las cámaras más concurridas, los selonianos hacían cuanto podían para mantenerse alejados de él. ¿Obraban de esa forma por miedo, repugnancia o respeto, o sencillamente porque se les ordenaba que así lo hicieran? Han no tenía ni idea. En una o dos ocasiones recibió un empujón cuando algún seloniano con prisas no miró por dónde iba.

A Han no le importaba demasiado, porque le hacía sentir que realmente estaba allí. De hecho, las miradas lanzadas desde todos los rincones apenas le molestaban. Era una reacción que podía entender sin ninguna dificultad. Después de todo, si alguna vez había existido un humano al que pudiera definirse como «un turista nato», tenía que ser él. Su situación actual no tenía nada de agradable, pero aun así Han seguía esforzándose tozudamente para ver todo lo que pudiese ver porque era plenamente consciente de hasta qué punto era raro aquel privilegio del que estaba disfrutando.

Incluso pudo echar algún vistazo a las otras castas, las hembras y machos reproductores..., o por lo menos eso creyó. En una gran cámara que atravesaron vio a cuatro o cinco selonianos más

grandes y de aspecto un tanto más obeso inmóviles a un lado de la estancia. Parecía haber un gran número de sirvientes que estaban atendiéndoles, y sin embargo no había ni rastro de servilismo en toda la atención que se estaba prestando a los selonianos más gordos. De hecho, toda la operación estaba envuelta en un aura impersonal y gélidamente eficiente. Han vio cómo un sirviente traía una bandeja de comida a los reproductores..., pero no había ninguna ceremonia en ello, y la comida era simplemente comida y no un banquete. Sin saber muy bien por qué, Han pensó que todo aquello le recordaba más a un granjero que estuviera alimentando su ganado que a un sirviente atendiendo a la realeza.

Poco a poco fue siendo consciente de que los túneles estaban impregnados de un leve aroma a especias, un olor no desagradable pero sí bastante acre y penetrante. Era la fragancia que desprendían muchos selonianos reunidos en el mismo sitio. Han no hubiese sabido explicar por qué, pero lo encontró vagamente tranquilizador y reconfortante.

Nunca había tenido la más leve idea de que los túneles selonianos fuesen tan extensos. Durante su adolescencia había tenido la vaga noción de que a los selonianos les gustaba vivir en el subsuelo, pero eso siempre había sido presentado como una parte del pasado primitivo, algo que había ocurrido hacía mucho tiempo. Los selonianos modernos, urbanos y civilizados no vivían en túneles debajo del suelo. Vivían en bonitas casas y apartamentos de lo más normales, igual que los humanos, porque ésa era la manera normal de vivir.

Han estaba empezando a comprender que los selonianos que los humanos veían en las ciudades sólo eran la punta del iceberg, aquellos que habían recibido un adiestramiento especial para relacionarse con los forasteros. También estaba empezando a resultarle cada vez más obvio que eran una mera pantalla, y que habían sido meticulosamente entrenados para hacer que los humanos se sintieran lo más cómodos posible en su presencia y conseguir que los selonianos les parecieran menos extraños, menos alienígenas. Han siempre había sido vagamente consciente de que las viejas costumbres de las madrigueras, los septos y los pasajes subterráneos seguían vivas, pero siempre había pensado que esas cosas eran vestigios del pasado y que carecían de importancia en el nuevo día moderno de la vida seloniana. Han estaba empezando a entender que en realidad eran las costumbres modernas las que carecían de importancia.

Estaba viendo cosas que nunca había sabido que existieran, y que sin embargo estaba clarísimo habían formado parte del mundo en el que había crecido, y que eran una parte más del mundo al que llamaba hogar. ¿Hasta qué punto había estado ciego Han —y todos los humanos de Corellia— a la verdadera naturaleza de la cultura seloniana? ¿Y qué pasaba con los dralls? ¿Sería posible que también tuvieran secretos igualmente profundos?

Los pensamientos de Han habían llegado a ese punto cuando salieron de un túnel particularmente angosto y entraron en una cámara enorme cuyas dimensiones eran como mínimo el doble de las de cualquier otra que hubiese visto hasta aquel momento. Su tamaño se aproximaba al de una ciudad subterránea..., y si se trataba de una ciudad, no cabía duda de que tenía una población muy numerosa. Había algo entre febril y electrizante que estaba presente de una manera muy literal en la atmósfera de aquel lugar. Aquel aroma a especias que indicaba la proximidad de muchos selonianos volvía a estar allí, más potente que nunca. El olor se hallaba impregnado por una extraña sombra acre, una vaharada de lo que sólo podía ser el sudor provocado por el miedo.

Han siguió a Dracmus hasta salir del diminuto túnel secundario y se incorporó con un doloroso esfuerzo. Parecía como si cada centímetro cuadrado de su cuerpo tuviera su propia variedad particular de dolor, molestia o punzada. Aún no se había recuperado por completo de la paliza que Dracmus le había propinado para diversión de Thrackan. Sólo habían transcurrido unos días desde entonces, y sin embargo parecía como si hubiera pasado por lo menos media vida. Aquellas lesiones ya habrían costado bastante de curar sin el castigo añadido del viaje a través de los túneles selonianos. De hecho, el que Han todavía pudiera moverse era todo un pequeño prodigio.

Pero a pesar de todo, no cabía duda de que poder volver a incorporarse era un gran placer. Han acabó de erguirse hasta quedar totalmente vertical..., y cambió repentinamente de parecer cuando una llamarada, de dolor le recorrió la espalda. Parecía que el erguirse no era un placer tan grande después de todo.

Pero aparte de una espalda dolorida, allí había muchas más cosas a las que prestar atención. Han miró a su alrededor. Vio que parecía haber un número considerable de selonianos gravemente heridos entre la multitud, y que varios de ellos estaban acostados sobre camillas. Algunos llevaban vendajes ensangrentados, y por debajo de la confusión de voces del gentío Han pudo oír un gemido estridente, un sonido de miedo y dolor. Alguien a quien no podía ver estaba gritando sin parar con un grito que se encontraba más allá de toda esperanza de recibir ayuda o alivio, lanzando una llamada gemebunda llena de pena y pérdida. Incluso los que no parecían heridos tenían el indefinible aspecto de las criaturas perdidas, flacas y asustadas que habían sobrevivido a una catástrofe y todavía no podían creer que siguieran vivas.

— ¿Quiénes son? —preguntó Han.

—Refugiados —dijo Dracmus, y su voz sonó tan cortante como irritada. Fueran cuales fuesen las órdenes que había recibido en lo tocante a responder preguntas, aquella vez no había podido contenerse—. Son refugiados producto de las acciones de tu primo Sal-Solo y su Liga Humana. Sus hogares de superficie quemados, bombas de gas en sus túneles... Perseguidos, acosados, cazados a tiros. Los caminos de tránsito principales quedaron atascados por más de ellos, y cualquier otro tráfico debe usar los ramales secundarios, los túneles pequeños.

»Opusimos resistencia cuando pudimos, pero la Liga Humana tenía la fuerza del número y las armas y la sorpresa. Así que huimos, nos retiramos, nos escondemos. Suministros destruidos o lejos, y no hay nada que podamos usar para ayudarles. No hay vendas, no hay medicinas, ni siquiera hay ninguna comida. No podemos obtener nada de todo eso, porque la Liga Humana bloquea nuestros accesos. Mi pueblo sufre porque Thrackan Sal-Solo, un humano de tu sangre, dice que deben sufrir, y por ninguna otra razón.

Han quiso protestar, repetir que todo aquello no era culpa suya y que Thrackan era tan enemigo de Han como de Dracmus. Pero un instante después comprendió que eso no era verdad. Thrackan Sal-Solo nunca perseguiría a todos los miembros de la familia de Han por el crimen de ser humanos, y nunca exigiría que todos fueran expulsados del planeta donde habían nacido para hacer sitio a otra raza.

Han intentó ver la situación de la forma en que lo hacía Dracmus. Las relaciones familiares selonianas eran irrevocables de maneras en que no lo eran las relaciones humanas. Nacías en tu septo, en tu clan, y no había ninguna salida..., o ni siquiera un solo pensamiento de que pudiera haberla. Formabas parte del todo de maneras en que los humanos nunca llegaban a hacerlo. El clan, el septo y la madriguera actuaban como una sola entidad. Para una hermana-de-septo actuar contra el septo resultaba tan imposible como se lo resultaría a la mano de una persona tratar de rodear el cuello de su propietaria y estrangularla. A los ojos de los selonianos, Han era una parte del todo que formaba la familia de su primo. Si los horrores que veía delante de él era el tratamiento que un miembro de su familia ofrecía a los selonianos, entonces Han estaba empezando a entender por qué los selonianos desconfiaban tanto de él.

De hecho, lo único que había de sorprendente en toda aquella situación era que todavía no le hubieran matado. Han debía conformarse con la esperanza de que «todavía» no fuese la palabra clave.

—Ven, respetado Solo —dijo Dracmus—. Debemos seguir adelante. El fin está cerca, pero queda poco tiempo.

«¿El fin está cerca?» Si había una frase que estuviera cargada de connotaciones desagradables, sin duda tenía que ser ésta. Han ni siquiera se atrevió a preguntar qué significaba. Pero el resto de lo que había dicho Dracmus...

— ¿Adonde vamos? —preguntó mientras trataba de ponerse en movimiento. Había estado erguido durante muy poco tiempo, pero aun así había bastado para que se sintiera envarado y lleno de cansancio—. ¿Para qué queda poco tiempo?

La expresión del rostro de Dracmus era indescifrable incluso para una seloniana.

—Ya he dicho demasiado —replicó—. Vamos.

Han inició un tambaleante avance, siguiendo a Dracmus a través del tumulto de la gigantesca cámara.

Luke Skywalker entró en los jardines de la casa de Gaeriel Captison y se sentó en el banco colocado delante de la pequeña lápida. Ya sabía que debajo de ella estaban las cenizas de Pter Thanas, el esposo de Gaeriel. Le resultaba difícil no volver la mirada hacia aquella piedra sin pensar en el hombre al que recordaba. Había sido un buen hombre y, por todo lo que sabía, había sido un buen esposo para Gaeriel.

Pero ese esposo no había sido Luke Skywalker. ¿Era ahí donde...? Sí, ahí estaba. Eso era lo que le resultaba más difícil de asimilar. Otro hombre había sido para ella lo que él podría haber sido, y lo que quizá habría sido si el destino hubiera dado otra forma a los acontecimientos.

Pero los acontecimientos habían sido de una manera y no de otra, y no se podía hacer nada al respecto. Era la mañana de la despedida, y había llegado el momento de aceptar las cosas como eran y de seguir adelante. El Sector Corelliano, su hermana y su familia tenían serios problemas. Luke tenía que pensar en ellos, y no en lo que podría haber sido.

Pero dejar atrás el pasado no iba a resultar tan fácil. No aquella mañana. Luke oyó un sonido detrás de él, se puso en pie y se dio la vuelta. Allí estaban, bajando por la escalera de atrás, Gaeriel y su hija, Malinza.

La pequeña tenía una espléndida cabellera negra, y la llevaba recogida en largas trenzas que colgaban a lo largo de su espalda. Tenía la piel bastante pálida y unos ojos castaños de expresión más bien solemne. Madre e hija vestían largas túnicas blancas, unas prendas sencillas y carentes de todo adorno. Gaeriel estaba bajando la escalera con lenta dignidad, pero Malinza estaba convirtiendo el descenso en un juego, canturreando para sí misma mientras iba bajando cada peldaño con un ágil saltito.

Luke fue hacia ellas y las recibió al final de la escalera.

—Buenos días, Luke —dijo Gaeriel—. Has sido muy amable al venir. Quería que os conocierais.

—No me lo habría perdido por nada —dijo Luke.

Gaeriel sonrió.

—Me alegra que pienses así —dijo, y se volvió hacia su hija—. Malinza, quiero que conozcas a un amigo mío muy especial —añadió—. Va a acompañarme en mi viaje.

Malinza dejó de canturrear para sí misma y alzó la mirada hacia Luke. Su rostro estaba muy serio.

—Hola —dijo—. ¿Vas a acompañar a mi mamá para cuidarla?

Luke se arrodilló delante de la niña. Las horas que había pasado en compañía de los hijos de Leia le habían enseñado unas cuantas cosas. Sabía que con algunas preguntas era preciso darles la vuelta si querías entender lo que el niño estaba pensando realmente. A Malinza la preocupaba un poco el no tener muy claro quién cuidaría de ella mientras su mamá estuviese fuera. Luke pensó que sería mejor que intentara dirigir la conversación hacia ese punto y dejarla lo más tranquilizada posible.

—No voy a hacer ese viaje para cuidar de ella —dijo—, pero procuraré que no le ocurra nada malo. Y aunque tu madre tenga que irse durante algún tiempo, nunca lo haría si no se hubiera asegurado de que aquí habría alguien para cuidar de ti.

—Claro que sí, Malinza —dijo Gaeriel, arrodillándose al lado de su hija y dándole una palmadita en el hombro—. La señora Boble se quedará contigo, y la dama Corwell vendrá cada día para cerciorarse de que todo va bien. Y toda tu familia estará aquí también, ¿sabes? Todos ellos cuidarán de ti.

—Pero yo te quiero a ti, mamá —dijo Malinza.

—Ya lo sé, cariño. Me romperías el corazón si no quisieras que estuviese aquí, a tu lado... Pero a veces las personas mayores tienen que hacer cosas que no quieren hacer. Yo no quiero irme, pero he de hacerlo. Los amigos de Luke nos ayudaron muchísimo hace mucho tiempo. Ahora ellos necesitan ayuda, y tenemos que devolverles el favor.

Malinza miró a Luke. Su rostro estaba muy solemne.

—¿Y realmente necesitas que mi mamá te ayude? —preguntó.

Luke pensó en su sobrina y sus sobrinos, atrapados detrás del campo de interdicción corelliano, perdidos en acción a bordo del *Halcón Milenario*. Sin Gaeriel, no tendrían la flota de Bakura. Y sin flota de Bakura, no habría rescate de Corellia.

—Sí —dijo—. Realmente necesitamos su ayuda.

Malinza pensó en silencio durante unos momentos y acabó asintiendo.

—Muy bien —dijo, y su tono no podía ser más serio—. Pero tienes que procurar que no le pase nada malo, tal como has prometido.

—Lo haré —dijo Luke—. Lo haré.

El *Caballero Galante* avanzaba hacia Corellia sin ninguna prisa y tomándose su tiempo, arrastrándose a velocidades sublumínicas por una trayectoria que acabaría llevando la nave al planeta.

Tendra Risant volvió la mirada hacia el transmisor radiónico por centésima vez. Parecía estar funcionando. Todas las luces de los indicadores estaban en verde y el aparato estaba consumiendo toda la energía que se suponía que debía consumir, y no había duda de que el repetidor de mensajes estaba enviando una y otra vez su llamada. Tendra lo había comprobado un número suficiente de veces.

—Tendra a Lando —dijo su voz desde la rejilla metálica—. Responde en la frecuencia preasignada, por favor. —Una pausa—. Tendra a Lando. Responde en la frecuencia preasignada, por favor...

Después había una nueva pausa de diez segundos de duración y luego el mensaje era repetido otra vez, y así sucesivamente.

Pero ya habían pasado días, y no había recibido ninguna respuesta. Lando le había dicho que la unidad radiónica instalada a bordo del *Dama Suerte* siempre estaba conectada y que nunca

dejaba de barrer las frecuencias en busca de mensajes. En ese caso, ¿por qué aún no había respondido? ¿Sería acaso que no estaba dentro del sistema? ¿Estaba lejos del *Dama Suerte*? ¿Estaba muerto? ¿O sería quizá que algún componente que costaba un décimo de crédito había fallado, que algún cachivache oculto dentro del transmisor de Tendra o del receptor de Lando había dejado de funcionar? Quizá Lando le estaba enviando una réplica, repitiéndola una y otra vez, y se preguntaba por qué Tendra no respondía. Pero el receptor también parecía estar funcionando a la perfección. Por lo menos cuando hacía girar el mando del volumen hasta ponerlo al máximo obtenía un siseo ahogado, que debía de ser estática procedente de fuentes naturales. Si la unidad podía captar estática, entonces seguramente era capaz de captar una señal. ¿O no tenía por qué ser así? Tendra también era consciente de que sus conocimientos de radiónica distaban mucho de ser lo suficientemente profundos.

Pero estaba empezando a ser toda una experta en el arte de esperar..., y de preocuparse.

Volvió a hacer girar el mando de volumen del transmisor-monitor, aumentando la recepción sólo para estar segura de que seguía funcionando.

—Tendra a Lando. Responde en la frecuencia preasignada, por favor. Tendra a Lando. Responde en la frecuencia preasignada, por favor. Tendra a Lando. Responde en la frecuencia preasignada, por favor...

13

Una elección yggyn

—Se ha acabado el tiempo —dijo Mara mirando a Leia—. Ha llegado el momento de tomar una decisión.

Mara estaba sentada en el sillón de pilotaje del *Fuego de Jade* y observaba a Leia con tranquila firmeza. Leia, que ocupaba el puesto del navegante, le devolvió la mirada con el rostro mucho más calmado de lo que hubiese debido estar teniendo en cuenta su estado emocional.

—Así es —admitió—. Ha llegado el momento de tomar una decisión.

En cuanto se hubo librado de la persecución inicial, Mara se había limitado a dejar el *Fuego de Jade* en una órbita aleatoria alrededor de la estrella Corell, permitiendo que la nave fuera donde quisiese con todos los sistemas al mínimo de potencia. La idea era que una pauta de vuelo aleatoria sin consumo de energía les proporcionaría un máximo de probabilidades de evitar ser detectadas por cualquiera que pudiese tratar de alcanzarlas. Estaban siguiendo un curso inestable, y si se permitía que la nave siguiera adelante sin ser pilotada, dentro de unos meses el *Fuego de Jade* acabaría trazando una espiral que terminaría dentro de Corell.

Eso no ocurriría, naturalmente. Podían cambiar de curso en cualquier momento. El problema era que debían decidir qué rumbo iban a seguir. Se habían ayudado a escapar, pero ninguna de las dos tenía ningún plan de acción claro más allá de eso. Habían intentado trazar un plan justo después de su huida, pero ninguna de las dos se hallaba en condiciones de hacerlo y la conversación había acabado degenerando en una áspera discusión sin sentido. Enseguida había quedado claro que las dos estaban demasiado cansadas para tomar ninguna decisión. Las dos mujeres habían necesitado un poquito de tiempo para recuperarse de sus lesiones y descansar, y de todas maneras no parecía haber ninguna necesidad acuciante de tomar una decisión inmediata. Mara y Leia habían acordado permitirse treinta horas de descanso y recuperación antes de llegar a una decisión final.

Y por fin había llegado el momento de escoger un destino y un plan de acción, pero Leia tenía la corazonada de que hacerlo no iba a resultar nada fácil.

—Supongo que sigues queriendo volver a Corellia —dijo por fin.

—Sí, quiero volver ahí —replicó Mara—. Es donde está sucediendo todo, ¿verdad? No sé qué va a pasar en este sistema, pero sea lo que sea se decidirá allí.

— ¿Y por qué debería importarte lo que ocurra aquí? —preguntó Leia—. ¿Por qué debería importarte quién manda y quién obedece en este sistema planetario? No eres corelliana y aunque es cierto que la Liga Humana no te cae nada bien, la Nueva República tampoco te gusta demasiado. ¿Por qué quieres estar en el centro de la acción? ¿Por qué no te limitas a marcharte?

—Sí que me importa lo que ocurra —dijo Mara—. Soy comerciante, y hemos hecho una gran inversión en Corellia. Hemos invertido tiempo, dinero y energía en ese sitio, y la inversión estaba empezando a dar beneficios. Estábamos empezando a explotar algunas rutas muy prometedoras a través de este sector. Mis costes subieron de manera astronómica cuando empezaron las revueltas. Quiero estabilidad para poder obtener unos beneficios continuados. La estabilidad no tiene mucho que ver con los dictadores de opereta. Y aunque no siento demasiado aprecio por la Nueva República, también cabe la posibilidad de que la idea de que alguien se dedique a destruir sistemas estelares llenos de gente me resulte un poco desagradable. —Mara guardó silencio

durante unos momentos y miró fijamente a Leia—. Pero en realidad tu pregunta no tiene nada que ver con eso, ¿verdad?

Leia rechazó el impulso de negar lo que estaba dando a entender Mara. Cuando los dos bandos eran capaces de ver la verdad, fingir no tenía ningún sentido.

—No —dijo.

—Querías saber si podía ofrecer una explicación plausible al hecho de que siga aquí, y si mi conducta tiene algún motivo que no resulte sospechoso. Después de todo, el mensaje de los destructores de estrellas llegó a través de mí... Tienes que preguntarte si formo parte de la conspiración. ¿Puedo recordarte todas las razones con que cuento para sospechar que tú formas parte de la conspiración, Leia? El mensaje estaba codificado de acuerdo con tus características personales, y quienes lo enviaron se tomaron muchísimas molestias para demostrar que eran capaces de descifrar tu código particular. Además, ese mensaje contenía datos que sólo podían proceder de fuentes clasificadas de la Nueva República.

— ¿Y qué motivo puedo tener para derrocar al gobierno de la Nueva República en el Sector Corelliano? —preguntó Leia.

—No tengo ni idea —replicó Mara—. Por otra parte, ¿qué motivo puedo tener yo para crear todas esas perturbaciones en este sistema? Parece que no te cuesta nada considerarme sospechosa de haber hecho ciertas cosas sin pensar ni un instante en los motivos. ¿Por qué no debería poder disfrutar yo del mismo lujo? Además, podría inventarme un escenario perfectamente factible en el que tú tramas alguna clase de plan para librarte de la Liga Humana y los otros rebeldes, engañándoles para que se pongan al descubierto con la intención de aplastarlos en cuanto supieras dónde estaban. Sería un juego bastante peligroso, por decirlo suavemente, y si es el juego en el que estás metida... Bueno, está muy claro que tu plan no ha funcionado. Pero es posible.

Los labios de Leia se curvaron en la sombra de una sonrisa.

— ¿Por qué detenerse ahí? ¿Por qué no dar rienda suelta a la imaginación? Quizá las dos estamos involucradas en la conspiración y lo único que ocurre es que se trata de una conspiración tan secreta y compartimentada que ninguna sabe que la otra también forma parte de ella. Puede que una de nosotras o ambas seamos meros títeres, peones que están siendo utilizados en la partida de alguien más sin que seamos conscientes de ello. Tú sabes tan bien como yo lo difícil que resulta detenerse en cuanto has empezado a jugar al juego de los engranajes dentro de los engranajes y los planes secretos.

—Es cierto —dijo Mara—. Pero lo que realmente importa es que no puedo confiar plenamente en ti o en tus motivos, de la misma manera que tú tampoco puedes confiar en mí o en los míos.

—Bueno, por lo menos en eso podemos estar de acuerdo —dijo Leia—. Pero finjamos que podemos confiar la una en la otra. ¿Qué quieres hacer?

Mara se recostó en el sillón de pilotaje y clavó la mirada en las estrellas.

—Lo lógico sería responderte que ésta no es mi guerra y que no deseo morir en el fuego cruzado de otra persona. Lo inteligente sería dirigir el morro de esta nave hacia el exterior del sistema corelliano y conectar los motores sublumínicos. Podríamos tardar bastante en salir de aquí, pero acabaríamos saliendo..., y dudo que hiciera falta tanto tiempo como se podría pensar en un principio.

—Estoy de acuerdo —dijo Leia—. No pueden mantener conectado eternamente ese campo de interdicción. Tiene que consumir enormes cantidades de energía, y el mantenimiento ha de resultar bastante complicado. Incluso si el mantenimiento no plantea ningún problema técnico, tarde o temprano el estar aislados empezará a serles más perjudicial que beneficioso. Políticamente, económicamente, etcétera.

—Cierto —dijo Mara—. Yo también lo veo así. Pero por muy inteligente, lógico y prudente que sea el irse, el caso es que no quiero irme. Alguien me ha causado un montón de problemas y quiero devolverle el favor. Además, tampoco podemos olvidar que en cuanto volvamos a conectar los motores sublumínicos, y cuanto más tiempo los tengamos encendidos, más probabilidades habrá de que nos detecten y nos derriben.

—Tú conoces esta nave y lo detectable que es —dijo Leia—. ¿Puede eso ayudarnos a tomar una decisión? ¿Existe algún destino hacia el que podamos dirigirnos con un mínimo de probabilidades de ser detectadas?

—Buena idea, pero no nos lleva a ninguna parte —replicó Mara—. Seguimos estando lo suficientemente cerca de Corellia para que nos baste con conectar los motores y poco más para llegar allí. Si lleváramos a cabo una aproximación nocturna por encima de los océanos y voláramos sobre las copas de los árboles hasta el sitio al que quisiéramos llegar, las probabilidades de que nos detectaran serían muy reducidas. Selonía y los Mundos Dobles, Talus y Tralus, se encuentran muy cerca del punto de máxima aproximación mutua. Están más lejos de nosotras, al otro lado del sol. Por otra parte entonces tendríamos el sol detrás, lo cual le dificultaría bastante el detectarnos a cualquiera que pueda estar vigilando el espacio desde Corellia, Selonía o los Mundos Dobles. Drall está más cerca y el trayecto sería más corto, pero no contaríamos con el resplandor solar para ocultarnos dentro de él. Sin embargo, por lo que sé Drall es el planeta que tiene la red detectora de naves espaciales menos sofisticada del sistema. Digamos que todas las opciones son más o menos igual de atractivas.

—Muy bien —dijo Leia—. No quieres salir del sistema, y las probabilidades de llegar a cualquiera de los destinos plausibles son aproximadamente idénticas. Pero quieres ir a Corellia, porque consideras que es el centro de la crisis. Creo que volver allí sería un suicidio. Nos estarán buscando, y estarán muy enfadados con nosotras. Es el único sitio en el que podemos tener la seguridad de que los que mandan nos obsequiarán con una recepción muy hostil.

—Y tú quieres ir a Drall porque es el sitio donde hay más probabilidades de que estén tus hijos, ¿no? —preguntó Mara.

—Sí. El único nativo de Corellia que había a bordo del *Halcón Milenario* era un drall. Lo lógico es que Ebrihim haya escogido como destino el sitio que mejor conoce y en el que los niños podrían estar más seguros.

—Y yo digo que ir allí no tiene ningún sentido —protestó Mara—. No sabemos nada sobre lo que está ocurriendo en los otros planetas, pero tenemos que dar por supuesto que las cosas andan bastante mal. Si Ebrihim ha llevado a tus niños allí, ahora los tendrá escondidos tanto por su propia seguridad como por la de los niños. Y nosotras también tendríamos que escondernos..., lo cual no resultaría nada fácil cuando sólo hay unos cuantos centenares de humanos en el planeta. ¿Cómo se supone que vamos a permanecer escondidas, encontrar a otro grupo que también está escondido y reunimos con ellos?

—A través de la Fuerza —respondió Leia—. Llévame lo suficientemente cerca de ese planeta y podré percibir su localización. Sé que podré hacerlo.

—Lo cual nos sería muy útil si se encuentran a buen recaudo. Aun suponiendo que consiguiéramos dar con ellos, ¿qué harías entonces? ¿Dar unas palmaditas en la cabeza a tus niños y esconderte con ellos? ¿Cómo afectaría a su situación actual la llegada de una nave humana? ¿Estarían más seguros o correrían más peligro? Si las cosas están tan mal allí como en Corellia, yo diría que correrían más peligro. ¿Y qué haría yo? Drall es un planeta remoto, un mundo provinciano y atrasado... Ya que hablamos de ello, ¿qué harías tú allí? Si vamos a Drall no podremos hacer absolutamente nada.

Al principio Leia no dijo nada. Los argumentos de Mara tenían demasiada lógica. Encontrar a sus niños haría que se sintiera mejor, pero no mejoraría la situación. La única forma de que los niños estuvieran realmente a salvo era poner fin a aquella crisis.

—No puedo abandonar a mis hijos —dijo por fin.

—Nadie te está pidiendo que lo hagas. Oye, intenta pensar... Si están vivos y a salvo en Drall, tienen a Chewbacca y al *Halcón Milenario* y a su maestro drall y a todos los contactos que posea Ebrihim allí. Tienen todo eso en acción para protegerles. Si te reunieras con ellos, ¿estarían realmente más seguros..., o serviría eso únicamente para hacer que te sintieras mejor?

Leia frunció el ceño.

—De acuerdo —admitió—. Quizá no debería ir a reunirme con ellos..., todavía. Pero no voy a permanecer lejos de mis hijos ni un minuto más de lo estrictamente necesario. —Guardó silencio durante un momento—. Resulta obvio que hemos llegado a una situación de tablas. Me parece que podríamos encontrar argumentos sólidos en contra de cualquier curso de acción posible.

—¿Y cómo se las va a arreglar una de nosotras para persuadir a la otra cuando ninguna confía en los argumentos de la otra? —preguntó Mara—. Podría estar intentando llevarte a una trampa, o viceversa. —Mara permaneció callada durante unos instantes. Después sus ojos parecieron iluminarse, y se volvió hacia Leia—. ¡Eh, se me acaba de ocurrir algo! —exclamó—. ¿Estás familiarizada con el concepto de un compromiso yggyn? Ha permitido concluir con éxito más de una negociación comercial atascada.

Leia sonrió.

—Lo conozco muy bien. Si ninguna de las partes puede aceptar las propuestas de la otra, las dos acuerdan una tercera alternativa. Yo quiero Drall. Tú quieres Corellia. Si nos sometemos a las reglas yggyn, iremos a Selonia.

Mara se encogió de hombros.

—Estaba pensando en Talus y Tralus, pero Selonia servirá. Necesitamos algún sitio al que ir, y por lo menos en Selonia hay algunas probabilidades de que seamos bien recibidas. Cualquier cosa es mejor que seguir sentadas aquí discutiendo hasta que choquemos con el sol.

—Muy bien —dijo Leia, respirando hondo y contemplando la oscuridad estrellada—. Muy bien... Entonces iremos a Selonia.

—Sigo lamentando no haber venido en el *Halcón Milenario* —dijo Q9—. Este aerodeslizador es incapaz de defenderse.

—Y estamos apretadísimos —se quejó Anakin desde el asiento trasero—. ¿Cuándo vamos a llegar allí?

—Oh, oh —dijo Jaina, que estaba sentada delante—. Jacen, procura que empiece a pensar en otra cosa y hazlo deprisa, o vas a oír esa pregunta un muchillón de veces más.

La duquesa Marcha estaba sentada en el asiento delantero del aerodeslizador, incrustada entre Jaina y Chewbacca, que se encargaba de pilotar el vehículo. Nunca había estado tan cerca de un wookiee, y estaba descubriendo que no era la más relajante de las experiencias. Pero no podía entender por qué Jaina había reaccionado con tanto nerviosismo ante la pregunta de su hermano pequeño.

—¿No puedes limitarte a responderle y pedirle que se esté callado después? —le preguntó a Jaina en voz baja.

Las ingentes habilidades necesarias para manejar a un niño humano pequeño la tenían francamente perpleja, y además a ella tampoco le molestaría saber cuánto iba a durar el viaje. Sacarle información a Chewbacca no resultaba nada fácil.

—Eso no daría ningún resultado —respondió Jaina en un susurro—. Responderle sólo serviría para que se concentrara en la pregunta, y dentro de dos minutos preguntaría: «¿Y ahora cuándo vamos a llegar ahí?». Después volvería a hacer la misma pregunta dentro de dos minutos, y en cuanto hubieran pasado otros dos minutos, y...

—Comprendo —dijo la tía Marcha.

Estaba mintiendo descaradamente, desde luego. ¡Qué criaturas tan extrañas eran aquellos humanos! Y los niños eran mucho más extraños que los adultos, por supuesto. Cómo se las habían arreglado para alcanzar una posición tan prominente en los asuntos galácticos era algo que no entendería jamás.

Pero por lo menos los mayores sabían cómo manejar al pequeño.

— ¡Anakin! —exclamó Jacen, habiendo encontrado una distracción adecuada—. ¡Mira hacia abajo! ¿Lo ves? Eso de ahí es el mar Hirviente.

Anakin, que estaba sentado detrás de Jacen y al lado de Q9, bajó la mirada hacia las oscuras aguas que se extendían debajo de ellos.

—No lo veo hervir —protestó.

—No siempre hierve —dijo Jacen—. Sólo lo hace a veces, durante el verano... Pero Q9 te explicará todo eso.

— ¿Lo haré?—preguntó el androide.

—Sí, Q9 —dijo Ebrihim desde su asiento al lado de Jacen—. Lo harás, y en voz baja. Es una orden.

—Muy bien —dijo Q9 con una clara falta de entusiasmo.

El androide empezó a explicar a Anakin cómo, durante los meses del verano, las temperaturas podían llegar a ser lo suficientemente altas para que aquella parte del pequeño mar rodeado de tierra por todas partes empezara a hervir, y cómo las nieves y lluvias invernales lo enfriaban y volvían a llenar la cuenca marítima. Anakin escuchó en silencio, lo cual era todo un prodigio, incluso cuando Q9 empezó a explicar que el mar era un accidente geográfico temporal que sin duda acabaría desvaneciéndose dentro de unos centenares de años debido a la erosión de las corrientes.

Marcha volvió a menear la cabeza. No tenía ni idea del porqué aquello debía parecerle interesante a un niño pequeño, pero eso no le impedía agradecer que le interesara. El viaje estaba empezando a resultar demasiado largo, pero eso era de esperar cuando se estaba recorriendo una ruta lo más discreta posible, de noche y a tan poca distancia de la tierra y el mar que el vehículo parecía rozar las copas de los árboles y las puntas de las olas. Fuera cual fuese la opinión que tuviera sobre sus capacidades sociales, Marcha se alegró de que pudieran contar con un piloto tan hábil como Chewbacca para que se encargara de aquel trabajo.

Y por fin Chewbacca acabó dejando escapar un gemido ahogado y fue reduciendo la velocidad hasta detener el aerodeslizador, dejándolo suspendido a unos diez metros del suelo. Marcha conectó el sistema de visión por infrarrojos, escrutó la pantalla y usó el amplificador para centrar el objetivo en una colina situada a unos tres kilómetros de distancia. Allí, brillando con un fantasmagórico resplandor verdoso en la imagen infrarroja, había un edificio no muy alto que parecía una caja y que se alzaba cerca de la cima de la colina.

—Es eso de ahí —dijo—. Tiene que serlo... Acércate muy despacio. Traza un círculo alrededor de la base de la colina hasta que estés al sur del edificio. Tendríamos que bajar a tres kilómetros doscientos metros al sur del edificio y sería conveniente que te acercaras lo más posible a ese punto, pero asegúrate de que el vehículo no pueda ser visto desde allí cuando bajes. Ah, y confío en que tendrás apagadas las luces...

Chewbacca la fulminó con la mirada, pero no emitió ninguna réplica sonora.

Marcha no le prestó atención. Tenía otros problemas en los que pensar. Encontrar la excavación arqueológica no había resultado demasiado difícil. Entrar en ella —y salir después— iba a ser la parte realmente complicada. Si sus teorías eran correctas, Anakin podría ayudarles...

Suponiendo que pudieran conseguir que dejara de estar fascinado por el mar Hirviente, desde luego. Q9 estaba empezando a agotar su información sobre el tema.

14

Actividad subterránea

Por alguna razón misteriosa los túneles y pasadizos se iban volviendo más espaciosos a medida que avanzaban, o por lo menos a Han le parecía que así era. Quizá sencillamente habían evitado los túneles más grandes del sector anterior, o éstos habían quedado intransitables debido a la afluencia de refugiados..., o quizá fuese que los selonianos de aquella parte del planeta preferían caminar en posición vertical. La ausencia de humedad, el frío y el ligero olor a rancio típicos de los túneles anteriores también se repetían allí, y los nuevos túneles estaban iluminados por la misma lúgubre claridad rojo oscuro de los anteriores. Las paredes y los suelos tenían los ángulos tan pulcramente acabados y eran tan lisos como los de los túneles que habían dejado atrás, pero aquellos conductos eran mucho más grandes y estaban mucho menos concurridos.

Fueran cuales fuesen las razones del cambio, Han lo agradecía. Unos cuantos minutos de caminar totalmente erguido hicieron maravillas en él, y eliminaron los nudos más dolorosos de su espalda y sus piernas. Caminar erguido también tenía el beneficio añadido de que podían ir más deprisa. El lento avance de Han a través de los túneles por los que era preciso arrastrarse había acabado poniendo bastante nerviosa a Dracmus. El mero hecho de que pudiese mantenerse más o menos a su altura hizo que la seloniana pareciera tranquilizarse bastante.

Pero no disminuyó en lo más mínimo su tozuda reserva, por lo que Han decidió probar otro método y hacer preguntas distintas.

—Respetada Dracmus, sé que no puedes decirme adonde vamos o por qué, pero ¿podrías por lo menos decirme algo sobre la fuente de tus órdenes? Me conformaría con cualquier cosa que me dijeras.

Dracmus no respondió, y ni siquiera dijo que no pudiera responder. Han se lo tomó como una especie de admisión tácita de que iba por buen camino.

—¿Es algo que queda estrictamente dentro de tu septo? —insistió—. ¿O es algo más grande? ¿Se trata de una alianza, de un grupo de alguna clase?

—Respetado Solo... ¡Oh, por favor! He recibido las órdenes más..., más tajantes y claras imaginables del más alto de los lugares. Tienes el derecho a saber más, a saberlo todo, pero no debes y no puedes saberlo por mí.

Era bastante más de lo que había conseguido hasta el momento, aunque no fuese gran cosa. Han fue pensando en ello mientras seguían caminando. Incluso si no tenía ninguna información sólida, quizá dispusiera de la suficiente para hacer algunas conjeturas. «Muy bien —se dijo—. No confían en ti, pero no te han matado ni te han dejado tirado en cualquier sitio. ¿Qué te dice eso?» La respuesta era obvia, aunque también fuese inevitablemente vaga. Era la misma vieja historia de siempre: le querían para alguna cosa. Había algo que podía hacer, o algo que podía decir, que necesitaban. Podía tratarse de cualquier cosa. Ayuda técnica, conexiones políticas, experiencia militar, acceso a algún conocimiento que Han poseía sin ser consciente de su importancia... ¿Su receta para preparar combinados Zombi Mutante super-extra-fuertes, quizá? Podía tratarse de cualquier cosa.

Pero... Pero en realidad no podía ser exactamente eso, por supuesto. Si le necesitaran, no estarían obligándole a viajar por aquel limbo vacío de información. Lo más probable era que supiesen que podían llegar a necesitarle. Podían quererle para algo, y mientras tanto lo mantendrían «guardado en hielo» hasta que llegara el momento en el que estuvieran seguros de

que valía la pena correr el riesgo de confiar en él. Han se dijo que tenía que ser eso. Le querían para algo, pero no estaban seguros de que pudieran confiar en él..., o quizá no estaban seguros de que fuese a cooperar.

En cuanto a eso, Han tampoco estaba muy seguro de que fuera a hacerlo. No tenía ni idea de en qué bando estaban, o de cuáles eran los bandos en aquella lucha. Ni siquiera estaba demasiado seguro de qué lucha se estaba librando. Incluso antes de ser capturado por la Liga Humana, la situación en el sistema corelliano ya hubiese podido ser descrita como un combate de todos contra todos. No había ninguna forma de saber cómo había evolucionado —o degenerado— la situación desde entonces. A esas alturas del día, la madriguera de Dracmus podía estar a favor o en contra de prácticamente cualquiera.

Han acababa de llegar a esa deliciosa conclusión cuando se dio cuenta de que podía oír algo a lo lejos. Era una serie de sonidos metódicos y mecánicos —chasquidos, zumbidos y crujidos—, y estaban avanzando hacia ellos. Empezó a oír voces, voces selonianas, que hablaban entre ellas, y había algo en el ritmo y el tono de los gritos y llamadas que le recordó de manera irresistible a una cuadrilla de obreros de la construcción en pleno trabajo.

Dracmus también oyó los sonidos, y su paso se volvió más rápido y decidido.

Y de repente Han comprendió que se encontraban muy cerca del fin de su viaje, o por lo menos de aquella parte de él. Se apresuró a apretar el paso para seguir a Dracmus, y empezó a bajar por una larga rampa. Una luz blanco amarillenta subía hasta ellos desde el nivel inferior, y Han se asombró al ver que algo tan sencillo como una claridad distinta a la iluminación color rojo sangre de los túneles selonianos podía mejorar de una manera tan considerable su estado anímico, y siguió avanzando lo más deprisa posible hacia la luz y el sonido.

La rampa desembocaba en una gran cámara. Aquella nueva sala no era de piedra desnuda, sino de metal y plástico reluciente, y resonaba con el sinfín de ecos de una frenética actividad. Resultaba obvio que se trataba de un nudo de transportes. Su centro estaba ocupado por una pista de descenso de bolsillo, con tres pequeñas naves espaciales posadas sobre su superficie y dotaciones de mantenimiento trabajando en ellas. Han alzó la mirada y vio que el techo de aquella cámara era una cúpula retráctil. Al otro extremo de la base de la cúpula había un tren bala inmóvil en su vía y preparado para la partida, listo para salir disparado por el túnel provisto de rieles que atravesaba una pared de la cámara y desaparecía por la de enfrente. Pequeños vehículos de transporte entraban y salían a toda velocidad de las bocas de los túneles en un atareado ir y venir.

—Menudo lugar —fue todo lo que se le ocurrió decir.

—Hay muchos lugares como éste —dijo Dracmus—. Es como todos los demás.

Eso sorprendió a Han.

—Pero yo pensaba que el caminar era vuestra única forma de ir por los túneles.

— ¿Por qué pensar eso? ¿No piensas que los selonianos puedan construir sus propias máquinas y vehículos, en el caso de que decidiéramos hacerlo así? ¿Sólo somos primitivos ignorantes que viven en el subsuelo si no tienen la ayuda de nuestros maravillosos amigos humanos?

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Han—. Ha sido una estupidez por mi parte. Te pido disculpas.

Miró a su alrededor y comprendió que su situación se estaba volviendo cada vez más complicada. Aquel lugar era secreto, conocido únicamente por los selonianos. Han no tenía ninguna prueba de ello, pero aun así lo sabía. Los dralls y los humanos no iban allí, y nunca se les hablaba de aquel sitio.

— ¿Quién conoce la existencia de este lugar? —preguntó—. Aparte de los selonianos, quiero decir...

—Tú y nadie más —respondió Dracmus.

—Es justo la respuesta que esperaba no recibir —dijo Han.

¿Por qué tenía que ser precisamente ésa la única pregunta que Dracmus estaba dispuesta a responder de una forma clara e inequívoca? A Han no le gustaba nada enterarse de secretos involuntariamente. ¿Qué pasaría si acababan decidiendo que el que conociera la existencia de aquel lugar no había sido tan buena idea después de todo? La verdad es que sólo había una forma de hacer que una persona olvidara algo para siempre...

—Ven —dijo Dracmus—. Tenemos que seguir adelante.

La seloniana le precedió por un camino que empezaba en la boca del túnel y bajaba hacia el centro del complejo de transporte.

Han había medio esperado que se le subiría a uno de los vagones y que sería llevado hasta el despacho de algún funcionario en un túnel cercano. Si no se trataba de eso, lo más probable era que le subieran al tren para ir a algún sitio.

Pero Dracmus le llevó hasta la más cercana de las tres naves espaciales, que también era la más grande. ¿Una nave espacial? ¿Adonde demonios podían pensar llevarle? A algún otro lugar de Corellia, presumiblemente, un sitio que estaba lo suficientemente lejos como para que se tardara demasiado tiempo yendo por los túneles. Pero ¿adonde? ¿Y por qué?

Han inspeccionó el vehículo más atentamente. Le bastó con echarle un vistazo para comprender que no había salido de ninguno de los astilleros de Corellia operados por humanos. Aquella nave tenía que haber sido construida por los selonianos. Era un aparato pequeño y de corto alcance, decididamente incapaz de llevar a cabo vuelos interestelares. Tenía una forma general de cono achatado, y medía unos veinte metros de altura por veinte de anchura. También tenía el rasgo inusual de ser un aparato cuya capacidad de vuelo hacia adelante estaba orientada en el sentido vertical. La inmensa mayoría de las naves espaciales modernas estaban construidas como el *Halcón Milenario*, con la dirección del vuelo hacia adelante horizontal en relación a los soportes de descenso y el piloto mirando por un lado del aparato durante el despegue. Aquel pájaro tenía sus visores delanteros en la punta del cono, con lo que el piloto estaría mirando directamente hacia arriba durante el lanzamiento. El diseño era bastante tosco en muchos aspectos, pero también era sencillo y efectivo. Para empezar, el problema de cómo repartir las tensiones y cargas estructurales se volvía mucho más simple cuando el impulso procedía de un sola dirección. El *Halcón* tenía que vérselas con impulsos que surgían no sólo del sistema de propulsión de popa, sino también a través de los repulsores de los soportes de descenso. Eso sometía al vehículo a unas considerables tensiones estructurales..., y el *Halcón* no siempre había sido capaz de soportarlas. En cualquier caso, estaba claro que la capacidad constructora de los selonianos iba bastante más allá de las vagonetas y los trenes bala.

Mientras Han estaba contemplando la nave, una escotilla se abrió a cosa de un metro y medio de la base y una escalerilla de abordaje se fue desplegando desde el interior de la escotilla y se extendió hacia el suelo. Una seloniana de color rojizo y aspecto enérgico bajó por la escalerilla y fue hacia Dracmus y Han. La recién llegada sonrió a Han y dejó escapar una carcajada siseante.

—Así que ésta es la piel calva de la que tanto he oído hablar —dijo, hablando su lengua casi demasiado deprisa para que Han pudiera entenderla—. No parece gran cosa, ¿verdad?

—Es un él —explicó Dracmus—. Es un macho, joven Salculd. Y ha pasado por muchas privaciones, muchos daños y muchas dificultades. El que esté aquí para poder ser contemplado dice mucho de él.

Han quedó más que un poco sorprendido al oír aquellos elogios sobre su persona saliendo de la boca de Dracmus.

—Eres muy amable al decir eso, respetada Dracmus —dijo en su un tanto entrecortado seloniano.

Salculd observó a Han con las mandíbulas entreabiertas, el equivalente seloniano de un enarcamiento de cejas.

—La piel... El piel calva puede hablar la Lengua del Hogar. O al menos no le falta mucho para hablarla. Muy bien, respetada Dracmus: recordaré que aquí hay más de lo que se ve. —Se volvió hacia Han—. Ven conmigo.

Han miró a Dracmus.

—¿Salculd me lleva consigo? —preguntó en seloniano—. ¿Tú no vienes?

—Debo consultar con... otras antes de subir a la nave, y luego todos partiremos. Me reuniré contigo pronto. La piloto Salculd... cuidará de ti mientras yo estoy ocupada. —Dracmus titubeó durante un momento y después habló rápidamente en básico, con la clara intención de que Han la comprendiese y Salculd no—. Nuestra piloto es de un septo raro, y los pilotos selonianos suelen ser extraños —dijo—. Podría reaccionar de una forma rara de vez en cuando. No hagas caso, y no te alarmes.

—Me pregunto por qué eso no me tranquiliza demasiado —murmuró Han.

—La verdad es que no lo sé, respetado Solo. Me reuniré contigo pronto a bordo de la nave.

Dracmus se despidió de Han con una pequeña reverencia y después hizo otra más aparatosa a Salculd, y luego se fue.

—¿Qué ha estado diciendo? —preguntó Salculd en seloniano.

Han no estaba muy seguro del porqué, pero ya se había formado la impresión de que Salculd era alguien con quien podía hablar.

—Me advirtió de que eres un poco rara —replicó en el mismo lenguaje.

—Oh, eso... —dijo Salculd—. Todos piensan eso. Les gusta estar en el subsuelo, o donde puedan meterse en los subterráneos si necesitan hacerlo. No les gusta la idea del espacio, eso es todo. Sube a bordo... Ah... ¿Cómo te llamó?

—Me llamó Solo. Han Solo. Los amigos me llaman Han.

Salculd sonrió y captó la indirecta.

—Entonces te llamaré Han, y ya podrás decidir hasta qué punto soy rara. Sube a bordo.

Han siguió a Salculd por la escalerilla de abordaje hasta el interior de la nave, observando con mucha atención todo lo que veía. Incluso contemplada desde el exterior, ya había una vaga aureola de fabricación más casera que industrial en el aspecto de la nave espacial cónica, que daba la impresión de haber sido construida bastante deprisa y sin preocuparse mucho del acabado. La visión del interior reforzaba esa impresión inicial.

—Buena nave —dijo Han en seloniano, exagerando un poco la verdad en beneficio de la diplomacia—. Soy piloto —añadió señalándose—, y tengo mi propia nave. ¿Puedes enseñarme la tuya?

Salculd inclinó la cabeza hacia un lado y observó a Han con visible curiosidad.

—Eres piloto, ¿eh? No me lo habían dicho. Claro, te la enseñaré.

Estaba claro que Salculd no conseguía creerse del todo la afirmación de ser un piloto que acababa de hacer Han. Quería ponerle a prueba, y averiguar si sabía de qué estaba hablando. Han estaba más que dispuesto a aceptar el desafío. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que pudiera proporcionarle un poco más de información. Sólo necesitó unos cuantos minutos de formular las preguntas adecuadas, reconocer partes del equipo y emitir ruidos de comprensión respecto a los problemas con que tenían que enfrentarse los pilotos de todos los lugares del universo —pasajeros que no atendían a razones, cargamentos voluminosos, equipos de tierra torpes, etcétera— para convencer a Salculd de que era un auténtico piloto. En cuanto eso hubo quedado claro, el entusiasmo de Salculd no conoció límites. Quiso enseñárselo todo, y Han hizo cuanto pudo para ser el público ideal.

Mientras recorrían la nave, Han no necesitó mucho tiempo para comprender que prácticamente todo lo que había a bordo encajaba en una de dos categorías. La primera abarcaba el equipo básico adquirido en suministradores especializados, la clase de sistemas y componentes que se podían conseguir sin dificultad de procedencias tan diversas como el material nuevo, usado, excedente o incluso la chatarra, e incluía objetos como la escalerilla de abordaje, el sillón del piloto o los conectores energéticos.

La segunda era la formada por equipo especializado que había sido modificado para poder emplearlo de una manera distinta a la originalmente prevista, o que había sido construido partiendo de cero y «a medida». Todo lo incluido en la segunda categoría sustituía a algo cuyo rastro resultaría fácil de seguir si se adquiriese en el mercado normal..., o en el mercado negro. En el caso del ordenador de navegación y las unidades repulsoras que proporcionaban el impulso inicial para despegar y descender, por ejemplo, estaba claro que habían sido construidas y montadas a mano, y nadie construía y montaba a mano semejante equipo a menos que se viera obligado a hacerlo.

Ese fragmento de información le dijo muchas cosas. Los astilleros corellianos operados y controlados por humanos se contaban entre los más famosos de la galaxia, y por buenas razones. El *Halcón Milenario* —o por lo menos el carguero ligero en que se había convertido el *Halcón* después de unos cuantos millares de modificaciones— había sido construido allí. Los astilleros corellianos habían fabricado un número incontable de naves de todos los modelos, desde la más diminuta de las chalupas hasta el más poderoso de los destructores estelares, para un número igualmente incontable de clientes. Dado el penoso estado actual de la economía, Han sabía que las naves —y eso incluía naves de segunda mano mucho mejores y más capaces que aquella— se habían convertido en una mercancía barata y muy fácil de encontrar.

Pero ¿por qué cargar con todas las molestias y los gastos que llevaba implícitos el construirte tus propios vehículos, que además serían inferiores a los que podías obtener gastando menos dinero? Incluso los peores Feos serían más seguros y fiables que aquel trasto. Realmente sólo había una explicación posible, y a Han no le gustaba. Construías tus propias naves cuando no querías que nadie supiera lo que estabas haciendo, cuando querías mantenerte escondido y envolverte en el secreto.

Y a su vez eso le decía una cosa más sobre los selonianos en cuyo poder se hallaba, y se trataba de algo que Han ya llevaba un cierto tiempo sospechando.

Se encontraba entre los rebeldes.

O, por lo menos, entre un grupo de selonianos que se consideraban rebeldes. Pero ¿contra quién se estaban rebelando? ¿Contra la Liga Humana? ¿Contra el gobierno de la Nueva República? ¿O quizá se trataba de un grupo que se había opuesto al Imperio y que había permanecido escondido y en la clandestinidad, no confiando en nadie que no perteneciese a él, desde la caída del Imperio? Cualquier cosa era posible. Lo único que Han había llegado a

averiguar sobre la política seloniana a lo largo de su vida era que resultaba totalmente impenetrable para las otras razas.

Bueno, eso quizá fuese verdad, pero por otra parte el preguntar siempre podía ayudarte un poco..., y durante las dos últimas horas Han le había podido sacar mucha más información a Salculd de la que había conseguido arrancarle a Dracmus en los últimos días.

— ¿Quiénes sois todos vosotros, respetada Salculd? —preguntó, intentando emplear su mejor seloniano—. ¿Qué grupo es el que me tiene en sus manos? ¿Qué está pasando?

Sus preguntas parecieron sorprender a Salculd.

— ¿Nadie te ha explicado esto? —preguntó a su vez.

—Nadie —replicó Han.

—Somos la Madriguera Hunchuzuc. Nosotros y nuestra madriguera deseamos que todos los selonianos de Corellia sean libres.

— ¿Libres de qué? ¿De la Nueva República? ¿De la Liga Humana?

— ¿Cómo? ¡No! ¿Qué nos importan la Nueva República o la Liga Humana? Deseamos ser libres de la Supramadriguera, el poder central de Selonía. Todo lo demás es un asunto secundario respecto a esa lucha. Utilizamos esta guerra como algo detrás de lo que ocultarnos, y nos da una oportunidad de actuar mientras la Supramadriguera tiene otras preocupaciones. Y tú formas parte del plan.

—Pero ¿cuál es mi papel en el plan? —preguntó Han—. ¿Qué vais a hacer conmigo?

Salculd volvió a parecer sorprendida, e inclinó la cabeza hacia un lado.

—Te llevaremos a Selonía, naturalmente. ¿Qué esperabas?

El aerodeslizador descendió del cielo dralliano y se posó detrás de un muy oportuno macizo de peñascos. Todos fueron saliendo de él lo más silenciosamente posible. Hacía una noche fría y ventosa, particularmente cruel para los humanos carentes de pelaje..., y no había duda de que los niños tenían aspecto de estar pasando mucho frío. Ebrihim los envió de vuelta al aerodeslizador mientras los dos dralls adultos llevaban a cabo un reconocimiento del terreno y Chewbacca se ocupaba de preparar el resonador y el perforador, ayudado —o quizá más bien estorbado— por Q9. Ebrihim aprovechó aquella ocasión de estar a solas con su tía para formularle unas cuantas preguntas.

— ¿Sigues pensando que Anakin podrá encontrar lo que andamos buscando?

—Creo que puede hacerlo.

— ¿No te parece que estás esperando mucho de un niño pequeño? —preguntó Ebrihim.

—No se trata de eso —dijo Marcha—. Tengo la esperanza de que un ser, admito que muy joven, dotado de capacidades extraordinarias será capaz de ayudarnos. He repasado toda la información de seguimiento de los movimientos de Q9 a través del sistema de túneles de Corellia. Esos datos mostraban que la cámara que tanto nos interesa estaba exactamente a tres kilómetros y doscientos metros al sur de la entrada principal, con la parte superior de la cámara a ciento noventa metros por debajo del nivel de la entrada principal. Según nuestros instrumentos, estamos justo a esa distancia de la entrada de la colina..., y el nivel del suelo de este lugar se encuentra a ciento setenta metros por debajo del punto de entrada. A menos que esté muy, muy equivocada, deberíamos poder cavar veinte metros en línea recta y entrar en el sistema de túneles a partir de aquí.

—Quizá sí, queridísima tía. Suponiendo que todas tus hipótesis y conjeturas sean correctas. Suponiendo que nuestros amigos drallistas que están en la cima de esa colina no hayan empezado a buscarnos ya, y que no estén a punto de caer sobre nosotros. Suponiendo que todo vaya bien. Suponiendo lo que quieras. Pero después de esta noche, no vuelvas a decir jamás que soy el temerario de la familia.

Marcha sonrió.

—De acuerdo —dijo.

Justo entonces el suelo retumbó con un extraño sonido ahogado cuya duración fue apenas imperceptiblemente excesiva para que pudiera ser de origen natural. Chewbacca ya había puesto en funcionamiento el resonador. Fueron hasta allí para ver qué tal le iba con el aparato, y sintieron cómo la vibración de otro de aquellos prolongados truenos sordos recorría sus cuerpos en el mismo instante en que llegaban al sitio en el que estaba trabajando.

Chewbacca estaba examinando una lectura en un cuaderno de datos. El wookiee asintió con visible satisfacción, y después desplazó el detector de sonidos unos cuantos metros más para tomar otra lectura.

El resonador y el perforador eran dos herramientas de minería que Chewbacca había sacado de las bodegas del *Halcón Milenario*. El *Halcón* transportaba muchas herramientas similares, e iba bien provisto de la clase de equipo que siempre le resultaba útil a una nave cuando tenía que arreglárselas por su cuenta.

El resonador consistía en una combinación de artefacto vibratorio que asestaba una serie de golpes muy rápidos al suelo, machacándolo con la potencia de un martillo pilón, y un detector sónico que utilizaba las pautas de vibración resultantes para desarrollar un mapa tridimensional de lo que hubiera debajo de la superficie. Después de haber obtenido lecturas de cuatro o cinco puntos distintos de la superficie, Chewbacca dispuso de los datos suficientes para compilar un mapa tridimensional razonablemente claro de los niveles sub-superficiales. El wookiee dejó el detector sónico encima de una roca lo bastante plana para que pudiera estar vertical y activó su pantalla holográfica.

Una complicada imagen apareció en ella, mostrando un mapa de densidad que iba del azul para lo más denso al rojo para la densidad normal y el amarillo para lo menos denso. Chewbacca manipuló los controles e hizo que todas las imágenes azules desaparecieran, y después hizo desaparecer todas las rojas. Una barra de luz amarilla brilló en la pantalla, indicando un punto a unos treinta metros al norte de donde estaban.

—Excelente —dijo Marcha, y señaló la pantalla—. Cavaremos aquí.

Ebrihim alargó las manos hacia los controles de la pantalla. Volvió a introducir el rojo y el azul y aumentó la imagen para mostrar el máximo volumen de espacio posible.

—No veo nada en estas imágenes que se parezca a la clase de cámara que estamos buscando —anunció después.

—Por supuesto que no —dijo la tía Marcha—. Recuerda lo bien escondida que estaba la de Corellia, sobrino, y con ésta ocurrirá lo mismo. Se halla protegida contra cualquier forma de detección.

—Ojalá estuviera tan seguro de mí mismo como tú lo estás de ti, queridísima tía. Muy bien, amigo Chewbacca... Vamos a ver si podemos montar esa máquina excavadora.

El perforador también era un artilugio bastante sencillo: consistía en una hilera de desintegradores de corto alcance y alta potencia instalados en una cabeza taladradora rotatoria de unos setenta centímetros de anchura. La cabeza taladradora giraba y los desintegradores se disparaban, desintegrando la roca o la tierra que hubiera delante de ellos. La cabeza taladradora

se movía al extremo de una especie de manga que iba desenrollando detrás de ella. Un largo tubo flexible estaba unido al final de la manga.

Chewbacca colocó la cabeza taladradora y la manga encima del punto de excavación seleccionado, dejando suspendida la cabeza de una polea montada en un trípode. El trípode que sostenía la polea se desplegó hasta alcanzar unos tres metros de altura. La polea ayudaba a controlar el descenso de la cabeza taladradora, y la extraería en cuanto el agujero estuviese hecho. Chewbacca llevó el final del tubo de escape todo lo lejos posible del agujero y el aerodeslizador en la dirección del viento. Después sujetó meticulosamente el final del tubo e inspeccionó su trabajo. La roca vaporizada y súper recalentada, la tierra y el polvo eran expulsados del tubo a una gran presión, con el resultado práctico de producir un potente efecto de lijado por chorro de arena sobre todo lo que se encontrara en su camino, y Chewbacca no quería que el tubo de escape le diera ninguna sorpresa.

Chewbacca comprobó todo el montaje por última vez y después habló durante lo que para él era mucho tiempo, soltando una altamente complicada serie de rugidos, gruñidos y gemidos. Ebrihim le escuchó con gran atención y acabó asintiendo.

—Comprendo —dijo—. Si alguien nos está observando en la gama infrarroja o si nos está escuchando, podrán localizarnos con gran facilidad. No he visto ninguna señal de que haya vigilancia o sistemas de detección, pero no tiene sentido correr riesgos inútiles. Tendré preparado el aerodeslizador y estaré sentado en el sillón de pilotaje, preparado para despegar inmediatamente en cuanto se me diga.

Chewbacca asintió.

Ebrihim se volvió hacia Marcha.

—¿Vendrás conmigo, mi querida tía? —preguntó—. Es probable que el ruido sea francamente terrible.

La tía Marcha meneó la cabeza.

—No —dijo—. Tengo demasiadas ganas de ver qué ocurre luego.

—Muy bien —dijo su sobrino.

Ebrihim volvió al aerodeslizador y abrió la puerta lo más sigilosamente posible. El interior estaba repleto de niños dormidos, naturalmente, e incluso Q9 parecía haberse sumido en un ciclo de desconexión. Ebrihim se instaló en el asiento de pilotaje que Chewbacca había estado ocupando durante el viaje y lo reajustó para poder mirar por los visores en vez de tener que contemplar el final de la palanca de control.

Hizo una seña a Chewbacca y el wookiee se la devolvió..., y después pulsó el botón activador.

El sonido fue notablemente ruidoso incluso dentro de la cabina. Era una mezcla de rugido y retumbar que siguió y siguió como si no fuese a cesar nunca, para luego bajar repentinamente un par de octavas por la escala tonal y perder unos cuantos decibelios de potencia sonora cuando la punta del taladro mordió el suelo. Después hubo una especie de zumbido repiqueteante cuando el tubo de escape tembló y se bamboleó un par de veces y luego, muy bruscamente y con un siseo ahogado, un gran chorro de polvo de roca salió disparado del tubo, todavía lo bastante caliente para brillar con un débil resplandor rojizo mientras se dispersaba en la oscuridad.

—Ese trasto tiene mucha potencia —dijo Jacen, despertando y trepando al asiento delantero para poder verlo mejor.

—Espero que no haya nadie lo suficientemente cerca para oírlo —dijo Jaina, bostezando.

Anakin se instaló en el regazo de su hermano y arrugó la frente en un fruncimiento de ceño pensativo.

—Chewie ha dejado demasiado ajustada la matriz focal desintegradora —anunció.

— ¿Cómo sabes eso? —preguntó Ebrihim, mientras agradecía que el niño estuviera lo suficientemente adormilado para no sentir la tentación de ir a reajustar la herramienta.

—No sé —dijo Anakin, y bostezó—. Pero supongo que de todas maneras va bien. —Miró por la ventana y pareció concentrarse durante unos momentos, como si estuviera resolviendo un problema mental—. Debería tardar unos veinte minutos —añadió después.

15

Postura y repulsión

El almirante Hortel Ossilege estaba inmóvil en la cubierta de mando y contemplaba el puente del *Intruso*, el crucero ligero bakurano que sería su buque insignia durante la misión. Las otras tres naves a sus órdenes, los destructores *Guardián*, *Centinela* y *Defensor*, mantenían correctamente la formación y habían informado estar plenamente preparados para entrar en combate. Todo iba bien. Ossilege se irguió cuan alto era y abombó el pecho para seguir plantado en el centro de la cubierta, resplandeciente en su impoluto uniforme de gala blanco.

—Parece que esta situación le complace bastante —dijo Luke, mirando al almirante—. ¿Le alegra volver a entrar en acción?

Ossilege era una cabeza más bajo que Luke, pero cuando el almirante alzó la mirada hacia él había tanta autoridad y confianza en su expresión que Luke se sintió como un colegial que está a punto de ser firmemente corregido.

—Ninguna persona cuerda que haya entrado «en acción» anteriormente, como usted lo ha expresado, puede sentir el deseo de volver a pasar por esa experiencia. Las emociones, la excitación... Todo eso no compensará jamás el terror y el derramamiento de sangre. La labor de un oficial en una batalla es, demasiado frecuentemente, la de elegir cuál de las personas a sus órdenes deberían morir. Es una clase de acción que me complacería muchísimo poder rehuir durante el resto de mi vida.

Ossilege titubeó durante unos instantes antes de volver a hablar.

—Y sin embargo, la honestidad me obliga a decir algo más. Todo esto encierra una emoción especial. No puedo negarlo. No me siento orgulloso de ello, pero la noto. ¿Piensa que es extraño que experimente emociones tan contradictorias?

—Nunca me atrevería a cuestionar sus decisiones, almirante, y menos la víspera de una batalla. Pero el líder militar realmente sabio es consciente de que ama la guerra y la odia al mismo tiempo. El problema estriba en hallar un equilibrio entre las dos cosas.

—Lo ha expresado muy bien, Maestro Skywalker. Pero un líder militar también debe recordar el precio del exceso de cautela. Pienso que eso es algo simbolizado por los nombres de nuestras naves. Originalmente los tres destructores fueron contruidos para protegernos contra el posible regreso de los ssi-ruuk, y han sido modificados para atravesar un campo de interdicción. *Guardián*, *Centinela*, *Defensor*... No cabe duda de que son unos nombres magníficos y que hablan de la misión primaria de nuestra armada, que es la defensa contra un posible regreso de los ssi-ruuk. Pero una fuerza totalmente defensiva no puede ganar una guerra. Limitarse a resistir nunca es suficiente. Hay que ser capaz de devolver el golpe.

—Pero nos encontramos a bordo del *Intruso* —dijo Luke.

— ¡Exactamente! El nombre ideal para la primera nave específicamente diseñada para escapar a un campo de interdicción, ¿no le parece? El pensamiento estratégico bakurano lleva demasiado tiempo centrado en la defensa. Me complace ver que nuestro gobierno por fin aprovecha una ocasión de exhibir una postura más agresiva.

—Bueno, almirante, nuestra postura me interesa bastante menos de lo que me interesa cumplir nuestra misión —dijo Luke, intentando escoger sus palabras con el máximo cuidado.

Ossilege volvió a mirarle, y sus labios se curvaron en una leve sonrisa.

—Vaya, señor... Lo que acaba de decir me ha sonado un poquito a reproche, y quizá sea un reproche merecido. Pero esperemos a ver qué tal evoluciona la situación. Muy pronto podrá averiguar si conozco mi oficio o no.

Luke no hubiese sabido explicar por qué, pero la idea le pareció vagamente inquietante.

El rugido atronador de los desintegradores se fue desvaneciendo gradualmente a medida que la cabeza taladradora se iba adentrando en el agujero, y se convirtió en un sordo gruñido apagado que quedaba prácticamente ahogado por el rugir sibilante del tubo de escape. El estrépito de la perforación se interrumpió repentinamente justo a los veinte minutos de excavación, y el gruñido del tubo de escape se fue debilitando hasta que sólo hubo silencio.

— ¡Los seguros de cierre acaban de activarse! —anunció Anakin—. Debe de haber llegado al techo del túnel. ¡Vamos!

Ebrihim, los tres niños y Q9 salieron del aerodeslizador y fueron hasta el sitio en el que había desaparecido la cabeza taladradora. Chewbacca estaba sacándola con la polea, moviéndose con gran cautela alrededor de los componentes todavía al rojo vivo. La polea levantó la cabeza taladradora lo suficiente para que Chewbacca pudiera mirar por el agujero. Los niños se apelotonaron a su alrededor y miraron también. Ebrihim se reunió con ellos, y fue recompensado con una oleada de calor en la cara y muy poca cosa más. No había nada que ver aparte de un agujero negro, lo cual no era demasiado sorprendente. Jacen dirigió el haz luminoso de una linterna hacia el interior, y si Ebrihim forzaba la vista al máximo casi podía imaginarse que había visto un manchón de color marrón oscuro en el fondo. Chewbacca pasó el rato de espera necesario para dejar que el agujero se enfriara erigiendo un segundo trípode con polea al lado del primero y utilizando un complicado conjunto de cabrestantes para transferir la cabeza taladradora a la segunda estructura, con lo que el agujero quedaría libre de aquel estorbo. Eso dejó al primer trípode, con su polea, descargado de su peso y alzándose directamente encima del agujero.

—Bueno, supongo que será mejor que empecemos a bajar —dijo Ebrihim sin un excesivo entusiasmo. Una madriguera caliente y acogedora era una cosa, pero los pozos oscuros que se hundían en viejos sistemas de túneles alienígenas eran algo muy distinto—. Prepárate para ir abajo, Q9.

— ¿Qué? ¿Por qué yo? ¿Por qué he de ser el primero en bajar? —Porque te he ordenado que lo hagas, y porque cuentas con todos esos sensores incorporados de los que tan orgulloso estás. Puede que consigas detectar algo con ellos. Estaremos escuchando por la conexión y podrás describirnos todo lo que vayas encontrando.

—Lo que ocurre es que considera que puedo ser sacrificado sin ninguna vacilación en caso de necesidad, ¿verdad? —No me des ideas —gruñó Ebrihim. — ¿Y qué pasa si..., si veo algo?

—Si informas de que hay peligro, te sacaremos enseguida y todos nos iremos de aquí. Y ahora, muévete.

Q9 flotó sobre el agujero con una obvia reluctancia. Los repulsores de baja potencia del androide distaban mucho de tener la capacidad de sustentación suficiente para permitirle descender por el pozo. Q9 tendría que ser bajado mediante la polea, al igual que todos los demás. Chewbacca lo unió a la polea e hizo una última comprobación de todas las conexiones. Las interferencias que bloqueaban todo el sistema habían afectado incluso a los sistemas de comunicación de corto alcance, por lo que se requería una conexión física directa antes de que los dos extremos de un sistema de comunicación pudieran funcionar.

Ebrihim introdujo un comunicador en el orificio de conexión adecuado de Q9 y se puso unos auriculares con micrófono conectados a la misma línea.

—Bien, adelante —le dijo a su androide.

El drall hizo una seña a Chewbacca y contempló cómo Q9 iba siendo bajado por el agujero.

—Mis sensores infrarrojos indican que las paredes del agujero todavía están bastante calientes —dijo Q9—. Pero se están enfriando rápidamente, y deberían estar lo suficientemente frías como para no dañar sus preciosos pellejos si es que acaban consiguiendo reunir el valor suficiente para venir aquí abajo.

—Ya basta, Q9. Una sola palabra de ese estilo más, y te desconectaré y permitiré que Anakin se encargue de recablearte.

—Creo que sería prudente considerar eso como una amenaza —dijo Q9—. Estoy saliendo del final del agujero. Me encuentro en un túnel muy similar al que vimos en Corellia, aunque su estado de conservación es mucho peor. Dejen de bajarme, por favor. Ya estoy lo suficientemente abajo para poder utilizar mis repulsores.

Ebrihim indicó a Chewbacca que ya podía dejar de soltar cable. El wookiee tiró de una palanca, y la polea se detuvo de repente.

— ¡Fliiip! ¡Pliiiiissa! —gritó la voz de Q9, a lo que siguió una serie de extraños sonidos electrónicos que se interrumpió bruscamente pasado un momento.

— ¡Q9! ¿Estás ahí? ¡Q9!

—To ben... —dijo Q9—. Estoy bien. Esa parada tan brusca descoordinó mi matriz vocal durante unos instantes. Pero dígame al wookiee que no pise el freno con tanta fuerza la próxima vez. Voy a soltarme de la soga de la polea y del cable de comunicación, y echaré un vistazo por aquí. Tengan la bondad de esperar.

Después hubo un silencio total en la línea durante un par de minutos, y a continuación se oyó un chasquido cuando Q9 volvió a conectarse al cable de comunicación.

—Todo está muy tranquilo —dijo el androide—. No consigo detectar ningún sonido, movimiento o uso de energía. Me parece que pueden bajar.

Chewie fue el último en descender, y el agujero abierto por el perforador resultó ser un poquito angosto para él. El wookiee se bajó a sí mismo utilizando un control remoto conectado a la polea, y después dejó el control colgando de su cable al lado de la cuerda de la polea.

Cuando llegó al fondo, los demás ya habían hecho algunos progresos en la exploración de los túneles. Aquellos pasajes eran idénticos a los de Corellia —todos eran muy grandes, y habían sido abiertos en la roca viva—, pero las paredes y los suelos de aquellos túneles estaban llenos de grietas, y había signos de que el túnel había quedado inundado repetidamente a lo largo de los años. La delgada capa de polvo que cubría cuanto había en los túneles corellianos era una gruesa costra de barro allí, y tampoco había ninguna luz que funcionara. El grupo tuvo que confiar en sus linternas para moverse a través de lo que, dejando aparte los delgados haces luminosos, era una oscuridad absoluta. Q9 hizo surgir un par de focos de la parte superior de su cúpula. El androide dirigió uno hacia el techo para proporcionar alguna clase de iluminación general, y apuntó el otro hacia la dirección de su avance.

El túnel quedó repleto de sombras gigantescas y figuras extrañamente iluminadas que aparecían dentro de los haces de las linternas y desaparecían al salir de ellos. El pasaje estaba frío y húmedo, y el aire parecía pegarse a la piel.

Ebrihim había estado bastante preocupado pensando que los niños podían tener miedo en aquellos túneles tan oscuros y amenazadores, pero no tardó en comprender que había vuelto a subestimarles. Resultaba obvio que estaban acostumbrados a vérselas con circunstancias que se salían de lo normal.

Otra buena noticia que no tardó en resultar igualmente obvia era que había muy pocas probabilidades de que los drallistas encontraran aquel túnel en un futuro cercano. Un movimiento de tierras subterráneo producido hacía muchos años había hecho que el túnel principal se derrumbase bastante cerca de la entrada principal, y parecía muy probable que aquél no fuese el único derrumbamiento. Quizá no tendrían que vigilar sus espaldas.

Por otra parte, Ebrihim se dijo que los drallistas eran tan capaces de taladrar un agujero vertical como cualquiera. Sería preferible que no bajaran la guardia.

Ebrihim intentó no estorbar mientras los demás se iban organizando un poco. Ya parecía haber bastante actividad sin necesidad de que añadiera la suya al ajeteo del grupo. Chewbacca estaba examinando el engranaje de la polea para asegurarse de que podrían salir del agujero, la tía Marcha se les había adelantado para examinar el túnel, y Q9 flotaba de un lado a otro, manteniéndose cerca del techo y siendo un estorbo general. Mientras tanto los dos gemelos estaban haciendo cuanto podían para conseguir que Anakin pusiera manos a la obra, y le animaban a desplegar sus capacidades de la Fuerza para averiguar si podía encontrar cualquier cosa que se pareciese al lo-que-fuera que había detectado en los túneles corellianos.

—Me parece que puedo sentirlo —dijo Anakin en un tono algo dubitativo. Después alargó la mano, y pareció estar tratando de agarrar algo que flotaba en el aire—. No es tan fuerte como lo era en el otro sitio... No es muy claro. Es como si estuviera flotando por aquí, como si se hubiera roto. Puede que algo se rompiera cuando el techo se cayó ahí detrás,

—Inténtalo, Anakin —dijo Jacen—. Vamos, inténtalo.

Anakin se encogió de hombros y puso cara de impotencia.

—Lo estoy intentando —dijo—. Pero no es lo bastante fuerte.

—Disculpadme, pero quizá pueda ayudar —intervino Q9—. Señoría, usted cree que la entrada a esta cámara se encontrará en exactamente la misma posición relativa a la entrada que la que había en Corellia, ¿no?

—Así es.

—En ese caso puedo usar mis datos de seguimiento inercial para conducirnos hasta las coordenadas adecuadas. El cálculo más preciso que puedo hacer en estos momentos indica que todavía nos queda una cierta distancia por recorrer, y probablemente no estemos en el cruce correcto. Sin embargo, mis sensores deberían ser capaces de llevarnos hasta unos treinta metros del punto correcto.

Anakin se apresuró a asentir.

— ¡Si me llevas hasta tan cerca podré encontrarlo!

—Pues entonces permítanme que abra la marcha —dijo Q9, con el orgullo que impregnaba su voz claramente audible.

El androide impuso un avance bastante rápido al resto del grupo, especialmente teniendo en cuenta que ninguno de los demás contaba con la ventaja de poseer unos repulsores y que debían vérselas con suelos crecientemente desiguales y zonas de barro resbaladizo. Ebrihim se preguntó cuánto tiempo llevarían allí aquellos túneles.

Los dos dralls eran los que tenían más dificultades para mantenerse a la altura de los demás. Los niños podían trepar por encima de cualquier cosa, y Chewbacca podía caminar más deprisa de lo que podía correr cualquier otro integrante del grupo. Pero los dralls habían evolucionado a partir de unos animales exclusivamente terrestres, y no de braquiadores como los humanos y el wookie. Su limitada capacidad trepadora y la escasa longitud de sus brazos y piernas hacían que salvar los distintos obstáculos les resultara mucho más difícil que a los demás.

Q9 les iba sacando más ventaja a cada momento que pasaba, y los haces de sus focos se deslizaban velozmente por el túnel. El androide se detuvo repentinamente tres veces en intersecciones de pasillos, lanzándose por los conductos de la izquierda un instante después. Q9 volvió por donde había venido en dos ocasiones, pero a la tercera pareció haber encontrado el camino que andaba buscando. Ebrihim y Marcha le seguían como buenamente podían, jadeando e intentando no quedar demasiado rezagados. Torcieron hacia la izquierda y doblaron la esquina justo a tiempo de ver cómo el wookiee y los niños se desviaban hacia la derecha por el pasillo siguiente. Los dos dralls redoblaron sus esfuerzos, pero apenas consiguieron evitar que Q9 les sacara una delantera todavía mayor.

Pero los niños estaban reduciendo la distancia que los separaba de Q9 a medida que Anakin se iba entusiasmando con la búsqueda y los gemelos le apremiaban a seguir adelante.

— ¡Continúa intentándolo, Anakin! —gritó Jaina cuando su hermano se quedó inmóvil durante un momento, pareciendo no saber por dónde debía ir.

Anakin asintió y después señaló algo invisible debajo del suelo.

— ¿Puedes sentirlo ahora? —le preguntó Jacen mientras iba trepando por encima de un montón de rocas y cascotes—. ¿Puedes sentirlo, Anakin?

— ¡Sí! —exclamó Anakin—. ¡Estoy empezando a sentirlo! Está en el suelo, igual que en el otro sitio. ¡Q9! ¡Párate! Te estás alejando demasiado.

El androide se detuvo y giró sobre sí mismo..., y consiguió dejar cegado a todo el mundo durante un instante cuando el foco que mantenía dirigido hacia adelante se deslizó sobre sus ojos.

— ¡Apaga esa luz, Q9! —gritó Ebrihim, sintiendo una creciente irritación y decidiendo que no le gustaba en lo más mínimo que le dejaran atrás.

—Le ruego que me disculpe, amo Ebrihim —dijo el androide, desconectando el foco que apuntaba hacia adelante—. ¿Lo ha encontrado, amo Anakin?

— ¡Sí! ¡Es aquí! —gritó el niño, señalando un punto de la pared cubierta de barro—. Que alguien me levante y... ¡Oooooof! —Anakin se quedó sin aliento cuando Chewbacca lo alzó en vilo, pero estaba tan emocionado que apenas se dio cuenta—. ¡Aquí! ¡Aquí! —siguió gritando mientras señalaba el sitio al que quería llegar. Empujó una sección de la pared con las manos, pero no ocurrió nada—. Tiene toda esta porquería encima... —murmuró para sí mismo.

Anakin arañó frenéticamente la capa de barro seco hasta que hubo limpiado una zona de unos quince centímetros cuadrados. La pared que había debajo siguió pareciéndole vacía y sin nada de particular a Ebrihim, pero Anakin volvió a ejercer presión, esta vez con más fuerza, y todo un trozo de pared se desprendió del resto como si estuviera intentando abrirse, pero enseguida quedó atascado cuando sólo se había separado un par de centímetros del resto del muro. Anakin metió los dedos por la rendija, pero no consiguió que siguiera moviéndose. Al final Chewbacca se limitó a meterse a Anakin debajo de un brazo y tiró de la puertecita hasta dejarla abierta. El wookiee era muy fuerte, pero aun así tuvo que esforzarse un poco para conseguir que se moviera. Chewbacca tiró y tiró hasta que la puertecita quedó libre con un suave chasquido y acabó de abrirse mientras un pequeño diluvio de trocitos de barro y pellas de tierra caía sobre el suelo.

El interior quedaba oculto por una delgada capa de fango, y Anakin se apresuró a quitarla. Sus manos revelaron una parrilla de cinco botones verdes por cinco que parpadeó y cobró vida al instante, quedando iluminada por una luz púrpura que se encendió detrás de los botones. Anakin contempló los botones con el ceño fruncido.

—Puede que no funcione demasiado bien —murmuró para sí mismo—. Bueno, habrá que probar...

Tecleó una combinación en los botones y esperó unos cuantos segundos a que pasara algo. No ocurrió nada. El pequeño cerró el puño y golpeó la parte superior del teclado. Los botones verdes brillaron con una claridad más intensa que no se desvaneció pasado el primer parpadeo. Anakin volvió a introducir la combinación..., y esta vez enseguida quedó muy claro que estaba ocurriendo algo.

Hubo un chasquido y un golpe sordo al que siguió una inquietante especie de repiqueteo, y de repente la capa de barro que tenían delante se estremeció y se desprendió de golpe, salpicando a todo el mundo con una rociada de fango y tierra. El muro de piedra que había debajo del barro se desplomó sobre el suelo.

En los túneles corellianos, el panel que había detrás de la falsa pared había sido de un resplandeciente color plateado. El panel de aquel túnel estaba sucio y deslustrado. Pero funcionaba correctamente a pesar de que mostrara numerosas señales de vejez. Una línea apareció en el panel, y después empezó a convertirse en una rendija. De repente hubo una enorme puerta en la pared y enseguida la vieron girar sobre sus bisagras, obligando a todo el mundo a apartarse rápidamente de su camino. La gran puerta empujó los montones de barro, sacándolos de su trayectoria como si ni siquiera estuviesen ahí.

Detrás de la puerta había un largo pasillo de material plateado, todo él impecablemente perfecto y reluciente y exactamente idéntico al de Corellia.

La luz del pasillo bañó el corredor embarrado, y todos apagaron sus lámparas y linternas. Q9 redujo la intensidad de su luz superior y volvió a esconder sus dos focos dentro del cuerpo.

Chewbacca dejó a Anakin en el suelo y avanzó por el pasillo plateado, moviéndose despacio y con mucha cautela. Los gemelos, los otros adultos y el androide avanzaron detrás de él. El wookiee tuvo que inclinar la cabeza para poder ir por el pasillo, lo cual significaba que tenía que moverse todavía más despacio. Pero Anakin entró en acción apenas el wookiee le hubo dejado en el suelo. El pequeño echó a correr por el pasillo, colocándose delante de todos.

— ¡Oh, chico! —exclamó Jaina volviéndose hacia su hermano—. Si se cae por el borde, mamá y papá nos matarán.

Los gemelos echaron a correr detrás de su hermano aunque no había ninguna posibilidad de alcanzarle antes de que llegara al final del pasillo.

El pasillo terminaba en el vacío, con la plataforma en la que se encontraban proyectándose hacia la nada y formando una cornisa de observación redondeada que tendría unos cinco metros de lado. No había barandillas. Chewbacca no parecía nada preocupado por la posibilidad de caer al abismo. El wookiee fue hasta el mismo borde y miró hacia abajo. Los demás permanecieron pegados los unos a los otros, formando un apretado grupo en el centro de la plataforma.

La caverna era un duplicado exacto de la enorme cámara escondida en Corellia. Tenía la misma pronunciada forma cónica y medía aproximadamente medio kilómetro de altura, con todas las superficies hechas del mismo metal plateado..., si es que aquello era un metal.

Los niños y Q9 se habían visto obligados a salir de la gigantesca cámara de Corellia pocos momentos después de haberla encontrado, por miedo a que su presencia allí pudiera guiar a la Liga Humana hasta ella. No habían tenido ocasión de examinarla con atención o de explorarla. Esta vez había la ocasión de hacerlo..., pero nadie sabía muy bien cómo actuar. El curso de acción más obvio era llegar a la base de la cámara, pero dejando aparte el saltar por el borde no parecía haber ninguna forma de lograrlo. Ebrihim ya estaba a punto de preguntar si podían hacer algo con la polea cuando los acontecimientos se le adelantaron. La plataforma de observación empezó a moverse, y fue subiendo por el lado del cono en una rápida aproximación a la punta. El movimiento bastó para sobresaltar incluso a Chewbacca, que retrocedió de un salto hacia el centro de la plataforma mientras giraba sobre sus talones para averiguar qué había ocurrido.

Ebrihim se dio la vuelta en el mismo instante que los demás, y todo el mundo quedó paralizado por una visión aterradora. Anakin había encontrado otro teclado oculto, éste incrustado en la superficie de la plataforma. El niño se había arrodillado encima de él y estaba tecleando órdenes. Mientras le observaban, la superficie de la plataforma fue subiendo por debajo del teclado para formar un puesto de control que acabó quedando a un metro del suelo. El teclado se inclinó un poco para resultar de más fácil acceso. Anakin se levantó y tecleó una rápida serie de órdenes. La plataforma se detuvo, y después empezó a moverse hacia un lado. Parecía como si siguiera estando unida a la pared de la cámara, pero no había forma de saber cómo. La plataforma y la pared se limitaban a confundirse la una con la otra.

Justo debajo de su posición actual, y un poco hacia un lado, podían ver la abertura del pasillo por el que habían salido. Oyeron un retumbar ahogado procedente de él, y Ebrihim comprendió que la puerta exterior del sistema de túneles acababa de cerrarse por sí sola.

Un instante después las paredes plateadas del cono se arrugaron alrededor de la abertura del corredor, llevando a cabo un movimiento de iris para dejarlo sellado, y siguieron ondulando hasta que la abertura se encogió y acabó desapareciendo. La plataforma empezó a moverse de nuevo casi inmediatamente, deslizándose en un ascenso tan fluido como rápido e imposible por el lado de la cámara cónica.

— ¡Anakin! —gritó la tía Marcha—. En el nombre de Drall, ¿qué estás haciendo? ¡Detén esta plataforma inmediatamente!

Pero Anakin no replicó, y ni siquiera pareció enterarse de su existencia. Estaba totalmente concentrado en el teclado que tenía delante. Ebrihim dio un paso hacia él para tratar de detenerle, pero Jacen alzó una mano en un gesto de advertencia.

— ¡No! —gritó—. No sé qué está haciendo, pero lo está haciendo y lo hace bien. Si intenta interrumpirle y se distrae y presiona el botón equivocado...

Ebrihim comprendió que Jacen tenía razón. ¿Qué ocurriría si Anakin presionaba por accidente un botón que hiciera desvanecerse la plataforma? Siguieron subiendo, con los lados más distantes del cono acercándose más y más y una parte cada vez más grande del panorama inferior quedando oculta por el ascenso..., aunque ya ni siquiera Chewbacca sentía demasiados deseos de continuar mirando hacia abajo.

Se estaban aproximando a la punta del cono.

—Dentro de un momento quedaremos aplastados —anunció Q9 en un tono tan tranquilo como si estuviera hablando del tiempo.

La plataforma siguió acercándose más y más y más a la punta..., y se detuvo de repente cuando se encontraban a unos veinte metros de ella.

Y entonces algo le ocurrió a la punta del cono. Empezó a relucir con un resplandor iridiscente, y la superficie onduló y tembló hasta que los movimientos acabaron definiéndose en una serie regular de lentas palpitaciones dirigidas hacia arriba. Todos pudieron oír el inconfundible sonido producido por algo grande y duro que chocaba una y otra vez contra la roca.

—Es como si estuviera empujando —dijo Jaina—. Como si estuviera intentando...

Y la punta en continua vibración del cono se lanzó repentinamente hacia arriba con un último y atronador rugido y se abrió paso, apartando toneladas de rocas y tierra de su camino. Un instante después todos pudieron ver el cielo nocturno.

Rocas y escombros cayeron hacia la cámara, pero un extraño destello de..., de energía —no había ninguna forma más clara de describirlo— surgió de la nada, pasó velozmente junto a la plataforma sobre la que se encontraban y envolvió a los restos, y después hizo que fueran despedidos hacia arriba y salieran por el agujero para perderse en la noche.

Todo quedó repentinamente inmóvil y silencioso. Allí donde había estado la punta del cono había un cilindro perfecto de unos treinta metros de diámetro.

Anakin presionó otro botón y la plataforma volvió a ascender, haciéndose más grande a medida que subía hasta que los lados de la plataforma se fundieron con los lados del cilindro. La plataforma siguió subiendo hacia la noche.

Un instante después llegó a la superficie y se detuvo. Se encontraron inmóviles entre la oscuridad encima de un disco plateado de treinta metros de diámetro que había aparecido de repente en la superficie de Drall, y alzaron la mirada hacia un frío cielo nocturno salpicado de estrellas, con Talus y Tralus visibles cerca del horizonte. Ebrihim pudo ver el aerodeslizador, a aproximadamente un kilómetro de distancia, visible gracias a sus luces interiores.

—Anakin, ¿puedes hacer que baje? —preguntó la duquesa, hablando en un jadear medio estrangulado que intentaba parecerse a un tono de voz tranquilo y despreocupado sin conseguirlo del todo—. ¿Puedes hacer que suba y baje cuando quieras?

— ¡Claro! —respondió Anakin—. Lo único que he de hacer es...

— ¡No! —gritó Marcha antes de que Anakin pudiera alargar las manos hacia los controles—. Todavía no... No es el momento adecuado, ¿de acuerdo? Pero creo que deberíamos quedarnos dentro de la cámara y acampar aquí. Necesitamos estudiar este sitio, pero también debemos permanecer ocultos. Si empezamos a entrar y salir de él, podemos tener la seguridad de que acabaremos siendo detectados, y no podemos correr ese riesgo. Debemos estudiar este sitio y aprender a controlarlo, y también debemos evitar que cierta clase de personas puedan llegar hasta él.

— ¿Qué es este sitio? —preguntó Ebrihim—. ¿Qué hace? ¿Quién lo construyó, y cuándo, y por qué?

—Puedo responder a algunas de esas preguntas, sobrino, y me parece que tú también podrías hacerlo si reflexionaras un poco. Ya viste cómo empujó esas rocas hacia arriba cuando cayeron, ¿no? Eso confirmó lo que sospechaba. Este sitio es un repulsor, un repulsor de dimensiones planetarias y lo bastante potente para desplazar todo Drall. Hace mucho tiempo movió el mundo al que llamamos Drall.

— ¿Qué? —exclamó Ebrihim—. Apartó unas cuantas rocas de su camino. ¿Cómo iba a poder mover un planeta?

—Sin ninguna dificultad —respondió Marcha—. Viste cómo un gigante espantaba un mosquito de un manotazo. ¿Significa eso que el gigante no es capaz de hacer nada más? En cuanto vi las imágenes de la cámara corelliana, supe desde el primer momento que tenía que ser un repulsor. La configuración de formas es idéntica a la de los primeros modelos de repulsores drallianos, aunque a una escala tremendamente aumentada.

—Pero es que no lo entiendo —protestó Jacen—. ¿Qué quiere decir con eso de que los repulsores movieron el planeta? ¿De dónde lo trajeron?

—De otro sistema estelar. Los científicos llevan generaciones discutiendo la teoría de que el sistema planetario corelliano no podía haberse formado de manera natural, y especulando con la idea de que alguien tenía que haber traído hasta aquí todos estos planetas desde algún otro sitio. Bueno, aquí está la prueba por fin... Nos encontramos sobre el techo del artefacto que impulsó este mundo desde..., desde el sitio del que vino, fuera el que fuese, quién sabe hace cuánto tiempo. Sabemos que hay un artefacto idéntico en Corellia. También tiene que haber instalaciones idénticas en Selonia, Talus y Tralus. Todos los mundos fueron traídos hasta aquí hace tanto tiempo que el desplazamiento ya había sido olvidado cuando empezamos a crear nuestra civilización durante el amanecer de la Antigua República. En cuanto a quién lo hizo y por

qué lo hizo, no tengo ni idea. —La tía Marcha meneó la cabeza con expresión meditabunda—. Y pensar que los dralls creíamos conocer nuestro pasado...

—Pero ¿por qué todo el mundo ha estado buscando estas cosas como locos? —preguntó Jacen—. Son interesantes e importantes, pero ¿qué razón pueden tener tipos como los drallistas y la Liga Humana para andar buscando unas máquinas antiguas? Todo eso no les interesa en lo más mínimo.

—No —admitió la duquesa—, pero las armas sí que les interesan mucho. Un repulsor de este tamaño podría causar daños inimaginables. Un repulsor que puede mover un planeta también puede mover una nave espacial..., o hacerla pedazos. Es un arma defensiva inmensamente poderosa. Un mundo que dispusiera de un repulsor planetario podría protegerse de cualquier clase de ataque concebible.

—Todo eso está muy bien, tía Marcha —dijo Ebrihim—, pero no existe ningún peligro de que se produzca semejante ataque..., o no existía hasta que empezaron todos los problemas actuales. Además, todos los planetas ya contaban con unas defensas más que suficientes. No puedo creer que hayan armado todo este jaleo por un arma defensiva. Los repulsores planetarios resultarían muy útiles como armas, pero no son un armamento tan vital o apremiante como para que justifiquen todas las molestias y esfuerzos que se han llevado a cabo para encontrarlos.

—Puede que tengas razón, sobrino, pero ése es un tema que ya discutiremos más adelante. De momento sugiero que dejemos aquí a Q9 para que vigile esta entrada mientras los demás vamos al aerodeslizador y entramos en calor un rato antes de volver a trabajar en el repulsor.

—Pero ¿qué piensa hacer con él, aparte de impedir que los malos lo utilicen? —preguntó Anakin.

La duquesa de Mastigóforus meneó la cabeza. Su rostro estaba lleno de preocupación.

—Ay, querido mío... Si lo supiese, te lo diría.

16

Señales recibidas

—Treinta segundos para llegar al límite del campo de interdicción según las proyecciones —informó la oficial táctica.

Su voz resonó por todos los compartimentos del *Intruso*. El momento había llegado, y todos estaban exactamente tan preparados como podrían llegar a estarlo jamás. Las tripulaciones de las cuatro naves se habían puesto los arneses de seguridad y estaban listas para enfrentarse a lo que sin duda sería un viaje bastante movido.

—Veinticinco segundos.

Luke contempló el puente desde el recinto de cristal de la cubierta de mando que daba a los sistemas de control. Luke y todos sus compañeros estaban allí, con los arneses de seguridad puestos y preparados para entrar en acción: Belindi Kalenda, Lando, Gaeriel, Erredós y Cetrespeó..., y Ossilege, naturalmente, junto con sus primeros oficiales.

Luke se volvió hacia Lando y le sonrió.

—Bien, vamos a ver si esta vez podemos acabar de llegar hasta nuestro destino —dijo.

Lando le devolvió la sonrisa.

—Espero que lo consigamos, Luke —dijo—. No aguanto que me den con la puerta en las narices.

—Veinte segundos.

—No sé por qué se molestan en hacer una cuenta atrás —dijo Lando—. Todo se basa en cálculos aproximados sobre dónde está el límite del campo, ¿no? Es imposible que acierten.

—Dar algo a la tripulación para que mantenga concentrada su atención en ello no hace daño a nadie —dijo el almirante Ossilege—, y además hace que resulte mucho más sencillo mantener la coordinación entre las cuatro naves.

—Quince segundos.

—Estoy totalmente de acuerdo con el capitán Calrissian —opinó

Cetrespeó—. Este tipo de cosas siempre me han parecido atterradoramente inquietantes.

—Silencio, Cetrespeó —gruñó Lando—. Y no quiero oírte decir nunca más que estás de acuerdo conmigo. ¿Lo has entendido?

—Pero, capitán Calrissian...

Erredós interrumpió a Cetrespeó con un sonido francamente grosero.

—¡Oh, vaya! Yo... Realmente yo nunca... —dijo Cetrespeó—. ¡Qué lenguaje! Tendrías que avergonzarte de ti mismo, Erredós.

—Diez segundos.

Luke echó un vistazo a la pantalla táctica, que mostraba los puntos coloreados que eran las cuatro naves avanzando hacia la línea de puntitos azules que indicaba el límite estimado del campo. Después se volvió hacia el visor delantero, decidido a presenciar el momento en que el *Intruso* chocaría con el campo de interdicción.

—Cinco segundos.

»Cuatro.

»Tres.

»Dos.

»Uno.

»Cero.

No ocurrió nada, pero en realidad Luke no había esperado que ocurriese nada. Volvió la mirada hacia Lando, y Lando se encogió de hombros. Los dos habían hecho cuanto pudieron para medir el campo utilizando los instrumentos del *Dama Suerte*, pero sabían mejor que nadie hasta qué punto habían sido aproximadas y toscas aquellas mediciones. Que se hubieran equivocado por un margen sustancial no suponía ninguna sorpresa para ellos.

—Más dos segundos.

»Más tres.

Lando se volvió hacia Luke.

—Eh, ¿quién sabe? —murmuró—. Tal vez hayan desconectado el campo. Quizá podamos llegar sin necesidad de...

¡KA—RAM! Luke fue incrustado en las tiras de su arnés de seguridad y lanzado hacia un lado al mismo tiempo. El visor delantero quedó repentinamente convertido en un estallido de resplandor, tonos rojos y anaranjados que chocaban unos contra otros mientras las líneas estelares surgían de la nada y volvían a esfumarse un instante después.

—¡ESTAMOS DENTRO DEL CAMPO DE INTERDICCIÓN! —gritó la oficial táctica por encima del repentino estrépito de las alarmas que habían empezado a sonar y los sistemas de emergencia bruscamente activados—. MANTENIENDO LA BURBUJA ESTÁTICA HIPERESPACIAL. PRIMER GENERADOR DE BURBUJA ESTÁTICA CRECIENTEMENTE AFECTADO SEGÚN EL RITMO ESPERADO. COLAPSO INMINENTE...,

¡BLAM! Toda la nave tembló y se bamboleó cuando el primer generador de la burbuja se fundió y el segundo entró en acción. La iluminación principal se extinguió durante un momento, pero volvió a encenderse antes de que el sistema de emergencia hubiera tenido ocasión de activarse. Las vibraciones y oscilaciones fueron empeorando segundo a segundo, y Luke oyó el estrépito lejano de algo chocando contra un mamparo en una cubierta inferior.

¡BLAMM! El segundo generador se fundió y el tercero entró en acción al instante, activándose de una manera más brusca que los otros dos. Un tubo luminoso sobrecargado se fundió en el techo, desparramando un torrente de chispas por toda la cubierta. Una chispa consiguió producir un pequeño incendio en la moqueta de la cubierta, pero Erredós ya tenía su extintor incorporado asomando de sus planchas y en acción antes de que Luke tuviera tiempo de gritar una advertencia.

¡BA-LAAMM! El tercer generador se fundió, y el cuarto entró en acción.

— ¡Manteniendo la burbuja hiperespacial! —anunció la oficial táctica. El nivel de ruido había descendido lo suficiente para que no tuviese que gritar tan fuerte como antes—. Perdiendo inercia hiperespacial según las proyecciones interiores disponibles. Frenada virtualmente total en relación al campo de interdicción calculada para dentro de treinta segundos.

— ¡Si es que conseguimos seguir de una pieza durante tanto tiempo! —gritó Lando.

Hubo otro estrépito ensordecedor en algún lugar de las cubiertas inferiores, como pretendiendo dar más énfasis a su observación.

¡BAA-LAAMMM! Ya no cabía duda. Cada entrada y salida del hiperespacio resultaba un poco más lenta que la anterior, pero también era un poquito menos violenta. Parecía que habían dejado atrás lo peor. Bien, si la nave consiguiera aguantar los castigos que les tuviera reservados el último tramo del viaje...

¡WHAMMM! La sacudida fue la más tremenda de cuantas habían sufrido hasta aquel momento, y la gravedad artificial de la nave falló de repente en el mismo instante en que las luces volvían a extinguirse. La nave inició una loca serie de giros, y nuevas alarmas empezaron a resonar por todas las cubiertas. Las luces rojas de emergencia se encendieron, revelando una escena caótica. Dos o tres oficiales del puente habían salido despedidos de sus puestos y estaban flotando en el aire, manoteando desesperadamente en un frenético, intento de agarrarse a algo—lo que fuese— para interrumpir su inesperado vuelo.

Docenas de pequeños objetos habían sido lanzados de un lado a otro por el impacto y estaban revoloteando por el interior del puente. Una nube similar se había esparcido por la cubierta principal. Un puesto de mando del puente soltó un chorro de chispas y empezó a arder, proyectando sombras amenazadoras en la penumbra rojiza.

— ¡La conexión principal de energía se ha cortado! —anunció la oficial táctica—. Hemos perdido el control positivo de la nave, pero la burbuja hiperespacial está aguantando.

Ossilege pulsó la tecla del sistema de comunicaciones que le conectaba con el primer oficial de la nave.

— ¡Desconecte el sustentador hiperespacial, capitán Nisewarner! Llévenos al espacio normal inmediatamente.

—Enseguida, señor —replicó la voz de Semmac.

Un instante después hubo un prolongado retumbar ahogado, tan grave que casi se encontraba por debajo del umbral auditivo, y aquel sonido más percibido que oído se fue desplazando por toda la nave. Las líneas estelares aparecieron con un débil parpadeo que parecía curiosamente apático y que sólo duró una fracción de segundo antes de extinguirse, dejando a las estrellas de Corellia en una lenta rotación por los visores mientras el *Intruso* giraba majestuosamente a través del cielo.

—Infórmenme de la situación actual de la flota —ordenó Ossilege con la mirada clavada en el cielo.

Uno de los técnicos de la cubierta principal inspeccionó sus pantallas, escuchó en silencio durante un instante la información que brotaba de sus auriculares y dio los datos solicitados.

—El *Defensor* y el *Centinela* acaban de salir del hiperespacio en una formación aproximada con nosotros y dentro de los parámetros proyectados. El *Centinela* informa de que sólo ha sufrido daños menores, y el *Defensor* informa de que todos sus tableros están en verde. Por el momento todavía no sabemos nada del Guardián.

— ¿Cuál es la posición del *Intruso*? —preguntó Ossilege, que seguía sin apartar la mirada de los visores.

—Todavía no tenemos una localización navegacional, señor. Un momento... Estamos recibiendo datos.

La iluminación principal se apagó de repente y una voz automatizada retumbó por el sistema de megafonía.

—Advertencia. Advertencia. La gravedad artificial se reanudará dentro de treinta segundos. Pasaremos de cero al cien por cien de la gravedad normal a lo largo de un período de veinte segundos. Prepárense para la reanudación de la gravedad artificial.

Los oficiales del puente que se habían visto suspendidos en el aire ya habían conseguido encontrar asideros, y estaban reptando por los mamparos superiores en dirección a las escalerillas o cables de guía que tuvieran más cerca. El sistema gravítico volvió a entrar en acción con un zumbido ahogado que se desvaneció casi inmediatamente al convertirse en subsónico. Los objetos que estaban flotando por el aire empezaron a descender, y cayeron ruidosamente sobre la cubierta al quedar restaurado su peso.

Los navegantes recuperaron el control de la nave y las estrellas dejaron de girar locamente por las mirillas. Luke pudo ver cómo uno de los destructores —parecía el *Defensor*— se hacía visible al ocupar su puesto dentro de la formación.

—Ya disponemos de una localización navegacional confirmada —anunció el técnico de la cubierta principal—. Nos hemos apartado aproximadamente diez millones de kilómetros de la línea de curso proyectada, y estamos a setenta y dos horas de Selonía a velocidad de crucero.

—¿Somos capaces de mantener la velocidad de crucero en estos momentos? —preguntó Ossilege.

—Las evaluaciones de daños todavía no están finalizadas, señor, y todavía estoy recibiendo información. Ingeniería informa de que la aceleración máxima aconsejable es un tercio de la velocidad de crucero. Hemos tenido un viaje bastante agitado... ¡Un momento, señor! El *Guardián* acaba de salir del hiperespacio. Estoy intentando obtener una localización navegacional que nos confirme su posición. No estamos recibiendo ninguna transmisión suya por los canales de comunicación o las conexiones de datos. Las emisiones de energía del *Guardián* se encuentran por debajo de los mínimos normales. Está dando tumbos, señor, y se diría que se encuentra fuera de control.

—Parece que intentaron mantener en funcionamiento el sustentador de hiperimpulsión durante demasiado tiempo. Muy bien —dijo Ossilege—. Transmita mis felicitaciones a los capitanes del *Intruso*, el *Defensor* y el *Centinela*. Utilice las señales láser visuales para ordenar a las naves que se pongan en movimiento y que se reúnan con el *Guardián*. Es la nave que se encuentra más cerca del interior del sistema, y puede que necesitemos prestarle ayuda. Infórmeme de cualquier cambio de situación que se produzca.

—Muy bien, señor.

Ossilege se volvió hacia Luke y Lando.

—Bien, parece ser que hemos llegado razonablemente enteros —dijo—. Y espero que nuestros amigos de Corellia se quedarán bastante sorprendidos cuando nos vean surgir del hiperespacio a sólo tres días del interior del sistema. Me pregunto si estarán en condiciones de reaccionar cuando llegue ese momento...

Erredós estaba funcionando al máximo de su capacidad. Había tantas cosas que hacer, tantas demandas dirigidas a su atención... Por muy eficiente que fuera, un androide tenía un límite. No sólo era responsable de que el ala-X del amo Luke estuviera en condiciones de volar, sino que también cargaba con la misma responsabilidad respecto al *Dama Suerte* de Lando Calrissian. Llevar a cabo los diagnósticos habituales y los repasos de mantenimiento y puestas al día navegacionales de dos naves al mismo tiempo no era, en sí mismo, un trabajo lo suficientemente complejo como para presentarle grandes problemas. Su dueño, Luke Skywalker, también requería su ayuda durante una buena parte de la jornada, y las negociaciones con los androides bakuranos para obtener suministros, equipo y conexiones de datos consumían una cantidad extremadamente

elevada de tiempo. Hacer que todo funcionara con fluidez y como era debido exigía muchos esfuerzos entre bastidores.

Erredós se encontraba a bordo del *Dama Suerte*. La nave de Lando Calrissian estaba atracada en su punto de estacionamiento de la cubierta de vuelo del *Intruso*, al lado del ala-X de Luke y rodeada por cazas bakuranos. Enjambres de técnicos y androides se afanaban sobre los vehículos bakuranos, asegurándose de que habían soportado sin excesivos problemas la violenta llegada del *Intruso*. Los bakuranos estaban utilizando un mínimo de un técnico humano y dos androides para la comprobación de cada caza. Erredós tenía que llevar a cabo ese mismo trabajo de inspección sobre el ala-X y el *Dama Suerte* sin ninguna clase de ayuda, y los dos aparatos eran mucho más complejos que los cazas bakuranos. Salvo por la asistencia extremadamente marginal de Cetrespeó, el pequeño androide sólo podía contar con sus propios recursos.

Erredós inició las comprobaciones de los sistemas de navegación. Conectó su portilla de datos a los sistemas sensores de navegación principales, y enseguida notó que la unidad infrarroja dorsal estaba ligeramente desviada de la alineación correcta. Erredós podía resolver ese pequeño problema desde allí enviando órdenes a través de la conexión de la portilla de datos. Cambió la conexión e inspeccionó el ordenador de navegación. La unidad superó el examen sin ninguna dificultad, resolviendo todos los problemas simulados con un elevado grado de precisión.

Una vez convencido de que todos los sistemas de navegación se hallaban en condiciones de funcionar correctamente, Erredós pasó a comprobar el equipo de comunicaciones. Todas las frecuencias de comunicación normales estaban siendo interferidas y el bloqueo hacía que todo el equipo de comunicación resultara inútil, por lo que las comprobaciones de comunicación habían pasado a tener una prioridad más baja de la que habrían tenido en circunstancias normales, pero las interferencias cesarían más tarde o más temprano. La prudencia aconsejaba llevar a cabo una somera inspección general.

Todos los canales de hiperonda de la gama estándar dieron resultados normales y carentes de aberraciones. Llevar a cabo comprobaciones detalladas bajo condiciones de interferencia generalizada era totalmente imposible, por supuesto, y el sistema de comunicaciones láser de contacto visual tampoco podía ser inspeccionado a fondo hasta que la nave se encontrara en el espacio. Pero todos los circuitos parecían estar en condiciones de funcionar, y el sistema de control de comunicaciones operaba sin problemas.

— ¡Erredós! ¿Dónde estás?

Erredós pudo oír la voz de Cetrespeó llamándole desde la escotilla principal del *Dama Suerte*. El pequeño androide decidió terminar la tarea que había iniciado antes de responder. Siguió adelante con la comprobación de comunicaciones, y empezó a hacer pruebas en los sistemas de comunicaciones de más baja prioridad con que contaba la nave, el sistema radiónico.

Todo el sistema parecía hallarse en perfecto estado, pero estaba ocurriendo algo bastante raro. El sistema parecía estar recibiendo una señal a pesar de las interferencias. Oh, claro. El arcaico sistema de recepción y envío de señales electromagnéticas no podía ser afectado por las interferencias que bloqueaban las frecuencias subespaciales de hiperonda, de la misma manera que los alimentos humanos envenenados no podían hacer ningún daño a un androide. El sistema radiónico no podía detectar señales subespaciales, y mucho menos ser interferido por ellas.

Erredós empezó a examinar la señal. Se estaba repitiendo una y otra vez. Una baliza, quizá, o una petición de auxilio...

— ¡Erredós! ¡Erredós! ¿Dónde estás?

La voz de Cetrespeó nuevamente, más cercana y más insistente esta vez. Erredós intentó concentrarse en la interpretación de la señal. En muchos aspectos la pauta era francamente sencilla, pero el pequeño androide no estaba acostumbrado a vérselas con señales no digitales o

con los sistemas radiónicos. Parecía ser una transmisión analógica, aunque no podía estar seguro de ello sin...

¡BLANG! La mano de Cetrespeó cayó sobre la cúpula sensora de Erredós.

— ¡Erredós! Vamos, ¿quieres hacer el favor de no perder el tiempo? El amo Luke quiere verte de inmediato en la cubierta principal para que grabes el informe táctico. ¡Olvídate de todas esas comprobaciones redundantes, desconéctate y ven conmigo ahora mismo!

Erredós interrumpió sus análisis al instante, se desconectó de la portilla de datos del *Dama Suerte* y se apresuró a seguir a Cetrespeó. El informe táctico podía proporcionar datos vitales. El análisis de unas señales de baja prioridad tendría que esperar.

Han Solo se recostó en su sillón de vuelo, sintiéndose inmensamente nervioso y preocupado. Ver cómo Salculd pilotaba su nave de una forma que no llegaba ni a la semicompetencia no le estaba haciendo mucho bien a su estado anímico. Han se encontraba a bordo de la nave sin nombre seloniana en forma de cono que avanzaba lentamente por el espacio, aparentemente decidida a tomarse su tiempo para hacer el trayecto hasta Selonía. Han estaba empezando a perder las escasas reservas de paciencia que hubiera podido acumular para enfrentarse a aquella situación. Estaban a un día y medio de Corellia, con tal vez otro día de viaje por delante de ellos. Por desgracia, la palabra clave en todo aquello era «tal vez». Han estaba empezando a creer que nunca llegarían a ningún sitio.

La nave cónica ya había sufrido dos fallos de propulsión, y Han había sido reclutado en ambas ocasiones para llevar a cabo la reparación. Lo que vio del sistema de propulsión durante el proceso no le había gustado nada. Parecía como si todo el sistema de propulsión sublumínica estuviera unido mediante salivazos y cordeles.

Dracmus tampoco había dado muestras de muy buen juicio a la hora de desempeñar las funciones de comandante de la nave. Había ordenado tres cambios de curso evasivos en respuesta a lo que parecían ser amenazas totalmente imaginarias procedentes del puñado de naves que seguían atreviéndose a surcar las rutas espaciales. Dada la extremadamente limitada capacidad de los sensores de la nave cónica, cualquier intento de llevar a cabo una maniobra evasiva parecía tener muy poco sentido. Las únicas naves que podían detectar eran las que se estaban moviendo muy despacio y a escasa distancia de ellos. La nave cónica tampoco podía ir demasiado deprisa si era atacada, y no tenía ningún tipo de armamento que pudiera disparar. A menos que fueran atacados por un remolcador espacial sobrecargado, serían presa fácil para cualquier enemigo. En consecuencia, tratar de mantenerse ocultos no tenía ningún sentido. Pero Dracmus no se dejaba convencer por aquellos argumentos. Han estaba empezando a pensar que los selonianos quizá fueran los dueños y señores del mundo subterráneo, pero estaba claro que necesitaban un poco de práctica para dominar los secretos del pilotaje espacial..., y eso para decirlo caritativamente.

Ser un pasajero en una nave que avanzaba muy despacio tenía sus ventajas, naturalmente. Estar a bordo de cualquier nave, incluso de una tan tosca como aquella, significaba no tener que ir a cuatro patas, y una oportunidad de darse un baño con esponja y lavarse la ropa..., y Han no había disfrutado de ninguna de esas oportunidades desde que fue capturado por las fuerzas de la Liga Humana. Aquel viaje significaba una ocasión de descansar, recuperarse, dejar pasar un día entero sin sufrir una nueva lesión y utilizar el equipo médico para poder remendarse un poquito.

Contemplada desde ese punto de vista, no cabía duda de que la situación tenía sus aspectos buenos. Quizá debería echarse una siestecita. Han estaba a punto de cerrar los ojos cuando las alarmas empezaron a sonar. Ya se había quitado la mitad de las tiras del arnés de seguridad y se disponía a correr hacia los controles de combate cuando cayó en la cuenta de que aquella nave carecía de controles de combate.

Dracmus salió de su camarote.

— ¿Qué ocurre? —le preguntó a Salculd.

Salculd estaba en su sillón de pilotaje, girando frenéticamente diales y accionando interruptores, y al principio no respondió. Necesitó sus buenos quince segundos para desconectar las alarmas y volver a colocar el sistema de vuelo bajo alguna clase de control. «Es una suerte que no fuera una auténtica emergencia —pensó Han—. Si hubiera sido de verdad, todos habríamos muerto antes de que hubiera acabado de ocuparse de las alarmas.»

—Alerta de detectores —dijo Salculd por fin—. Otra nave. No, tres... No, cuatro naves. Acaban de surgir de la nada, saliendo del hiperespacio.

—Pero ¿qué hay del campo de interdicción? —protestó Han.

—Sigue ahí —dijo Salculd—. Pero las naves han logrado atravesarlo de alguna manera. Vienen por estribor, directamente hacia nosotros y Selonía.

— ¡Acción evasiva total! —ordenó Dracmus inmediatamente sin esperar a recibir más detalles.

— ¡Eh, espera! —gritó Han, intentando detenerlas antes de que fuera demasiado tarde.

Un simple vistazo a las pantallas dejaba muy claro que los recién llegados se encontraban a por lo menos dos días y medio de distancia bajo cualquier aceleración razonable. Y además, ¿quién enviaría cuatro naves tan grandes en persecución de una carretilla con adornos?

Pero ya era demasiado tarde. Pese a todas las exhibiciones de irreverencia de Salculd, la piloto seloniana siempre había obedecido las órdenes de Dracmus al instante. Salculd puso los motores sublumínicos al máximo de potencia y se preparó para hacer que el morro de la nave saliese disparado hacia adelante.

— ¡No aceleres tan bruscamente! —gritó Han—. ¡Tus relés inversores de energía no podrán aguantar demasiadas subidas fuertes del nivel de potencia!

Y el preocupante ruido que oyeron un momento después indicó a Han que se había quedado corto. Los inversores ya no podían aguantar ni una sola subida del nivel de energía.

— ¡Te has cargado el regulador primario de energía! —gritó Han—. ¡Reduce la velocidad antes de que también pierdas el de reserva!

Salculd se volvió hacia Han con los ojos llenos de desconcierto y confusión.

—Pero Dracmus me ha ordenado que...

— ¡Pero nada! ¡Si los motores estallan, entonces no podrás llevar a cabo ninguna maniobra evasiva! ¡Reduce la velocidad!

Salculd ya había quedado convencida. Se lanzó sobre los controles y tiró de la palanca de aceleración, haciéndola retroceder rápidamente.

No ocurrió nada. La nave siguió acelerando a toda velocidad.

— ¡El regulador de reserva se ha fundido! —exclamó Han.

Sin los reguladores en estado operacional para que actuaran como intermediarios en las reacciones de energía y las hicieran cesar en el momento deseado, los motores sublumínicos de la nave se limitarían a seguir funcionando a máxima potencia hasta que se derritieran o estallaran, llevándose a la nave con ellos.

Han se levantó de su asiento y corrió hacia la escalerilla de acceso a la cubierta inferior. Bajó a toda prisa por ella y fue corriendo hasta el panel de los relés inversores de energía. Abrió la tapa del panel y dedicó un par de frenéticos momentos a buscar el interruptor de cierre de emergencia manual entre el amasijo de componentes heterogéneos. Acabó encontrándolo y lo bajó de un tirón. Los motores sublumínicos dejaron de funcionar con una sacudida que hizo bailar el estómago de Han y le provocó un acceso de náuseas. El interruptor ya estaba lo suficientemente caliente para quemarle los dedos. Un momento de examen confirmó sus peores temores. El fallo en el acoplamiento energético había quemado la conexión iniciadora de los motores sublumínicos. Ni siquiera había necesidad de que echara un vistazo para averiguar si los motores habían aguantado: sin la conexión iniciadora, no había forma alguna de volver a ponerlos en marcha.

Tenían un serio problema.

Han se aseguró de que el panel había pasado a la modalidad de enfriamiento sin más percances y volvió a la cabina de control situada en la punta del cono, deteniéndose el tiempo suficiente para empapar una toalla y envolverse la mano quemada con ella antes de entrar.

—De momento no corremos peligro —anunció—. Encontré el interruptor a tiempo de evitar que la nave estallara, pero estamos a la deriva.

— ¿A la deriva?

—No podemos maniobrar la nave —dijo Han—. No sé cuál es el curso que estábamos siguiendo cuando accioné el interruptor de cierre manual, pero es el curso que deberemos seguir..., a menos que alguien aparezca y nos rescate.

— ¿No hay ninguna forma de reparar la avería? —preguntó Dracmus.

—Quizá —dijo Han—. Si tenemos mucha suerte y no chocamos con un planeta o con Corell o nos morimos de hambre antes de que podamos repararla, claro... Si los motores no se han derretido, lo único que debemos hacer es fabricar una nueva conexión iniciadora..., pero eso podría llevarnos meses. —La nave cónica hacía que el *Halcón Milenario* pareciese un prodigio de fiabilidad capaz de llevarte al fin del universo sin ningún problema—. ¿Quién se encarga del mantenimiento de este trasto? ¿Tu peor enemigo?

—En cierto sentido, sí —dijo Dracmus—. Nos vemos obligados a usar estos aparatos debido a que nuestros enemigos nos han negado el acceso a los espaciopuertos regulares y han confiscado todas nuestras naves. Habían estado almacenadas durante veinte años estándar.

— ¿Y os habéis limitado a sacarlas del almacén, y luego pulsasteis el botón de encendido y esperasteis que todo fuera bien? —preguntó

Han.

—No nos quedaba otra elección —respondió Dracmus—. Estamos luchando por nuestras vidas, y de repente la pregunta de qué constituye un riesgo aceptable ha pasado a tener respuestas distintas.

—Pero ¿qué justifica que arriesguéis vuestras vidas y una nave que no podéis reemplazar sólo para llevarme hasta Selonía?

—Quizá no damos un valor tan excesivo a nuestras vidas, como hacen los humanos. Estamos más dispuestas a sacrificarnos por el bien de todos.

—Habla por ti —masculló Salculd.

—Tu pregunta sigue siendo muy pertinente —continuó diciendo Dracmus sin hacer ningún caso de la interrupción—. Sin embargo, no debo decir nada más acerca de ella.

—Tenía la premonición de que me ibas a dar esa respuesta —gruñó Han—. De todas maneras, la verdad es que no llena todos los huecos..., si es que entiendes a qué me refiero.

—Si queréis saber mi opinión —dijo Salcud—, ya va siendo hora de que...

Otra alarma empezó a chirriar de repente, y Salcud se volvió nuevamente hacia sus controles.

— ¿Qué nos queda que no esté...? —Inspeccionó los paneles—. Oh, oh —dijo un instante después—. Más malas noticias. El ordenador de navegación acaba de averiarse.

—Eso ya no es una mala noticia. Con los motores inutilizados, ¿a quién le importa lo que le pueda pasar al ordenador de navegación? —replicó Han—. Procurad ver el lado bueno de la situación: si no podemos navegar, entonces da igual que el sistema de propulsión se haya convertido en un montón de metal fundido.

El *Fuego de Jade* se encontraba un poco más al sur en relación con Selonía, pero poseía unos detectores mucho mejores..., y una capacidad de camuflaje muy superior a la de la nave cónica. El Fuego de Jade podía ver a la nave cónica, aunque no tenían ninguna razón para prestarle la menor atención. Pero la nave cónica no podía ver al Fuego de Jade. Además de todo eso, el Fuego de Jade también tenía una base de datos ampliamente superior a la de la nave cónica. Ésta había percibido la repentina aparición de cuatro señales de gran tamaño. El Fuego de Jade las había identificado como navíos de guerra bakuranos —tres destructores y un crucero—, apenas entraron en el campo de alcance de sus detectores.

Y había otra diferencia. Las dos personas que viajaban a bordo del *Fuego de Jade* reaccionaron con un poco más de calma ante la llegada de los bakuranos.

— ¿Qué infiernos están haciendo aquí? —preguntó Mara—. ¿Y cómo han conseguido vencer al campo de interdicción? ¿Y quién va a bordo de esas naves?

—No sé cómo han llegado hasta aquí —replicó Leia—, pero me alegra verles. Y en cuanto a quién va a bordo, creo que tengo una idea bastante aproximada.

Desplegó sus sentidos de la Fuerza y cerró los ojos. Pero... No, estaban demasiado lejos. Quizá Luke pudiera llegar tan lejos, pero ella no podía hacerlo. En realidad, Leia no había esperado poder percibir su presencia desde allí. Volvería a intentarlo más tarde, pero aun así lo sabía.

—¿Quién?—preguntó Mara—. ¿Quién piensas que viaja a bordo de esas naves?

—Luke —dijo Leia—. Luke está ahí. Ha venido en misión de rescate, y ha traído esas naves. Lo supe en cuanto vi que eran bakuranas. Los bakuranos habían contraído una deuda con Luke, y ha conseguido que se la pagaran. No me preguntes cómo, pero lo ha hecho. Y tampoco me preguntes cómo se las han arreglado los bakuranos para vencer al campo de interdicción, pero lo han hecho.

Mara miró a Leia y frunció el ceño mientras reflexionaba en lo que acababa de escuchar.

—Es justo el tipo de cosa que haría —admitió por fin—. Y la conexión bakurana encaja, desde luego... Creo que tienes razón. Luke acaba de llegar. Pero lo que hay ahí fuera es una formación de combate, y las comunicaciones siguen sin funcionar. Con Luke o sin él, creo que no sería muy buena idea ir hasta allí para hacerles una pequeña visita. Mantendremos la cabeza agachada y seguiremos con nuestro curso hacia Selonía.

Lo más irritante de todo era que Leia sabía muy bien que Mara tenía razón.

Belindi Kalenda estaba encantada de encontrarse donde se encontraba o, para ser más exactos, se alegraba de hallarse en cualquier sitio en el que pudiera ser útil. Desde su llegada al sistema de

Coruscant trayendo mensajes de Corellia, había tenido la sensación de quedar perdida en la agitación general. Otros podían haberse visto involucrados en el drama de los grandes acontecimientos, pero en cuanto su labor como mensajera hubo quedado completada, Kalenda fue rápidamente relegada a un segundo plano mientras las personas mayores empezaban a actuar.

Pero allí estaban, nuevamente en Corellia, y decir que el personal de inteligencia bakurano se hallaba un poco desorientado habría sido una forma bastante delicada de definir la situación. Contaban con una considerable cantidad de datos sacados de los textos e información de las bases de datos acerca del planeta, pero prácticamente todo estaba considerablemente anticuado. Varias entradas hacían referencia a su antiguo papel como una base imperial, lo cual ya era bastante malo, pero Kalenda se había encontrado con varios informes del tipo «puesta al día» guardados en los archivos bakuranos que estaba clarísimo habían sido escritos durante los tiempos de la Antigua República. Los bakuranos necesitaban toda la ayuda que pudieran obtener.

Pero Kalenda tenía que enfrentarse a tareas más complicadas y laboriosas que la de poner al día el registro histórico. Había que hacer una ingente cantidad de análisis en tiempo real. Su trabajo principal en aquel momento era obtener las mejores cifras posibles sobre el tamaño, dimensiones e intensidad del campo de interdicción. Los bakuranos habían traído consigo instrumentos especiales para el propósito específico de cartografiar el campo..., y con cada lectura que obtenían esos instrumentos iba quedando más y más claro que tanto las señales de interferencia como el campo de interdicción tenían al sistema de los Mundos Dobles por centro. Lo habían sospechado desde el principio, naturalmente, pero siempre resultaba agradable obtener una confirmación. Además, Kalenda había obtenido algo todavía mejor. Los datos que acababa de recopilar y procesar habían hecho que estuviese prácticamente segura de haber detectado la posición exacta del generador del campo..., y aunque no sabía cómo iban a reaccionar los demás, en su caso la noticia había bastado para darle una gran sorpresa. Echó un vistazo al cronómetro y murmuró una maldición. Se suponía que debía presentar el informe táctico dentro de cinco minutos. No tendría tiempo para asearse un poco o cambiarse de ropa.

Bueno, ella no tenía la culpa de que los datos que confirmaban sus teorías hubieran elegido aquel momento para llegar... Después de todo, el que fuesen presentados por una oficial con un uniforme recién planchado no haría que los datos fueran mejores de lo que eran.

—Bien, el primer tema del orden del día es la situación actual de la flota —dijo Kalenda al empezar la reunión en la cubierta de mando—. Las novedades no son buenas, pero no cabe duda de que podrían ser peores. Las buenas noticias son que el *Intruso*, el *Defensor* y el *Centinela* han llevado a cabo las reparaciones necesarias y han adoptado la formación esperada, y que se están dirigiendo hacia Selonía a tres cuartos de la velocidad de crucero. La mala noticia es que aunque el *Guardián* ha conseguido recuperar el control direccional y hacer que sus sistemas de apoyo vital volvieran a funcionar, no ha sido capaz de reparar su sistema de propulsión y no se espera que sea capaz de hacerlo hasta dentro de algún tiempo. Está derivando hacia el interior del sistema, pero necesitará varios años para llegar hasta allí siguiendo su rumbo actual. Su tripulación estará a salvo a bordo mientras tanto. Las otras tres naves pasarán muy cerca de ella, pero no se detendrán para prestar ayuda. Sin embargo, planeamos enviar una lanzadera automatizada cargada con repuestos y componentes dirigida hacia ella cuando hayamos alcanzado el punto de máxima aproximación.

—He ordenado que todos los cazas del *Guardián* salvo cinco sean transferidos a las naves que están en condiciones de operar —dijo Ossilege—. Cinco cazas deberían proporcionar suficiente cobertura contra un ataque, y la flota va a necesitar toda la potencia de fuego de que pueda disponer.

—¿Se ha sabido algo más sobre contra qué vamos a enfrentarnos? —preguntó Lando.

—Sí —dijo Kalenda—, y es muy interesante. Estamos viendo cazas ligeros que son lanzados desde los Mundos Dobles, Corellia y Drall, y todos se dirigen hacia un punto de intercepción muy claro situado en nuestro curso a Selonía. Hay tres o cuatro naves más grandes: ninguna de ellas se aproxima ni siquiera a las dimensiones del *Dama Suerte*, pero prácticamente todas las naves que hemos detectado hasta el momento son cazas ligeros. Todas las que están saliendo de Corellia son patrulleras de bolsillo, y las que salen de Drall y de los Dobles son aproximadamente equivalentes. Podemos suponer que los selonianos lanzarán todas sus naves cuando estemos más cerca. Ahorran combustible y suministros renovables manteniendo sus naves en el planeta durante el mayor tiempo posible. Sin embargo, parece claro que naves de todos los planetas se están reuniendo para lanzar un ataque coordinado. O por lo menos están intentando reunirse...

— ¿Cuál es el problema? —preguntó Lando.

—Es un problema de tiempo —respondió Kalenda—. Estamos a dos días de Selonía, y las naves interceptoras empezaron a despegar hace pocas horas. Nuestros análisis de las emisiones de sus motores sublumínicos sugieren de una forma muy clara que la mayoría de las naves están dirigiéndose hacia el punto de intercepción empleando la aceleración máxima de que son capaces, pero las proyecciones de sus cursos demuestran que no van a llegar allí a tiempo. Los lanzamientos de intercepción tampoco han sido calculados para una llegada simultánea al objetivo, a pesar de que eso les proporcionaría la máxima potencia de fuego. De hecho, los cazas están siendo lanzados a lo largo de un período de tiempo bastante prolongado, lo cual nos da la ocasión de luchar contra unos cuantos de ellos en cada momento. En conjunto, me parece un caso obvio de pésima coordinación.

—Lo que no resulta muy sorprendente con todas las comunicaciones virtualmente bloqueadas —dijo Gaeriel Captison—. Supongo que la coordinación fue acordada antes de que se iniciaran las interferencias. «Si una nave entra en el sistema, deberéis hacer lo siguiente...» Ese tipo de cosas, ya saben.

—Pero el hecho de que exista cualquier clase de coordinación parece francamente notable —dijo Kalenda—. Cinco grupos independientes de rebeldes en cinco planetas, muchos de ellos autodeclarados enemigos implacables de los demás..., y todos se unen para atacarnos. Tenía razón, almirante Ossilege. Este ataque nos está revelando muchas cosas.

»Pasando a otro tema, ahora puedo informar de que unos momentos antes de que se iniciara esta reunión hemos conseguido localizar la fuente exacta de las interferencias y del campo de interdicción. Las dos emisiones proceden del mismo sitio, lo cual tampoco tiene nada de sorprendente. Lo que sí resulta más sorprendente es que el lugar es la Estación Centralia.

— ¿De dónde ha dicho que proceden? —preguntó Gaeriel.

—De la Estación Centralia. No me sorprende que el nombre no le resulte familiar, ya que no es demasiado conocida fuera del sistema. Se trata de una estación espacial muy grande que se encuentra situada en el baricentro, o punto de equilibrio, entre los Mundos Dobles de Talus y Tralus. Expresado de otra forma, ocupa el punto del espacio alrededor del que giran los dos mundos.

—Debo decir que esa noticia me sorprende considerablemente —intervino Ossilege—. Había dado por sentado que el campo de interdicción era tan poderoso que debía proceder de una fuente situada en la superficie de algún planeta. ¿Cómo es posible que una estación espacial sea lo suficientemente grande para generar tanta energía subespacial?

—Centralia es una instalación muy grande —dijo Kalenda—. Una vez dicho eso, yo tendería a estar de acuerdo en que no conseguimos imaginarnos cómo puede estar generando o controlando el campo. Pero es comparable en tamaño a la Estrella de la Muerte, y tengo entendido que su

masa es muy superior. Ah, y parece que está emitiendo una cantidad de energía infernalmente elevada... Es muy superior a las indicadas en cualquiera de los registros históricos que poseemos, aunque esos registros no sean demasiado fiables. Es como si estuviera volviendo a la vida después de haber estado dormida.

—Si controla las interferencias y el campo de interdicción, entonces la Estación Centralia es la clave de todo este sistema —dijo Ossilege—. ¿Podemos ver algunas imágenes tuyas?

Kalenda tecleó las órdenes adecuadas y una imagen holográfica de la Estación Centralia apareció encima de la mesa. El cuerpo principal de la estación era una gigantesca esfera blanco grisácea. Unos cilindros muy largos y gruesos recubiertos por conductos, equipo y antenas de todas clases se extendían a cada lado de la esfera, y todo el sistema giraba sobre el eje más largo.

—La esfera principal mide un poco más de doscientos kilómetros de diámetro. De un extremo a otro, toda la estación mide trescientos cincuenta kilómetros de longitud. Es tan antigua que ha de girar para proporcionar gravedad artificial. Es anterior a la invención de nuestra forma de gravedad artificial..., y nadie sabe quién la inventó ni cuánto tiempo hace de eso.

—Interesante. Sí, es muy interesante... Pero ¿por qué colocar los generadores del campo de interdicción y el equipo creador de interferencias en una estación espacial? Sea cual sea su tamaño, ¿no les parece que una estación espacial resultaría intrínsecamente más difícil de defender que una instalación basada en un planeta?

—En muchos aspectos sí, señor.

—Y sin embargo. Y sin embargo... Nuestros oponentes son tan capaces de interpretar una lectura posicional como nosotros. Deben saber que contamos con instrumentos capaces de cartografiar el campo de interdicción y localizar su punto de origen; y también han de saber tan bien como nosotros que el control del campo de interdicción es vital para sus planes. Y sin embargo, que yo sepa no existe ninguna indicación de que se haya hecho ningún esfuerzo para proteger dicha estación. Cazas de los Mundos Dobles están avanzando hacia el punto de intercepción.

—Si me permite que le interrumpa durante un momento, señor... Nuestra capacidad de seguimiento no es totalmente fiable a esa distancia, pero estamos prácticamente seguros de que también hemos detectado cazas lanzados desde Centralia que vienen hacia nosotros.

—¿De veras? —Ossilege enarcó las cejas—. Eso hace que todo resulte todavía más notable. ¿Han decidido alejar sus cazas de lo que deben defender más enérgicamente? Pero su fracaso en el aspecto defensivo sólo es un aspecto del problema. También han de saber que un ataque mínimamente coordinado demuestra que los grupos rebeldes aparentemente independientes están colaborando entre ellos. La propaganda de la Liga Humana no para de repetir lo mucho que odian a todos los otros grupos, y me inclino a suponer que los demás entonan una canción similar. Bajo esas circunstancias, la coordinación equivale a colaborar con el enemigo. Si llegara a saberse, resultaría políticamente muy dañino para todos ellos. Estamos hablando de sociedades bastante cerradas, por supuesto... Pero detenernos es visto como una tarea lo suficientemente vital para que estén preparados a correr el riesgo de sufrir esos daños, aunque están desplegando una fuerza de cazas ligeros que es demasiado débil para detenernos.

»¿Por qué cazas ligeros? O no cuentan con naves más grandes, o no sienten la necesidad de arriesgarlas en un combate. Pero al parecer no tienen ninguna razón para sentirse tan confiados. Todo esto resulta de lo más incomprensible. ¿Se le ha ocurrido pensar en todo eso, teniente Kalenda?

—Sí, señor.

— ¿Y qué le dice todo eso?

—Únicamente que hay algo que se nos escapa, y que se trata de algo grande. Es algo que les hace estar seguros de que podrán detenernos en Selonia.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted —dijo Ossilege, y reflexionó en silencio durante unos momentos—. ¿Cuánto falta para que lleguemos al punto de máxima proximidad con el *Guardián*?

Kalenda echó un vistazo al cronómetro.

—Ah... Pasaremos junto a ellos dentro de unas ocho horas, señor.

—Comprendo. Comprendo. Muy bien. —Ossilege se levantó de repente y se volvió hacia su oficial de comunicaciones—. Establezca una conexión directa láser de contacto visual con la capitana del *Guardián*, y pase el canal a mi camarote con todos los sistemas de protección disponibles activados. —El oficial de comunicaciones saludó y empezó a trabajar en su consola—. En cuanto al resto de ustedes, me limitaré a decir que el informe de la teniente Kalenda me ha sugerido un cambio en los planes. Les informaré de esos cambios en cuanto haya completado mis consultas con el *Guardián*. Eso es todo. Buenos días.

Y Ossilege salió de la sala después de haber pronunciado aquellas palabras.

Todo el mundo se puso en pie y fue hacia la puerta.

— ¿Qué era todo eso de hablar con el *Guardián*, teniente Kalenda? —preguntó el capitán Calrissian.

—No lo sé, señor —replicó Kalenda—. Pero tengo la corazonada de que no me gustaría ser la capitana del *Guardián* en estos instantes.

—Oh, desde luego —asintió Calrissian—. Cuando los almirantes demuestran un repentino interés por una nave que no está en condiciones de luchar, casi siempre ha llegado el momento de empezar a preocuparse.

Eso era algo totalmente indiscutible.

17

Todos a una

Tendra Risant se encontraba al borde de la desesperación. Le parecía como si llevara años metida dentro de aquella nave, en vez de sólo días. El *Caballero Galante* le había parecido una nave lo suficientemente espaciosa cuando subió a bordo de ella por primera vez y la exploró, pero últimamente Tendra había empezado a tener la sensación de que no era más grande que un ataúd..., y no era una imagen en la que quisiera pensar demasiado.

No estaba muy segura de cuánto tiempo podría seguir aguantando. Tendra nunca había pilotado una nave en solitario y, de hecho, nunca había estado tan sola con anterioridad. El silencio y la soledad del espacio parecían oprimirla, y la inmensidad del vacío parecía confinarla. La nave disponía de las provisiones suficientes para su sustento, y el sistema de reciclaje mantendría su agua y su aire puros durante por lo menos un año sin ninguna dificultad. Pero ¿quedaba suficiente cordura a bordo de la nave para que pudiera resistir? La nave podía mantener en funcionamiento su cuerpo durante todo el tiempo que hiciera falta..., pero no podía hacer nada para mantener en funcionamiento su mente.

¿Por qué no respondía Lando? ¿Qué había ocurrido? ¿Qué había salido mal? Tendra empezó a preguntarse si no habría apostado cuanto tenía en la vida impulsada por un capricho estúpido y lo habría perdido.

Se inclinó sobre los instrumentos y volvió a escuchar al sistema vocal del monitor radiónico mientras repetía lo que estaba enviando el transmisor. Sabía que oír el mensaje no podía hacerle ningún bien, y que cabía la posibilidad de que sólo sirviera para que volviese a estallar en sollozos. Pero tenía que oírlo, tenía que saber que seguía siendo emitido...

—Tendra a Lando —dijo la voz, su voz, desde la rejilla, sonando mucho más tranquila e impasible de lo que se había sentido desde hacía bastante tiempo—. Responde en la frecuencia preasignada, por favor. —Pausa—. Tendra a Lando. Responde en la frecuencia preasignada, por favor. —Pausa—. Tendra a Lando. Responde en la frecuencia preasignada, por favor...

El almirante Hortel Ossilege estaba inmóvil en el centro de la cubierta de mando del *Intruso*, tan resplandeciente como de costumbre en su uniforme blanco.

—Ha llegado el momento de explicar la situación —dijo—. Como saben, hemos empezado a remolcar al *Guardián* y hemos transferido prácticamente toda su tripulación a las otras naves. Sin duda se están preguntando por qué remolcamos a un navío casi totalmente incapacitado mientras nos disponemos a entrar en combate. Voy a decírselo de la manera más breve y clara posible: tengo la intención de sacrificar al *Guardián*.

Si la declaración pretendía provocar un murmullo de asombro general, lo consiguió con creces. Ossilege aguardó a que la sala volviera a quedar en silencio.

—Nos hemos sentido perplejos ante el pésimo cálculo del momento de la reunión y la coordinación tan claramente inadecuada de la flota a la que nos enfrentaremos —siguió diciendo—. Ahora ya sólo estamos a pocas horas del contacto con los primeros elementos de esa flota, y sin embargo apenas ha empezado a formar su cola. Hace tan sólo unos momentos acabamos de detectar nuevos lanzamientos procedentes de Selonía.

»He analizado las distintas posiciones adoptadas por las naves del enemigo, y puedo asegurarles una cosa: son pésimas, si es que el enemigo realmente intenta hacer lo que pensamos que intentará hacer. Si intenta entablar un combate abierto, será derrotado y sufrirá graves pérdidas.

»Pero... Si lo que pretenden es atraernos y manipularnos, hacernos ir de un lado a otro ofreciéndose a sí mismos como blanco y retirándose después... Bueno, entonces no cabe duda de que han sabido desplegarse muy bien.

»La pregunta obvia, naturalmente, es hacia qué quieren atraernos. Tengo intención de averiguarlo, y sin arriesgar todas las vidas a mis órdenes.

»Hemos conseguido devolver un porcentaje muy pequeño de su potencia propulsora al *Guardián*, y no tardaremos en instalar un controlador a distancia capaz de pilotar la nave mediante control remoto y hacerlo por lo menos lo suficientemente bien para nuestros propósitos. Yo mismo manejaré el controlador. Reconozco que es prerrogativa tradicional del capitán pilotar su nave en momentos semejantes, y deseo hacer público que la capitana Mantrony solicitó con gran energía que se le concediera ese privilegio. Se lo denegué. Si el *Guardián* es atacado de alguna forma nueva, tenemos que dirigirlo de tal forma que averigüemos todo lo posible sobre esa nueva arma. La capitana Mantrony no sería humana si el laudable instinto de proteger su nave no interfiriese con esa necesidad. Sus protestas ante mis acciones han sido registradas.

»Quiero que mi flota sea conducida hacia la trampa que hayan preparado..., con el *Guardián* llevando una buena delantera al resto de las naves. No quiero que nuestros cazas se muestren abiertamente agresivos. Deberían librar batalla si se les ofrece la posibilidad de hacerlo, pero no buscarla. Quiero una postura defensiva, no ofensiva. Creo que no hay ninguna duda de que podemos vérnoslas con cualquier contingente de esas patrulleras de bolsillo y demás cazas ligeros en el momento adecuado. Por ahora, lo único que quiero es preservar nuestra fuerza y sondear las capacidades del enemigo.

»Bien... —dijo Ossilege con voz solemne mientras su mirada recorría los rostros de sus oficiales—. Vamos a empezar —añadió, y dirigió una inclinación de cabeza a la oficial táctica del *Intruso*.

—Que toda la tripulación acuda a sus puestos de combate —dijo la oficial—, y que todos los pilotos de caza vayan a sus naves. Prepárense para lanzar los cazas.

La reunión había terminado, y los oficiales y pilotos se pusieron en pie y empezaron a desfilar hacia la puerta.

—Una postura defensiva —le murmuró Lando a Luke mientras seguían a los demás—. Si realmente quería adoptar una postura defensiva, bastaría con que nos quedáramos a bordo de la nave.

—Eh, vamos —dijo Luke—. Vas a ser mi hombre de ala ahí fuera, ¿verdad? No quiero que estés demasiado a la defensiva.

—Oye, tendrás mucha suerte si me acuerdo de cómo pilotar mi nave —replicó Lando—. Con todas estas reuniones de planificación, ni siquiera he podido subir a bordo una sola vez desde que entramos en el sistema corelliano.

Luke sonrió a su amigo y le dio una palmada en la espalda.

—Bueno, dicen que en cuanto has aprendido nunca lo olvidas, ¿no? Aquí tienes tu gran oportunidad de averiguar si es cierto. Venga, vamos a nuestras naves.

«Ahora», pensó Leia. Por fin estaban lo bastante cerca. A esa distancia ya podía desplegar su sonda a través de la Fuerza y sentir la presencia de la mente de su hermano, si es que Luke realmente estaba allí. Cerró los ojos y utilizó sus poderes para llegar lo más lejos posible, extendiendo sus sentidos y enviándolos hacia adelante.

Y le sintió de inmediato, captando su presencia con potente nitidez a través de la distancia y la oscuridad. Leia sonrió y se dejó llenar por el calor del contacto, disfrutando del placer de saber que su hermano estaba cerca y que se iba aproximando un poco más a cada momento que pasaba. Pero eso sólo era la mitad de la buena noticia. Leia sabía que Luke la sentiría dentro de la Fuerza en ese mismo instante, y que sabría inmediatamente dónde se encontraba.

Aunque su dominio de la Fuerza no fuera lo suficientemente grande para permitir ninguna comunicación realmente significativa, el mero hecho de saber que Luke estaba allí y de que sabría que Leia estaba cerca ya suponía un tremendo consuelo.

Luke estaba subiendo por la escalerilla de acceso de su ala-X cuando sintió el contacto de su hermana a través de la Fuerza. Se quedó totalmente inmóvil en el centro de la escalerilla y miró hacia arriba con los ojos de su mente, viendo a través de los mamparos, cubiertas y niveles de duracero del *Intruso* hasta llegar a la limpia oscuridad del espacio. Podía ver su espíritu allí, brillando en la oscuridad, tan claramente como podía ver a Erredós siendo bajado hacia su hueco en el ala-X. Leia estaba allí. Estaba viva. Se encontraba bien. ¿Qué otra cosa podía importar tanto como eso?

Luke obtuvo una respuesta casi antes de que pudiera formular la pregunta.

Porque en cuanto desplegó sus sentidos de la Fuerza, comprendió que allí fuera había alguien más.

Leia sintió el mismo contacto, casi por accidente, cuando su sentido de la Fuerza barrió el espacio. En algunos aspectos era una presencia más débil, un ser que no estaba dotado de la más mínima capacidad para el uso de la Fuerza. Pero todas las criaturas vivas estaban presentes en la Fuerza, y aquella vida resplandecía con una potente luz de vigor y decisión..., que era especialmente brillante para Leia.

—Han —dijo, volviéndose hacia Mara con el asombro y la alegría que estaba sintiendo claramente audibles en su voz. Manipuló los controles del detector y enfocó los sensores hacia la zona del cielo adecuada—. ¡Allí! —exclamó, señalando un puntito en la pantalla del detector—. Han está en esa nave averiada que tiene forma de cono. Luke se encuentra a bordo del más grande de los navíos bakuranos, pero Han también está aquí. —Leia cerró los ojos y volvió a concentrarse—. Hay dos seres más. Creo que son selonianas... No estoy muy segura de ellas, pero no cabe duda de que la otra presencia es Han. Sé que es Han.

«Leia está aquí —pensó Luke—. Leia está aquí y Han está aquí, y no puedo hacer absolutamente nada al respecto. Todo está yendo demasiado deprisa.» Aseguró la carlinga de su ala-X, llevó a cabo sus comprobaciones de seguridad con Erredós e inspeccionó el esquema de despliegue.

Su ala-X y el *Dama Suerte* serían lanzados desde el vientre del *Intruso* dentro de treinta segundos, por lo que Luke apenas disponía de tiempo para agradecer el que Leia y Han estuvieran bien. Entre las comprobaciones de navegación, las pruebas de sistemas y el activar los repulsores del ala-X para que quedara suspendido en el aire, no había tiempo para nada más.

Ni siquiera había tiempo para utilizar el comunicador láser e informar a Lando de las noticias.

Eso quizá fuese una suerte, ya que Lando tenía unas cuantas novedades asombrosas propias que asimilar.

Estrictamente hablando, realizar la comprobación automática de comunicaciones no tenía ningún sentido —no cuando todos los sistemas de comunicación habituales estaban bloqueados por las interferencias, y no había ninguna forma de comprobar la conexión láser mientras estuviera a bordo de la nave—, pero Lando procuraba ser un piloto meticuloso siempre que tenía la ocasión de hacerlo, y eso significaba una comprobación total de sistemas si llevaba algún tiempo sin pilotar su aparato. Pero no esperaba llevarse ninguna sorpresa. Erredós había llevado a cabo varias comprobaciones de sistemas recientemente, y el pequeño androide siempre se aseguraba de mantener el *Dama Suerte* en el mejor estado posible.

Pero lo que uno esperaba rara vez se correspondía con lo que acababa teniendo. Lando aprendió esa lección cuando el sensor radiónico captó algo..., y pasó la transmisión al altavoz de la cabina.

—Tendra a Lando —dijo una voz desde la rejilla. Era la voz de Tendra—. Responde en la frecuencia preasignada, por favor. —Hubo una pausa, y después el mensaje fue repetido—. Tendra a Lando. Responde en la frecuencia preasignada, por favor. —Después hubo una nueva repetición—. Tendra a Lando. Responde en la frecuencia preasignada, por favor...

Lando quedó total y absolutamente perplejo. ¿Cómo se las había arreglado Tendra para llegar hasta Corellia? Y, en nombre de todas las estrellas y todos los cielos, ¿qué estaba haciendo Tendra allí? ¿Por qué había venido hasta allí? ¿A qué distancia se encontraba?

Echó un vistazo al cronómetro de lanzamiento. Faltaba menos de medio minuto para la partida, y eso quería decir que apenas si disponía de tiempo para hacer nada. Pero tenía que hacer algo. Conectó el sistema de comunicaciones, lo sintonizó en la raramente utilizada modalidad radiónica y lo ajustó para una transmisión repetida. Después estuvo reflexionando durante unos momentos antes de enviar una réplica. Había tanto que decir, y tan poco tiempo...

—Lando contestando a Tendra. El porqué es una historia bastante larga, pero hace muy poco que he llegado al sistema y acabo de recibir tu transmisión. —Se quedó callado durante un instante, sintiéndose más que un poquito incómodo—. Esto... Ah... Bueno, tal vez suene melodramático, pero estoy a punto de entrar en combate, y no hay tiempo para nada. Hay muchas cosas que quiero decir..., pero todo eso tendrá que esperar. La pregunta más importante es dónde estás ahora. Haré cuanto pueda para rastrear tu frecuencia original desde aquí hasta su fuente. Te deseo buena suerte, y nos la deseo a todos. Fin de la transmisión. El mensaje se repetirá.

Después permaneció inmóvil durante unos segundos y pensó en todas las formas en que debería cambiar ese mensaje. Decía demasiado, y no decía lo suficiente..., pero no había tiempo. Bien, tendría que bastar. Faltaban diez segundos para el lanzamiento. Pulsó el botón de la función transmitir—repetir, dejó sus motores sublumínicos preparados para el encendido y empezó a concentrarse en la tarea de seguir con vida.

Han Solo no era un hombre feliz. Hay muy pocas cosas capaces de hacer que un piloto se sienta tan impotente como el estar a bordo de una nave que flota a la deriva. Que un piloto se encontrara viajando de pasajero a bordo de una nave con otra persona —la que fuese— en los controles ya era bastante malo. Pero cuando no había nadie en los controles y cuando además la nave estaba fuera de control, la sensación empeoraba muchísimo. Teniendo en cuenta lo poco que se podía hacer para maniobrarla, la nave cónica sin nombre muy bien hubiera podido ser un asteroide o un pedazo de roca espacial. Lo único que podían hacer era esperar. Más tarde o más temprano alguien los volatilizaría de un disparo, o se estrellarían contra algo, o se les acabaría la comida, o el aire se volvería irrespirable y el agua dejaría de ser potable. Con la suerte que tenía aquella nave, no transcurriría más de un día o dos antes de que ocurrieran dos o tres de aquellas cosas.

A menos que... A menos que Han consiguiera improvisar alguna clase de sistema de propulsión y lograra que el ordenador de navegación volviera a funcionar. Las probabilidades de éxito no eran nada buenas, por supuesto, y estaba muy claro que la primera fase del trabajo tenía que consistir en hacer una inspección detallada de los daños. Era una suerte que sólo dispusieran de tiempo, porque eso era precisamente lo que iba a exigir aquel trabajo: un montón de tiempo.

Han contempló la conexión iniciadora fundida e intentó grabar cada parte del sistema en su mente, haciendo cuanto podía para aprendérselo de memoria antes de tocarlo. Tendría exactamente una posibilidad de reparar aquel trasto, y tenía que acertar a la primera. Vio una pequeña grieta en la base de la junta impulsora. Si esa grieta atravesaba todo el metal, la junta habría quedado totalmente inservible. Bueno, entonces tendría que fabricar una junta nueva. Quizá pudiese encontrar algo a bordo que...

— ¡Respetado Solo!

La voz era un retumbar que llegaba desde la cubierta superior, lo suficientemente potente y repentino como para que Han diera un salto.

— ¡No hagas eso, Dracmus! —gritó a su vez—. Si hubiera estado tocando la junta impulsora, podría haberla arrancado de cuajo.

—Te presento mis disculpas, respetado Solo, pero hay otro asunto y es urgente —dijo Dracmus—. Una nave está a punto de abordarnos.

— ¿Qué? —Han se olvidó del impulsor y subió a toda prisa por la escalerilla hasta llegar a la cubierta superior—. ¿De qué estás hablando? —preguntó.

Alzó la mirada hacia la pantalla detectora y la modalidad de registro visual le permitió ver que había otra nave ahí fuera, y que sólo estaba a medio kilómetro de distancia y se iba aproximando muy deprisa. Han echó un vistazo por las mirillas de la punta del cono y no tuvo ninguna dificultad para distinguir a la nave que se acercaba.

— ¿Por qué no la has detectado hasta ahora, Salculd?

—Ha venido por popa —dijo Salculd en tono de pedir disculpas—. Nuestros detectores de popa nunca fueron demasiado buenos, y la sobrecarga debe de haberlos dañado de alguna manera que los diagnósticos no pudieron percibir.

—Estupendo —dijo Han—. Hemos estado volando a ciegas y ni siquiera lo sabíamos.

—Pero ¿qué hacemos, respetado Solo? —preguntó Dracmus.

— ¿Hacer? ¿Qué podemos hacer? Las interferencias nos han dejado sin sistema de comunicaciones, así que no podemos hablar con ellos. No tenemos sistema de propulsión, así que no podemos movernos..., a menos que salgamos todos al espacio y empujemos. —Señaló la nave que se aproximaba rápidamente y se encogió de hombros en un gesto lleno de impotencia—. Lo único que podemos hacer es sacar la alfombra roja y esperar que sean amigos. Si supiera en qué bando estamos, habría dicho «esperar que sean de los nuestros»... —Han se calló y contempló con más atención la nave que se aproximaba—. Eh, un momento —murmuró—. Yo conozco esa nave. Yo conozco esa nave...

— ¿Qué nave es? —preguntó Dracmus—. ¿Son amigos o enemigos?

—No estoy seguro. Dracmus, Salculd... Coged un par de desintegradores e id corriendo a la esclusa. ¡Venga, deprisa!

Salculd y Dracmus se quedaron paralizadas durante un segundo, no muy seguras de si debían obedecer a Han.

— ¡Id allí! —gritó Han—. ¡Id allí ahora mismo!

Eso las puso en movimiento.

—Tengo dos desintegradores en mi cabina —anunció Dracmus, y fue corriendo en su busca con Salculd pisándole los talones.

Han bajó por la escalerilla a toda velocidad y fue corriendo hasta la esclusa, deseando tener a mano una palanca, un martillo, cualquier cosa grande y pesada. Pero no había tiempo. Oyó el golpeteo ahogado de unas abrazaderas de casco adhiriéndose a la nave cónica, y después oyó un zumbido estridente cuando un campo de fuerza surgió de la nada y extendió su vibración por el metal del casco. Era el procedimiento de ataque habitual cuando dos naves cuyas escotillas no encajaban querían unirse en el espacio. Una de ellas activaba un campo de fuerza tubular entre las dos esclusas, y eso permitía que se pudiera ir libremente de una nave a otra.

Suponiendo que todas las partes cooperasen, desde luego. Han pensó durante un momento en la posibilidad de bloquear la esclusa, lo cual impediría que quienes querían abordarles pudieran entrar en la nave cónica. Pero eso no serviría de mucho, por supuesto. Cualquier soplete láser mínimamente merecedor de ese nombre se abriría paso a través del casco de la nave cónica en cuestión de minutos. No, sería mejor permitir que subieran a bordo y ver qué curso seguían los acontecimientos a partir de ahí. Y además, Mara podía estar de su parte. Claro que quizá... Pero entonces oyó abrirse las compuertas exteriores de la nave cónica. Ya era demasiado tarde para preocuparse por eso.

— ¡Solo! —gritó Dracmus, viniendo a la carrera por el pasillo con el desintegrador preparado para hacer fuego—. ¿Qué está ocurriendo, Solo? ¿Qué nave es ésta? —La seloniana se detuvo tan bruscamente que Salculd casi chocó con ella—. ¿Qué está ocurriendo?

—Esa nave es el *Fuego de Jade* y acaba de adherirse a nuestro casco —dijo Han—. Es la nave de Mara Jade. Tu querida amiga acaba de seguirme la pista a través de la mitad del sistema corelliano..., o quizá nos haya seguido la pista a los dos. Y puedo decirte una cosa, y es que he decidido dejar de concederle el beneficio de la duda. Espero por su bien que se muestre condenadamente convincente y me haga creer que está de nuestro lado, o...

La compuerta interior de la esclusa se abrió, y Han dejó de hablar y se limitó a quedarse totalmente inmóvil, boquiabierto y paralizado de estupor, durante cinco segundos. Y después, sin saber muy bien cómo pero muy de repente, estaban el uno en brazos del otro, aparentemente sin que ninguno de los dos hubiera cruzado la distancia que se interponía entre ellos.

—Leia —murmuró Han—. Leia, ¿cómo has...?

Leia Organa Solo rodeó a Han con los brazos y se pegó a su esposo.

—Hola, Han —dijo—. Te he echado de menos.

Luke Skywalker mantuvo su ala-X en formación con el *Dama Suerte* mientras las dos naves escoltaban al *Intruso*. Los cuatro navíos de la fuerza de ataque bakurana habían adoptado una formación de vuelo del tipo cuña voladora modificada, creando una pirámide de tres lados con el *Guardián* en la punta y las otras naves formando un triángulo equilátero directamente debajo de él. Esperaban que la oposición no sería capaz de detectar los rayos tractores que las otras tres naves estaban utilizando para mantener al *Guardián* dentro de la formación. De cualquier manera, la formación tenía un aspecto realmente impresionante, y eso era lo principal.

—...ke, adelante, Lu...

Era Lando por el sistema de comunicación láser de contacto visual. Lo mejor que podía decirse del sistema era que funcionaba, lo cual ya era mucho más de lo que podía decirse de cualquier otro sistema de comunicación a disposición de la flota. Pero no funcionaba muy bien,

desde luego. De hecho, apenas permitía una conversación entre un caza y su hombre de ala. Si se le pedía algo más, el sistema no servía de nada.

—Todavía no te recibo muy bien, Lando —dijo Luke—. ¿Qué pasa?

—...ja que re—libre este trasto. Allá vamos. Sólo quería saber si ya tienes un poco más claro lo que debemos buscar por ahí fuera.

En otras palabras, Lando quería saber si Luke había percibido algo a través de la Fuerza.

—No, la verdad es que no —dijo—. No capto gran cosa del otro lado, aparte de las emociones que puedes esperarte antes de una batalla. Yo diría que tienen tan poca idea de la situación general como nosotros. Los jefazos saben lo que va a ocurrir, pero las tropas no.

—Magnífico —dijo Lando—. ¿Y qué hay de Leia y Han?

—Siguen por ahí. Ahora puedo percibirlos juntos..., y también hay alguien más, ahora que sé dónde he de centrar mi consciencia. Es Mara Jade. Creo que ahora están a bordo de su nave, y si estoy relacionando correctamente lo que percibo a través de la Fuerza con los datos de seguimiento, se encuentran en el curso más corto y rápido para salir de la zona de combate.

—No puedo culparles por... lo —dijo Lando, sufriendo otra breve interrupción en la línea—. Pero me gustaría que Mara hubiera decidido tomar parte en la fiesta. Su nave tiene bastante potencia de fuego, y ese poco de ayuda extra no nos iría nada mal.

—Oh, no creo que la necesitemos —dijo Luke—. Ossilege tenía razón. Las formaciones del enemigo no podrían ser peores para una batalla caza—contra—caza ni aunque quisieran. Si solo se tratara de eso, acabaríamos con ellos en un minuto. Tienen que saberlo... No van a presentar batalla. No a menos que quieran suicidarse.

—¿... otra cosa pueden querer presentar? —preguntó Lando—. ¿Un numerito musical?

Luke meneó la cabeza.

—No lo sé —dijo—, pero estamos a punto de averiguarlo. Ahí vienen.

Una oleada de patrulleras de bolsillo corellianas estaba aproximándose desde el sol, intentando mantenerse oculta entre el resplandor de Corell. Seguían un rumbo directo hacia el *Guardián*, pero interrumpieron el ataque casi antes de haberlo iniciado y se limitaron a disparar unas cuantas andanadas turboláser antes de cambiar de curso y alejarse. Un escuadrón de cazas ligeros selonianos apareció por detrás de las patrulleras de bolsillo y ejecutó una maniobra prácticamente idéntica, acercándose un poquito más..., y siendo recompensada con una rápida serie de andanadas surgidas de la batería principal del *Guardián*. El *Guardián* consiguió anotarse dos impactos directos sobre los cazas. Luke tuvo que admitir que Ossilege, que estaba pilotando el *Guardián* mediante el controlador, sabía hacer muy bien su trabajo. El almirante acababa de obsequiarles con toda una exhibición de puntería.

Los cazas ligeros supervivientes cambiaron de curso para alejarse en la misma dirección que habían tomado las patrulleras de bolsillo, avanzando en una trayectoria que los llevaría justo por encima de la curvatura de Selonía. Luke recordó que se estaban aproximando al planeta. Dejarse absorber por el combate hasta el punto de estrellarse contra Selonía resultaría francamente embarazoso. Más patrulleras de bolsillo aparecieron por encima de los navíos bakuranos y se lanzaron sobre el centro de la formación de cuña para aparecer detrás del *Guardián* y obsequiar a su popa con una dosis de potencia de fuego. Los otros navíos de guerra bakuranos abrieron fuego contra los intrusos, pero se veían limitados por el temor de acertar a su compañero de formación. Ahuyentarlos era una labor para los cazas, y varias oleadas de cazas bakuranos empezaron a desempeñarla.

Luke decidió unirse a ellos.

—Vamos a animar a esas patrulleras de bolsillo a que se ocupen de sus asuntos, Lando —dijo—. Colócate a babor y sígueme.

—Estoy contigo, Luke —replicó Lando.

Luke puso las alas de su caza en la posición de ataque y conectó los motores. El ala-X se lanzó hacia el centro de la cuña voladora, con el *Dama Suerte* siguiéndole a babor. Luke vio un par de patrulleras de bolsillo debajo de él y un poco hacia estribor. Se lanzó sobre ellas y centró sus miras..., pero las dos patrulleras estallaron antes de que pudiera disparar.

—Me he anotado dos puntos —dijo Lando—. Bueno, por lo menos creo que he sido yo... Hay mucha gente disparando. ¡Luke, se te acercan desde atrás y por abajo!

Luke ya estaba haciendo que su ala-X descendiera en un veloz giro antes de que pudiera ver la amenaza. Tenías que confiar en tu hombre de ala, ¿no? Y, naturalmente, había una patrullera de bolsillo y un caza ligero que iban a por él. Los dos aparatos abrieron fuego contra él, y el ala-X recibió un impacto de refilón en el ala inferior de babor. Erredós soltó un pitido de protesta, pero enseguida recalibró el escudo para compensar la distribución de energía.

Luke disparó dos breves ráfagas. La primera dio de lleno en el caza y lo hizo añicos. La segunda ráfaga sólo rozó el casco de la patrullera de bolsillo, haciendo que su piloto perdiera el control y saliera despedido dando tumbos hasta quedar fuera de combate. Luke se olvidó de ella, subió el morro del ala-X y volvió a reunirse con el *Guardián*, deslizándose por debajo de su quilla hasta llegar a su posición anterior.

—Ya está —dijo Lando—. Se han dispersado.

—Sí —dijo Luke—. Y se dirigen hacia el mismo sector de cielo al que fueron los otros aparatos. Ahí es donde quieren que vayamos.

—Y ahí es adonde vamos —replicó Lando—. El *Guardián* está cambiando su curso para iniciar la persecución. Es justo lo que Ossilege dijo que querrían que hiciera.

—Estupendo —murmuró Luke—. Pero no estoy muy seguro de quién está siendo más listo que el otro en todo este juego. Voy a volar en formación con el *Guardián*, arriba y por detrás. No te alejes de mí.

—Recibido y entendido —dijo Lando—. Pero no te le acerques demasiado. Si Ossilege la está llevando hacia una trampa deliberadamente, no quiero acompañarla en ese viaje.

—De acuerdo. Distancia de formación doble de la habitual.

El *Guardián* rompió la formación que había estado manteniendo con los otros navíos de guerra y avanzó hacia las formaciones de cazas ligeros y patrulleras de bolsillo. No cabía duda de que se movía bastante despacio. Fuera cual fuese el remiendo que habían conseguido hacerle en el sistema de propulsión, resultaba obvio que no había sido muy eficaz..., pero se estaba moviendo. Luke redujo la velocidad de su ala-X para igualarla a la del *Guardián* y se colocó en la posición que había elegido, a cinco kilómetros por detrás del navío y a tres por encima de su popa.

—Luke, otra... oleada de cazas ligeros acercándose por de... —le advirtió Lando—. Vienen a baja... sobre el *Guardián*.

—Deja que vengan —respondió Luke—. Escudos al máximo, pero no respondas ni devuelvas el fuego.

—Pero...

—Haz lo que te he dicho —le ordenó Luke—. Quiero ver cómo reaccionan, pero mantente preparado para bajar los escudos y luchar en el caso de que vuelvan para hacer una segunda pasada.

Los cazas ligeros llegaron por detrás. Había seis aparatos y cuatro viraron para hacer una pasada de ataque por encima del *Guardián*, deslizándose a través de su cubierta superior en una trayectoria de bombardeo. Las explosiones destellaron y parpadearon sobre las cubiertas del *Guardián*, pero sus escudos aguantaron. Las baterías principales giraron y lanzaron chorros de fuego contra los cazas ligeros. Dos de ellos entraron de lleno en las andanadas de las baterías antes de que los otros cambiaran de curso y se dirigiesen hacia esa misma tajada de cielo.

Pero Luke dispuso de muy poco tiempo para preocuparse por eso. Los otros dos cazas ya estaban encima de ellos y pasaron a toda velocidad entre un estallido de andanadas láser, obteniendo repetidos impactos sobre las dos naves. Pero con los escudos puestos al máximo, los cañones láser de baja potencia de los cazas no fueron capaces de causar ningún daño apreciable. Tener los escudos puestos al máximo de potencia hacía que ninguna de las dos naves fuera capaz de devolver el fuego, naturalmente, pero por el momento eso apenas tenía importancia. Los dos cazas terminaron su pasada sin ser molestados..., y siguieron a sus compañeros por el mismo vector, yendo hacia la curvatura del planeta que había sido elegida por el resto de los cazas enemigos. Todos ellos se estaban agrupando allí, reuniéndose en una formación masiva.

—Ahora lo entiendo —dijo Lando—. Eso ha acabado de dejármelo claro. Están intentando atraernos hacia un punto determinado a toda costa, y han recibido órdenes muy estrictas de hacerlo. No hay ni un solo piloto de caza en todo el universo que no quiera volver a probar suerte con dos hermosos blancos muy lentos y gordos que no le han devuelto su fuego... ¿Estás seguro de que cinco kilómetros por arriba y dos por detrás son suficiente distancia, Luke?

—Bueno, la verdad es que no —admitió Luke—. Que sean diez y seis, y rehagamos la formación en esas coordenadas de vuelo. Pero ¿hacia qué están intentando atraernos? —preguntó mientras hacía virar el ala-X y se dirigía hacia el nuevo punto de escolta.

—Ni idea, chico —respondió Lando—. Una gran nave de combate ocultada por un dispositivo de invisibilidad o alguna clase de campo de minas, quizá.

—Pero una nave o minas tendrían que estar entre nosotros y los cazas para que esa hipótesis tuviera sentido —dijo Luke, observando cómo el *Guardián* continuaba avanzando en una lenta y majestuosa persecución de sus atormentadores—. Sus cazas acaban de volar a través de esa porción del espacio. —El *Guardián* seguía avanzando, y se disponía a dirigir su batería principal contra la flota de cazas enemigos. El gran navío disparó una y otra vez, consiguiendo un considerable número de impactos—. Sea lo que sea, están dispuestos a pagar un precio muy elevado para llevar a una nave hasta ahí. Pero ¿qué es?

—Ya te he dicho que no tengo ni idea, chico. Quizá disponen de alguna clase de...

Y entonces un gigantesco puño invisible surgió de la nada y golpeó al *Guardián*. La parte inferior del casco empezó a subir y se estrelló contra la parte superior mientras grandes secciones de la nave se desprendían y salían disparadas por el espacio. Una serie de explosiones colosales se abrió paso a través del navío, y los estallidos enseguida se confundieron en una sola bola de fuego que engulló al *Guardián* desde la proa hasta la popa.

— ¡Acción evasiva! —gritó Luke.

Hizo que su ala-X virase en redondo para alejarse a la máxima aceleración posible de la bola de fuego que seguía expandiéndose. El *Dama Suerte* estaba detrás de él y empleaba la misma aceleración que el ala-X, pero la onda expansiva de la explosión se estaba moviendo más deprisa. Luke apagó los motores del ala-X y dio máxima potencia a los escudos medio segundo después de que lo hiciera el *Dama Suerte*. La onda expansiva rebasó a las dos naves, chocando con ellas y

haciendo que girasen locamente por el espacio antes de dejarlas atrás. Restos de todos los tamaños se estrellaron ruidosamente contra los escudos, y la nave tembló y se bamboleó todavía más violentamente que antes.

La onda expansiva de la explosión acabó de rebasarles por fin, y Luke pudo volver a recuperar el control del ala-X. Pero no podía ver al *Dama Suerte*.

— ¡Lando! —gritó—. ¡Lando!

—Estoy aquí, detrás de ti y por debajo —dijo—. He sufrido algunos daños en el casco y he perdido el motor sublumínico de babor, pero sigo aquí. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —dijo Luke.

Hizo girar el morro de su ala-X y volvió la mirada hacia el punto del espacio en el que un destructor acababa de ser aplastado igual que si fuera una mosca. Allí donde había estado el *Guardián* no quedaba nada..., absolutamente nada.

—Pero ¿qué ha ocurrido?

—Estaba a punto de preguntártelo. Luke... ¿Qué era eso?

—No lo sé, Lando. Pero tengo la desagradable corazonada de que no será la última vez que lo vemos actuar.

—Es tal como nos temíamos —dijo Dracmus mientras contemplaba la pantalla principal del *Fuego de Jade*—. Esas idiotas lo han utilizado... Han decidido seguir adelante y lo han utilizado.

— ¿Qué han utilizado? —preguntó Han—. ¿Qué era eso?

—Un repulsor planetario —dijo Dracmus—. Similar en principio a los repulsores utilizados en las naves espaciales para hacer que queden suspendidas en el aire, pero inconmensurablemente más poderoso. Hay un aparato de esas características escondido en cada uno de los planetas de este sistema, y fue mediante el uso de los repulsores planetarios como los ya largamente desaparecidos arquitectos del sistema corelliano transportaron los distintos planetas hasta aquí.

— ¿Qué? —exclamó Leia.

—El sistema corelliano es un artefacto, respetada jefe del Estado. Es un objeto fabricado... Cuándo y por quién y por qué razón, son cosas que no puedo decir. Pero fue fabricado.

—Un inmenso repulsor enterrado en el subsuelo —dijo Han—. ¡Eso era lo que andaba buscando la Liga Humana!

—Sí —dijo Dracmus—, aunque es muy posible que ya lo hayan encontrado a estas alturas. Los dralls y las gentes de los Mundos Dobles también están buscando sus repulsores. En Selonía encontramos el nuestro antes que nadie, y no tardamos en volver a dejarlo en condiciones de operar. Eso no tiene nada de sorprendente, dada nuestra habilidad en toda clase de trabajos subterráneos. Se me ha dicho que apuntar el aparato sigue resultando bastante difícil, y ésa era la razón por la que esa nave debía ser atraída hasta cierto punto del espacio. Pero no me cabe ninguna duda de que nuestros ingenieros no tardarán en resolver ese problema. Entonces seremos capaces de descargar ese poder en cualquier punto del cielo, a voluntad y en el momento que elijamos.

— ¿Quiénes? ¿Quiénes? —preguntó Han—. ¿Tu pueblo, tu madriguera... controlan esa máquina?

—No lo creo, pero la verdad es que no estoy segura. Mi información es antigua y la lucha para obtener el control del repulsor ha sido tremenda, como bien puedes imaginarte. La disputa por el

repulsor se fue relacionando con otros problemas y acabó escapando a todo control, hasta que de hecho nos encontramos con que manteníamos algo parecido a una guerra civil.

»Había dos facciones. Una, la mía, se hace llamar republicanista. Pretendíamos utilizar los repulsores como recurso para negociar en un intercambio. Deseábamos entregar nuestro repulsor a la Nueva República a cambio de una garantía de la soberanía de Selonia dentro de la Nueva República y del gobierno del Sector Corelliano. Por eso queríamos llevarte a Selonia, respetado Solo. Se esperaba que podríamos utilizarte para abrir las negociaciones.

— ¿Y la otra facción? —preguntó Han.

—Se llaman a sí mismos los absolutistas. Pretendían utilizar el repulsor como arma para establecer la independencia absoluta de Selonia. Pero las discusiones y problemas se volvieron tan complejos, y la contienda llegó a ser tan desesperada, que cualquiera de los dos bandos podría haberlo utilizado como arma.

—Pero aquí había combatientes de todos los mundos corellianos —objetó Mara.

—Sí. Precisamente. Una inmensa ironía. Ya hace tiempo que sospechamos que todos los grupos revolucionarios —los absolutistas, la Liga Humana, el Frente Drallista, todos ellos— estaban siendo coordinados por alguien del exterior. Ahora tenemos prueba de ello..., pero no nos encontramos más cerca que antes de saber quién era esa fuerza exterior, o del porqué obraba así.

—Es increíble —dijo Han—. No puedo creerlo.

—Pero ¿cómo encaja todo eso? —preguntó Leia—. ¿Qué tiene que ver con la conspiración para hacer estallar las estrellas? ¿Quién hizo estallar esa primera estrella? ¿Y por qué toda esa carrera para encontrar los repulsores en los otros planetas?

—No lo sé —dijo Dracmus—. No sé qué pensar. —La seloniana guardó silencio durante un minuto entero y después volvió la mirada hacia la pantalla donde acababan de ver cómo la nave de Bakura era destruida—. Lo único que sé es que mi planeta acaba de declarar la guerra a la Nueva República.

18

Con la máxima puntualidad

—Lando contestando a Tendra. El porqué es una historia bastante larga, pero hace muy poco que he llegado al sistema y acabo de recibir tu transmisión...

Tendra escuchó las palabras una y otra vez con los ojos llenos de lágrimas. Estaba allí. Estaba vivo. Y estaba luchando. Una oleada de alivio se extendió por todo su ser en el mismo instante en que sentía un miedo renovado por su seguridad. Pensó en los largos retrasos impuestos por la velocidad de la luz, que eran una de las características más molestas de la radiónica. Un mensaje radiónico necesitaba horas para salir del interior del sistema y llegar hasta Tendra a bordo del *Caballero Galante*. ¿Y si había ocurrido algo durante aquellas horas? ¿Y si Lando había vivido el tiempo suficiente para enviarle un mensaje, pero había muerto en la batalla antes de que Tendra pudiera oírlo? No. No. Se negaba a creerlo. Ni siquiera llegaría a tomar en consideración esa posibilidad. Tenía mucho trabajo que hacer. Había ido hasta allí con un propósito, y por fin podía actuar para hacerlo realidad. Una vez establecida la conexión radiónica con Lando, podía enviar una advertencia sobre la flota que se estaba reuniendo en el sistema sacoriano. Ya hacía tiempo que había compuesto un mensaje detallado contando cuanto sabía, pero el ser consciente de que por fin había llegado el momento de enviarlo hizo que Tendra no pudiera resistir la tentación de leerlo por última vez. Después de todo, y con todos los esfuerzos que había hecho, bien podía asegurarse de que no se había olvidado nada.

Marcha, duquesa de Mastigóforus, estaba ascendiendo a la superficie encima del extraño ascensor en forma de disco plateado, con Anakin en los controles como de costumbre. El *Halcón Milenario* se encontraba escondido por debajo de ella, y Chewbacca estaba haciendo trabajar muy duro a Ebrihim, los gemelos y Q9, dirigiéndoles en la instalación de un pequeño campamento subterráneo dentro de la gigantesca cámara oculta del repulsor. Allí podrían permanecer escondidos durante bastante tiempo, y también podrían estudiar detalladamente el repulsor. Con un poquito de suerte, encontrarían una manera de impedir que nadie más lo utilizara.

Pero todo eso vendría después. En aquellos momentos Marcha sólo deseaba salir del subsuelo y quedarse inmóvil un buen rato debajo del impresionante cielo nocturno de Drall. El discoascensor continuaba su fluido y veloz movimiento lateral y hacia arriba, avanzando hacia la punta de la gigantesca cámara. La punta del cono se abrió mientras los bordes del disco se confundían con el perímetro de la cámara, y un instante después se encontraron subiendo por un cilindro liso y perfecto, y acabaron surgiendo del suelo para salir a una noche resplandeciente y a un cielo repleto de estrellas.

Y de algo más que estrellas. Corellia y Selonía eran dos puntos de luz cerca del horizonte y hacia el oeste, flotando un poco más arriba en el cielo, estaban los Mundos Dobles de Talus y Tralus, con la Estación Centralia como un puntito luminoso tan diminuto que Marcha no estaba muy segura de si lo veía, o de si sencillamente se imaginaba verlo.

—Están en algún sitio ahí fuera, ¿verdad? —preguntó Anakin, cogiendo una de las patas de Marcha e inclinándose un poco hacia ella.

—Sí, querido —dijo Marcha, rodeándole con su brazo libre—. Estoy segura de que tus padres están ahí fuera, trabajando, luchando y esforzándose para que todo vuelva a ir bien.

Anakin asintió con expresión pensativa.

—Siempre lo hacen —dijo—. ¿Es por eso por lo que tenemos que quedarnos aquí, para que podamos ayudarles averiguando cómo funciona ese repulsor?

—Sí, querido —dijo la tía Marcha—. Es exactamente por eso.

—Caray —murmuró Anakin—. Bueno, pues espero que seamos capaces de hacerlo...

Wedge Antilles se preparó para posar su ala-X modificado sobre la cubierta de vuelo del *Naritus* en algún lugar de los confines del sistema estelar de Thanta Zilbra, y deseó con todas sus fuerzas tener un enemigo contra el que pudiera disparar. Pero en vez de luchar, lo que estaban haciendo era evacuar a la población de todo un sistema estelar sólo porque los paranoicos de la INR habían oído un rumor sin pies ni cabeza. Se decía que alguien había hecho estallar una estrella, y que luego había amenazado con hacer estallar Thanta Zilbra y otra estrella más después de Thanta Zilbra..., y a Wedge le parecía que la fábrica de rumores había nombrado a prácticamente todas las estrellas de la galaxia para ocupar el siguiente lugar de la lista.

En realidad y pensándolo bien, todo aquello sonaba francamente absurdo. ¿Cómo demonios se las iba a arreglar nadie para hacer estallar una estrella? Faltaban menos de doce horas para la hora cero, y no había habido ninguna señal de que estuviera ocurriendo nada. ¿Y qué decir de esos rumores que afirmaban que la jefa de Estado había quedado atrapada en el centro de ese nadie sabía muy bien qué, y que corría un serio peligro? Wedge esperaba que esa parte no fuese cierta. Sabía muy bien lo mucho que la Nueva República necesitaba a la jefa de Estado Organa Solo..., y también sabía lo mucho que Leia significaba para sus amigos Han y Luke.

Pero todo eso de Leia no era más que un rumor. Algunos de los pilotos de su escuadrón habían oído decir que toda la historia de hacer estallar las estrellas era pura invención, aunque ninguno de ellos había podido citar una fuente aparte del habitual amigo de un amigo de un viejo amigo que conocía a alguien que había oído algo en el comedor del escuadrón. Wedge no prestaba ninguna atención a todo eso. Los rumores no eran asunto suyo. Su trabajo consistía en obedecer órdenes, y en aquel momento eso significaba llevar a cabo misiones de apoyo a la evacuación, algunas a bordo de su ala-X y la inmensa mayoría a bordo de un pequeño transbordador lleno de pasajeros. También había tenido que acompañar varias veces al Escuadrón Salvaje, y mantener bajo control a esa pandilla de temerarios no era una tarea sencilla.

Le estaban manteniendo muy ocupado, pero eso era de esperar cuando la misión de la flota consistía en evacuar a todos los seres inteligentes de todo el sistema de Thanta Zilbra..., incluidos aquellos que no querían marcharse.

Con eso ya tenías dolores de cabeza más que suficientes sin necesidad de desperdiciar el tiempo preguntándote si las órdenes tenían algún sentido. Bueno, por lo menos volvía a pilotar aparatos de caza... Durante un tiempo había parecido como si estuvieran decididos a asignarle toda clase de misiones salvo aquellas que sabía cumplir mejor.

Los trabajitos de mensajero y los viajes para llevar repuestos de emergencia a los transportes no eran los vuelos más emocionantes imaginables, desde luego, pero por lo menos esa parte del trabajo ya casi se había terminado. Se suponía que la flota debía saltar al hiperespacio un máximo de una hora antes de la hora cero. Otro turno y medio, y todo habría acabado..., y después muy probablemente tendrían que sacar a todo el mundo de los transportes para llevarles de vuelta a sus hogares, repartiendo disculpas a diestra y siniestra por haber causado tantas molestias. Un gran número de habitantes de Thanta Zilbra les habían facilitado el trabajo, por supuesto. No podían creer que hubiera ningún peligro, por lo que sencillamente se habían negado a marcharse. Un número igualmente grande de los representantes de la Nueva República que intentaban convencerles tampoco estaban nada convencidos de que hubiera peligro, y eso no había ayudado mucho.

Pero sería mejor que dejara de pensar en todo aquello, al menos por el momento. Necesitaba relajarse un poquito antes de volver al trabajo. Wedge subió la carlinga y salió del caza. Esperó a que el equipo de tierra le trajera la escalerilla de descenso, y después bajó de su nave.

Fue al vestuario de pilotos, se quitó el traje de vuelo, se obsequió con una ducha muy breve pero muy necesaria, y se puso un mono limpio. Una vez aseado y cambiado, y sintiéndose un poco nervioso, decidió ir al centro de operaciones para averiguar qué había ido mal desde que salió de patrulla para resolver el último embrollo.

El *Naritus* estaba actuando como navío insignia de los tres buques de guerra y ocho transportes de gran tamaño asignados a aquella misión, y el centro de operaciones era el centro nervioso de toda la actividad. Era allí donde se comunicaban destinos a las naves y se las hacía volver de ellos, de donde llegaba la sugerencia de probar con aquella solución en vez de esa otra o la orden de darse por vencido y pasar a ocuparse del siguiente problema de la lista. Era allí donde los oficiales de la flota se ponían en comunicación con los líderes de aquel puesto avanzado o con el capitán de ese carguero que estaba viajando por el sistema, para amenazar, apremiar y suplicar, pidiéndoles que se fueran inmediatamente, antes de que fuera demasiado tarde, antes de que el desastre cayera sobre ellos. Era allí donde los comandantes de misión intentaban poner orden a bordo de los transportes sobrecargados. Ya se habían producido varias peleas y uno o dos conatos de disturbios. Todo el mundo estaba empezando a sentirse bastante harto e irritado.

Wedge llegó a la compuerta del centro de operaciones. Introdujo su código de acceso en el teclado y el panel metálico se deslizó a un lado. Entró en el centro de operaciones..., y enseguida se dio cuenta de que algo iba mal. El centro de operaciones estaba tranquilo. Todo estaba en silencio. Normalmente aquel lugar era un manicomio con gente que iba y venía de un lado a otro intentando canalizar el torrente de naves, refugiados e información.

Pero había ocurrido algo. Un instante después Wedge comprendió que lo que había llevado el silencio a aquella gran sala no era la calma, sino el horror. Todas las personas presentes en la sala, sin ninguna excepción, tenían la mirada clavada en alguna pantalla.

Nadie estaba gritando órdenes por los micrófonos, tecleando instrucciones en los paneles de control o cambiando velozmente de una frecuencia a otra entre una docena de canales de comunicación para recibir información de todas las partes implicadas en alguna crisis. Ninguna de esas personas estaba haciendo nada aparte de mirar fijamente las pantallas. Los ojos de Wedge fueron de un rostro a otro y vieron la misma expresión en todos ellos: estupor, aturdimiento, incredulidad, asombro, terror.

Fue corriendo hasta el puesto de comunicaciones de los cazas.

— ¿Qué ocurre, Parry? —preguntó al oficial de servicio.

Parry meneó la cabeza y señaló la pantalla principal.

—La estrella —dijo—. Ninguno de nosotros lo creía. Ni nosotros, ni la gente de las estaciones a la que se suponía que debíamos evacuar... Pero acaba de empezar. Mira. Mira eso...

Wedge giró sobre sus talones y contempló la imagen infrarroja del disco de la estrella. Sólo una hora antes había sido un plácido manchón de difusa claridad en el que no había nada más amenazador que un par de manchas solares para afeár su impecable aspecto.

Pero la nueva imagen mostraba un infierno hirviente y torturado en el que se veía burbujear un sinfín de llamaradas, espículas y prominencias, y cuya superficie se agitaba tan violentamente que Wedge pudo ver el movimiento mientras la contemplaba.

—Va a estallar —dijo—. Realmente va a estallar... No creía que pudiera ocurrir. No lo creo.

— ¿Y ahora qué vamos a hacer con todas las personas que tampoco se lo creían? —preguntó Parry.

Wedge mantuvo los ojos clavados en la pantalla y frunció el ceño.

—Tendremos que volver a por ellas —dijo.

Wedge perdió la cuenta del número de misiones de vuelo que hizo ese día, todas ellas en el transbordador y la mayor parte de ellas con la nave sobrecargada hasta bastante más allá de su capacidad de transporte autorizada. Una sola mirada al cambio producido en su sol, y de repente todo el mundo quedó convencido de que había llegado el momento de irse. Wedge fue una y otra vez a la colonia de Thanta Zilbra, metiendo tantos cuerpos sudorosos y calientes como pudo dentro de la nave antes de regresar al cielo. Las pistas se habían convertido en un caos y la confusión era tan grande que resultaba difícil encontrar un sitio donde posarse, y su transbordador fue repetidamente sumergido por las oleadas de gente que quería huir cuando ni siquiera había tenido tiempo de abrir las escotillas.

La situación a bordo del *Naritus* no era mucho mejor. No disponían del tiempo o las naves necesarias para transferir a los civiles a los transportes, y de todas maneras ya tenían demasiada gente a bordo. En algún momento de la niebla de pesadilla en que se convirtió ese día, Wedge oyó una voz por los auriculares, una voz llegada del centro de operaciones que le confirmó lo que ya sabía: la información dada a los planificadores de la misión había subestimado gravemente la población de Thanta Zilbra.

Lo único que pudo recordar después fueron caras, imágenes y momentos. No había forma de obtener nada que pudiera parecerse ni remotamente a una cronología completa y ordenada. Un niño que lloraba en los brazos de su madre, otro bebé empujado al interior de su nave por un padre que no consiguió subir a bordo, el olor a rancio de demasiados cuerpos apelotonados en un espacio demasiado pequeño, la pestilencia del miedo flotando en el aire. Una pasada en vuelo rasante por encima de un incendio que ardía sin control en el centro de la colonia de Thanta Zilbra, deslizar el morro de su transbordador por entre una turba de refugiados histéricos amontonados en la cubierta de vuelo del *Naritus* que hacía imposible seguir adelante con las operaciones. La voz de una desconocida, algún otro piloto en algún otro lugar de la misión, surgiendo de sus auriculares, cantando suavemente una nana. ¿Se daba cuenta de que estaba cantando? ¿Estaba intentando calmarse, o intentaba calmar a algún niño aterrorizado que había acabado apretujado entre los cuerpos que llenaban su nave?

Un viejo sentado sobre una caja en el centro de la pista, negándose en redondo a irse a pesar de las súplicas de su familia. ¿Estaba decidido a ceder su sitio a alguien que tuviera más años de vida por delante, o sencillamente era tozudez, o locura, o negarse a creer en cualquier peligro que le exigiera abandonar su hogar? Maletas y bolsas de viaje abiertas, aplastadas, hechas pedazos, las pertenencias más preciadas de toda una vida abandonadas en la pista, algunas de ellas descartadas por la fuerza cuando su propietario se negaba a creer que hubiera que elegir entre su equipaje y la vida de otra persona.

El caos de pequeñas naves espaciales de todos los modelos y clases, civiles y militares, bamboleándose, serpenteando, entrando y saliendo de entre la confusión de naves mucho más grandes de la flota de rescate. Una colisión en el espacio, cuando un yate de recreo civil chocó con un ala-X y los dos aparatos estallaron. No hubo supervivientes.

Y después, por fin, estar sentado delante de los controles de su transbordador y solicitar permiso de despegue para volver en busca de un nuevo cargamento de cuerpos, y oír cómo se le denegaba el permiso. No había tiempo para volver. Se había acabado. La flota tenía que irse. Wedge había empezado a gritar por el micrófono, exigiendo el permiso para despegar e insistiendo en que todavía quedaba mucho tiempo, por lo menos para un viaje más, sabiendo que

todavía había personas allí abajo. Sabía que estaban allí. Las había visto, había hablado con ellas, les había prometido que volvería.

Y entonces había oído la orden de prepararse para el salto a la velocidad lumínica. Wedge recordaba con toda claridad esa orden y ese momento. El *Naritus* activó su hiperimpulsor, aunque sólo durante unos instantes, y de repente ya no estaba en Thanta Zilbra y había escapado, esfumándose y desapareciendo de allí. Wedge pudo sentir el cambio en sus motores cuando la nave volvió a entrar en el espacio normal, a una semana luz de distancia del sol condenado.

El impulso de gritar, aullar y protestar también desapareció de repente. Wedge había permanecido inmóvil en su asiento, vacío, insensible, exhausto. Pasado un rato abrió las tiras de su arnés de seguridad, desembarcó del transbordador y se fue abriendo paso a través de las multitudes de refugiados que llenaban la cubierta de vuelo hasta llegar a una mirilla. Desde allí, vista bajo la luz que había salido de esa estrella siete días antes, Thanta Zilbra seguía pareciendo estar perfectamente bien, un cálido e invitador punto de luz muy cercano que brillaba en el cielo.

Pero en realidad ya no era así. Wedge volvió a abrirse paso a codazos y empujones por entre las multitudes sollozantes, aterrorizadas y atónitas, y fue avanzando lentamente hacia el centro de operaciones.

Y allí dentro todo el mundo lo estaba viendo, por supuesto. No había nada más que hacer. Las cámaras de las unidades automatizadas estaban enviando sus señales mediante conexiones de hiperonda, y eso permitió que Wedge pudiera ver cómo ocurría. La estrella pareció volverse más oscura y encogerse sobre sí misma. Su superficie tembló con un hervor de energía mientras se iba derrumbando sobre su centro, colapsándose velozmente hasta que...

Hasta que estalló en una erupción de llamas, detonando hacia el exterior en un cegador chorro de blanco fuego estelar que se hinchó y creció más allá de los planetas incinerados, más allá de las estaciones espaciales vaporizadas, hasta que llegó a las cámaras que habían permanecido en el sistema y...

La pantalla se quedó sin imagen.

—En el momento exacto anunciado —dijo Parry, hablando mitad para sí mismo. Wedge ni siquiera se había dado cuenta de que estaba allí—. El siguiente es Bovo Yagen. También está confirmado. No es ningún rumor. Población estimada del sistema, doce millones..., si es que quieres seguir creyendo en las estimaciones después de hoy. Y están esparcidos por dos planetas habitados y docenas de estaciones, asteroides y habitáculos. Si no hemos conseguido sacar a diez o quince mil personas de este sistema, ¿qué infiernos vamos a hacer allí?

—No lo sé —dijo Wedge—. No lo sé.

Lo único que sabía era que a menos que se encontrara alguna forma de impedir el estallido de la próxima nova, millones de personas iban a morir.

Concluirá...